Seix Barral

Jean-Baptiste Del Amo

La noche devastada



Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

PRIMERA PARTE. SUEÑOS BAJO LAS CENIZAS

1
2
3
4

SEGUNDA PARTE. LO QUE ACECHA EN LA SOMBRA

1
2
3
4
5

TERCERA PARTE. UN FUEGO EN LA NOCHE

1
2
3

4

POSTFACIO

AGRADECIMIENTOS

Créditos

La noche devastada

Jean-Baptiste Del Amo

Traducción del francés por Lydia Vázquez

Seix Barral

A los niños de Saint-Auch

Algún día escribiré sobre todo eso, piensa, pero sabe que es solo un pensamiento de amanecer, un pensamiento posterior al sueño.

STEPHEN KING, *It*

El adolescente levantó las manos a la altura de los ojos, observó el dorso, las palmas, las bajó y recorrió con la mirada la urbanización circundante.

La calle estaba tranquila, flotaba un olor a lluvia, las aceras relucientes reflejaban el color crepuscular de un cielo purgado por la tormenta.

En algún lado, ladraba un perro, con un ladrido repetido que no cesaba.

El muchacho se dio la vuelta, contempló la fachada de la casa, oculta tras los matorrales de zarzas que habían invadido el jardín. Sintió una náusea silenciosa, dejó escapar un hilillo de bilis que se deslizó de los labios hasta los pies.

Se limpió la boca con la manga, se irguió y echó a andar sin dejar de mirar por encima del hombro.

En uno de los jardines, vio a un hombre podando las ramas de un árbol frutal. El hombre lo vio a su vez, le lanzó una amplia sonrisa y lo saludó con la mano. El adolescente no respondió a su gesto, aceleró el paso y se echó a correr a zancadas cortas. Dos niños salieron en bici de un camino y pasaron junto a él. Se subió a la acera de un salto. Su respiración entrecortada se condensaba en el aire fresco, se apoyó en un seto y los miró mientras se alejaban.

En cuanto doblaron la esquina, volvió a ponerse en marcha a paso ligero.

Al llegar ante un portón blanco, se detuvo, pareció dudar, miró a la izquierda, luego a la derecha, como para asegurarse de que no lo seguían, y empujó el batiente, que se abrió sin ruido a un camino bordeado de parterres secos debido al invierno. Se dirigió hacia la

casa y se sobresaltó cuando la luz automática del porche iluminó la terraza.

Rebuscó en los bolsillos y sacó un manojo de llaves. Temblaba y tuvo que agarrarse la muñeca derecha con la mano izquierda para abrir la cerradura. En cuanto la puerta giró sobre sus goznes, se apresuró a entrar en la casa, cerró tras de sí y echó la llave con doble vuelta.

Dio unos pasos, se quedó quieto. El vestíbulo, sumido en una cálida penumbra, parecía más grande debido al espejo colocado en la pared, encima de una consola, en el que se reflejaba un salón.

—¿Hay alguien?

No obtuvo respuesta, pasó a la cocina, abrió uno de los cajones, lo registró rápidamente, sacó un cuchillo de cocina y midió la hoja. Se acercó a la ventana, corrió un poco las cortinas y observó el callejón a través de la abertura.

—¿Mamá? ¿Papá? —preguntó.

Se apartó de la ventana, entró en el salón, de muebles oscuros y macizos, a media luz. Sobre el tablero resplandeciente de una mesa había un jarrón con un ramo de flores de colores desvaídos.

Se acercó a una escalera, apoyó una mano en la barandilla y levantó la vista. El silencio era tal que parecía acuoso y el chico podía oír la sangre golpeándole las sienes.

Subió las escaleras con cuidado.

En el primer piso, se detuvo de nuevo, mirando el rellano bañado por una luz azulada.

Fuera, el día parecía haber declinado de repente.

—¿Claire? —preguntó con voz queda—. ¿Hay alguien?

Se adentró en el pasillo, empujó una puerta a su izquierda que desveló el dormitorio de una adolescente. Sobre la cama había ropa,

un peluche de orejas desgastadas, reliquia de una época pasada, una mochila, publicaciones para jovencitas y revistas de caballos.

—Claire, ¿dónde estás?

Recorrió todo el pasillo antes de entrar en otro cuarto y echar el cerrojo. En las paredes había pósteres de The Clash, Metallica y Sepultura. La habitación estaba amueblada con una cama, una estantería, un escritorio enterrado bajo un montón de apuntes de clase, cuadernos de dibujo, latas de refresco vacías y un par de botas negras de las que sobresalían unos calcetines sucios.

La última luz del día entraba en el cuarto a través de dos ventanas que daban a la fachada de la casa. Se acercó a una de ellas para observar el camino de entrada.

Entonces vio la cosa.

Estaba de pie, delante del portón, mirándolo y sonriéndole.

Tuvo la sensación de que una mano le apretaba el corazón hasta hacerlo estallar como una fruta demasiado madura. Se retiró hacia la zona de sombra de la habitación, sabiendo que era demasiado tarde, que ella lo había visto, que sabía exactamente dónde encontrarlo.

Se quedó quieto y escrutó el denso silencio de la casa.

Oyó la manilla subiendo y bajando, varias veces, luego volvió el silencio. Contuvo la respiración, preguntándose si era posible que la cosa se hubiera rendido.

Pero no, él lo sabía.

Sabía lo que estaba haciendo. Estaba rodeando la casa para encontrar un resquicio, una forma de colarse dentro, y él repasó mentalmente cada puerta, cada ventana, preguntándose si las habría cerrado bien, si se habría olvidado de...

El silbido de uno de los ventanales del salón deslizándose sobre su riel le respondió.

Un sonido estridente, como un grito animal de satisfacción, traspasó el silencio.

Unos tacones planos resonaron en el suelo de baldosas.

—Ya estoy de vuelta —dijo la voz de su madre—. Simon, mamá ha llegado, mamá ha llegado.

El muchacho se estremeció, se tapó la boca con una mano y se echó a llorar sin hacer ruido.

—Simon, sé que estás ahí.

Los tacones chasqueaban sobre el embaldosado en dirección a la escalera. Simon se precipitó hacia el escritorio y lo empujó hasta colocarlo delante de la puerta, tirando parte de lo que estaba encima.

—Ya estoy de vuelta —dijo la voz en las escaleras—. Simon, mamá ha llegado, mamá ha llegado.

Oyó el peso de sus pasos en los escalones, entendió que estaba subiendo.

—¿Dónde te escondes? —preguntó al llegar al rellano—. Mamá ha vuelto a casa.

Sus tacones golpearon el suelo antes de detenerse frente a la habitación. Simon dio un paso atrás, enarbolando el cuchillo, incapaz de controlar el temblor de su mano. Su espalda tropezó con la pared.

Sintió que algo caliente le corría por el muslo, miró hacia abajo y vio que se estaba meando encima.

La manilla bajó lentamente, una, dos, tres veces, luego frenéticamente. Oyó unos gritos repetidos, similares a los de un animal bajo el efecto de la excitación depredadora.

—¿Crees que no sé lo que querías hacer? —silbó ella con voz repentinamente llorosa—. ¿Qué le ha hecho mamá al buen Dios para merecer merecer merecer esto?

Hubo otro silencio que le pareció interminable al chico. Llegó a pensar que ella había perdido el interés por él.

Pero un golpe en la puerta le arrancó un aullido, inmediatamente seguido por otros impactos lentos, amortiguados y repetidos que hicieron vibrar el batiente.

Pegaba con algo más carnoso que un puño, y con cada golpe se oía un crujido sordo de cartílago y huesos rotos. Él comprendió que ella intentaba derribar la puerta estrellándose con la cara.

O con lo que le servía de cara.

—He vuelto —jadeó, con los labios pegados a la ranura—. Ábrele a mamá, ábreme. Mamá está de vuelta, de vuelta, vuelta vueltavueltavueltavuelta...

PRIMERA PARTE

SUEÑOS BAJO LAS CENIZAS

1

Desde los primeros días del verano, incluso antes de que terminaran las clases, reanudaron el ritual interrumpido el año anterior, en los atardeceres menguantes de septiembre, sin una señal, sin un conciliábulo, obedeciendo a una especie de ley natural e imperiosa.

Se reunían después de cenar y se proponían retos tontos para mantenerse ocupados durante un rato, como cuando Thomas Hernandez propuso tomar prestado el Alfa Romeo de su padrastro un fin de semana en que él y su madre se habían ido a la costa a visitar a unos amigos, para conducirlo hasta altas horas de la noche por el aparcamiento de un supermercado, a pesar de que ninguno de ellos tenía aún carné de conducir y solo Tom acababa de empezar la conducción acompañada.

Después de fumarse un porro, se pusieron a dar vueltas, zigzaguearon por el asfalto gris, moteado por el resplandor de las farolas. Se turnaron al volante, chocaron contra una fila de carritos y abollaron el lado derecho del vehículo.

Alain Girard, el padrastro de Tom —que, según él, era el mayor cabrón del planeta—, había dejado el coche en la calle, delante de la casa, en lugar de meterlo en el garaje, creyendo que no corría ningún riesgo, que el barrio era tranquilo, con badenes que obligaban a los conductores a respetar el límite de velocidad, así que lo había aparcado junto a la acera.

Thomas afirmó que no tenía ni idea de lo que podía haber pasado, que no había oído nada, que no había visto nada raro y que probablemente era obra de un conductor dominguero que luego se había dado a la fuga. Ante la duda, y a pesar de las súplicas de la madre en favor de su hijo, el padrastro le propinó una de esas bofetadas monumentales que tan bien sabía administrar, y lo castigó sin salir dos semanas seguidas.

También hubo una vez en que a Alexandre se le ocurrió vengarse de André Leroy, el antiguo militar que vivía a la entrada de la urbanización de Les Genêts, junto a la carretera principal, y tenía una bandera francesa izada en un asta en su jardín.

Leroy los esperaba detrás de su verja, dispuesto a saltar en cuanto pasaran con sus escúteres o sus motocicletas, con el casco colgando del codo —Alex había recortado el tubo de escape de su Piaggio y lo había deslimitado, de manera que su burra hacía un ruido infernal y circulaba a más de setenta kilómetros por hora—, para amenazarlos con quejarse a sus padres.

—A mis padres les importa un carajo —le soltó una vez Max.

Eso enfureció aún más al militar, que ya no dudaba en arrojarles agua o llamarlos hijos de puta, escoria, sinvergüenzas o moros de mierda cuando reconocía a Mehdi Belkacem.

Tenía un viejo pastor alemán llamado Machette. El perro, que se había quedado sordo, gruñía con él, al unísono, enseñando los colmillos espumeantes tras los barrotes de la verja, y Leroy, encantado, se cuidaba muy mucho de mandarlo callar. Cuando pasaba en coche por delante de la parada de autobús donde solían reunirse, aminoraba la marcha, les lanzaba una mirada asesina, a veces incluso los señalaba con la mano derecha, con los dedos índice y corazón juntos, y con los labios hacía un pum, pum, pum,

simulando dispararles a cada uno, uno tras otro, una bala imaginaria entre los ojos.

—Ese tipo es una amenaza pública —sentenció Alex—, no deberían dejarlo salir de casa.

Al día siguiente, Mehdi, Max, Thomas y él se dedicaron a robar piedras en las obras del nuevo jardín de infancia de Saint-Auch, paralizadas después de que una retroexcavadora dañara las tuberías subterráneas del agua. Las llevaron una a una a las inmediaciones de la urbanización y las escondieron entre la hierba alta del descampado.

El padre de Mehdi poseía un pequeño negocio de albañilería y consiguieron sustraerle un saco de cemento sin levantar sospechas. En una sola noche, lograron tapiar la puerta principal de Leroy, tomando todas las precauciones a la hora de pasar los bloques de cemento por encima de la verja, apilándolos y asentándolos con la argamasa sin hacer ruido, sofocando las carcajadas que se les escapaban cada vez que evocaban en voz baja la reacción del militar cuando quisiera sacar al perro a orinar.

Cuando André Leroy abrió la puerta de su casa al día siguiente y se encontró cara a cara con las piedras, no tuvo ninguna duda de que la maniobra había sido obra de la pandilla. Se puso hecho una furia y llamó a la policía, que envió a dos agentes al lugar de los hechos.

—¡Son esos hijos de puta! —vociferó Leroy en cuanto cruzaron la puerta—. ¡Esos hijos de puta y su amigo el moro! Les juro que, si no los atrapan, me ocuparé personalmente de ajustarles las cuentas.

Interrogaron a los cuatro chicos pero todos se habían escapado de sus casas esa noche sin que los padres se dieran cuenta. Aunque no consiguieron engañar a los gendarmes, el incidente no pasó a

mayores. Al fin y al cabo, no era más que una jugarreta de un grupo de chavales del pueblo, esos u otros. Les recordaron las sanciones por allanamiento y vandalismo, ignorando deliberadamente el hecho de que eran menores.

La madre de Maximilien les ofreció una taza de café y, con la cadera apoyada en la encimera de la cocina, cruzada de brazos, escuchaba sin decir palabra las respuestas de su hijo a las preguntas que le hacían, mientras daba largas y contemplativas caladas a un Vogue mentolado. Observaba a Max con la mirada perdida, delineada con *eyeliner*, preguntándose quién era ese adolescente sentado en su cocina, constatando de repente que su voz había cambiado sin que ella se diera cuenta.

—¿No tenéis nada mejor que hacer? —preguntó con voz anestesiada una vez que se fueron los agentes.

Acababa de retirar las tazas de café de la mesa y las había colocado en el fondo del fregadero. Las contempló un momento y, vencida por un súbito cansancio, renunció a enjuagarlas y encendió otro cigarrillo. Max sabía que ella no esperaba una respuesta, que su pregunta era desinteresada, o una simple observación, así que pensó que lo mejor era volver a su habitación.

En general, sus «jugarretas» no tenían mayores consecuencias: hacer llamadas anónimas desde una cabina telefónica, lanzar fuegos artificiales en el descampado, derribar botellas de cerveza vacías con la escopeta de perdigones de Alex o nadar en uno de esos embalses agrícolas donde un cartel decía que estaba prohibido bañarse. La madre de Max no se equivocaba: no tenían *nada mejor que hacer* en Saint-Auch aparte de deambular y pasar el rato como pudieran con cualquier oportunidad que se les presentara.

En tiempos inmemoriales, hubo allí turberas y bosques primigenios que la agricultura había devorado pacientemente, dando paso a tierras sombrías salpicadas de granjas, de pequeñas aldeas de ladrillo rojo —un campo donde solo sobrevenían la vida y la muerte de los hombres.

La ciudad de Toulouse, a veinticinco kilómetros, estuvo durante mucho tiempo apartada, circunscrita, alejada de la industrialización, dedicada durante una buena temporada a la producción de nitrocelulosa durante los años de la Primera Guerra Mundial, más tarde a la explotación de yacimientos de gas y, por último, a la aeronáutica. Se construyeron grandes hangares a las afueras de la ciudad, donde se levantaron las flamantes cabinas del primer Caravelle en 1955, del primer Concorde en 1969 y del A300 en 1972.

Aquello fue una bendición, dio un nuevo impulso a la región y, gracias a los entresijos de oscura política urbanística, los suburbios se extendieron en una maraña de zonas residenciales, comerciales e industriales, de pabellones polivalentes y campos de fútbol, alternando con terrenos donde aún subsistían algunos cultivos intensivos de trigo, maíz y colza.

Los años setenta y ochenta asistieron al advenimiento de la propiedad de la vivienda, del hogar consagrado, de la ilusión de vivir juntos que se materializó en la urbanización. Por fin todo el mundo podía comprar a los promotores inmobiliarios aquello con lo que había soñado colectivamente: una parcela en la que construir casas con atractivas fachadas revocadas de color rosa melocotón, adornadas con jardines de exuberante césped y rocas y con muretes flanqueados por setos de laurel o de tuyas. Más adelante, podrían incluso instalar una piscina y, vistos desde el cielo, florecerían esos incontables oasis de revestimientos color azul laguna.

Aquí, sobre todo en verano, los vivos parecían escapar al control del tiempo. Todo estaba como suspendido. La idea misma de finitud quedaba borrada por el olor estival a cloro, el humo de las barbacoas, el ruido de los aspersores automáticos, los gritos de los niños pedaleando por las calles tranquilas en lo que se asemejaba a un anticipo de eternidad accesible al común de los mortales.

Al principio, su infancia transcurrió sin sobresaltos, *privilegiada*, en una tranquilidad ordinaria en la que nada parecía afectarlos. Por supuesto, de vez en cuando se producían ciertos acontecimientos que habrían podido interpretarse, si no como una advertencia, al menos como un recordatorio de su vulnerabilidad, pero enseguida se vieron barridos por la gran corriente de la vida que fluía y se extendía, infinita, ante ellos.

Por ejemplo, en el colegio, su profesora de Inglés, la señora Laverne, que les pedía que la llamaran Miss Clara y obligaba a sus alumnos a elegir un seudónimo anglosajón con el que los designaría durante el resto del curso escolar *(Briaaaan, sit down and be quiet!)*, fue sustituida de la noche a la mañana, oficialmente por enfermedad, y averiguaron seis meses después, justo antes de las vacaciones de verano, que se había suicidado.

Se enteraron más tarde aún, cuando Max se encontró un viejo recorte de periódico que su madre había guardado en un cajón del aparador, entre un montón de papeles con cartas de Hacienda, listas de la compra y recordatorios de facturas impagadas, de que Miss Clara se había asfixiado metiendo la cabeza en un horno de gas, del mismo modo que Sylvia Plath, cuyos poemas les había hecho estudiar en clase, poemas que les aburrían sobremanera y de los que no entendían nada.

Pero Max recordó de repente unas líneas de «Lady Lazarus», que ella les había mandado traducir:

Soon, soon the flesh
The grave cave ate will be
At home on me

También hubo el accidente de la carretera nacional 9 a finales del verano de 1993, justo antes de que empezaran la enseñanza secundaria. Nathalie Legendre, madre, de treinta y dos años, perdió el control de su coche y chocó contra un plátano, y sus dos hijos, de nueve y once años, que jugaban en el equipo juvenil del club de fútbol de Saint-Auch, murieron en el acto.

Por alguna razón desconocida, el mayor no llevaba puesto el cinturón de seguridad y uno de los gendarmes presentes en el lugar del accidente contó en el bar local que el cuerpo del chico salió despedido por el parabrisas y aterrizó en un campo a quince metros del coche, con la columna vertebral rota. El chaval estaba literalmente doblado por la mitad, con la cabeza encajada entre las tibias y el cráneo destrozado. El otro murió por lesiones de desaceleración: en el momento del impacto, su corazón se desplazó a la parte delantera de la caja torácica, mientras que la aorta quedó pegada al espinazo.

Una carnicería, según el agente.

Alex, Mehdi, Max y Thomas se reunieron unos días más tarde junto a la torre de agua, después de recorrer la nacional 9 en bicicleta para ver el lugar del accidente, donde se había depositado una corona de flores. Se marchitaría con el tiempo, y pronto sería sustituida por un ramo de plástico, que a su vez acabaría perdiendo el color.

También había algunos dibujos y palabras escritas por los familiares, por los compañeros de clase de los chicos (llevaron la mayoría al cementerio para colocarlos sobre la tumba), y los cuatro amigos pasaron las manos en silencio por la corteza del plátano a la altura del choque —recordarían el olor a savia verde de la madera desgarrada, pegado a sus dedos.

En cuanto a la madre, tras convalecer largos meses en un sanatorio, pasaría unos años yendo a diario a ocuparse de las pequeñas estelas. Se divorciaría del padre de los niños. Su matrimonio ya estaba en crisis antes, y él nunca le perdonaría que la mañana del accidente ella se tomara dos comprimidos de prazepam contra la ansiedad, a pesar de que tenía que llevar a los niños al colegio y sabía que el tratamiento le producía somnolencia. Ella se uniría a un grupo de estudio de la Biblia organizado por los Testigos de Jehová, que llamaron a su puerta una mañana, se casaría con uno de ellos, un vendedor de electrodomésticos, y se marcharía de Saint-Auch para no volver a poner un pie allí, ni siquiera para limpiar las tumbas de los niños.

Aquel día, en el depósito de agua, mientras encendían unos Vogue mentolados, extraídos del paquete que Maximilien había robado a su madre, Mehdi, a quien acababan de operar para corregirle las orejas de soplillo, y que aún llevaba un vendaje alrededor de la cabeza, les confió que la muerte de los hijos de los Legendre le había afectado, aunque solo los conocía de vista.

Él y Max jugaban también en el club de Saint-Auch, solían cruzarse con ellos en el campo, aunque sin prestarles nunca especial atención —no eran más que unos críos, cinco años más jóvenes que ellos—, y los veían reunirse con su madre en el aparcamiento después del entrenamiento.

Mehdi sabía antes de ese accidente que la muerte podía acaecer a los niños, que, *en ese mismo momento*, en alguna parte, acababa de sobrevenir a unos críos. En 1993, por iniciativa del Ministerio de Sanidad, cada alumno de los setenta y cuatro mil centros educativos franceses llevó a la escuela un kilo de arroz para los somalíes que sufrían hambruna a causa de la guerra. En el telediario, descubrieron con asombro la existencia de esos niños esqueléticos, con enormes barrigas y la mirada alucinada por el hambre, que ni siquiera tenían fuerzas para espantar las moscas que se les pegaban a los párpados o las comisuras de los labios. Aunque sabían que eran niños de verdad, algo en su interior se resistía a reconocerlos como sus semejantes.

Oían hablar de Chechenia, de Sarajevo, de Ruanda y de la guerra civil de Argelia —los niños víctimas de las balas, los atentados y los machetazos—, pero todo aquello pertenecía a una realidad distinta de la suya, una realidad que no los amenazaba. No residían en esas zonas de conflicto, no conocían a nadie que viviera allí, y no tenían más que una reducida, estrecha conciencia del mundo que habitaban, de lo que podía unirlos a territorios a veces separados por miles de kilómetros. Por terribles que fueran los acontecimientos, solo los perturbaban con su irrupción en la televisión a la hora de la cena.

Por supuesto, nunca se podía descartar un accidente, algo tan estúpido como cruzar la carretera trotando tras una pelota y que te atropellara un coche, o ahogarte en una piscina mientras tus padres estaban fuera, o aceptar que un tipo te acompañara y acabar enterrado en un recóndito rincón de un bosque sin que nadie te encontrara jamás. Las noticias de la televisión estaban llenas de historias de ese tipo, desde luego mucho más cercanas, sobre las

que sus padres y sus madres los advertían a menudo, pero Mehdi nunca creyó posible que pudiera ocurrir aquí y ahora, que pudiera sucederles a *ellos*.

La tragedia de los hijos de los Legendre fue la primera vez que la muerte se inmiscuyó de forma tangible en su existencia, con todo su poder y su incongruencia. En cierto modo, también con su belleza: los dos hermanos permanecerían para siempre en su recuerdo como aquellos chiquillos con pantalones cortos azules y camiseta del club de fútbol de Saint-Auch que corrían hacia su madre por la hierba recién cortada del estadio, mientras que ellos crecerían, dejarían a sus padres, fundarían una familia y aprenderían a su vez lo que significan la desilusión y la renuncia.

—Nada volverá a ser lo mismo —añadió Mehdi.

Alex, Max y Thomas asintieron y exhalaron una bocanada de humo mentolado.

Aún no sabían nada de las muertes que se avecinaban.

Otros elementos más triviales matizaron el retrato de su niñez, arrojando una luz más mortecina que acentuaba las sombras, dejaba al descubierto los defectos y revelaba las falsificaciones.

Cierto número de parejas instaladas en Saint-Auch en los años ochenta para fundar una familia se divorciaron unos años más tarde. Las casas se vendieron y se revendieron. El padre de Thomas hizo las maletas de la noche a la mañana y se fue a vivir a la ciudad con una estudiante que conoció en el gimnasio adonde acudía tres veces por semana al salir de la oficina.

La lluvia ácida y el humo de la ciudad habían depositado unos chorretones oscuros bajo los alféizares de las ventanas. El musgo verdoso se había extendido por los tejados y a la sombra de los

canalones de PVC. El césped, que antes era de un verde suave, se había vuelto amarillo en algunas zonas y estaba invadido por tréboles y dientes de león.

En 1988, el señor Perrin, profesor de la escuela primaria de Saint-Auch, abandonó su puesto de trabajo a mitad de curso y corrió la voz de que habría realizado tocamientos a varios de sus alumnos, pero el asunto pasó casi desapercibido entre sus conciudadanos, apenas sorprendidos de que simplemente lo trasladaran a otra escuela en otra región.

En otoño de 1990, a la madre de Alexandre le diagnosticaron un tumor en el pecho derecho y se sometió a una doble mastectomía seguida de quimioterapia. Para ocultar la pérdida de cabello, llevó un pañuelo en la cabeza durante más de un año. Cuando volvió de nuevo a esperarlo a la puerta del colegio, a Alex lo avergonzó que sus compañeros pudieran verla, y pidió en casa que lo dejaran coger el autobús escolar.

Ese mismo año, su perra Dolly, un cruce de labrador de nueve años, ingirió veneno para ratas que el padre de Alex había esparcido junto al contenedor de basura. Empezó a vomitar sangre («es una hemorragia interna —dijo el veterinario—, se está licuando por dentro») y tuvieron que sacrificarla para acabar con su sufrimiento. Enterraron a la perra al fondo del jardín. Alex y su hermana Camille hicieron una cruz con dos trozos de madera unidos con rafia y pintaron unos guijarros, que colocaron a modo de estela sobre el pequeño montículo de tierra recién removida.

Muchos otros animales domésticos habían muerto en Saint-Auch a lo largo de los años: de viejos, o enfermos, atropellados por un coche, olvidados en una jaula a pleno sol, también enterrados al fondo de un jardín o junto a un huerto. De los que fueron queridos, se guardaría un recuerdo frágil y dulce que desaparecería enseguida,

como desaparecería la ubicación exacta de las pequeñas tumbas que la hierba no tardaría en cubrir.

El enlucido rosa melocotón de las fachadas se había agrietado, al igual que las losas de las terrazas. Las casas, que eran nuevas diez o quince años antes, tenían ahora un aspecto penoso. Fue necesario invertir en pequeñas obras de mantenimiento y renovación. Algunos de los setos de tuyas se habían secado, y hubo que aguantar sus feas siluetas marrones durante un tiempo para evitar las vistas al jardín contiguo. Finalmente, se decidió serrar los troncos e instalar unas mallas de ocultación de madera o de plástico color verde bosque.

Las discusiones estallaban tras las ventanas, en la intimidad de los dormitorios, a veces desbordaban y llegaban hasta las puertas o los jardines. Gritos, insultos, platos rotos, llantos. En algún lugar chillaba un niño, golpeaban a un perro.

Fabienne Vidal, cuyo marido tenía fama de violento, salió de su casa una mañana en camisón, subió la calle tambaleándose con el gancho de una percha metálica clavado en la espalda y se desplomó en un parterre lleno de flores antes de que una vecina acudiera en su ayuda. Nadie se sorprendió de que no presentara cargos y pidiera que la llevaran de vuelta a su domicilio. Se aceptaba que uno no se inmiscuyera en lo que ocurría en las casas de los demás. Cada hogar obedecía a leyes secretas e impenetrables.

Los padres de Max habían dejado de quererse. Al menos, eso le anunció su madre un día en tono serio, tumbada en el gran sofá de cuero color crema del salón, vestida con un pijama de seda, un Vogue en una mano y en la otra un vaso de vodka, en el que se reflejaban las luces del televisor encendido con el volumen quitado.

—Si es que alguna vez nos quisimos —añadió tras un silencio—. Pero eso también es la pareja, ¿sabes, Maximilien? Decidir juntos que estamos enamorados, que queremos formar una familia, que tener hijos nos hará más fuertes, nos unirá más todavía, que moriremos menos solos... Todas esas tonterías. Pronto lo entenderás.

Él tenía entonces doce años, y ella estaba borracha, con una de esas borracheras que él aprendería a reconocer, que la empujaban a querer decir *su* verdad acerca de todo y todos —como aquella Nochevieja en familia en la que levantó una copa para brindar por el «patético cabrón de su marido» sentado frente a ella— antes de desplomarse y guardar cama durante cuarenta y ocho horas, noqueada por los somníferos o los ansiolíticos.

Pero sus padres no se separaron y siguieron viviendo juntos, ocupando su padre una de las tres habitaciones de invitados porque, según admitía su madre, ambos estaban demasiado *desilusionados* como para tener el valor de construir otra vida.

Una fuerza ominosa obró en secreto, sin que fuera posible precisar el origen —puede que existiera desde tiempos inmemoriales, como esos manantiales profundos que a veces surgen de entrañas freáticas, de limos primordiales—, un veneno lento inoculado a las calles, avenidas, callejones y urbanizaciones, una de esas enfermedades silenciosas que te roen por dentro mucho antes de que notes los primeros síntomas y ya sea demasiado tarde, algo que se afanaba en destruir lo que habían construido a costa de innumerables sacrificios, las casas que habían levantado de la nada pero también las familias que habían concebido allí.

2

Les Acacias fue uno de los primeros complejos residenciales construidos en Saint-Auch a principios de los años setenta, basado en un modelo de viviendas similares y contiguas: adosados de dos niveles con cuatro habitaciones, cocina, salón, comedor y trastero en la planta baja, y tres dormitorios pequeños y un cuarto de baño en el piso superior.

En la parte trasera, un jardín de unas decenas de metros cuadrados permitía tender la ropa, poner una caseta, una piscina hinchable o plantar unas tomateras, así como dos rosales y una forsitia cuya floración alegraría un poco el final del invierno. Veinte años después, las casas parecían viejas y las familias eran en su mayoría modestas.

Ahí vivía la familia de Mehdi, cuyo padre, Yusef, activista de izquierdas, se vio obligado a abandonar Marruecos en 1972, poco después del fallido intento de golpe de Estado de Sjirat y las posteriores detenciones masivas de simpatizantes. Al principio trabajó en la construcción para un conocido de su hermano, antes de crear su propia empresa unos diez años más tarde. Su esposa Munia y su primer hijo, Abdelkader, que entonces tenía seis años, se unieron a él en 1976 en virtud del decreto de reagrupación familiar. Mehdi nació cuatro años después y Nur, la menor, en 1989.

En aquella época, los Belkacem eran la única familia magrebí de Saint-Auch, mucho antes de que se implantara en todos los ayuntamientos la obligación de contar con una proporción mínima de

viviendas sociales. La mayoría de ellos vivían en aglomeraciones suburbiales en los barrios de Mirail, Izards y Empalot de Toulouse, de las que les sería tan difícil escapar.

Para Yusef Belkacem, vivir en Saint-Auch, en Les Acacias, era a la vez un signo de superación y una revancha social. Sabía los sacrificios que había hecho para llegar hasta allí y sentirse integrado. También se esforzó en borrar todo rastro de su acento fasí. No solo trabajó cinco años para un patrón, François Daumas, que siempre lo llamó Joseph —decía que era incapaz de recordar su nombre, algo que hacía mucha gracia a sus otros empleados—, sino que lo hizo de buena gana, sin protestar nunca, y también se reía con ellos de los chistes constantes sobre la circuncisión, los eructos al final de las comidas y los velos de las mujeres musulmanas.

Un día, él y Munia se toparon en la fiesta del pueblo con Daumas, que exclamó:

—¿Qué, Joseph, sacando de paseo a la *smala*?

Yusef vio el asombro en los ojos de su mujer y sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Sin embargo, se rio al estrechar la mano de su jefe, pero cuando se alejaron, Munia le dijo en voz baja para que no la oyera Abdel:

—¿Cómo puedes dejar que te llame así?

—Vamos —respondió Yusef—, no le des tanta importancia, por favor, es solo una broma.

—¡Qué humillación! —susurró Munia en árabe—. ¡Dios mío, qué humillación!

Según Daumas, «Joseph» era un buen tipo, un trabajador ejemplar, nada que ver con esos moros de Mirail ni con los islamistas del GIA que, unos años después, tomarían como rehenes a doscientos veinte pasajeros en un vuelo Argel-París o pondrían bombas en el RER. De hecho, nunca se lo había visto rezar, lo cual

era buena señal, y nunca rechazaba una cerveza. Trabajó hasta romperse la espalda —a los cincuenta años lo operarían de tres hernias discales que lo dejarían cojo para el resto de su vida—, convencido de que tenía que ser más trabajador y meritorio que los demás.

Yusef aceptó pagar a tocateja el precio de su integración. A pesar de todo aquello, para la mayoría de los habitantes de Saint-Auch, los Belkacem seguían siendo lo que entre ellos se conocía como los «árabes locales», los «marroquíes», aceptados sin mayores problemas en la comunidad, a cuyos hijos invitaban a los cumpleaños (¿acaso sus propios hijos e hijas no llevaban chapas o pegatinas de *Stop racismo* en las correas de sus mochilas escolares, prueba de su apertura mental y la de sus padres?), pero nunca llegarían a formar parte de su mundo. Algo se les resistiría siempre, impidiéndoles penetrar en ese otro corazón secreto y legítimo.

Los Belkacem educaron a sus hijos inculcándoles el sentido del trabajo duro y la abnegación que creían necesarios para su emancipación. Su firme deseo era que superasen su éxito y trascendieran su condición, y Mehdi se convenció desde muy joven de que tenía que ser, para ellos más que para sí mismo, un alumno concienzudo, si no ejemplar. De todos los chicos de la pandilla, fue durante mucho tiempo el que mejor supo conciliar una total falta de interés por el futuro —todos sabían que estaban condenados a reproducir más o menos la misma vida que sus padres— con una educación estudiosa.

Sin embargo, y sin que su padre y su madre fueran conscientes de ello, esas esperanzas les parecían desproporcionadas a sus hijos. Involuntariamente, les infundieron, no el desprecio por los esfuerzos y sacrificios que habían aceptado más o menos voluntariamente,

sino una forma de renuncia, de laxitud antes de tiempo, la certeza de que no lo harían mejor que sus padres, de que el peso de sus expectativas era inasumible, y una conciencia aguda y precoz de su condición de vástagos de «segunda generación».

Aspiraban a algo mejor, sabiendo que ese «algo mejor» sería imposible o más costoso que los logros relativos de sus padres, por la única razón —Mehdi había llegado a esta conclusión el año en que ingresó en el instituto— de que el mundo del otro lado, *sencillamente, no quería* que lo consiguieran.

Esa resistencia, ese rechazo, podía adoptar muchas formas, pensaba Mehdi, pero en otoño de 1993 se le presentó bajo la forma de Brice Lagarde, una bestia enorme tres años mayor que él.

Lagarde era uno de esos chicos que solo pueden existir humillando y acosando a los demás, que merodean por los pasillos desde los primeros días de clase hasta el final del curso escolar en busca de un chivo expiatorio al que no soltarán y con el que se encarnizarán como un perro con un hueso.

Se fijó en Mehdi, y se lo hizo saber lanzándole un gran escupitajo en la cabeza desde el balcón del primer piso que daba a la entrada del instituto Melville. Mehdi nunca olvidaría la vergüenza que lo invadió aquella mañana, justo antes de que sonara el timbre del comienzo de las clases. El vestíbulo estaba abarrotado de alumnos que franqueaban puertas y charlaban en un bullicio ensordecedor, camino de sus respectivas aulas.

Algunos ya habían subido al primer piso y un puñado se apoyaba en la balaustrada para observar desde arriba a sus compañeros. Mehdi estaba ese año en la misma clase que Alexandre y los dos amigos acababan de entrar en el vestíbulo hacía un momento. Alex tenía que ir a secretaría a entregar el cheque que le había dado su

madre para pagar el comedor; Mehdi se quedó solo esperando en medio de pequeños grupos de estudiantes. Probablemente por eso Brice Lagarde se fijó en él. Mehdi se había topado con él dos o tres veces desde el primer día de clase, acompañado por Jonathan Seilhac —un tonto de remate gruñón al que Brice no dudaba en molestar y humillar cuando no tenía otra víctima a la que acosar—, pero había evitado cruzarse con su mirada.

Ambos habían repetido varios cursos a lo largo de sus estudios, lo que explicaba por qué seguían rondando por los pasillos del instituto, y para muchos resultaba un misterio que no los hubieran orientado a una formación profesional. Parecían estar allí para cumplir con algún porcentaje al que estuviera obligado el centro, y el director, el señor Lapeyrat, los días que decidía apostarse en la entrada antes del comienzo de las clases, constataba su presencia con un: «Anda, aquí están los casos perdidos». Si se los cruzaba por un pasillo, ponía los ojos en blanco como si se hubiera tropezado con un viejo mueble que desentonaba con la decoración y que él había pedido que retiraran en repetidas ocasiones, sin conseguirlo.

Dondequiera que estuvieran, Lagarde y Seilhac ocupaban el espacio con una indolencia amenazante, tirados contra una pared, en un banco o sobre el manillar de sus escúteres, mirando con odio a cualquiera que se les acercara, listos para la bronca, y la soledad de otro chico, sobre todo si era más joven y vulnerable, era para ellos la promesa de una presa fácil.

En un primer momento, Mehdi sintió algo caliente en la parte superior del cráneo, pero nunca se le pasó por la cabeza la idea de que alguien pudiera haberle escupido. No podía imaginar que algo así sucediera en el instituto. Había superado sin demasiadas dificultades los años de la enseñanza secundaria obligatoria, que,

como todo el mundo sabe, son los más atroces, los años en los que se desencadenan la estupidez y la violencia adolescentes.

No es que los otros chicos no se hubieran metido con él —¿quién se libraba?—, desde la escuela primaria se burlaban de él por sus orejas de soplillo. Dumbo era uno de sus apodos, y le preguntaban si la televisión por satélite le salía gratis. Mehdi rogó a sus padres que lo dejaran operarse antes de ir al instituto, a lo que finalmente accedieron tras intentar disuadirlo.

Como era de esperar, también lo trataban de «puto moro», y algunos de sus compañeros, repitiendo lo que oían en casa a la hora de la cena, lo invitaban a «volver a su país». Aunque el racismo de sus padres aún no estaba a flor de piel —nadie confesaba a quién votaba, las discusiones políticas se limitaban al círculo de amigos íntimos, del ámbito familiar—, tras una aparente armonía, una aparente «apertura de miras», muchos de ellos estaban firmemente decididos a defender lo que habían adquirido y de lo que temían ser despojados, en particular por todos los que no fueran *ellos*, es decir, moldeados a su imagen y semejanza.

Sin embargo, Mehdi tenía a su alrededor, en la misma clase, a sus mejores amigos, Max, Alex y Tom, que casi nunca se separaban de él. El grupo se había constituido, con toda naturalidad, en un baluarte contra la maldad de los otros niños. Mehdi estaba convencido de que hasta entonces se las había arreglado bastante bien —lo peor, él aún no lo sabía, estaba por llegar— y creía que el instituto iba a ser la garantía de una madurez y una libertad nuevas, de un respeto mutuo entre el alumnado. Un territorio seguro.

Solo cuando se llevó la mano a la cabeza y sintió entre los dedos la textura del denso gargajo en su pelo, se dio cuenta de lo que acababa de suceder. La sangre le recorrió todo el cuerpo, de la

cabeza a los pies, y la mano se le quedó entumecida al llevar ante sus ojos el pequeño grumo de mucosidad blanca que se sacudió inmediatamente y que acabó aterrizando a sus pies. Cerca de él, estallaron unas risotadas. Levantó la vista y vio a cuatro alumnos de otra clase mirándolo fijamente, dudando entre la hilaridad y el asco. Asomándose a la barandilla, Brice Lagarde y Jonathan Seilhac se deleitaban con el espectáculo. Todos esperaban su reacción, pero Mehdi sintió que le flojeaban las piernas y no encontró nada mejor que hacer que limpiarse los dedos en los pantalones, lo que provocó un nuevo clamor entre el alumnado y una expresión de colmada satisfacción por parte de los dos matones del piso superior.

Sin duda, si hubiera subido a intentar partirle la cara a uno de ellos —y no importaba si a cambio lo hubieran noqueado— o si simplemente los hubiera amenazado o hubiera ido a quejarse a un asistente educativo o a la jefa de estudios, Lagarde y Seilhac se lo habrían pensado dos veces. Pero, para ellos, esa inmovilidad y ese mutismo tenían el valor de una sumisión incuestionable. Mehdi comprendió que acababa de darles un cheque en blanco para que lo destruyeran. Cuando se alejó de la barandilla para volver a su clase, Brice lo señaló como diciendo: «te tengo fichado».

Las semanas y meses siguientes dieron la razón a Mehdi. Lagarde y su compinche no lo dejaron en paz. Al principio, se conformaron con seguir escupiéndole. Mehdi llevaba paquetes de pañuelos de papel en la mochila para limpiarse los esputos y media pastilla de jabón envuelta en papel de aluminio para lavarse la cara y las manos. El olor nauseabundo de su saliva se volvió familiar. Un día, Brice lo agarró por la cara, lo obligó a separar las mandíbulas y le echó en la boca un gargajo extraído del fondo de sus fosas nasales,

aspirando ruidosamente. Obligó a Mehdi a tragar taponándole la nariz y presionándole la boca con una mano.

—Traga, escoria —dijo.

Mehdi pasó un buen rato vomitando en los aseos de la escuela. Se enjabonó la lengua en uno de los lavabos, vigilando la puerta y rezando para que nadie lo pillara. Llegó más de veinte minutos tarde a clase de Matemáticas, con los labios en carne viva y la boca apestando a lavanda química.

A los escupitajos siguieron las bofetadas, las collejas y las zancadillas. Desde su operación, Mehdi sufría de una sensibilidad exacerbada en las orejas. Rozarlas al ponerse una sudadera demasiado rápido podía hacerlo gritar. Cuando se dieron cuenta, Lagarde y Seilhac se dedicaron a sacudirle con fuerza en las orejas, por sorpresa, dejándolo medio sordo y temblando de dolor. No perdían ocasión de darle un empujón con el hombro que lo dejaba tambaleando, o de cruzarse en su camino para hacerlo dar un traspié, o le ponían la zancadilla, solo por el gusto de verlo desplomarse.

Muchas veces, Mehdi se cayó de bruces en el embaldosado de los pasillos de la escuela o en el asfalto del patio de recreo. Los hematomas en las palmas de las manos, las rodillas y las espinillas le duraban semanas, de forma que tenía que ocultarlos o mentir sobre su origen. El acoso que le infligieron Brice y su cómplice lo mortificaba mucho más de lo que le afectaba físicamente.

La idea de tener que confesar lo que estaba padeciendo le repugnaba. Temía que su vergüenza fuera contagiosa, que las personas a quienes se confiara lo vieran de pronto desde otra perspectiva, como un ser débil y sumiso, despreciado y por tanto despreciable —¿quién querría a un amigo así, un hijo así?—, que también ellos se sintieran vejados y se preguntaran cómo había

podido aceptar semejante situación. ¿No era su resignación, su incapacidad para defenderse, su cobardía lo que lo llevaba a consentir? Su madre les había contado mil veces la historia de Daumas, el antiguo patrón de su padre que, para burlarse de él, le había puesto un nombre francés. Y él sin decir ni mu, ahí quieto, sin abrir la boca, repetía ella quince años después. No, Mehdi no podía ni imaginarse decir a sus padres lo que le estaba pasando.

Le parecía que había una prolongación natural entre la afrenta que había sufrido su padre y las que él mismo tenía que soportar, que era la manifestación de una misma voluntad tortuosa, no solo de Daumas, Lagarde, Seilhac o tantos otros —en cierto modo solo eran síntomas o ejecutores—, sino de toda esa comunidad que pretendía recordarles que nunca formarían parte de ella como los demás.

Empezó a sentir un miedo visceral a Brice en particular —sin quien, seguramente, Seilhac solo habría representado una amenaza muy relativa—, un miedo constante, que lo mantenía despierto por la noche cuando no lo perseguía en sueños y le asestaba un puñetazo en el vientre en cuanto se despertaba y abría los ojos a la realidad. Siempre que salía de casa, se le hacía un nudo en el estómago y pasaba la mayor parte del tiempo ideando estrategias inútiles para evitar cruzarse en el camino con los dos torturadores, o imaginando cómo podría haberse vengado de ellos si hubiera tenido la fuerza y el valor necesarios.

Afloró una nueva sensación, que Mehdi había ignorado hasta entonces, pero que, sin embargo, se desplegó en su interior como si estuviera preparado para acogerla desde hacía mucho tiempo: un odio definitivo y total hacia Brice Lagarde y todo lo que él representaba. Un odio que se había solidificado en algún lugar de su pecho, como un nuevo órgano cuya presencia y peso podía notar

constantemente, una nueva glándula que, con paciencia y constancia, vertía hiel en sus venas.

En esa misma época, Thomas, al que también apodaban Límulo, les propuso fumar hierba. Se la compraba a Stéphane Lévignac que, cada verano, cultivaba varias plantas de Indian Kush en el fondo del jardín de sus padres, en el recinto donde tenía dos grandes tortugas de Hermann que, según decía, eran centenarias. A finales de julio, los dos reptiles dormían a la intemperie, con el cuello y las patas estirados, la cabeza desparramada por el suelo, amodorrados por los vapores de la resina y las hojas que recolectaban para saciar su hambre a falta de algo mejor, ya que los Lévignac solían olvidarse de alimentarlos.

A Stéphane le caía bien Tom y a menudo le regalaba unos cogollos o se los vendía a precio de ganga, de manera que al chico le llegaba el dinero de la paga para comprar unos cuantos al mes. El resto del tiempo, consumían «chocolate», comprado a los adolescentes mayores de Saint-Auch, y guardaban las piedras en el fondo de sus paquetes de cigarrillos. A los muchachos de la pandilla les gustaba fumar un porro o dos y, una vez «colocados», tumbarse en la cubierta de fibrocemento de una marquesina o en uno de los viejos sofás que habían instalado en los antiguos invernaderos y ponerse a escuchar uno de los éxitos que sonaban en un radiocasete de pilas: *Under the Bridge* de los Red Hot Chili Peppers, *Rape Me* de Nirvana o *Wind of Change* de los Scorpions. También adquirieron el hábito de fumar en el instituto a la hora del almuerzo o cuando tenían una hora libre. Las clases que seguían parecían pasar con un velo insensible y reconfortante.

Se «colocaban» viendo las películas de terror que alquilaban en el videoclub VIP los miércoles o los sábados por la tarde, después de pasar horas mirando las carátulas de las cintas VHS y debatiendo acaloradamente sobre cuáles elegirían ver o volver a ver, la mayoría de las veces en casa de Max o Alex, porque tenían un televisor y un vídeo en su dormitorio y a sus padres les importaba un bledo lo que vieran.

Durante sus años de primaria y su primer año de bachillerato, vieron cientos de películas terroríficas de los ochenta: *Pesadilla en Elm Street* de Wes Craven, *Halloween* y *La cosa* de John Carpenter, *Viernes 13* de Sean S. Cunningham, *Videodrome*, *Inseparables* y *La mosca* de David Cronenberg, las películas de zombis de George A. Romero u *Holocausto caníbal* de Ruggero Deodato. Hasta se tragaron los «mondos» de Conan Le Cilaire, *Caras de la muerte*, una recopilación de escenas *gore* pseudodocumentales. Julien Santoro, uno de sus compañeros de tercer curso, vomitó en la maceta de un ficus que la madre de Max tenía en el salón al ver una de estas películas, y le hicieron jurar que no se lo contaría a sus padres cuando pidió que lo dejaran volver a casa, pálido y blanco como el papel.

Más allá de la emoción, había algo que los fascinaba de la representación del horror, que no tenía que ver con la singularidad de cada una de estas películas sino con lo que todas tenían en común: la firme voluntad de enunciar una verdad, de materializar y trascender los miedos de una época. No equiparaban *El resplandor*, *La matanza de Texas* o *Halloween*, cuya carga subversiva y belleza formal intuían, con *Braindead: Tu madre se ha comido a mi perro*, *Hellraiser* o *Posesión infernal*, que consideraban como clásicas y con las que disfrutaban lo mismo o más, pero, intuitivamente, les parecía que ese cine hablaba de su existencia, del malestar que sentían sin

llegar a nombrarlo. El terror daba forma a su indiferencia frente al mundo, a su propia extrañeza, a su total carencia de perspectivas, pero también a sus deseos más profundos.

Cuando veían esas películas y las comentaban drogados, les resultaba aún más fácil comprenderlas. Les transmitían un mensaje que habrían sido incapaces de articular pero que los conmovía, dejándoles impresiones duraderas, imágenes remanentes, sombras que poblaban el trasfondo de su adolescencia.

Como todo el mundo, Maximilien recordaba la primera vez que vio a los gemelos Cathala. Fue en el aparcamiento de autobuses del instituto Melville, la mañana del comienzo de curso, una mañana triste y lluviosa. El verano decidió decir adiós de repente, y ocurrió lo mismo que otros años: los días se acortaron sin previo aviso, la gente renunció a cenar en las terrazas, el mundo se hundió en una melancolía gris que no desaparecería hasta los primeros fríos del invierno y la lejana promesa de las vacaciones de Navidad.

La familia Cathala no vivía en Saint-Auch, y Marie y Anthony no habían ido al mismo colegio que Max. El instituto Melville acogía a alumnos procedentes de tres centros de la zona. Puede que Max se los encontrara con su madre en un pasillo de un hipermercado, durante una de esas compras de los sábados, o en una fiesta de pueblo una tarde de junio, pero no se acordaba, y sus vidas habían transcurrido hasta entonces en dos universos paralelos, indiferentes entre sí, algo que pronto le parecería tan extraordinario que llegó a querer saberlo todo sobre los Cathala: cómo había transcurrido su infancia, qué había moldeado sus gustos, forjado sus caracteres, y de qué manera habían llegado a convertirse en aquellos adolescentes.

En cuanto los vio cruzar el aparcamiento de camino al instituto, Max supo que quería hacerse su amigo. Marie y Anthony eran muy morenos y tenían unos ojos azules extrañamente claros. La verdad es que eran guapísimos y, al verlos abrirse paso entre la multitud ordinaria de estudiantes agolpados a las puertas, se dio cuenta de que habían crecido con la conciencia, si no la certeza, de su superioridad física. Todo en ellos destilaba seguridad, una especie de arrogancia desenvuelta. No temían ser vistos ni llamar la atención, y no les importaba lo que la gente pensara de ellos, o tal vez estaban convencidos de que la gente solo podía envidiarlos, desear su compañía, soñar en secreto con *ser* ellos.

La mayor parte del tiempo mantenían las distancias entre sí, rodeado cada uno de un grupo de amigos íntimos y adláteres, pero les bastaba con intercambiar una mirada de punta a punta del patio del recreo o del comedor para que se viera hasta qué punto estaban unidos y eran cómplices, solidarios entre sí.

Hablaban en voz alta, eran descarados, les gustaba llamar la atención y despreciaban la autoridad. Su carisma les granjeaba la indulgencia y a menudo la complacencia de asistentes educativos y profesores. Incluso la señora Sabardens, la jefa de estudios, una lesbiana huraña, tiesa como un palo, que odiaba a los chicos y había decidido emprender una cruzada contra ellos, daba muestras de una paciencia desmesurada con Anthony y de un descarado favoritismo con Marie. Los adultos también eran sensibles a la belleza de los gemelos, que ejercía sobre ellos un poder mágico. Sin embargo, su instrucción era mediocre y sus notas apenas superaban la media. Sin duda podrían haber sido mejores alumnos si no se hubieran convencido tan pronto de que todo les saldría bien. Su popularidad los hizo perezosos.

En suma, los gemelos Cathala gozaban de una especie de impunidad que no les resultaba sorprendente, que consideraban natural y legítima, pero que también les daba un prestigio añadido a los ojos de los demás muchachos. Parecían intocables.

Con todo, Anthony destacaba en la clase de Educación Física por sus aptitudes. Con dieciséis años, era más alto que la mayoría de los alumnos de su edad, medía un metro ochenta, y corría los cien metros en doce segundos. Destacaba en todos los deportes, era un delantero formidable en fútbol, un potente zaguero en balonmano y jugaba de tercera línea en rugby, donde era capaz de atacar y defender, y nunca eludía el placaje. Tenía una inteligencia innata para el juego y un espíritu de equipo del que carecía en cualquier otro ámbito de la vida. Lo único que quería era ganar, y así fue como Max consiguió hacerse amigo suyo.

En un partido improvisado a la hora de comer, Anthony lo escogió para jugar en su equipo y él remató un balón desde más de veinte metros a la escuadra de la portería en los últimos minutos del partido, dándoles la victoria. Anthony se abalanzó sobre él, le agarró la cara con las dos manos, le besó impetuosamente la frente y a Max le pareció que estaba a punto de arrancarle el cráneo a fuerza de estirárselo. Le pasó un brazo por los hombros y, dirigiéndose a los demás jugadores, gritó y señaló a Max:

—¡Este es mi colega, mi coleguita!

En el terreno de juego, solo se lo veía a él, y a menudo los alumnos que asistían a otra clase de Educación Física o que tenían una hora libre se sentaban en las gradas para verlo en acción. Si hacía buen tiempo, se quitaba la camiseta y se la ataba alrededor de la cabeza como una kufiya para secarse el sudor. Todas las miradas se posaban en su ancha espalda, su pecho blanco, perfectamente

definido, su abdomen de músculos marcados, y en las dos venas azuladas que serpenteaban bajo la piel a lo largo de los oblicuos.

Anthony se afeitaba cada dos días desde los trece años, y sus mejillas estaban siempre sombreadas por una barba incipiente. Un espeso vello cubría sus piernas, formando un remolino perfectamente simétrico detrás de ambos muslos. Una vellosidad negra y brillante emergía del borde de la cintura de su calzoncillo, que él se cuidaba de dejar a la vista, subiendo en línea recta por su bajo vientre y formando un signo de interrogación alrededor del pliegue lívido de su ombligo. Su torso, con dos areolas oblongas y rosadas, enmarcadas por el óvalo de los pectorales, era lampiño, y solo un vello fino recorría la parte baja de su espalda, dejando suponer un culo cubierto por la misma seda.

Las chicas permanecían al acecho, charlaban entre sí, mostrando un interés exagerado por el partido que se estaba jugando.

—Ese tío está tan bueno que acabo igual de mojada que él al final de un partido con solo mirarlo —proclamó Claire Lebrun delante de sus amigas, provocando una salva de risas escandalizadas y ganándose el apodo de Ciprina después de que el señor Sanchez, profesor de Biología, impartiera una lección de educación sexual a su clase.

Los muchachos de las gradas lo contemplaban con disimulo o lo ignoraban ostensiblemente, haciéndose los chulos, increpándose unos a otros para distraer la atención y, entre los jugadores, solo los más atrevidos se aventuraban a quitarse como él la camiseta para exhibir cuerpos más adolescentes. A Anthony todo aquello le daba exactamente igual.

Apenas dos semanas después de empezar el curso, comenzó a salir con Élodie Anglade, una de las mejores amigas de su hermana y una de las chicas más guapas del colegio. Era menuda, rubia de

ojos verdes, con una melena de rizos definidos que le caía hasta media espalda y, durante las pruebas de atletismo, tenía que sostenerse el pecho, demasiado pesado, con un brazo cruzado.

Era natural e implícito que el aspecto físico fuera un criterio de selección, una afinidad electiva, que las amistades solo se entablaran entre alumnos de la misma categoría física, al menos en los dos extremos, es decir, los muy feos y los muy guapos se cooptaban naturalmente, del mismo modo que, en los animales, los individuos de una especie se reconocen y se agrupan porque hablan un mismo lenguaje.

Élodie Anglade y Anthony Cathala se convirtieron en la pareja más popular del instituto, la que todos los alumnos recordarían veinte o treinta años después con los mismos celos que les provocaban una punzada en el estómago cuando los veían cogerse de la mano en el patio, darse un beso en la boca a la salida del centro o cuando descubrían uno de los chupetones que llevaban en el cuello uno u otra, alternativamente, durante semanas enteras, sello de su mutua pertenencia.

Imaginaban lo que debía de *sentirse* siendo el uno o la otra, la una *con* el otro, qué se dirían —un misterio, ya que no estaban en la misma clase, no compartían intereses ni amigos comunes a excepción de Marie—, pero lo que ocupaba secretamente sus pensamientos, lo que todos querían saber más que nada en el mundo, era si ya estaban follando. Lo contrario parecía imposible, ya que Élodie y Anthony daban muestras de una madurez física y una sensualidad tales que parecían juntarse solo para devorarse la lengua mutuamente dos o tres veces al día con una regularidad infalible, como si estuvieran cumpliendo con un deber, ciertamente agradable, pero que formaba parte de su papel de iconos del instituto Melville, como si la única razón de existir de su pareja fuera

perfeccionar esa imagen que daban ante los demás. Luego se separaban para volver a sus respectivas ocupaciones con la satisfacción del trabajo bien hecho, seguros de haber cumplido las expectativas de su público.

Mehdi fue el primero de la pandilla en conocer a Lena Mancini, una mañana, a finales de otoño, en 1994.

Les Acacias era la tercera parada del trayecto del autobús escolar y, aquel año, solo otro chico de ese barrio, Jean-Philippe Cazaux, iba a su mismo instituto pero a un curso superior. Era uno de esos alumnos ejemplares, casi demasiado, siempre inmerso en repasos misteriosos o en la lectura —aunque no fuera obligatoria— de novelas demasiado serias para su edad, uno de esos críos que viven la infancia como un purgatorio cuyo final esperan con resignación, que no se sienten cómodos con otros niños y prefieren la compañía de los adultos. Así que él y Mehdi no tenían nada que decirse, y la mayor parte del tiempo se limitaban a saludarse y a esperar el autobús en silencio.

Cuando Mehdi salió al amanecer, aquella mañana, su aliento blanqueaba el aire frío y las capas de niebla empañaban la luz de las farolas. Se dirigió hacia la marquesina del autobús y distinguió una silueta desconocida, que a esas horas solo podía ser la de un nuevo alumno, cosa extraña, dado lo avanzado del curso escolar.

La figura llevaba una vieja sudadera de *Ride the Lightning* demasiado grande, con la capucha puesta, y él comprendió que era una chica solo cuando estuvo lo bastante cerca como para oír su voz. Jean-Philippe Cazaux se mantenía a cierta distancia, y se esforzaba por seguir leyendo *Guerra y paz* a la luz de una farola que

pronto se apagaría, pero Lena le hablaba como si se tratase de cualquier otro chaval de su edad:

—Vivíamos en la ciudad, así que tenía a mis amigos muy cerca, ya sabes, siempre había algo que hacer. Aquí os aburrís bastante, ¿no?

Jean-Philippe lanzó a Mehdi una mirada de conejo atrapado por los faros de un coche y volvió a sumergirse en el grueso volumen que tenía en la mano como si la situación ya no lo atañera. Era algo que Mehdi aprendería acerca de Lena: trataba a todos por igual y prestaba a cada persona la misma atención.

Tenía una férula en la muñeca derecha y le tendió la mano izquierda. Mehdi, desconcertado, la estrechó con torpeza, agarrando solo las yemas de los dedos.

—Me llamo Magdalena. Sí, lo sé, es horrible, gracias, prefiero Lena. ¿Y tú?

—Mehdi.

Se quitó la capucha. El pelo oscuro le caía a capas sobre los hombros, con las puntas decoloradas y nuevamente teñidas de rosa. Llevaba *piercings* en las orejas, aros de plata y unas pequeñas púas de metal negro que atravesaban sendos lóbulos y el tragus derecho. Sus ojos verdes estaban maquillados con kohl. Mehdi nunca había visto a una adolescente de su edad con un aspecto tan increíble.

—De acuerdo, Mehdi —dijo, mascando un chicle de fresa, cuyo olor la envolvía junto con el del tabaco y el perfume masculino Chevignon que llevaba puesto.

Las pulseras de sus muñecas tintinearon cuando se llevó el cigarrillo a los labios y un resplandor rojo iluminó brevemente su rostro.

—¿Quieres una calada?

Él se encogió de hombros y aceptó el cigarrillo que le tendía. El filtro estaba húmedo por la saliva de ella y sabía a fresa, lo que le

produjo una extraña sensación en la mandíbula. Dio dos o tres caladas y se lo devolvió.

—Le cojo los Winston a mi padre —dijo Lena—. Cada seis meses, va a comprar cartones a Andorra, al Pas de la Casa. Puedo revenderte, si quieres.

—¿No se da cuenta?

—No le pido paga, así que creo que bien puede pasarme unos cuantos pitillos para compensar.

Mehdi se dio cuenta de que también tenía un *piercing* en la lengua cuando apoyó la bolita de plata contra sus incisivos.

—¿Eres nueva? —preguntó él tras un silencio.

—Acabo de mudarme aquí con mi madre el fin de semana pasado. Vivimos en el número 12, ¿y tú?

—En el 3. ¿Por qué os habéis mudado?

Lena dio una última calada a su cigarrillo, pellizcó el filtro y lo arrojó de un papirotazo al asfalto, por donde salió disparado, esparciendo briznas de tabaco incandescentes.

—Es complicado. El ex de mi madre es un gilipollas y hemos tenido que largarnos. Prefiero no hablar de ello.

—Vale —dijo Mehdi.

—En cualquier caso, me jode estar aquí. No conozco a nadie.

—Ahora ya conoces a alguien —precisó Mehdi.

—Es verdad —respondió Lena con una gran sonrisa que le hizo palpitar el corazón—. ¿A qué clase vas?

—Primero S2.

—Yo estoy en primero L1 —contestó Lena—. Puede que nos veamos a la hora del almuerzo, o fuera del colegio, ¿no? Podrías enseñarme el barrio.

Mehdi asintió mientras el autobús escolar, un bloque de luz tenue encajado en la noche, surgía al final de la rue des Acacias. Lena

recogió la vieja mochila que tenía a sus pies, cubierta de frases escritas con Tipp-Ex, y cuando se sacó el chicle de fresa y lo pegó en una esquina del muro de cemento de la marquesina, Mehdi supo que estaba señalando con piedra blanca su llegada a Saint-Auch y su irrupción en sus vidas.

El sábado siguiente a su encuentro, Mehdi se presentó en el número 12 de la rue des Acacias. Le abrió la madre de Lena con la cadena de seguridad puesta, de manera que lo único que vio al principio fue un ojo que lo examinaba a través de la rendija de la puerta.

—Hola, soy un amigo de Lena —dijo.

—Un amigo de Lena —repitió sencillamente la madre.

Lo observó un momento y cerró la puerta para quitar la cadena.

—Pasa —dijo.

Mehdi entró y se dio cuenta de que inspeccionaba brevemente la calle antes de cerrar la puerta tras él.

La entrada de la casa era oscura y tenía la misma distribución que la de los Belkacem, pero todavía casi sin muebles. Solo había dos pares de zapatos alineados en el suelo contra la pared, el papel pintado estaba descolorido y en algunos lugares aún quedaban las señales de los marcos que habían estado colgados ahí. Desde donde estaba, Mehdi podía ver cajas de mudanza apiladas en el salón, montones de ropa en el respaldo de un sofá marrón y una televisión encendida con una serie policiaca de primera hora de la tarde.

La casa tenía un olor acre y aromático, mezclado con el de la lejía.

—Llevo una semana quemando salvia para quitar el tufo de los inquilinos anteriores —dijo la madre de Lena como si acabara de leerle el pensamiento—. Apesta a col, ¿no te parece? Eran unos

polacos que debían de pasarse el día comiendo *golabki*. ¿Eres de por aquí?

Notó que hablaba con una ligera torpeza, como si tuviera las mandíbulas entumecidas.

—Sí —contestó Mehdi—, soy del barrio, vivo al final de la calle.

—Que conste que no tengo nada en contra de los polacos, pero este olor a col, Dios mío, no sé cómo voy a librarme de él.

Se dirigió hacia las escaleras.

—¡Lena! —gritó—, ¡tu novio está aquí!

Mehdi se sonrojó.

—No soy su novio —se sintió obligado a aclarar—, solo un amigo.

—Sí —respondió la madre con indiferencia—, estará en la ducha.

—Ya voy —replicó la voz de Lena detrás de la puerta del baño del piso de arriba.

—Ven por aquí —dijo la madre a Mehdi.

Lo agarró por el codo y tiró de él hasta la cocina, donde le señaló una silla. Ahora que podía verla a la luz, Mehdi se dio cuenta de que seguía siendo joven, a pesar de sus rasgos marcados y las ojeras. Debía de rondar la treintena, lo que significaba que había tenido una hija antes de alcanzar la mayoría de edad. Bajo un chaleco de lana holgado, llevaba una camiseta blanca sin mangas por la que asomaban los tirantes del sujetador y, en el pecho izquierdo, el nombre tatuado de su hija: Magdalena.

—¿Quieres un café?

—No, gracias —contestó Mehdi.

—Si no, seguro que me queda zumo de naranja en la nevera.

—No se preocupe, estoy bien así, gracias.

Ella se sirvió una taza de café, encendió un Chesterfield en el fuego de la cocina y se sentó frente a Mehdi, dando golpecitos en la

mesa con su paquete de cigarrillos. Mehdi vio que se mordía las uñas.

—Recuérdame tu nombre.

—Mehdi.

—Ah, sí, Mehdi. Yo me llamo Hélène. ¿Quieres uno?

Mehdi dudó un momento. Su madre fingía no saber que sus hijos fumaban y nunca lo habrían hecho delante de ella. Decidió coger uno del paquete y encenderlo con el que le tendió Hélène.

—Me he quedado sin mechero. Siempre me los mangan en el trabajo o los pierdo. ¿Vas al instituto con Lena?

—Sí, pero no a la misma clase.

—Tiene un don para hacerse amigos. A diferencia de mí, ella sabe cómo conocer a gente. A mí se me da fatal lo de la amistad.

Mehdi asintió. Hélène, pensativa, sacudía el filtro del cigarrillo contra su labio inferior.

—¿Te contó por qué nos mudamos aquí? —preguntó ella.

—En realidad, no —respondió Mehdi, incómodo.

Le parecía que el Chesterfield tenía un gusto horrible, y no estaba acostumbrado a permanecer tanto rato en compañía de la madre de uno de sus amigos y tener que entablar conversación con ella. Al contrario, Hélène estaba dispuestísima a charlar y se dirigía a él como había hecho Lena con Jean-Philippe, como si fuera lo más natural del mundo y como si la diferencia de edad no importara.

—Tuvimos que dejar Montauban por culpa de mi ex —dijo Hélène —. Era un auténtico cabrón... Steve, se llamaba. Un tipo guapo, sí, quizá por eso duramos tanto juntos. Era motero. Alto, fuerte, con ojos verdes y un poco salvaje. De tipo gitano, ¿sabes? Pero no era gitano. Bueno, quiero decir que siete años no es ninguna tontería.

Mehdi se revolvió en la silla y miró en dirección a la puerta, esperando que apareciera Lena e interrumpiera a su madre. Al

mismo tiempo, Hélène le parecía atractiva y tenía curiosidad por ver qué derroteros tomaría la conversación ahora que hablaba de su ex. Intentaba no fijarse demasiado en sus pechos, perfilados por la camiseta blanca de tirantes, ni en los pezones apuntando bajo el algodón, ni en los tirantes del sujetador que a veces se subía ella a la altura de los hombros. No pudo evitar preguntarse qué aspecto tendría desnuda y qué haría en la cama con aquel tipo.

No le pasaba solo con la madre de Lena. Desde hacía algún tiempo, a Mehdi le venían a la cabeza cada vez más ideas de ese estilo sin previo aviso. Bastaba lo más mínimo, que una asistente educativa llevara una minifalda dejando al descubierto sus muslos o un escote pronunciado, que el profe de Gimnasia fuera vestido con un pantalón de chándal marcando la forma de su polla, que notara el olor a sudor de una compañera o que oyera por casualidad una conversación entre chicas de su clase hablando de su primera regla, para que un montón de imágenes de coños, tetas, pollas y ayuntamientos de todo tipo le vinieran a la mente, y no había forma de sacárselos de la cabeza. Incluso uno de esos anuncios descoloridos de teléfonos de citas («¿Con qué sueñan los hombres?») en las paradas de autobús le producía el mismo efecto.

—A ratos yo creía en lo nuestro —continuó Hélène—. Probablemente me quería, pero su problema es que era celoso. Bueno, más que celoso, un loco, eso, sí. No fue desde un comienzo, claro, al principio era estupendo, cariñoso, romántico, deberías haberlo visto. Luego empezó a controlar lo que hacía yo, y tenía que rendirle cuentas de todo, de cualquier cosa: adónde iba, a quién veía, a quién telefoneaba. Hacia el final, apenas podía salir del piso para hacer un par de recados. Luego le dio por pegarme. Unas bofetadas por aquí y por allá, cada vez que discutíamos. Luego me rogaba que lo perdonara y yo lo hacía. Dios mío, qué tonta fui.

Aplastó el cigarrillo en el fondo de la taza de café y se levantó para encender otro en la cocina de gas.

—Un día se me echó encima y comenzó a darme de puñetazos. Pensé que iba a matarme. Por suerte, Lena estaba allí para interponerse. Quise denunciarlo, pero la policía me dijo que no podían hacer mucho por mí, que lo pusiera de patitas en la calle. ¡Como si fuera tan fácil echar a esos tipos! Los polis se desentendieron, así que nos fuimos nosotras. No tenía otra opción. Prometió que me mataría si lo dejaba, que nos mataría a las dos, ¿te das cuenta? A ti y a la zorra de tu hija, dijo. Espero que no nos encuentre aquí. Sí, espero que no nos encuentre. ¿Tú qué opinas?

El miedo de Hélène le resultó familiar y por un momento pensó en confiarle con la misma espontaneidad lo que Brice Lagarde le hacía pasar, pero rechazó tajantemente la idea.

—Nada —contestó—. Bueno, no sé.

Hélène lo miró, decepcionada, asintió y se quedaron los dos callados, ella perdida de pronto en la contemplación del falso revestimiento de terrazo de la mesa, Mehdi ocupado en terminar el Chesterfield que le había provocado náuseas. Le parecía espantoso que aquel tipo pudiera aparecer en cualquier momento y amenazar la vida de Lena y de su madre, pero habría preferido que ella no se lo hubiera confesado con esa falta de pudor, sin preocuparse por si a él le apetecía escuchar aquello o no. Sin embargo, a Mehdi nunca antes le había pedido un adulto su opinión acerca de un tema tan serio, así que ella debía de considerarlo lo bastante *maduro* como para escucharla y aconsejarla, pero él había respondido con toda la ignorancia e impotencia de un crío, pensó, incapaz de pronunciarse. Eso lo hizo sentirse avergonzado, un sentimiento que la aparición de Lena no contribuyó a disipar del todo.

—¿Nos vamos? —preguntó ella, irrumpiendo por la puerta.

Llevaba una cámara de fotos en la mano, una pequeña Canon automática, que se colgó del cuello. Hélène aplastó el segundo cigarrillo en la taza y fue a vaciarla a la basura. Cuando cruzaron sus miradas, Mehdi vio que algo los había separado de nuevo. Ella volvía a ser la madre de Lena y se había dado cuenta de que no podía esperar ayuda ni consejo alguno de un adolescente.

—Si tengo que salir a trabajar antes de que llegues, te dejo la llave en el sitio de siempre —le dijo a su hija, dándoles la espalda—. No te olvides de encerrarte con llave.

—¿Te dedicas a la fotografía? —preguntó Mehdi, señalando la cámara de Lena mientras salían de la casa.

Habían quedado en reunirse con Alexandre, Maximilien y Thomas en los viejos invernaderos, donde Mehdi les presentaría a Lena, de la que les había hablado y con la que se habían cruzado por los pasillos del instituto. Subieron por la rue des Acacias. Mehdi caminaba junto a su bicicleta, que empujaba con una mano en el manillar y la otra en el sillín.

—Lo intento. Era la cámara de mi padre, pero nunca la usaba, así que se la quité.

—¿Qué tipo de fotos haces?

—Un poco de todo, cualquier cosa... Personas, perros, árboles. Me gustaría ir a una escuela de Bellas Artes cuando acabe el instituto. ¿Y a ti? ¿A qué te gustaría dedicarte?

—No tengo la menor idea —admitió Mehdi.

—¿De qué habéis hablado mi madre y tú?

—De nada en particular —respondió, subiéndose el cuello de la parka.

Lo último que quería era contarle lo que le había dicho Hélène —*A ti y a la zorra de tu hija, dijo*.

—Espero que no te haya fastidiado demasiado. A veces puede resultar muy agobiante. Todo lo que sabe hacer es repetir una y otra vez la historia con su ex. Está acojonada, creo yo, apenas sale de casa, solo para ir a trabajar y hacer alguna compra.

—¿En qué trabaja? —preguntó Mehdi con la vaga esperanza de cambiar de tema.

—Limpia oficinas en la ciudad. Suele trabajar hasta altas horas de la noche, cuando los negocios están cerrados.

—¿Y tu padre?

—Mi padre no es un mal tipo, pero está un poco perdido. Soy yo quien tiene que ordenar su habitación y hacerle la colada cuando voy a su casa, ya te imaginas. Ahora trabaja en una pizzería, pero no puede conservar un empleo más de unos meses. No lo veo muy a menudo y no he vuelto a Montauban desde que nos fuimos.

—¿Cómo se conocieron?

—Estaban en la misma pandilla de amigos. Eran colegas de toda la vida. No creo que se hubieran hecho pareja, pero ella se quedó embarazada de mí, así que lo probaron unos años. Su relación no podía funcionar. A veces la gente se monta unas historias completamente estúpidas.

Mehdi no contestó y Lena sacó un paquete de cigarrillos. Se detuvo para encender uno y, al subírsele la manga, Mehdi vio unas finas cicatrices blancas alineadas en el reverso de la muñeca. Ella se metió el encendedor en el bolsillo y tiró de las mangas para cubrirse los brazos, sin que Mehdi pudiera adivinar si era un acto reflejo o si lo había hecho al ver su mirada.

—De todos modos, hace tiempo que no espero nada de ellos —dijo, colocando el filtro del cigarrillo entre los dientes.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Mehdi.

Ella no contestó enseguida, y caminaron unos metros en silencio.

—Recuerdo que una noche me desperté con un presentimiento horrible —dijo al fin—. No sé si fue de un sueño que había tenido, pero era como si supiera que algo terrible iba a ocurrir.

—¿Qué quieres decir?

—Un miedo inmenso me oprimía el pecho. No podía ni respirar. Me levanté y fui a despertar a mi madre, pero cuando entré en su habitación, la vi dormida. No se había desmaquillado y parecía haber llorado, el rímel se le había corrido por las mejillas. Comprendí que no podía hacer nada por mí. La certeza de que nunca podría hacer nada por mí me invadió de repente. Ya no quedaba nada entre nosotras, puede que ya lleváramos mucho tiempo así.

—¿Y qué hiciste?

—Nada. Volví a la cama y nunca se lo comenté a ella. Pero, desde esa noche, algo cambió. Entendí que solo podía contar conmigo misma. Y, también, que no quería llevar la misma vida que ella, ser infeliz y sin esperanza de cambio.

Mehdi asintió con la cabeza. Le habría gustado ser capaz de una muestra de cariño con Lena, cogerla de la mano, hacerle saber que la entendía y que estaba a su lado, que encontraría la forma de protegerla, pero también sabía que ella no se equivocaba. Habían llegado a ese momento de sus vidas en el que se daban cuenta de que estaban solos, y esa evidencia les saltó a la vista sin que nada se lo anunciara. Todo lo que les parecía hasta entonces una verdad indiscutible se les escapó entre los dedos, en el caso de Lena esa noche en la que se quedó parada junto a la cama de su madre, para Mehdi el día en que sus pasos se cruzaron con los de Brice Lagarde, y no había nada más que hablar.

De camino, cruzaron la urbanización de Les Genêts y pasaron por delante del impasse des Ormes. Lena se detuvo y se fijó en la casa que había al final del callejón, una construcción normal y corriente de una sola planta, de no más de noventa metros cuadrados, con un pequeño jardín en el que proliferaban unas zarzas, que disimulaban hasta media altura la fachada, con las contraventanas cerradas y condenadas por tablones clavados transversalmente.

—¿Está abandonada? —preguntó ella.

—Sí. Nunca he visto que viviera nadie —contestó Mehdi.

—Es extraño que no se haya vendido, ¿verdad?

—No sé, tal vez. Puede que sí. Nunca me lo he planteado.

Lena se adentró en el callejón, compuesto por cinco parcelas. Las dos casas adyacentes estaban cercadas por unas tapias muy altas, como si los propietarios hubieran querido ocultar a la vista el terreno cubierto de maleza y el aspecto decrépito del edificio. Unos setos de alheñas y de tuyas impecablemente recortados, aunque parcialmente deshojados debido al invierno, acababan de ocultar las vistas a la casa de enfrente. El efecto de contraste hacía aún más siniestra la casa. Parecía acechar al final del callejón en medio de una penumbra pegajosa y fría, tras los inextricables nudos de los zarzales y la sombra proyectada de los muros.

—¿Por qué no se ha derribado? —volvió a preguntar Lena.

Mehdi se encogió de hombros.

—Siempre ha estado ahí, es todo lo que puedo decirte. Probablemente fue una de las primeras casas construidas por aquí.

Lena agarró el picaporte del portón de madera oscura que daba paso a un camino de losas de jardín dispuestas como un tablero de ajedrez, invadido por la maleza. La manilla se resistió un momento, pero cuando Lena empujó un poco más fuerte, la madera carcomida donde estaba fijado el mecanismo cedió con un crujido y el portón

se desplomó. Ella lo empujó con la punta del pie, haciendo que se balanceara sobre sus goznes, raspando las losas, y segó la maleza.

Mehdi y ella se quedaron mirando el camino sin atreverse a avanzar.

—Es extraño —dijo Lena—. Tengo la sensación de que conozco este lugar, que ya he estado aquí antes, o que he soñado con él...

Mehdi vio que ella reprimía un escalofrío y tuvo la impresión de que se lo contagiaba. Un estremecimiento nervioso le recorrió la columna vertebral y se le extendió por los hombros y los brazos.

No le gustaba la casa del impasse des Ormes. A ninguno de sus amigos le gustaba. La conocían desde siempre, habían pasado miles de veces por delante pero, curiosamente, sin consultarse, se habían mantenido a distancia. Llevaba allí toda la vida, en el centro de su territorio y, sin embargo, en la periferia de sus juegos y exploraciones, marcada por el sello de la prohibición.

Por supuesto, se hablaba de ella de vez en cuando, corrían rumores, se barajaban hipótesis. Recordaban que, de niños, algunos la llamaban la «casa encantada» y afirmaban haber visto luces brillando tras las ventanas por la noche, algo imposible porque las contraventanas estaban siempre cerradas. Otros contaban que se había instalado un viejo vagabundo ciego, que solo salía después de medianoche para deambular por las calles de las urbanizaciones, rebuscando a tientas en las basuras.

Había una variante según la cual el vagabundo habría entrado en la habitación de una adolescente de la rue des Catalpas, a ella la habría despertado su olor infecto y lo habría visto a los pies de su cama masturbándose mientras la miraba fijamente con sus horribles ojos de un blanco lechoso. En realidad, ellos no se lo creían, pero se concedían el beneficio de la duda, y todos estos rumores contribuían

a incrementar el misterio que rodeaba la casa del impasse des Ormes.

Cuando Lena mencionó esta sensación de *déjà vu*, Mehdi cayó en la cuenta de que él también había soñado con la casa, que incluso llevaba soñando con ella desde que tenía uso de razón, lo que, en sí, no tenía nada de extraordinario. Aunque no vivía en Les Genêts, la casa era parte del decorado de su infancia, uno de los lugares que habían marcado su imaginación y la de los demás chicos de la pandilla. De repente, estaba seguro de que soñaba con ella, sin saber exactamente el contenido de esos sueños, y lo único que le vino a la memoria fue una sensación de malestar casi nauseabunda que prefirió olvidar cuanto antes.

—Deberíamos irnos, los colegas nos estarán esperando —dijo para sacar a Lena de su contemplación y disipar su propia desazón.

Ella asintió con la cabeza, pero se quedó quieta un momento, con la mirada fija en lo que podía entrever de la casa: una puerta principal, un pedazo de fachada de enlucido mugriento con una gran grieta que cruzaba de lado a lado, parte de una contraventana cubierta de un barniz marrón desconchado. Levantó la cámara, miró por el visor y pulsó el disparador.

—¿Vamos? —volvió a preguntar Mehdi.

—Vamos —repitió Lena, dando media vuelta.

Aquella fue una de las tardes más felices vividas juntos, y la recordarían como uno de los últimos días alegres y despreocupados de su adolescencia. Habría otros, quizá, contra todo pronóstico, pero muy pocos, y vividos a la sombra de los acontecimientos que estaban a punto de producirse pero de los que aún no sabían nada.

Los antiguos invernaderos se habían construido en una parcela junto a un Centro Especial de Empleo, cerca de la urbanización de Les Genêts, situada a su vez a tres kilómetros de Saint-Auch. Durante casi quince años, sirvieron para cultivar plantas, principalmente destinadas a los espacios verdes de los municipios vecinos, de las que se ocupaban los propios residentes del CEE, antes de que la actividad de restauración colectiva del establecimiento, más rentable, se desarrollara en detrimento de la horticultura.

Las instalaciones —tres grandes invernaderos y un módulo prefabricado acondicionado como oficina— habían quedado abandonadas hacía tres años. La vegetación había recuperado el terreno, proliferaban las ortigas y las zarzas, las lonas transparentes estaban medio rasgadas, algunos marcos metálicos habían cedido, pero toda la estructura se mantenía en pie a pesar de todo.

El verano anterior, los muchachos se dedicaron a reparar los girones con cinta adhesiva y a reforzar los arcos. Pensaron en cultivar allí algunas plantas de cannabis, pero el señor Robert, el guarda del CEE, un tipo bonachón que fumaba Gitanes sin filtro y estaba casi desdentado, seguía visitando los invernaderos de vez en cuando en sus rondas. Su tos seca los avisaba de que se acercaba y les daba tiempo de apagar los porros. Como los Gitanes le habían hecho perder el olfato, nunca percibía el olor penetrante que flotaba por los invernaderos. Le gustaba la presencia de los chicos y, a veces, se paraba a cruzar unas palabras con ellos. Accedió a que llevaran unos viejos sofás destartalados, encontrados en «el hoyo», el vertedero municipal situado junto al campo de fútbol, a la salida de Saint-Auch, un montón de basura arrojada en un desnivel del terreno levantado con retroexcavadora, donde ardían fuegos perpetuos que desprendían unos humos nauseabundos.

Tardaron días en llevar los dos sofás y los tres sillones desparejados que fueron arrastrando por las zanjas, dejándolos de noche entre los cultivos antes de llegar a destino. Pasaban tardes enteras en medio del olor dulzón de los bidones de gasolina, los contenedores de fertilizante y los sacos de compost almacenados allí y que apestaban.

Con viejas mantas sobre los hombros, Alex, Thomas y Max estaban jugando a las cartas en una mesa hecha de palés de madera cuando Mehdi y Lena entraron en el invernadero.

—¡Este sitio es una locura! —exclamó Lena—. ¿Os importa que haga unas fotos?

No esperó respuesta y pulsó el disparador de su cámara.

—Lena —dijo Mehdi—, estos son Alex, Max y Thomas, alias Límulo para los amigos.

Saludó a los chicos del mismo modo que saludó a Mehdi el día que se conocieron, estrechándoles la mano con un fuerte apretón, lo que les pareció extraño e hizo que Tom, que ya estaba colocado, soltara una risita estúpida, pero a ella no pareció importarle.

—¿Límulo? —preguntó—. ¿Qué clase de apodo es ese?

—¿Seguro que quieres saberlo? —inquirió Max.

Le contaron cómo le habían puesto ese apodo a Tom en quinto curso, después de que hiciera una presentación en clase sobre los cangrejos herradura, artrópodos marinos parecidos a los cangrejos pero emparentados en realidad con los arácnidos, como les explicó aquel día.

Thomas llevó un ejemplar disecado del que detalló la anatomía, el modo de vida y de reproducción, las propiedades antibacterianas de su sangre azul, para acabar declarándose asombrado de que un animal así hubiera podido sobrevivir a la Edad de Hielo o a la extinción de los dinosaurios.

—¡No ha cambiado en millones de años! —había concluido, admirativo.

Le encantaban casi todos los bichos y llevaba toda la vida escudriñando el campo en busca de insectos, batracios y reptiles.

El cangrejo herradura, que todavía despedía cierto olor a crustáceo rancio, fue pasando de mesa en mesa: algunos alumnos se negaban a tocarlo y otros miraban con recelo el caparazón liso y brillante de color marrón, prolongado por una cola en forma de aguijón, y luego la aterradora cara ventral, provista de cinco pares de patas con pinzas, espinas y láminas abdominales.

Convencido de que tenía un valor incalculable y preocupado porque los otros niños pudieran dañarlo o robarlo, Thomas siguió todos sus movimientos, pidiéndoles que lo manejaran con más cuidado. Se negó a separarse de él durante el resto del día, e incluso a dejarlo en el aula al cuidado del maestro. Se lo llevó consigo al patio de recreo, donde se mantuvo alejado de los juegos. A mediodía, en el comedor escolar, almorzó con el bicho en el regazo, indiferente a las burlas de sus compañeros que le preguntaban si también dormía con él o si ya les había presentado al novio a sus padres.

A partir de ese día, Thomas Hernandez se convirtió en Límulo, algo que no tardó en asumir, no sin cierto orgullo por razones que solo él comprendía.

—¿Alguien más tiene algo inconfesable que contar? —preguntó Lena.

Giró sobre sí misma para echar otro vistazo al lugar, se dejó caer en uno de los sofás, cuyo asiento exhaló una nube de polvo que la hizo estornudar tres veces, y colocó sobre la mesa las suelas de plataforma de un par de Dr. Martens desgastadas.

—Hablando de bichos —dijo Thomas, que siempre tenía una anécdota que contar—, leí un artículo sobre una mujer que volvió de Indonesia con un gran grano en la nuca. Pensó que le había picado un simple mosquito y no se preocupó. Una noche la despertó algo que le hacía cosquillas. Encendió la luz y se encontró con una visión horrible: un montón de arañas galopando por la sábana.

—¡No me lo creo! —exclamó Max.

—Te juro que es verdad. Salta de la cama y se mira al espejo porque siente picores. El grano había reventado y seguían saliéndole arañas por ahí. Una especie muy rara le había puesto huevos bajo la piel.

—Sí, hombre —se burló Alex—, eso es totalmente improbable. No hagas caso de todo lo que cuenta —añadió dirigiéndose a Lena—, sabe mucho, pero también le gusta soltar muchas tonterías.

—Improbable no significa imposible —replicó Tom, haciendo sonar la tapa de un Zippo de acero.

Los chicos querían saberlo todo sobre Lena: de dónde venía, por qué se había mudado con su madre a Saint-Auch, qué música escuchaba y qué pensaba del instituto Melville. Contestó a sus preguntas con la misma franqueza que había conmovido a Mehdi, pero sin hablar de su padrastro, al que apenas mencionó. Debía de parecerle natural despertar su curiosidad, o tal vez se sintiera halagada por ello. Empezó a llover y las gotas crepitaban sobre las lonas de los invernaderos.

—¿A quién tienes de profe? —preguntó Alex.

—Aún no recuerdo todos los nombres, pero tengo a Fabre en Francés, Perrin en Matemáticas, Dedieu-Perez en Español y Dimitrievski en Física y Química.

Dimitrievski era, con mucho, la más temida de todos los profesores del instituto, una mujer bajita y seca, de pelo gris

amarillento, siempre ataviada con una bata blanca, a la que imaginaban viviendo en una granja con su anciana madre porque no llevaba alianza y despedía un olor permanente a ave de corral y a cenizas frías. Nunca dudaba en humillar a sus alumnos y alumnas o en arrojarles un trozo de tiza a la cara para llamarlos al orden.

—Ah, esa vieja hiena de Dimi —dijo Tom, fingiendo esquivar un proyectil—. Cuidado, es mejor pasar desapercibido. Si te tiene en su radar, ¡te hará la vida imposible todo el curso!

—Demasiado tarde, ya me echó de clase el primer día. Se dio la vuelta justo cuando yo fingía encender un pitillo con un mechero Bunsen.

—Ay. Estás jodida —dijo Alex—. Chicos, ¡un minuto de silencio por Lena!

Ella se puso a imitar a Regan, la joven poseída de *El exorcista*, en la escena en la que el demonio intenta debilitar al padre Karras adoptando la voz de su madre muerta:

—Dimmy, ¿porrrr qué me haces esto, Dimmy? ¿Porrrr qué?

Los chicos intercambiaron miradas atónitas y estallaron de risa. La referencia los convenció de que Magdalena Mancini realmente merecía ser una más de ellos.

3

A mediados de noviembre, Patricia Fauré, la madre de Alexandre, pidió hablar con él y con su hermana. Él se dio cuenta de que algo iba mal, y cuando Camille salió de su habitación y sus miradas se cruzaron, vio la misma aprensión en sus ojos. Sus padres les pidieron que se sentaran en el salón.

—Voy a pasar unos días en el hospital —dijo su madre—. Me han hecho algunas pruebas de control en las últimas semanas y parece que ha vuelto la enfermedad.

Nunca había hablado de cáncer, sino de enfermedad —*la* enfermedad—, aunque Alex y Camille siempre habían comprendido su naturaleza. Desde el momento en que se consideró que había remitido, no se volvió a mencionar su estado de salud ni las revisiones a las que había tenido que someterse. El cáncer había aparecido en la ordenada banalidad de sus vidas como un accidente, una aberración que contravenía el ideal estándar al que creían tener derecho, esa vida ordenada propia de ellos pero que obedecía a leyes que regían algo más grande, más vasto.

No creían que se tratase de una enfermedad vergonzosa, pero pensaban, por una especie de superstición, que bastaría con no nombrarla para hacerla desaparecer. Se esforzaron mucho por silenciar el cáncer, hasta el punto de que cualquier mención desafortunada al respecto, sobre todo en presencia de sus hijos —una conversación en un restaurante, en la caja del supermercado o en la peluquería, mencionando un diagnóstico, la quimioterapia o la

muerte—, les provocaba una vergüenza inmediata y los empujaba a disimular.

Desde su doble mastectomía, su madre ocultaba su torso quirúrgicamente mutilado bajo blusas más holgadas y chales que se ponía sobre los hombros, dejándolos sobre el pecho con un gesto mecánico, como si se hubiera vuelto friolera. Nunca volvió a ponerse un bañador delante de ellos, siempre se aseguraba de cerrar la puerta del baño cuando se duchaba y, sin que lo decidieran conscientemente, se impuso una distancia física entre ella y ellos.

Germinó en ellos una mezcla de lástima y nuevo pudor frente al maltrecho cuerpo de su madre, que los mantenía a distancia y les ocultaba cualquier muestra de afecto que hubieran podido mostrarle en el pasado. Ciertamente, ya no eran los pequeños que solía tener en brazos, acurrucados contra ella, pero el cáncer también redefinió el espacio que la rodeaba, la forma en que se movía por él y la manera en que aprehendía la presencia de sus propios hijos.

Antes tenía el pelo largo, que le llegaba a mitad de la espalda. Cuando le volvió a crecer, optó por dejárselo corto. Ese peinado estaba de moda entre las mujeres de su edad, pero Alex supuso que no se trataba solo de una elección estética por su parte. Ella sabía que la enfermedad podía volver. Un día en que Camille andaba revisando los álbumes familiares, su madre se detuvo ante una foto suya y dijo que, después de unos años, se dejaría crecer de nuevo el pelo: esos años, eran los cinco años tras los cuales podría considerarse curada.

Alex, viéndola sentada frente a él en el salón, entendió que todo ese tiempo había sido para ella como una suspensión de condena, y que ni él ni su hermana le habían prestado especial atención o apoyo. Aún eran unos críos cuando cayó enferma. Se había esforzado tanto por no molestarlos que ni siquiera se dieron cuenta

de que ya no trabajaba en la agencia de ayuda a domicilio donde antes era secretaria. Ciertamente, Alex recordaba el malestar que sintió, la vergüenza que le provocó la idea de cruzarse con sus compañeros de clase en compañía de su madre enferma —algo que después lo hizo sentirse culpable—, pero aquello pasó. De hecho, lo había olvidado. La vida siguió su curso, la amenaza se había esfumado.

A veces se volvía lúcido de repente, capaz de volver a *percibir* los rostros reales de su madre, su padre y su hermana, tan familiares que se difuminaban en su mente. Por momentos —cuando una luz inesperada los iluminaba, o cuando se sentía cansado y su atención se distanciaba de las cosas para presentarle otra perspectiva de ellas —, Alex podía verlos de verdad, como si fueran unos completos desconocidos. Esas revelaciones se presentaban acompañadas de una extraña sensación. Percibía que una parte de ellos siempre escaparía a su comprensión, pero no eran más que instantes fugaces; las dos realidades colisionaban para formar una sola, como en el visor telemétrico de aquella cámara que tenía su padre, donde había que superponer una imagen fantasma a la imagen real para enfocar.

Ahora comprendía lo que se le había escapado durante todo ese tiempo, en las últimas semanas, quizá los últimos meses: la tez gris de su madre, el hundimiento de sus mejillas, las ojeras que le ensombrecían la mirada. Adivinaba que toda una parte de su vida le era desconocida, que se la ocultaba para protegerlo, pero también porque esa dimensión de la realidad de su madre no se cruzaba con la suya y no lo afectaba. Sus padres eran esas personas cercanas y familiares, comensales con los que no tenía nada que ver, cuyos deseos, motivaciones profundas y ambiciones le resultaban incomprensibles.

—¿Es grave? —quiso saber Camille.

—No, claro que no —respondió su madre con un entusiasmo que sonaba falso—. Van a hacerme más pruebas y a ponerme el tratamiento adecuado.

—No hay por qué preocuparse —intervino su padre.

—Saldré para Navidad, y así la pasaremos en familia.

—¿Prometido? —preguntó Camille, con la voz quebrada.

Por primera vez en mucho tiempo, su madre la estrechó en sus brazos y le apartó el pelo de la frente, besándola con fervor.

—Oh, cariño —murmuró—. Carne de mi carne, sangre de mi sangre. Te lo prometo. Te lo prometo.

El lunes siguiente fue trasladada al hospital de La Grave de Toulouse, donde falleció unas semanas más tarde, a principios de diciembre. La primera resonancia magnética mostró que la metástasis había afectado al hígado, los pulmones y el cerebro, y su estado se deterioró tan rápidamente que cogió a los médicos por sorpresa.

El día en que el padre de Alexandre aceptó que sus hijos la visitaran por fin, ella había entrado en coma inducido esa misma mañana, pues el dolor causado por el tumor cerebral se había vuelto intolerable. Camille y Alex estaban a los pies de la cama en la que yacía el cuerpo macilento de su madre. La habitación olía a orina, a detergente de supermercado, a agonía medicamentosa.

Se preguntaban cómo había podido adelgazar tan deprisa. El cáncer le había chupado la vida y lo único que quedaba era una ruina de la mujer que había sido, flotando en un camisón de hospital con el cuello demasiado flojo por el que asomaba el hueso protuberante de las clavículas y el trazo visible de una cicatriz en el pecho.

—Podéis hablarle —dijo su padre, de pie junto a ellos—. A lo mejor os oye. Podéis despediros de ella.

Alex y Camille se quedaron petrificados. El padre le subió el camisón para cubrirle el pecho magullado, se acercó a ellos y puso una mano en el hombro de su hija para animarla. Camille vaciló, se acercó, se sentó en el borde del colchón y deslizó la mano en la de su madre, que descansaba sobre la sábana blanca.

—Háblale —insistió su padre—. Háblale. Dile que la quieres.

—Te quiero, mamá —consiguió articular Camille.

Alex bajó la mirada hacia la mano inerte y gris asida por su hermana, se fijó en el catéter clavado en una de las venas que nunca había visto tan abultadas, por donde goteaba el suero de una perfusión. Cuando su padre le tocó la espalda para que se acercara él, Alex se apartó con un gesto brusco.

—¡Alex! —exclamó su hermana, poniéndose de pie.

Él retrocedió unos pasos antes de salir corriendo de la habitación y estuvo a punto de tropezar con una enfermera que iba por el pasillo con un carrito de medicinas. Bajó a toda prisa por la primera escalera que encontró, empujó una puerta batiente y se alejó del edificio como un torbellino sumiéndose en el gélido aire invernal.

Patricia Fauré murió al día siguiente, de madrugada. Mado, la hermana del padre de Alex y Camille, había ido a pasar una semana con ellos para turnarse junto a la enferma. Fue ella quien atendió la llamada del hospital, cuyo timbre los despertó. La oyeron decir unas palabras, ahogar un sollozo y colgar. Mado permaneció sentada un momento, inmóvil, con una mano en el auricular y la otra en el tejido acolchado de su bata, con la mirada perdida en la penumbra del vestíbulo. Los muchachos, en sendos dormitorios, escucharon

atentamente y comprendieron que ya nada podría expulsar de la casa el silencio que acababa de traspasar la puerta.

El funeral tuvo lugar dos semanas antes de la Navidad de 1994. Asistieron la madre y el padrastro de Thomas Hernandez, los vecinos más cercanos de los Fauré, al igual que los Sentenac, que vivían en Les Genêts y mantenían con ellos una relación de vecindad distante pero cordial. Aunque aquel día llovía a cántaros, la madre de Max, vestida con un traje oscuro de Yves Saint Laurent, ocultó tras unas amplias gafas de sol los ojos enrojecidos por el alcohol y el llanto —por una razón que al principio se le escapó a su hijo, la noticia de la muerte de Patricia Fauré le afectó profundamente—. Mehdi acudió con su madre y Lena se unió a ellos.

Tras el entierro en el cementerio de Saint-Auch, se dirigieron a la casa de los Fauré, donde las tías de Alex habían preparado una comida. Habían puesto un bufé frío en el salón, alrededor del cual iban y venían los visitantes en un ambiente grave y sobrio. El padre de Alex estaba sentado en una de las sillas de cocina, pegadas a la pared y dispuestas en círculo, y los invitados se acercaban a él, con un plato de cartón lleno de canapés en una mano y un vaso de plástico en la otra, para darle el pésame, que él aceptaba asintiendo con aire ausente.

Él insistió en poner uno de los vinilos de su colección, la grabación de 1985 del *Stabat Mater* de Pergolesi por la Orquesta Sinfónica de Londres, y a Alex le sentó mal que siguiera imponiéndoles su música sensiblera incluso después de la ceremonia.

A Camille se le había ocurrido colocar en una cómoda una selección de fotos de su madre en distintas etapas de su vida: de bebé, regordeta, en blanco y negro, vestida con un pelele de

ganchillo, de primera comunión posando al sol en la escalinata de una iglesia de provincias, de colegiala mirando fijamente al objetivo con sus ojos marrones, y luego, en fotos en color, de joven en la cama de una maternidad, con un recién nacido dormitando su lado, de madre de familia por un paseo marítimo, con su hijo a su lado y su hija en brazos. En la foto más reciente, tenía poco más de cuarenta años. Sonreía, echada en una tumbona del jardín, con una mano levantada a modo de visera, cuya sombra se extendía sobre parte de su rostro, ya marcado por la enfermedad.

Lena estaba contemplándolas cuando Thomas se le acercó.

—Es triste —dijo él.

—Cuando nos mudamos, tiré todos los álbumes de mi madre a la basura —respondió Lena—. ¡Se agarró un cabreo cuando se enteró!

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó Tom—. Te gusta hacer fotos, ¿no?

Lena se encogió de hombros.

—Sí, pero odio las fotos familiares. Es como si hubiera que recordar a toda costa una época feliz pero que ya pasó, y que quizá ni siquiera existió. ¿No te ha sucedido nunca que no sabes si recuerdas algo que viviste o si simplemente lo has visto en una foto?

—Sí, es cierto. Pero ¿qué más da?

—De todos modos, ya pasó. Para siempre. Así que prefiero olvidarlo.

Alex, Max y Mehdi se unieron a ellos.

—No sé qué decir en un momento así —le explicó a Alex—. ¿Qué podemos hacer por ti?

—Nada —contestó él—. Solo quiero que nos larguemos de aquí lo antes posible.

Se montaron en la Piaggio de Alex, la MBK Booster de Max y la Chappy de Thomas y se dirigieron al centro comercial Beau Soleil, a unos doce de kilómetros de Saint-Auch. Era una de esas grandes superficies pegadas a un hipermercado, un McDonald's y unos multicines. La construcción concluyó en la primavera de 1991, seis meses después de la apertura de un centro comercial similar situado a solo seis kilómetros de allí, y la afluencia a Beau Soleil nunca alcanzó los objetivos esperados.

Tres años más tarde, aún no se habían alquilado todos los locales, y varios espacios seguían clausurados por rejas o tableros de aglomerado. Solo sobrevivían el cine y el hipermercado. El centro comercial estaba casi siempre medio desierto y, sobre todo en invierno, los jóvenes de la zona se reunían allí para pasar el rato en los bancos dispuestos en islas a lo largo del pasillo principal, fumar cigarrillos en el exterior o comer una ración de patatas fritas en McDonald's.

El día del funeral de la madre de Alex, se quedaron más de lo acostumbrado en Beau Soleil. Los adornos navideños parpadeaban tristemente. Pasaron revista a los escaparates y deambularon por los estantes de las boutiques de *prêt-à-porter*. Lena los convenció para que se probaran ropa y desfilaron con lo más ridículo que encontraron. Cuando Alex se probó unas Ray-Ban que todos coincidían en que le daban un estilo increíble, ella arrancó la alarma y le colocó las gafas en la nariz.

—Es un regalo —le dijo.

Una dependienta acabó avisando a un guardia de seguridad que los conminó a abandonar el lugar. Lena recorrió toda la tienda con aires de gran dama, con la correa de su vieja mochila tuneada con Tipp-Ex colgando del codo como si llevara un Louis Vuitton, seguida

por el guardia de seguridad, que intentaba agarrarla del brazo para llevarla hasta la salida.

—Es un escándalo —gritó, con tono de burguesa—. ¡Un escándalo, repito! ¡Joven, no tiene usted ningún derecho! ¡No se lo permito! ¡Quíteme las zarpas de encima, energúmeno! ¡Pienso denunciarlo a las autoridades competentes!

Una vez fuera, sacó de su bolso un montón de artículos que había robado en varias tiendas: frascos de esmalte de uñas, una gorra Levi's, una pulsera marca Agatha.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Max asombrado.

—Me enseñó mi padre —respondió Lena.

—¿Hablas en serio?

—Supongo que era su forma de sentirse guay.

Se fumaron un porro en un rincón del parking y se sentaron en el bar de los multicines, donde Mehdi, Alex, Thomas y Max solían reunirse de vez en cuando en los taburetes altos de las pocas mesas metálicas dispuestas en el vestíbulo central.

Les encantaba el olor del cine: el aroma de la moqueta, de las palomitas, del tejido de las butacas y del mecanismo recalentado de los proyectores que les llegaba de vez en cuando con el abrir y cerrar de las puertas batientes de las salas. La luz del día no penetraba hasta allí, sustituida por la tenue luz de las lámparas del techo, y el mundo exterior parecía estar en suspenso.

A menudo se quedaban ahí después de las proyecciones para hablar de las películas que habían visto: *El silencio de los corderos*, *El sótano del miedo*, *Ocurrió cerca de su casa* y *El ejército de las tinieblas*. Pagaban una entrada para otra película para eludir la prohibición para menores de dieciséis años y cambiaban discretamente de sala.

Delante de los espejos de los servicios, se les ocurrió invocar a Candyman repitiendo su nombre cinco veces, y les dio un ataque de risa memorable cuando un tipo, encerrado en uno de los cubículos y cuya presencia ignoraban, soltó de sopetón un largo pedo que resonó contra la taza justo cuando todo el mundo estaba callado a la espera de la aparición del *boogeyman* del garfio.

Pasaron el resto del día bebiendo refrescos, comiendo gominolas y lenguas de gato de sabores, volvieron a ver *Pulp Fiction*, que seguía en cartelera dos meses después de su estreno en una de las salas pequeñas en la sesión de las cinco, y no volvieron a Saint-Auch hasta después de que anocheciera.

Se detuvieron a la entrada de la urbanización. Max y Thomas tenían que acompañar a Mehdi y a Lena de vuelta a Les Acacias.

—Gracias —les dijo Alex—. Gracias a vosotros, he podido distraerme un poco.

Se separaron y él regresó a su domicilio. De camino, pasó por el impasse des Ormes, que estaba a unos cuarenta metros de la casa de los Fauré. Había dejado de llover hacía unas horas ya, pero de repente la lluvia arreció de nuevo, moteando de amarillo las farolas de la urbanización. Aminoró la marcha, se detuvo y apagó el motor del escúter.

Al final del callejón, en su recoveco más oscuro, apenas si se distinguía la casa abandonada, sepulcral, y Alex tuvo la sensación de que de ella emanaba una tristeza infinita, que el edificio desierto materializaba de pronto ese vertiginoso pesar cuyos contornos aún no percibía, ese abismo de soledad y abandono. Al mismo tiempo, lo invadió la idea —la *convicción*— absurda de que ahí podría encontrar alivio a su sufrimiento, de que este lugar podría ser su receptáculo, y de que todo lo que tenía que hacer era cruzar la puerta.

Cuando apartó la mirada, se dio cuenta de que llevaba allí de pie, inmóvil bajo la lluvia, más tiempo del que se imaginaba. Tenía la ropa empapada y los dedos entumecidos por el frío. No obstante, decidió empujar la moto hasta casa para aplazar el momento en que debería cruzar el umbral, se detuvo en la puerta y encendió un cigarrillo, que fumó lentamente bajo la visera levantada del casco.

Las ventanas de la planta baja estaban iluminadas y las siluetas de sus tías se afanaban tras los visillos de ganchillo de la cocina. La sensación que acababa de experimentar frente a la casa abandonada lo había seguido hasta ahí, como un hilo tensado del que no pudiera desprenderse. Tenía un nudo en la garganta y el estómago en un puño.

Decidió entrar. Su padre estaba todavía sentado en el salón, con los auriculares del tocadiscos puestos y un *adagio* sonando a todo volumen en sus oídos. Su padre lo miró con la misma expresión de desconcierto que tenía desde que murió su mujer y se quitó los auriculares de mala gana.

—Por fin —le dijo—. ¿Dónde te habías metido?

—He ido a dar una vuelta con mis amigos.

Imaginó que se lo reprocharía, pero su padre se limitó a asentir varias veces como si tratara de asimilar una información que lo superaba. Alex comprendió que su madre había hecho de puente entre ellos. Su presencia compensaba la disonancia entre ambos, y ahora, una vez roto ese vínculo, se veían incapaces de relacionarse el uno con el otro. Durante el resto de sus vidas tratarían a duras penas de mantener las apariencias y ocultar el hecho de que, a pesar de su historia común, no tenían nada que decirse.

—¿Quieres comer algo? —le preguntó su padre.

—No, gracias. Me voy a la cama.

—De acuerdo. Buenas noches.

—Buenas noches.

—Espera, Alex —añadió su padre cuando él se disponía a subir.

—¿Sí?

—Va a ser duro pero lo superaremos juntos, ¿sabes? Tú, Camille y yo.

Alex se quedó quieto un momento, sin saber cómo reaccionar ante aquella afirmación que le parecía una mentira descarada a la vez que un solemne grito de auxilio. Asintió y subió las escaleras.

Desde finales del curso anterior, Max se había hecho muy amigo de Anthony, aunque no estaba en su clase, sino en la de Mehdi. Empezaron a verse durante las clases de Educación Física de los viernes, luego entre clase y clase, en los descansos, sobre todo en el de mediodía, cuando tenían tiempo para jugar un partido.

Como los demás alumnos de Saint-Auch, era sensible al carisma de Anthony y quiso entrar en contacto con él, desentrañar el misterio que envolvía al adolescente y que salpicaba al círculo de sus amigos íntimos. Así que, en enero de 1995, cuando Anthony le pidió que fuera a su casa un miércoles por la tarde para pasar un rato juntos, Max creyó que estaba a punto de dar un paso decisivo en lo que iba a convertirse en una amistad entre ambos.

Se cuidó de no hablar a los muchachos de la pandilla de esa invitación, por miedo a que se tomaran su acercamiento como una forma de traición —sabía que lo era—, ya que ninguno de ellos tenía afinidad con Anthony, solo convivían unos instantes en la misma realidad y, aunque probablemente lo envidiaban, como muchos de sus compañeros, reconocerlo habría supuesto admitir una debilidad innegable.

Max también se sentía orgulloso de que esa amistad naciera al margen de la que unía a los miembros de la pandilla y que había condicionado sus relaciones con otros chicos desde su más tierna infancia. Al elegir deliberadamente ganarse la amistad de Anthony Cathala, afirmaba su individualidad y ganaba una nueva autonomía, una libertad de adulto.

En la dirección indicada, Max descubrió una casa construida en un barrio residencial lindante con un bosque, cerca de unas torres eléctricas enormes cuyos cables de alta tensión desaparecían en un claro abierto entre los árboles.

La casa de los Cathala estaba oculta por un alto portón eléctrico. Maximilien se fijó en un interfono con una cámara, algo que nunca había visto salvo en televisión. Tras llamar al timbre, tuvo la sensación de que lo observaban y no supo adónde mirar hasta que una de las dos puertas se abrió a un camino de entrada a través de un terreno en suave pendiente salpicado de robles y recubierto con un corto césped.

La casa era un gran edificio de hormigón con tejados planos, construido sobre forjado sanitario. Unos macizos de hortensias, ralos en esa época del año, rodeaban la terraza que se extendía en paralelo a una fachada de grandes ventanales. El aire olía a lluvia y maleza. Una motosierra zumbó cerca y Max vio a un hombre ocupado en aserrar troncos en el extremo del terreno, a la izquierda de la casa. Lo saludó tímidamente con la mano. El hombre se detuvo, levantó la cabeza y, a modo de respuesta, se llevó los dedos índice y corazón a la visera de la gorra.

Max subió hacia un garaje soterrado cuya puerta abierta dejaba ver un coche cubierto por una lona negra. Una canasta de

baloncesto estaba fijada a la pared, sobre una losa plana y empedrada donde se amontonaban las hojas muertas.

Estaba subiendo los pocos escalones que conducían a la terraza cuando Anthony salió por uno de los ventanales, vestido con una camiseta de tirantes de la NBA con el nombre de Jordan, una sudadera con capucha y unos viejos pantalones de chándal Adidas. Tres perros malteses cuidadosamente acicalados, cada uno con un lazo de seda diferente en la cabeza, surgieron entre sus piernas y rodearon a Max, ladrando. Uno de ellos —el que llevaba el lazo azul — trató de morderle el tobillo, pero Anthony le dio una patada a tiempo que lo arrojó a uno de los macizos de hortensias.

—¡Flocon! —gritó—. ¿No te habrá hecho daño, ese idiota?

Flocon salió gañendo del arbusto y corrió directamente hacia la casa, seguido por sus dos congéneres.

—No, estoy bien, no ha tenido tiempo —respondió Max—. No te imaginaba con esa clase de perro.

—Son de mi madre. Me gustaría tener un rottweiler, pero ella tiene miedo de que se los coma. No ha entendido que precisamente por eso quiero uno.

Entraron por el ventanal a un salón amueblado con un sofá esquinero de color verde, una mesa de diseño con tablero de cristal ahumado apoyada sobre dos patas metálicas en forma de Z y una imponente biblioteca multicolor, completamente vacía, que parecía diseñada por Ettore Sottsass un día nada inspirado. En las paredes había grandes lienzos abstractos, hechos de líneas marrones y tonos planos. Aquí y allá había objetos cuya función principal debería ser decorativa, pero conferían al espacio una atmósfera artificial y demasiado estudiada.

Una mujer anciana, casi calva, estaba sentada en una silla de ruedas frente a una gran pantalla de televisión que mostraba una carrera de caballos que no veía, distraída en quitar de un *plaid* que le cubría las rodillas las pelusas, que agarraba entre sus dedos nudosos y se llevaba a los labios para masticarlas, no como si se tratase de golosinas sino más bien de una laboriosa tarea que debía realizar meticulosamente.

Anthony no la miró ni intentó justificar su presencia, y la anciana no pareció verlos. Escoltados por los tres malteses, la dejaron atrás, cruzaron un vestíbulo que conducía a una gran escalera y entraron en una cocina que debía de ser tres veces más grande que la de los padres de Maximilien.

Anthony sacó cuatro latas de Canada Dry de una gran nevera americana y le tendió dos.

—¡Qué grande es tu casa! —constató Max, contemplando la habitación.

Todo estaba impecablemente ordenado, no había ni un solo utensilio en las encimeras, y la cocina debía de haberse fregado ese mismo día porque olía a limpio.

Anthony abrió la lata, se bebió la mitad y ahogó un eructo en el puño.

—Sí —admitió con total indiferencia.

—¿Qué hacen tus padres?

—Mi padre tiene una empresa que fabrica hormigón y gana un montón de pasta.

—Lo he visto de lejos al llegar.

—Mmm, no, no —dijo Anthony, relamiéndose—. Era probablemente el jardinero. Mi padre está en Polonia, tiene una fábrica allí, va cada dos semanas.

—¿Y tu madre? —preguntó Max, para quien siempre resultaba extraño descubrir la vida cotidiana y la intimidad de familias que obedecían a dinámicas distintas de la suya.

—Tampoco está.

—Me refería a su curro.

—Ah, era azafata en Air France pero lo dejó el año pasado cuando...

Una mujer salió de una habitación contigua y Anthony se calló. Llevaba bajo el brazo una cesta con ropa limpia que depositó sobre la mesa de la cocina, sin apenas prestar más atención a los dos adolescentes que la anciana que se comía las pelusas del *plaid* en el salón. Max comprendió que era una empleada doméstica. Del cesto salía un olor a detergente y suavizante. Reconoció el olor que Anthony desprendía todo el día por los pasillos del instituto y que dejaba tras de sí al avanzar a zancadas por el terreno de juego, removiendo el aire a su alrededor. Ese olor, mezclado con el desodorante Axe con el que se rociaba cada mañana, y con la transpiración que empapaba sus camisetas deportivas, era algo muy íntimo pero a la vez formaba parte de su personalidad.

—Voy a enseñarte la piscina —dijo en el mismo tono desenvuelto que significaba que era parte obligada de esa primera visita.

Salieron por uno de los ventanales situados en la parte trasera de la casa y se adentraron en un camino marcado por pasos japoneses hacia un edificio de cimientos sólidos rematado por una cubierta de cristal. El jardinero que había visto antes Maximilien había terminado de cortar el tronco y ahora apilaba leños en un cobertizo. La zona boscosa de robles oscuros y deshojados dio a Max una impresión austera y triste.

Cuando Anthony empujó la puerta, un tibio vapor de cloro les golpeó la cara. El techo acristalado cubría una piscina de diez metros por cinco, con un fondo revestido de un *liner* con patrón de mosaico, iluminada por focos sumergibles.

Los Sentenac también tenían piscina, pero Max no conocía a nadie que tuviera una piscina cubierta y climatizada en la que bañarse en pleno invierno, algo que le pareció un lujo extremo y una prueba de las comodidades materiales con las que había crecido Anthony. Pero la cubierta de cristal desprendía la misma impresión de tristeza y desolación que lo embargó un momento antes, sin que pudiera definir su naturaleza exacta.

Se detuvo al ver a Élodie Anglade sentada en una de las tumbonas que bordeaban la piscina, pintándose las uñas de los pies mientras charlaba con Marie Cathala que, con los brazos cruzados en el borde de la piscina, estaba metida hasta las axilas en el agua y agitaba lentamente los pies detrás de ella. En un carrito de ruedas de plástico había una botella de Coca-Cola, otra de Malibú y dos vasos medio llenos. En un rincón, habían enchufado un lector de CD en el que sonaba el álbum *Everybody Else is Doing it, so Why Can't We?* de The Cranberries.

—Hola —dijo Marie.

Élodie levantó la vista y les sonrió.

—Hola —respondió Max.

Cuando Anthony le pidió que pasara una tarde en su casa, Max pensó que quizá su hermana estuviera presente, pero no podía imaginarse que también se encontraría con su novia.

—¿Qué tal estás, guapo? —preguntó Élodie con voz lánguida cuando se acercaron.

Maximilien entendió que ya estaba un poco borracha.

—Bien, guapo, bien, ¿y tú? —contestó Anthony.

Ella le tendió una mano cansada, él le agarró brevemente la punta de los dedos, se dejó caer en una de las tumbonas, se colocó la lata de Canada Dry sobre el pecho y se levantó la parte inferior de la chaqueta y la camiseta para rascarse el vientre. Max comprendió que Élodie solo estaba allí a título de mejor amiga de Marie.

—¿Qué hay de nuevo, tíos? —preguntó Marie soltándose del borde de la piscina para echarse a nadar de nuevo.

La parte sumergida de su cuerpo se veía deformada por la refracción del agua, y los colores reverberados del *liner* esparcían manchas brillantes por su piel.

—Nada —dijo Anthony—, acaba de llegar.

—Te llamas Max, ¿verdad? —preguntó Marie.

—Eso es —confirmó Max.

Ella metió la cara en el agua hasta que la boca y la nariz quedaron bajo la superficie, se quedó mirándolo con esos ojos suyos, de un azul tan pálido que parecían grises, y a Max le pareció que lo examinaba con renovado interés.

Marie nunca le había prestado especial atención en el instituto. Se cruzaban en los pasillos, en los recreos o en el comedor, y probablemente lo tenía fichado como uno de los amigos de su hermano porque recordaba su nombre —¿o simplemente Anthony le había dicho que iría?—, pero había muchos chicos alrededor de Anthony, formando una corte con la que Marie mantenía las distancias sin esfuerzo. Ella les prestaba aún menos atención por el hecho de que muchos de ellos habrían matado a su padre y a su madre a cambio de salir con ella, y los trataba con esa indiferencia más o menos fingida que la hacía parecer aún más inaccesible y deseable.

Aquel debía de ser el terreno reservado de su hermano, mientras que ella presidía su propio grupo de amigas, y Max se había

preguntado más de una vez si los gemelos Cathala tenían alguna norma sobre cómo administrar sus amistades. Anthony mantenía una relación con Élodie Anglade y Marie había salido durante varios meses con Matthieu Contis, un amigo de Anthony al que dejó a finales del verano anterior, quien, de un día para otro, se vio excluido (o se retiró *motu proprio*) del círculo de fieles.

A principio de curso, leyeron en clase unos fragmentos de *Las amistades peligrosas*, aunque no figuraba en el programa, y un día que merodeaba por la biblioteca del instituto durante una hora de estudio, Max cogió un ejemplar de la novela epistolar de Laclos de una de las estanterías, más para matar el tiempo que por auténtica curiosidad. Sentado en un rincón tranquilo, mecido por la cálida luz que entraba por las altas ventanas y el olor a plástico del suelo de linóleo recién renovado, se sintió atrapado desde las primeras misivas, tanto que no vio pasar la hora, y el timbre que anunció el final del descanso entre clases le causó el efecto de un retorno brutal a la realidad.

Por primera vez desde que había entrado en el instituto, sacó un libro de la biblioteca que iba leyendo cada noche antes de quedarse dormido. La perversa relación entre la marquesa de Merteuil y el vizconde de Valmont lo dejó atónito. Se los imaginó con los rasgos de Marie y Anthony Cathala (o tal vez al revés) y se sorprendió a sí mismo al pensar que también ellos podían utilizar como peones para su propia diversión a quienes los rodeaban. Eso no hizo que viera a los gemelos más odiosos sino, al contrario, aún más fascinantes, y desde entonces se convenció de que seguramente disimulaban un cinismo y una inteligencia formidables e insospechados para el resto del mundo.

—¿Queréis tomar algo? —preguntó Élodie, cogiendo la botella de Malibú.

—Yo no bebo de esa mierda —dijo Anthony—. ¿Desde cuándo le das a la priva los miércoles por la tarde?

—No pasa nada, cariño... Normalmente estoy en el Grand Bois, mi club de equitación —explicó a Max—. Pero mi caballo se ha torcido el corvejón y tiene que guardar reposo durante más de un mes.

—Ah, ¿tienes un caballo? —preguntó Max fingiendo interés.

—Mi padre me lo regaló cuando mis viejos se divorciaron. Un francés de silla. Bayo-castaño.

—¿Cómo se llama?

—Tonnerre du Val d'Anjou pero yo lo llamo Toto.

Extendió el brazo y le mostró que se había tatuado la letra T en el interior de la muñeca izquierda. El tatuaje estaba mal hecho, formado por pequeños puntos alineados en fila, y la tinta se había corrido por la piel.

—Me lo hice yo —añadió ella— con una aguja de coser y un cartucho de tinta.

Max vio que Marie lo observaba desde la piscina con una sonrisa burlona, como si estuviera atenta a su reacción y pensara que la idea de su mejor amiga era perfectamente estúpida.

Pensativa, Élodie se pasó la yema del pulgar por la muñeca.

—Me deprimo —dijo—. Cuando no puedo montar, me siento *tan* mal... como si no fuera yo, ¿me entiendes?

Max permaneció en silencio y Élodie decidió terminar de pintarse las uñas de los pies. Llevaba el pelo rubio recogido, con unos mechones sueltos y rizados sobre las sienes. Vestía un bikini rojo, su pecho, al igual que su nariz y sus mejillas, estaba cubierto de pecas y el elástico de la braguita del bikini le marcaba las caderas. Estaba inclinada sobre los dedos del pie derecho, con un pincelito de

esmalte en la mano, y su vientre formaba dos pliegues carnosos a la altura del ombligo, ocultando el aro plateado de un *piercing*.

Max nunca la había visto tan poco vestida y tuvo que hacer un esfuerzo para no detenerse en los detalles de su cuerpo, más aún en presencia de Anthony, aunque este no se hubiera mostrado especialmente cariñoso con ella. Con un brazo cruzado detrás de la cabeza, se perdió en la contemplación de la estructura del techo transparente sobre el que se habían amontonado hojas muertas que aún no habían sido retiradas. El resplandor multicolor de la piscina ondeaba en los cristales empañados y la masa oscura de hojas.

Marie nadó a braza lentamente hasta llegar a una escalera de acero, salió del agua y se colocó en el borde, con la cabeza inclinada sobre el hombro izquierdo para dejar escurrir su larga melena castaña.

—¿No os apetece nadar? —preguntó.

—No me he traído bañador —contestó Max.

—¡Y qué! Mi hermano puede prestarte uno, o puedes bañarte en pelotas.

Max notó que se sonrojaba, algo que no pasó desapercibido a Marie. Dolores O'Riordan cantaba *Pretty* y las olas provocadas por las brazadas hacían chapotear la compuerta de filtración de la piscina.

—Mejor vamos a jugar al Mortal Kombat —propuso Anthony, incorporándose en su tumbona.

Max se sintió profundamente agradecido a su amigo.

Marie había terminado de escurrirse el pelo. Se lo echó hacia atrás, se acercó a ellos, dejando con los pies una huella gris en la piedra porosa del pavimento, y cogió una toalla de baño con la que se cubrió los hombros. Tenía un cuerpo espléndido, con una cintura delgada y un culo generoso, unos pechos pequeños y ovalados

perfectamente sostenidos por el triángulo de su bikini, atado al cuello por un cordón. Su piel, como la de su hermano, era muy pálida, inmaculada, revelando el curso azulado de sus venas en los tobillos y las muñecas, ceñidos con viejas pulseras brasileñas, recuerdos de antiguos veraneos.

Algo fascinaba a Max de los cuerpos de las jóvenes que se metamorfoseaban de la noche a la mañana, siempre un paso por delante de los chicos, para quienes la pubertad era un viacrucis con sus múltiples estaciones, y que solo parecían capaces de conquistar sus atractivos masculinos a costa de una transformación lenta, fea y agotadora.

Incluso si lo evitaban y alcanzaban milagrosamente la otra orilla, seguían arrastrando durante mucho tiempo una inexperiencia y una torpeza típicas de los cachorros, sin saber muy bien cómo modular la voz o mover el cuerpo en el espacio. Bastaba con ver a Anthony, en el apogeo de su esplendor y gloria, retozando en un campo de fútbol, chillando como una mofeta, agarrándose los huevos a través de la malla del pantalón de deporte para recolocárselos, o carraspeando para escupir en la hierba. En cambio, las chicas como Marie y Élodie tenían un instinto para ese nuevo poder, una conciencia casi inmediata de su sensualidad, de cuyos privilegios y obligaciones eran perfectamente conscientes.

—¿Sabéis de qué me he enterado? —exclamó de repente Élodie, enroscando el tapón de su frasco de esmalte de uñas—. Santini, nuestro profesor de Francés, ausente desde hace más de mes, volvió el lunes. Y con unas pintas horribles... Parece que no ha dormido ni comido en meses, pobrecito, da pena. Isa, una chica de mi clase, oyó a dos asistentes educativos hablando entre sí en el recreo. Decían que tenía novio y que murió de sida la semana pasada.

—Estaba segura de que era maricón —dijo Marie, que acababa de echarse en una de las tumbonas y ahora se apoyaba sobre su cadera izquierda.

Su hermano simuló que vomitaba.

—¿Crees que él también lo tiene? —preguntó Élodie, dándose aire en los dedos de los pies.

—¿Qué?

—¡Qué va a ser! ¡Sida!

—¿Y qué más te da?

—No sé, simplemente se me ha ocurrido que, si se muere antes de que acabe el curso, a lo mejor se enrollan y nos ponen mejores notas en el examen de Francés de la selectividad. La directora del instituto de mi hermana murió de cáncer el año que pasó ella la selectividad y todos los de su clase aprobaron.

Marie levantó la mirada al cielo.

—Eres la persona más egoísta que conozco —dijo.

Élodie se encogió de hombros.

—Cuando pienso que aún faltan seis meses para el verano —suspiró.

—¿Ya sabes adónde irás? —preguntó Marie a Max, tal vez para cambiar de tema.

—Mis padres ya no se aguantan, así que no pasan las vacaciones juntos —dijo Max—. Suelen enviarme con mis abuelos al País Vasco, para poder marcharse cada uno por su lado.

—Me suena la historia —bromeó Anthony.

—¿Ah, sí? ¿Vuestra familia también se va al traste?

—De otra manera, pero sí —contestó Marie—. Nuestro padre se pasa el tiempo en Polonia por trabajo y nuestra madre probablemente esté en este mismo momento en Corrèze, en el culo

del mundo, en una sauna ceremonial o sumida en la meditación Vipassana.

Se echaron a reír.

—¿Vipassa-qué? —preguntó Élodie entre hipos.

—Todo empezó cuando pusieron las torres de alta tensión —dijo Anthony tras recobrar la compostura—. Hace tres años instalaron unas torres de alta tensión cerca de casa. Antes, creo que estaba bastante bien, al menos no recuerdo nada raro. Pero entonces empezó a tener dolores de cabeza, no podía dormir, estaba agotada todo el tiempo. Tenía náuseas y vértigos.

—Fue a muchos médicos, pero nadie dio con lo que le pasaba —continuó Marie—. Decían que era psicológico. Hasta el día en que se fue a vivir con una amiga que tenía una casa en un rincón remoto de las montañas, sin agua corriente, sin electricidad, sin nada. Allí empezó a sentirse mejor, así que por fin lo entendió. Era por culpa de las torres de alta tensión.

—Nunca había oído nada igual —comentó Élodie.

—El problema es que ya no soporta nada. Tuvo que dejar de trabajar, no podía coger un avión. Una mañana, empezó a tirar todos los electrodomésticos al jardín: la tele, el microondas, el aspirador, todo...

—Incluso intentó quitarme mi Super Nintendo —añadió Anthony, dando a entender que aún no se había recuperado de la ofensa.

—Quería que nos mudáramos, pero papá se negó a vender la casa —continuó Marie—. Le dijo que no se había molestado en construir una mansión de arquitecto para irse a vivir a una choza. Él tampoco la creyó nunca.

—¿Y vosotros? —preguntó Max—. ¿Creéis en todo eso?

Marie se encogió de hombros.

—Solo sé que no estaba bien y se interesó por la medicina alternativa. Ha acudido a retiros, ha visitado a curanderos y magnetizadores. Se ausenta cada vez más a menudo. Hace casi tres meses que no la hemos visto.

—¿No tenéis noticias de ella?

—Ya no soporta llamar por teléfono. Cada vez que lo hace, se mete en la cama tres días.

—Yo creo que se aburría con tu padre, sin más —dijo Élodie.

—Sí, no sé... Nos escribe de vez cuando, pero ya no es la de antes. Ahora solo habla del fin del mundo, ángeles guardianes, viajes astrales, reencarnaciones. Nos envía manojos de salvia para quemar... Para mí, es como si hubiera desaparecido, como si la hubieran secuestrado y a todo el mundo le diera igual.

Max vio que los ojos de Marie se habían empañado ligeramente.

—Lo siento por vosotros —dijo.

Ella levantó los ojos claros y lo miró con una expresión de agradecimiento y como diciendo que, al final, nada de eso importaba. Permanecieron en silencio mientras el día se apagaba más allá del techo transparente sobre el que había empezado a crepitar la lluvia, y las luces de la piscina seguían bailando tristemente sobre los cristales oscurecidos.

4

Una noche de febrero de 1995, Thomas Hernandez dormitaba tumbado en su cama, con la diadema de los auriculares cruzada sobre la frente. Un programa radiofónico de micrófono abierto sonaba en sus oídos. Más que escuchar, oía el intercambio entre una madre y su hijo, al que acusaba de esnifar disolvente con unos amigos mientras ella estaba fuera.

Junto a la cama de Tom, las luces de su cadena hi-fi iluminaban tenuemente una estantería que contenía su colección de VHS con carátulas recortadas de *Télé 7 jours*, varias ediciones del *Libro Guinness de los récords* —que su padre le regalaba por Navidad, sin tener la menor idea de lo que podía gustar a un adolescente de dieciséis años al que solo veía de vez en cuando—, guías de insectos y reptiles, y un terrario con una escolopendra gigante que arañaba frenéticamente el cristal, y cuya quitina, verde fosforescente, brillaba bajo la bombilla de infrarrojos que la calentaba durante la noche.

El entomólogo que lo aceptó para sus prácticas de tercer curso —un anciano con miopía degenerativa y predestinado a su profesión por su apellido Grillon, «grillo»— había traído de una misión en Trinidad para el Museo de Historia Natural de Toulouse una hembra de *Scolopendra gigantea* de tamaño espectacular, con caparazón castaño rojizo, patas estriadas amarillas y una boca provista de dos enormes colmillos venenosos.

Thomas siempre recordaría la primera vez que la vio. Parecía sacada de una película de terror. Por las mañanas se encargaba de alimentar a los insectos que Grillon criaba para coleccionistas, y por las tardes debía clasificar y restaurar antiguas colecciones entomológicas.

—A esta, no la toques —le ordenó su tutor, señalando la escolopendra.

—¿Por qué? —preguntó Thomas mientras se acercaba al cristal tras el cual el miriápodo paseaba sus veintitrés pares de patas por un sustrato de turba húmeda.

—Ahora te darás cuenta. Ella no alcanza a ver mucho más que yo, pero, así y todo...

Grillon soltó el pequeño candado que cerraba el terrario y agarró a un ratón blanco por la cola con una larga pinza metálica. El roedor forcejeó en el aire mientras él lo introducía en el pequeño recinto, y la escolopendra, alertada por el movimiento, se quedó inmóvil una fracción de segundo antes de abalanzarse sobre su presa.

El ataque fue tan rápido y violento que Tom se echó hacia atrás tropezando con el hombro de Grillon. El ratón lanzó varios gritos estridentes cuando el artrópodo le perforó el abdomen por múltiples partes con sus poderosos colmillos. Ella lo sujetaba con fuerza, enroscada a su alrededor en un abrazo implacable, con sus patas ganchudas clavadas en el pelaje manchado de sangre, y la parte posterior de su cuerpo —es decir, la mayor parte de sus segmentos — aferrada con fuerza al sustrato para contener a su presa. El ratón se quedó inmóvil, un instante después, con los ojos desorbitados por el dolor.

—¿Está muerto? —preguntó Thomas.

—Aún no, pero no tardará. El veneno es extremadamente potente, libera toxinas que atacan el sistema nervioso central y el sistema

cardiovascular.

—¿Puede matar a un ser humano?

—A un niño, un anciano o una persona frágil, sí, sin duda. A alguien con una enfermedad cardiaca, por ejemplo. La mordedura también puede causar edemas y necrosis.

—¿Qué es una necrosis?

—Es cuando los tejidos, la carne o la piel se pudren. Así es como se alimenta. El veneno descompone a la presa y la escolopendra ingiere los nutrientes por la boca. El proceso de digestión comienza en el exterior, por así decirlo.

—Oh, sí, lo vi en *La mosca*, cuando vomita él en el brazo de un tipo y lo disuelve.

Thomas no pudo reprimir un escalofrío sin apartar los ojos del insecto que se enroscaba cada vez más sobre su presa.

—¡Es *as-que-ro-so*! —exclamó, entre asombrado y entusiasmado ante la idea de que una criatura así pudiera existir fuera de una película de David Cronenberg.

Pocos días después, la escolopendra puso unos cuarenta huevos, para regocijo del entomólogo, que ignoraba que estaba preñada. Durante el verano siguiente a sus prácticas, él le propuso a Thomas que siguiera ayudándolo con la clasificación de especímenes disecados y le mostró, orgulloso, las pequeñas escolopendras que acababan de nacer tras varios meses de incubación, cada una colocada en un tarro de cristal.

Tom se dio cuenta de que la miopía de Grillon había empeorado. El trabajo de precisión le costaba mucho y siempre andaba con una lupa en la mano, a pesar de que sus gafas eran tan gruesas como un culo de botella. Andaba a tientas, con gestos torpes y la precaución de un ciego. Ya no era capaz de exponer los especímenes destinados a las colecciones, las mariposas o los

escarabajos, porque había que desplegarles con mucha paciencia las alas y los élitros, colocarles cuidadosamente las patas y disponerles las antenas sobre bloques de musgo y madera blanda gracias a unas agujas muy finas.

La ayuda de Thomas se volvió imprescindible para él y, además, le había cogido cariño al chico que, como él a su edad, tenía unos conocimientos increíbles de taxonomía, adquiridos a través de lecturas personales. Grillon confiaba cada vez más en él, y las jóvenes escolopendras no eran tan peligrosas, de manera que le encargó un cuidado, que consistía en rociar los botes de vez en cuando para mantener la higrometría necesaria y alimentarlas con grillos o cucarachas de granja.

Tom no había olvidado las advertencias del entomólogo ni sus precisiones sobre las características específicas del veneno de esa especie. Mientras alimentaba a las escolopendras, transfirió una de ellas a una caja de plástico y la metió en su mochila. Adujo que el animal estaba muerto, imaginándose que Grillon no lo comprobaría.

—Suele pasar —admitió él—, siempre hay alguna pérdida.

Thomas pasó las siguientes horas vigilando la mochila de reojo con un nudo en el estómago, antes de encontrar una excusa para marcharse antes de tiempo. Cuando por fin salió de casa de Grillon, el corazón le latía muy rápido y se sintió aliviado, aunque no libre de culpa por haber traicionado la confianza del entomólogo. La pequeña escolopendra parecía irradiar a su espalda una presencia magnética.

De vuelta a casa, la metió en un terrario y, cuando su madre le preguntó qué era aquella horrible criatura, Tom afirmó que era un regalo de su tutor de prácticas. Se cuidó muy mucho de contarle lo peligrosa que era o la verdadera razón que lo había empujado a sustraerla.

—¡No quiero volver a verla! ¡Nunca más! —gritó ella mientras salía del cuarto.

No recordaba con precisión la separación de sus padres. Quizá la había visto venir desde siempre. Ni siquiera recordaba haberlos considerado en algún momento como una verdadera pareja. Para él, se trataba más bien de unos socios que habían hecho un pacto cuyos pormenores escapaban a su comprensión y cuyos términos ellos mismos habían olvidado con el tiempo. Solo observando a los padres de algunos de sus amigos —al menos a los que aún no se habían divorciado o no se odiaban— se dio cuenta de que algo no iba bien en su casa, y ese malestar difuso se cernió sobre su vida desde que tenía memoria.

Un día, su madre estaba sentada en la mesa de la cocina aguardando a que volviera de la escuela. Esperó a que él dejara la cartera, se levantó y le dijo:

—Tu padre se ha ido con otra mujer, no va a volver. Va a irse a una habitación de hotel por unos días o puede que se mude con esa golfa. De ahora en adelante, tendremos que arreglárnoslas sin él. Es mejor así.

Hizo una pausa, esperando la respuesta de su hijo.

—Por supuesto, puedes verlo de vez en cuando si quieres —añadió—. Ahora vete a hacer los deberes.

Y eso fue todo. Thomas se fue a su cuarto a hacer los deberes mientras su madre preparaba la cena. Su padre apareció unas semanas más tarde a la salida de clase para decirle que había encontrado un piso en Toulouse y que su hijo podría quedarse allí siempre que quisiera. Le presentó a Cindy, una estudiante de Sociología de veintidós años apasionada por el fitness, que los

esperaba en el coche con un caniche color albaricoque que olía a champú para bebés aposentado en su regazo.

Pero después de aquello, su padre no le pidió a menudo que fuera a pasar tiempo con él y Tom no se lo echó en cara. A él tampoco le apetecía.

Seis meses más tarde, su madre le anunció a su vez que ella también había conocido a alguien. Era miembro de la asociación que organizaba el mercadillo anual de Saint-Auch y fue allí donde conoció a Alain Girard, que trabajaba en la dirección de servicios municipales de una población vecina. Era grande como un armario, medía más o menos un metro ochenta y cinco y debía de pesar cerca de ciento veinte kilos, con la nariz cubierta de angiomas. Thomas lo encontró repulsivo al instante.

La primera noche que su madre lo invitó a cenar, él se sentó en el lugar que hasta entonces había ocupado el padre de Thomas, como si siempre hubiera tenido derecho a hacerlo y, tras observar al chico que comía frente a él, le preguntó:

—¿Alguna vez te ha dicho tu madre que hay que sentarse derecho y masticar con la boca cerrada?

Thomas albergaba ahora un odio total hacia Girard y un rencor irremisible hacia su madre. Mientras que su padre nunca trataba de imponer nada y era indiferente a la vida cotidiana y sus contingencias, Girard se impuso el deber de gobernar todos los aspectos de sus vidas: la organización de la casa, el horario y la composición de las comidas, las cuentas de la madre de Tom. Criticaba todos los gastos y controlaba las salidas de Tom. Cuando Tom replicó que no era su padre, Girard lo abofeteó por primera vez —sus manos eran casi del tamaño de una raqueta de tenis— delante de su madre, que se apresuró a salir de la habitación.

—Puede que no sea tu padre, pero esta es mi casa ahora, y no voy a dejar que un mierda como tú me mangonee.

Desde aquel día, Thomas fantaseó con la muerte de Girard. Se lo imaginaba matándose al volante de su Alfa Romeo, estampado contra un plátano, proyectado a través del parabrisas como el pequeño Legendre, atragantándose en la mesa después de que se le fuera la comida por otro sitio, hasta caerse de la silla y morir delante de ellos en el suelo. Rezó para que los Lucky Strike que fumaba le provocaran un cáncer de lengua que le hiciera sufrir un auténtico martirio y lo desfigurara lentamente, con un pedazo de carne purulenta en la boca.

Sin embargo, la causa más probable era un infarto, a la antigua usanza. Dos años antes, Girard sufrió la oclusión de una arteria coronaria que lo llevó a someterse a una angioplastia y a la colocación de un *stent*, y aunque esa hubiera sido una muerte expeditiva, Tom se habría conformado con tal de que Girard desapareciera para siempre del mapa.

Quizá lo peor era que su madre se había convertido en su cómplice pasiva. Thomas comprendió que a ella le gustaba precisamente eso, que Girard fuera un déspota, exactamente lo contrario de lo que había sido su padre. Ahora decía que odiaba su blandura, su laxitud, su cobardía. Veía la severidad de aquel hombre como la marca de una superioridad viril, y ese era el escollo para cualquier posible reconciliación entre ella y su hijo. Tom nunca le perdonaría que hubiera metido a Girard en sus vidas.

Por eso robó la escolopendra, cuyo veneno resultaba peligroso para cualquier persona con problemas de corazón. Imaginó que el animal podría ser su último recurso. Lo introduciría en la cama de su padrastro o en uno de sus zapatos y fingiría que el insecto se había

escapado. «Son los reyes de la fuga —le dijo el entomólogo—. Con colmillos como estos, pueden incluso desgarrar una malla metálica fina.»

¿Podrían acusarlo de algo? Tal vez lo pusieran en prisión preventiva, lo enviaran ante un juez de menores, lo internaran en un centro educativo durante unos años: la perspectiva no era peor que vivir con Girard hasta la mayoría de edad.

Pero para poner en marcha su plan, tenía que esperar a que la escolopendra alcanzara la talla adulta y su veneno fuera lo más efectivo posible, lo cual era el caso a la hora en que Thomas se hallaba dormitando en su habitación, el miriápodo arañaba incansable el cristal del terrario y otro padrastro —el del chico acusado de esnifar disolvente— arrebataba el auricular del teléfono de las manos de la madre para explicar a los locutores de radio que el adolescente era un mentiroso, un manipulador e impermeable a cualquier tentativa de educación. El tiempo había pasado, el rencor de Tom hacia Girard no había hecho más que acentuarse con los años, pero lo cierto es que su presencia y su intromisión en sus vidas se habían difuminado en la vida cotidiana, atenuando poco a poco la intensidad de su deseo de venganza.

A medida que se acercaba el final de la enseñanza secundaria y se vislumbraba la perspectiva de ir a la universidad, Thomas ya no estaba seguro de si merecía la pena ser acusado de asesinato o incluso de homicidio involuntario. De hecho, se había encariñado con la escolopendra a la que puso de nombre Newt, en referencia al personaje de la niña de la película *Aliens*, la última superviviente de la colonia espacial del planeta LV-426. La veía crecer, la alimentaba y se ocupaba de aumentar la humedad de su terrario cada vez que mudaba de piel para facilitarle la tarea. La mera presencia de Newt y la posibilidad de ejecutar algún día su plan lo reconfortaban en

aquellas tardes que se quedaba dormido con la rabia en las tripas tras una nueva reprimenda de su padrastro.

Le hacía confidencias, a veces en voz baja, otras veces a través del pensamiento —*Te juro que un día de estos nos lo cepillamos*—, y Newt parecía oír sus palabras, tanto si estaba acurrucada bocarriba, acicalándose las antenas entre los colmillos como si se paseaba por el terrario en busca de alguna presa.

Tom se fumó un canuto junto a la ventana y se tumbó en la cama. No percibió de inmediato el remolino de luces en las paredes de su habitación, ni las sirenas cuyo lejano e inquietante sonido penetraba en sus oídos. Cuando volvió a abrir los ojos y vio el haz azul de las luces giratorias, tardó en reaccionar y pensar que algo debía de haber ocurrido, y la idea de que su padrastro pudiera haber sufrido un infarto lo hizo arrojar los auriculares a los pies de la cama y correr hacia la ventana.

Había dos vehículos de emergencia aparcados, pero en el camino de entrada de la familia Laval, sus vecinos de enfrente, cuya casa estaba a la derecha de la de los Marty. Thomas abrió la ventana y se inclinó sobre el alféizar para ver mejor. Su madre acababa de salir de la casa y se dirigía hacia el portón mientras se ataba el cinturón de la bata. Él cruzó por el salón y vio a Girard dormido frente al televisor, en el sillón reclinable con mando a distancia con el que llegó el día que se mudó. Seguro de que no lo vería, Tom le hizo una peineta y se reunió con su madre, que se había acercado a la calle, cerrándose la bata alrededor del cuello con la mano.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—No sé, pero parece serio. Deberías volver dentro.

Thomas no contestó y permaneció a su lado. El equipo de rescate que había entrado en la casa de los Laval salió un momento después y los bomberos intercambiaron unas palabras con los policías que entraron después. Tom se dirigió hacia el portón blanco de acceso al jardín de los Laval y su madre amagó un gesto que detuvo cuando el frío de la noche le mordió el cuello. Miró hacia la casa de los Fauré, vio al padre de Alexandre de pie en el porche, vigilando la calle, y le hizo una vaga señal con la mano. Las persianas de la habitación de Alex estaban cerradas, así que debía de estar durmiendo.

A través de las puertas de cristal que daban al salón iluminado de los Laval, Tom entrevió al padre de pie, a su hija cerca pero detrás de él, y a una persona sentada de espaldas en un sofá, que debía de ser la señora Laval. Los dos agentes de la gendarmería entraron en el salón y hablaron con ellos, y en ese momento se oyó un grito, un prolongado quejido de dolor. Tom pensó que solo un animal herido podía proferirlo, pero entendió que era la madre Laval cuando vio que su hija se acercaba al sofá para abrazarla.

—Vámonos —dijo la madre de Thomas, que se había unido a él—, no debemos quedarnos aquí.

Lo agarró del brazo y tiró de él hacia el interior de su casa.

Ella corrió a colocarse detrás de la ventana de la cocina, donde tenía una vista mejor de la calle, y se mordió la uña del pulgar.

—¿Qué coño es todo este circo? —preguntó Girard, despertado por el jaleo.

—Creo que ha ocurrido algo grave en casa de los Laval —respondió la madre de Thomas, todavía impresionada por el grito de la vecina.

Cuando oyó que el sillón de su padrastro se enderezaba, Tom prefirió volver a su cuarto. Le temblaron las manos al intentar liarse otro porro, así que no le salió a la primera. Lo encendió por fin con

la llama de su Zippo y se sentó junto a la ventana, que abrió para que entrara una bocanada de aire frío. Una gran piracanta le tapaba un poco la vista, pero podía distinguir un segundo coche de policía aparcado en el camino de entrada de los Laval.

Desde ahí, si se inclinaba hacia la izquierda, también podía ver parte de la casa de los Sentenac. Dudó si ir a buscar el teléfono para llamar a Maximilien, pero desistió. Ya eran más de las once de la noche y no quería arriesgarse a despertar a sus padres.

Los Laval se habían trasladado a Les Genêts dos años antes, pero los muchachos de la pandilla tenían poco contacto con los dos hijos de la familia. Claire, la hija, acababa de empezar la enseñanza secundaria. Simon, el mayor, matriculado en el último curso en el instituto Melville, era uno de esos alumnos casi invisibles que pasan por la escuela sin hacer verdaderas amistades, sin pertenecer a ningún grupo, y cuyo nombre es difícil de recordar al mirar las fotos de la clase. Sin embargo, a Tom le gustaba Simon, con esa especie de indiferencia triste y ese lado oscuro. A veces charlaban cuando esperaban el autobús y Simon siempre había sido amable con él, aunque no hablara mucho. Quizá con el tiempo pudieran llegar a ser amigos, pensó Thomas.

Recogió los auriculares del suelo, puso el álbum *Ten* de Pearl Jam en la cadena hi-fi y se sentó junto a la ventana. El porro empezaba a hacer efecto y sentía cómo lo invadía el sopor cuando se detuvo otro coche frente a la casa de los Laval. Un hombre vestido de paisano se apeó y lo recibió uno de los agentes de policía. Tom se dio cuenta de que debía de ser un médico cuando lo vio sacar un cabás del maletero del coche y seguir al agente al interior de la casa.

Otros vecinos, alertados por el alboroto, salieron a sus puertas o vigilaban la escena desde detrás de la verja, de los setos de tuyas y

de los cañizos de ocultación.

Pasó un tiempo indefinido, durante el cual Tom dormitó, medio «colocado», hasta que dos empleados de los servicios funerarios sacaron de la casa de los Laval un cadáver envuelto en una funda de plástico blanco y lo condujeron a la parte trasera de un coche fúnebre que él ni siquiera había visto llegar. Abrió la puerta de su cuarto. La casa estaba a oscuras y la televisión apagada. Sin duda, su padrastro se había ido a la cama. Oyó la voz de su madre al teléfono en la cocina y decidió reunirse con ella. Había colgado cuando entró en la habitación. La encontró de pie detrás de la puerta de cristal, con el teléfono inalámbrico apoyado en el pecho y la cara iluminada por la luz del extractor.

—Acabo de colgar a Nicole Marty —dijo en voz baja al verlo entrar.

Vio que lloraba un poco.

—El muerto es el hijo de los Laval —añadió—. Lo encontraron en su habitación, ¿te lo puedes creer? Ella no sabe nada más.

Thomas se quedó de pie a su lado, observando cómo los vehículos de emergencia arrancaban, recorrían el camino de entrada de los Laval tras el coche fúnebre y se alejaban en silencio, con las luces giratorias apagadas. De pronto sintió náuseas; la idea de que se hubieran llevado el cuerpo de Simon en aquella bolsa mortuoria le parecía *imposible*.

—Qué tragedia, Señor —dijo su madre, sacudiendo la cabeza—, qué tragedia.

Tom no supo qué contestar y volvió a su cuarto. Se colocó de nuevo los auriculares, puso otra vez el álbum de Pearl Jam desde el principio y se enterró bajo el edredón. No tardó en sumirse en un profundo sopor y tuvo un sueño familiar.

Se encontraba delante de la casa abandonada del impasse des Ormes, sin la menor idea de lo que hacía allí ni de cómo había llegado. El edificio era idéntico al que había conocido toda su vida, una vivienda corriente, como tantas otras de la urbanización de Les Genêts, a veces ampliadas con el tiempo, con un garaje, un porche o un piso superior.

Estaba parcialmente oculta tras los arbustos silvestres que habían invadido el jardín, salpicada de sombras, siniestra debido a las marcas oscuras que ensuciaban la fachada bajo el alféizar de cada ventana, la gran grieta y las manchas verdosas de musgo que corroían el revoque. Al final del camino de entrada, la puerta principal estaba abierta de par en par, dejando ver un vestíbulo oscuro, y Thomas *sintió* que algo lo acechaba, algo que no podía identificar pero que lo observaba desde el insondable corazón de la casa y que temblaba de deseo ante la idea de que él cruzara el umbral.

Desde las primeras horas del día siguiente, un viernes, el rumor corrió por los pasillos del instituto Melville como la pólvora: un estudiante del último curso había sido hallado muerto en su casa en circunstancias dramáticas.

No tardó en salir a relucir el nombre de Simon Laval, aunque a muchos de ellos no les sonaba de nada. Hablaban de ese tipo alto y delgado que a menudo almorzaba solo en el comedor o del que recordaban que tenía el pelo largo y llevaba camisetas con efigies de grupos de metal. Los asistentes educativos parecían serios y vieron al director, el señor Lapeyrat, dirigiéndose a grandes zancadas del despacho de la señora Sabardens a la sala de profesores, pálido y

sin mirar a nadie, ni siquiera a Lagarde y Seilhac que hojeaban una revista porno en uno de los pasillos.

En el recreo de las diez, bajo una densa y fría llovizna, Alex y Mehdi se reunieron con Lena en el rincón de los fumadores resguardado bajo uno de los cobertizos del instituto. Tom, a quien llevó su madre muy tarde al instituto, y que no había cogido el autobús con los demás, se unió a ellos y les contó la escena que había presenciado la noche anterior.

—Joder, qué fuerte —jadeó Alex.

—Es difícil de creer —dijo Lena castañeteando los dientes.

Ella se había apuntado al club de teatro del instituto, al que también pertenecía Claire Laval, y juntas estaban preparando la *Antígona* de Anouilh, con Lena en el papel de Ismene, Claire en el de Eurídice.

—Según parece van a hacer un anuncio en todas las clases —comentó Mehdi, que había oído a dos asistentes educativos hablando entre sí.

Él había albergado la vaga esperanza de que el alumno hallado muerto fuera Brice Lagarde, que se hubiera matado con la motocicleta, que se lo hubiera llevado una leucemia fulminante o que, después de comprender lo nociva que era su existencia, hubiera tenido la presencia de ánimo para ponerle fin él mismo. Pero al minuto siguiente lo vio entrar por la puerta del instituto, acabando al instante con sus ilusiones.

—¿Habéis visto a Max? —preguntó Alex.

—Ahí —respondió Tom, señalando con la barbilla el grupo de estudiantes que rodeaba a Anthony Cathala, junto a quien estaba sentado Maximilien.

—¿Qué hace siempre con esos idiotas?

Ninguno contestó y se quedaron un momento mirando a Max como si intentaran desentrañar algún misterio insondable.

—¿Se sabe algo de lo que ha podido pasar? —preguntó Lena.

Alex negó con la cabeza. Hacía solo unos meses que su madre había fallecido, y que ocurriera otra tragedia en tan poco tiempo, tan cerca de él, lo había conmocionado.

—Esta mañana mi madre ha comentado que probablemente se había suicidado —dijo Thomas—. Bueno, no está muy claro. A ella se lo ha contado una vecina. Cree que van a hacerle la autopsia.

—¿Por qué la autopsia? Si el tipo se suicidó en su dormitorio, supongo que no hay muchas dudas, ¿no?

—Siempre puedes hacer que un asesinato parezca un suicidio —comentó Alex.

—Sí, hombre —replicó Lena, poco convencida.

—La gente es capaz de cosas retorcidas ¿sabes? Mira el caso que inspiró *Amityville*, por ejemplo. Acusaron al hijo de los DeFeo de matar a sus padres y sus cuatro hermanos, pero el forense dijo que había al menos tres personas implicadas en los asesinatos.

—No veo qué tiene que ver eso con los Laval.

—Las apariencias engañan, eso es todo —respondió Alex.

—Conozco un poco a sus padres y no les pega nada cargarse a uno de sus hijos —puntualizó Thomas.

—Eso pasa hasta en las mejores familias —continuó Alex—. Por eso los vecinos de un asesino en serie siempre dicen que era un tipo de lo más normal, de los que te ayudan a llevar la bolsa de la compra y son incapaces de hacer daño a una mosca. Salvo que, ¡horror y pavor!, el hobby del tipo es dar por el culo a niñas pequeñas en su sótano, descuartizarlas y comérselas.

—No me gusta que se bromee con cosas así —protestó Lena, cuyo rostro se había ensombrecido.

—Es solo un ejemplo. Quiero decir: ¿nunca habéis llegado a casa y habéis tenido la impresión de que algo no iba bien? ¿O de que vuestros padres quizá no sean quienes dicen ser e incluso podrían *haceros daño*?

—Eres tú el que no va bien —dijo Mehdi riéndose.

—Lo cierto es que nunca se sabe lo que pasa en las casas ajenas —añadió Lena—. Estamos aquí, todos juntos, casi a diario, pero cada uno vive realidades diferentes. Siempre seremos unos extraños los unos para los otros, incluso cuando creemos que nos conocemos.

Sonó el timbre que anunciaba el final del recreo y tuvieron que separarse. Alex se acercó a Max, que iba a su clase.

—¿Qué pasa? —inquirió—. ¿No somos suficiente buena compañía para ti?

—¿De qué estás hablando? —preguntó Max.

—Nada, olvídalo —respondió Alex.

Se sentaron juntos pero no se hablaron. De todos modos, el ambiente era lúgubre y la clase estaba en silencio. El señor Delrieu, profesor de Historia y Geografía, confirmó que pronto habría un anuncio oficial, y luego reanudó la clase sobre la evolución de los espacios productivos en el mundo.

Todos estaban atentos a la puerta del aula, esperando que Lapeyrat hiciera su aparición en cualquier momento con un sentimiento de excitación y a la vez de inquietud, pero fue la señora Sabardens quien entró diez minutos antes del final de la lección, sin aliento a fuerza de pasar de clase en clase.

Les comunicó la defunción de Simon Laval y precisó que el personal docente había decidido suspender las clases de la tarde. En el Centro de Documentación e Información habría un libro de condolencias a disposición de quienes desearan escribir una nota, y

la señora Rocques, psicóloga del centro, recibiría en su despacho a quienes sintieran la necesidad de hablar de la situación.

Cuando una alumna preguntó si se conocía la causa de la muerte de Simon, la jefa de estudios respondió que por el momento no se sabía nada y que se había abierto una investigación. Añadió que se pondría en marcha un servicio especial de transporte, pero que los alumnos también podrían optar por permanecer en la sala de estudio, tras lo cual saludó con un breve gesto de cabeza al profesor y se marchó. Los alumnos empezaron a hablar todos a la vez y Delrieu fue incapaz de restablecer la calma antes del final de la clase.

La pandilla volvió a reunirse a mediodía. Lena quiso ir a la biblioteca para poner algo en el libro de condolencias, pero la cola fuera del edificio era tan larga que desistió.

—De todas formas, no sabía qué escribir —explicó a los muchachos tras reunirse con ellos.

Pensativa, se mordisqueó el *piercing* de la lengua y Mehdi vio que lo había cambiado por una bolita multicolor. Cuando salieron del instituto, había tres chicas de tercero abrazándose y llorando a lágrima viva delante de la verja.

—Por qué lloran, si ni lo conocían —comentó otra alumna que pasaba por allí.

—¿Quedamos esta tarde en los invernaderos? —sugirió Tom mientras caminaban hacia el aparcamiento de los autobuses.

—No me queda nada de fumar —dijo Mehdi.

—No te preocupes, yo invito —contestó Tom, que dos días antes había pasado a ver a Stéphane Lévignac para aprovisionarse—. ¿A menos que prefiráis venir a ver una película a casa? Mi padrastro y

mi madre estarán trabajando y he alquilado *Tetsuo*, de Shinya Tsukamoto.

—¿De qué trata? —preguntó Lena.

—Va de un tipo que se clava una barra de acero en el muslo y su cuerpo se convierte en un imán que atrae toda la basura metálica de la ciudad. Es una pasada, superasquerosa y superchula.

—No creo que tenga humor para eso —dijo Lena.

—¿Y vosotros? —preguntó Tom a los demás.

—Sí, bueno, no sé —contestó Mehdi.

—Yo ya la he visto —respondió Alex.

—Prefiero fumarme un porro en los invernaderos —añadió Max.

—Que os den por el culo, vamos a los invernaderos —concluyó Tom medio enfadado antes de que subieran al autobús.

Justo cuando Maximilien se disponía a seguirlos, una mano le tocó el hombro.

—Hola —le dijo Marie Cathala cuando se dio la vuelta.

—Hola —respondió Max.

—Es triste lo que ha pasado —dijo ella sin mucha convicción—. ¿Lo conocías?

—Un poco —contestó Max—. Vivíamos en la misma calle pero no nos veíamos.

Marie lo miró con esa débil sonrisa que le daba un aire de escéptico descaro o de indiferencia.

—¿Qué haces esta tarde? —preguntó ella.

—Nada especial, probablemente quedaré con los colegas.

—He pensado que podríamos vernos —dijo Marie.

Al principio Max pensó que se trataba de una broma y miró a su alrededor en busca de cómplices o testigos, pero solo vio a Anthony observándolos a distancia mientras abrazaba a Élodie Anglade. Sonrió a Max antes de volver la vista hacia su novia.

—Ven a buscarme en la moto sobre las tres y daremos una vuelta —añadió Marie.

—¿Y tu... tu hermano? —tartamudeó Max.

—¿Qué pasa con mi hermano?

—Me refiero a... ¿No se mosqueará?

Marie frunció el ceño y sacudió la cabeza, como si la idea de que Anthony pudiera tener algo que decir acerca de que ella pidiera a uno de sus amigos dar un paseo en moto le pareciera totalmente absurda.

—¿Por qué iba a mosquearse?

—No sé —dijo Max.

—Entonces, ¿a las tres? —preguntó Marie.

—A las tres —se oyó repetir a sí mismo.

—OK. Hasta luego.

La vio alejarse y se sobresaltó cuando el conductor hizo sonar el claxon, señalando la inminente partida del autobús. Subió, la puerta se cerró con un ruido neumático y se acercó a Alex para sentarse a su lado.

Cuando Maximilien volvió a casa aquel día, no lo sorprendió encontrar a su madre borracha, desplomada en el sofá entre los vapores mentolados de los Vogue, con una botella de vodka casi vacía a su lado, en la mesita.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —preguntó ella.

—Han suspendido las clases —respondió Max, de pie en el umbral de la habitación.

—Ya veo —dijo ella—. Supongo que era lo correcto. Estoy muy afectada, como puedes imaginar.

Iba elegantemente vestida con una falda midi gris pizarra, un fino cinturón de cuero trenzado alrededor del talle y una blusa blanca

con cuello de lazo *lavallière*. Max dirigió la mirada hacia la botella de vodka, vio a su madre hacer lo mismo y entender que era demasiado tarde para esconderla. Parecía soportar la vida solo a condición de mantener un cierto grado de embriaguez a lo largo del día. Se servía de toda una serie de estratagemas para disimular las botellas, las copas, todo rastro de su borrachera, pero hacía tiempo que no engañaba a nadie, y menos aún a su marido o a su hijo.

Max no recordaba haberla visto caer en el alcoholismo y su padre le dijo un día que empezó a beber poco después de que él naciera.

—Supongo que no se tomó muy bien lo de ser madre —había añadido—. Creo que se dio cuenta de que no era exactamente lo que había soñado. Siempre tuvo grandes expectativas, ya sabes, ambiciones desmedidas, pero nunca se procuró los medios para ponerlas en práctica y prefirió culparme a mí.

Max no había contestado. No estaba seguro de cuál era el sentido o el propósito de esa confidencia, pero, no obstante, retuvo lo esencial de lo que sugería: el nacimiento de su hijo había sido una decepción para ella, y no encontró mejor forma de escapar a esa nueva realidad que agarrarse una mona cada día, desde que se despertaba.

Nunca le confesó a ella lo que le había contado su padre. De hecho, casi lo había olvidado, y todo lo que le quedaba era una vaga impresión de resentimiento y de culpabilidad, sin saber muy bien a qué atribuirlo. Vio cómo su madre se fue alejando de ellos, obsesionada por algo que él había renunciado a entender y que, de todos modos, ya no le interesaba. Esperaba poder huir en cuanto terminara el instituto.

Aunque nunca habían vivido en la misma opulencia que los Cathala, los Sentenac figuraron en su día entre las familias más ricas de Les Genêts y Saint-Auch. El padre de Max dirigía su propia

agencia inmobiliaria especializada en la venta y el alquiler de locales comerciales, y su negocio había crecido exponencialmente a medida que se desarrollaban las zonas comerciales en las afueras de Toulouse.

La madre de Max había estudiado contabilidad y gestión y se encargaba de la contabilidad de la empresa antes de que se confiara la tarea a una asesoría por razones que el adolescente no conocía bien. Sí sabía, sin embargo, que la empresa había sido objeto de una auditoría fiscal unos años antes, seguida de una autoliquidación rectificativa que había puesto en peligro el negocio familiar. La agencia sobrevivió unos meses antes de que su padre se viera obligado a cerrar el negocio y a aceptar un trabajo como asesor a sueldo en otra empresa. El episodio seguía siendo un tema candente, los padres de Max continuaban acusándose mutuamente de ello cuando discutían, y él sospechaba que la relación de su madre con el alcohol tenía mucho que ver con eso.

Para su madre era importante mantener las apariencias a toda costa. Bajar su nivel de vida le suponía una afrenta insalvable. Seguía acumulando gastos como si nada hubiera cambiado. Una o dos veces al mes iba a Toulouse a recorrer las tiendas y volvía con los brazos llenos de bolsas de ropa que no se ponía, cuya sola visión la exasperaba al día siguiente, y que metía en los armarios sin quitar las etiquetas. Esos gastos intempestivos llevaban al señor Sentenac a montar en cólera en cuanto se daba cuenta —a veces ella se excedía en el límite de crédito y le bloqueaban la tarjeta bancaria— y Max se encerraba con llave en su cuarto las tardes en que volaban los insultos, los gritos y los llantos amortiguados por las paredes, sabiendo que ella se quedaría después en la cama, borracha, y que él no la vería en cuarenta y ocho horas.

También se había vuelto indiferente a las cosas cotidianas, pero su indiferencia era selectiva y cambiante. Podía mostrarse impasible ante acontecimientos o situaciones que deberían haberla afectado, y llorar a lágrima viva con uno de esos telefilmes inspirados en una historia real o frente a uno de esos *realities* televisivos que nunca se perdía, del tipo de *Quién sabe dónde* o *Víctimas del misterio*.

Sin embargo, Max se acordaba de la emoción que la embargó con la muerte de Patricia Fauré, con quien, a pesar de que vivían en la misma calle y sus hijos eran amigos, nunca había cruzado más de dos palabras. La desgracia ajena, de desconocidos, o de personajes de ficción, la conmovía más que la suya propia, tal vez porque la distancia que los separaba le permitía sublimar el sentimiento de su propia aflicción.

Mientras Max la observaba desplomada en el sofá, angustiada por la muerte de Simon Laval —el adolescente al que solo conocía de vista, cuyo nombre nunca había pronunciado anteriormente, si es que lo conocía antes de esa mañana en que la noticia recorrió Saint-Auch—, se preguntó si habría mostrado tanta pena y desesperación si hubiera sido él, su propio hijo, quien hubiera muerto.

Estaba convencida de que su pena confería un sentido trágico a la absoluta banalidad de su vida. Tal vez, pensó Max, perder a su único hijo hubiera sido para ella una bendición, la posibilidad de una desgracia legítima y verdadera que la hubiera consagrado a sus propios ojos.

—¿Os han dado alguna información en el instituto?

—No. Aún no saben la fecha del entierro.

—Los gendarmes han venido a hacerme preguntas.

—¿A hacerte preguntas? ¿Por qué a ti?

—Están hablando con todos los vecinos, supongo. Querían saber si había notado algo sospechoso.

—¿Qué te han dicho?

—No me han dado detalles, pero me han dado a entender que se había cortado las venas. Va a haber una investigación. Los padres están destrozados. Es espantoso.

Max no entendía lo que contaba su madre, por qué había ido la policía a interrogarla o por qué debía haber una investigación si se trataba de un suicidio, pero tenía una cita con Marie y no quería demorarse más.

La señora Sentenac encendió un Vogue y se quedó mirándolo un momento, con el cigarrillo levantado delante de la boca, dándose golpecitos con el filtro en los labios y negando lentamente con la cabeza.

—Espantoso —repitió.

—Voy a salir —dijo Max—, volveré al final de la tarde.

—Por supuesto, cielo, por supuesto —respondió ella con voz cansada.

Llegó con una hora de antelación, aparcó a quinientos metros de la casa de los Cathala y se sentó en una marquesina para fumar y matar el tiempo. No había mucha gente por la calle a esas horas y había recorrido las urbanizaciones semidesiertas, cruzándose solo con dos chicas del instituto Melville y algún que otro jubilado sacando la basura o rastrillando las hojas de su jardín.

Dudó varias veces si dar media vuelta, buscando cualquier impedimento de última hora que pudiera esgrimir para unirse con la pandilla de los viejos invernaderos. Sintió que se apoderaba de él una tristeza indefinible, algo que no había notado antes, cuando estaba rodeado de sus amigos o de otros estudiantes. Pero al volver a casa y hablar con su madre, que le contó las sospechas que

rodeaban el suicidio de Simon, la realidad de su muerte se abatió sobre él como un ave de rapiña.

De camino, pasó con su escúter por delante de la casa de los Laval. No había nada diferente, nada que indicara la tragedia que había tenido lugar ahí doce horas antes. Max ni siquiera sabía qué podría haberse esperado: por supuesto, la casa no se había derrumbado, no había banderas ondeando a media asta en medio del jardín, y no había ninguna capilla ardiente, al menos no tan pronto. Pero al ver que las cosas estaban *inertes* hasta ese punto, se le puso un nudo en la garganta, e incluso la tórtola posada en la antena de televisión le pareció una ofensa a la memoria de Simon Laval. Sin embargo, decidió no mencionarle nada de eso a Marie para no estropear su primera cita.

Estaba temblando en el banco, así que intentó calentarse las palmas de las manos con la brasa de su cigarrillo y se preguntó por qué había aceptado su invitación —¿o había sido un requerimiento? — a encontrarse con ella. La perspectiva de volver a verla enseguida era tan estresante que le entraron ganas de cagar, y se arrepintió de no haber ido al baño antes de salir. Buscó alrededor un lugar tranquilo donde ponerse en cuclillas sin que nadie lo viera, pero no había nada con que limpiarse y además hacía demasiado frío como para quedarse con el culo al aire ni siquiera un momento.

¿Sería posible que Marie hubiera querido verlo, estar un rato juntos simplemente para burlarse de él, distraerse un poco, o para llevar a cabo una de esas intrigas que, según él, era capaz de tramar con su hermano? ¿Lo usarían también a él antes de tirarlo, de desterrarlo del círculo íntimo de los gemelos Cathala, igual que habían hecho con Matthieu Contis?

En cuanto a Max, solo había tenido una novia *seria*, Émilie Esposito, con la que salió unos meses en tercero. Tenía los ojos

verdes pero el iris de su ojo izquierdo era bicolor, con un destello marrón que le daba un aire extraño e irresistible. También tenía la piel pálida y muy suave y el pelo largo y liso, rubio oscuro casi castaño. Siempre tenía los labios cortados, en cualquier estación, y se aplicaba un bálsamo hidratante en tubo que olía a caléndula. Fue ella la que rompió, poco antes de las vacaciones de verano, cuando sus padres decidieron trasladarse a Burdeos en julio.

—Si quieres, puedes tocarme las tetas por última vez —le dijo aquel día.

Estaban tumbados sobre un lecho de hierba tierna y dientes de león, a la sombra de un transformador eléctrico detrás del cual solían encontrarse para darse besos, y que zumbaba cerca de ellos como una amenaza tranquila con su viejo cartel amarillo medio roto: ALTA TENSIÓN / ATENCIÓN / PELIGRO DE MUERTE. Nunca habían pasado de besarse con lengua y acariciarse, ambos conscientes de que todavía eran unos críos, pero en algún momento llegaron a pensar que, si seguían juntos, quizá acabarían *haciéndolo* por primera vez. Esa perspectiva se desvaneció y sentían al mismo tiempo el vago pesar por algo que en realidad aún no habían llegado a desear, y el alivio de ver cómo se les concedía una tregua que sabían temporal.

Cuando Max deslizó los dedos por debajo de la camiseta de Émilie, ella se echó a reír porque tenía la mano helada. Entonces él se limitó a ponerla, sin moverla, sobre el hueso afilado de su cadera mientras besaba por última vez sus labios rasposos y perfumados a la caléndula.

Después de su separación, ciertamente se quedó un poco triste, pero sabía que no estaba enamorado de verdad, que el amor no era *eso*. Lo que lo había atraído de Émilie era su belleza y la impresión de dulzura que desprendía. Le agradaba estar en su compañía de la misma manera que le gustaba verse de repente bañado por el calor

y la luz en un día fresco, cuando el sol irrumpía entre las nubes y lo encendía todo. Era una alegría sencilla y fácil. Tras la marcha de Émilie, conservó de ella un recuerdo ligeramente nostálgico, pero sin echarla de menos. Sentía que el amor tenía que ser más grande, más intenso, más doloroso también.

Terminó el cigarrillo, tiró la colilla a la acera y se subió a la moto para recorrer las pocas decenas de metros que lo separaban de la casa de los Cathala. Cuando se detuvo frente al gran portón eléctrico, dudó de nuevo si llamar o no: si contestaba Anthony, ¿qué se suponía que debía decirle? ¿Cómo justificar que tenía una cita con su hermana? Pero llamó y fue Marie quien respondió.

—Ya voy —se oyó por el interfono antes de que él pudiera decir una palabra.

El portalón se deslizó sobre su raíl y él la vio bajar por el camino de entrada, vestida con unos vaqueros de pitillo rotos por la rodilla derecha, un jersey de cuello alto azul pavo real y una cazadora negra de cuero. Tenía una cadenita al cuello con una cruz dorada y supuso que llevaba Angel, de Thierry Mugler, porque olía a bergamota y praliné. Iba con el pelo recogido en una cola de caballo con un coletero de lentejuelas que dejaba ver la pequeña caracola puntiaguda de sus orejas, a las que él nunca había prestado atención.

—¿Qué te gustaría hacer? —le preguntó él cuando se juntaron.

—¿Sabes patinar? Pensé que podríamos ir a la pista de hielo.

—La verdad es que no —respondió Max.

—Yo te enseñaré.

—Vale. Te he traído un casco —dijo él, señalando el que llevaba colgado del manillar derecho de su MBK Booster.

Levantó el caballete del escúter, se subió y lo arrancó. Marie se sentó detrás de él y pasó los brazos alrededor de sus caderas.

Pusieron rumbo a la pista de hielo, que se encontraba cerca del cine, en la zona comercial Beau Soleil, ubicada dentro de un gran edificio sin ventanas y de fachada revestida de chapa ondulada. Cada uno pagó su entrada y alquilaron unos patines que se calzaron sentados en sendos bancos de madera. A esa hora del día, no había casi nadie. Normalmente, los focos proyectaban rayos de colores sobre la pista y las gradas, y los altavoces suspendidos emitían música rítmica, pero —sin duda porque era una tarde entre semana— la pista solo estaba iluminada por las luces de neón del techo. Reinaba un silencio austero, apenas roto por el lejano crujido de las cuchillas de otros dos patinadores, un hombre y una mujer, ambos visiblemente veteranos, que ensayaban una coreografía bajo la mirada de su entrenador sentado en las gradas.

Marie y Max pisaron el hielo y ella lo ayudó en su progresión sujetándolo del antebrazo. Se deslizaron lentamente por la barrera de seguridad. De vez en cuando, ella se alejaba a su propio ritmo, patinando hacia atrás, haciendo bucles, antes de volver junto a él. No hablaban mucho, ella se contentaba con guiarlo.

—No estés tan rígido, dobla un poco las rodillas, no te mires los pies, balancea los brazos, intenta no inclinarte demasiado hacia delante.

Él la contemplaba moviéndose sobre el hielo con increíble facilidad, tratando de ignorar su sensación de torpeza, de ridículo. La tristeza que se había apoderado de él antes no se había disipado del todo. A decir verdad, la desolada pista de hielo lo exasperaba, pero la presencia de Marie y lo que estaba en juego en su cita la transfiguraban. Max se sintió invadido por una especie de melancolía, incapaz de vivir ese momento sin ser consciente de que se le escapaba, de que pronto se acabaría, de que ya no existía, lo que le daba una sensación de irrealidad. Tenía la impresión de

percibir desde la distancia la gran superficie gris de la pista de hielo, el sol enfermizo de los fluorescentes sobre ellos, la mano de Marie que de vez en cuando le agarraba la muñeca y el olor a bergamota y praliné que dejaba tras de sí cuando lo rozaba.

—Tengo sed —dijo ella al acercarse de nuevo a él—. ¿Hacemos un descanso?

Se sentaron a una de las mesas de la cafetería de la pista y pidieron unas Fantas y unas crepes con azúcar. En la entrada acababa de hacer su aparición una clase de primaria y les llegaba el alboroto de voces excitadas.

—Lo has hecho bastante bien —comentó Marie cuando les sirvieron.

—No estoy tan seguro, pero gracias.

—¿Tienes novia? —preguntó ella, reclinándose en la silla y mordisqueando la crucecita que llevaba de colgante.

—Más bien, no. Es decir, no —tartamudeó Max.

¿Cómo podía hacerle una pregunta así de sopetón, mirándolo a los ojos, sin parecer siquiera algo avergonzada, un poco tímida? Su confianza en sí misma lo asombraba; era como si fuera ajena a sus propias emociones o estuviera desconectada de ellas, y cuando mostraba alguna, Max se preguntaba si la sentía de verdad o solo la inventaba para la ocasión.

—¿Te gustaría salir conmigo?

Él sintió que el corazón le daba un vuelco bajo las costillas.

—¿Puedo preguntarte por qué? Podrías salir con cualquier chico del instituto, Marie.

—¿Y qué?

—Bueno, no sé, creo que es raro que te... intereses por mí.

Ella abrió los ojos como platos y soltó una carcajada, mostrando sus dientes pequeños y bien alineados. Al darle un mordisco a la crepe, se le habían pegado unos cuantos cristales de azúcar en el labio superior y Max no podía apartar los ojos de ellos.

—Cuando viniste a casa, te hablé de mi madre y me dio la impresión de que me escuchabas —dijo ella.

—¿Por qué no funcionó con Matthieu?

Marie se encogió de hombros.

—Me cansé, eso es todo. Todo lo que le interesaba era follar, como a la mayoría de los tíos. Tú eres diferente.

Max apartó la mirada. La sangre se le subió a las mejillas y no sabía dónde meterse. Seguía siendo virgen y la perspectiva de acostarse con Marie se le había pasado por la cabeza, por supuesto, aunque le pareciera cuando menos improbable.

¿Debería conmoverlo que ella no lo viera como uno de esos chicos cuya principal preocupación era llegar por fin a echar un polvo? ¿Significaba eso que dudaba de su madurez sexual?

—¿Y tu hermano? ¿Qué pensaría?

—Le caes bien. Dice que eres más inteligente que la mayoría de sus compañeros. Y no olvides que está saliendo con mi mejor amiga. Mira, solo quiero algo diferente. No hay nada malo en intentarlo, ¿verdad?

—Supongo que no —admitió Max.

—No tienes que ponerte tan serio, ¿sabes?

Sin embargo, él no podía librarse de cierta inquietud difusa. Se veía a sí mismo como actor de su propia vida, interpretando su propio papel, aunque no conociera el guion, como en aquellos sueños donde se encontraba en un escenario delante de todo el alumnado del instituto Melville, sin saber qué se esperaba de él. De pronto lo asaltó un extraño vértigo: el de la vida que se abría ante

él, de la que no sabía nada, todo ese tiempo por venir del que Simon acababa de quedar privado porque probablemente había elegido no vivirlo. Y Max comprendió que podía ser un alivio, la idea de que no sucedería nada más, ni bueno ni malo, que se había acabado el mundo, el futuro, lo que se suponía que se debía hacer con esa existencia y con todas esas terribles preguntas para las que no tenía respuestas.

—¿Qué decides? —preguntó Marie.

—De acuerdo —consintió Max.

Marie le sonrió. Le cogió la mano encima de la mesa y se inclinó para besarlo. Maximilien sintió cómo los granos de azúcar se derretían en su lengua y, por un momento, la amenaza que parecía cernirse sobre él se evaporó.

—Hace un rato, al volver del instituto, me he quedado dormida y he tenido un sueño —le dijo Lena.

Estaban sentados en su cama, ella con las piernas cruzadas y una almohada sobre los muslos, Mehdi en el borde del colchón. Las paredes estaban tapizadas con un papel pintado de motivos florales de los años setenta, que Lena había arrancado aquí y allá. Se desanimó cuando llevaba tres cuartas partes del primer tabique y pegó por encima un enorme cartel de *El gran azul*, unas imágenes de delfines y unos pósteres de Kurt Cobain y de River Phoenix y Keanu Reeves tal como aparecían en el cartel de *Mi Idaho privado*.

Una de las paredes estaba dedicada a las fotos tomadas por Lena. Mehdi las estuvo contemplando largo rato la primera vez que fue a su casa. Enseguida percibió la singularidad de su forma de ver el mundo, su atención a los detalles, a las sombras, a la luz. Había fotos de sus amigos de Montauban: una joven de pelo corto y con

un diastema en los incisivos superiores de cuyo intersticio salía una nube de humo que le tapaba media cara, un chico a punto de tocar la superficie resplandeciente de un río donde su cuerpo se reflejaba suspendido en el aire, un pequeño grupo de adolescentes tumbados en una hierba alta y aplastada cuya condensación formaba una especie de gasa a través de la cual parecían solidificarse los rayos del sol.

Su habitación olía a perfume de Chevignon y al humo de los pequeños conos de incienso de pachuli que quemaba ella en unos platillos. Fuera, el día estaba gris y frío, y el radiador de agua bajo la ventana calentaba la habitación a duras penas con un ruido de respiración asmática.

—Cuenta —le pidió Mehdi.

—Estaba delante de la casa del impasse des Ormes. Se veía como la de verdad, abandonada y lúgubre, pero las contraventanas no estaban cerradas y Simon Laval estaba de pie detrás de una de las ventanas, mirándome y sonriendo. Levantaba una mano para saludarme o pedirme que me acercara, y yo veía que tenía la mano cubierta de sangre, una sangre negra ya coagulada. Su antebrazo también estaba cubierto de sangre y como... desgarrado... Como si se hubiera ensañado agrediéndose con una cuchilla... Comprendí que estaba muerto y pensé que *realmente* no podía estar ahí, que era yo la que lo soñaba. Pero él intentaba decirme algo. Sus labios se movían, yo quería entender lo que tenía que decirme, así que abrí el portalón y me adentré por el camino, dirigiéndome hacia la ventana tras la que se encontraba. Podía ver el interior de la habitación a pesar de estar a oscuras y enseguida me encontré tan cerca de él que pude distinguir su rostro. Su piel estaba muy pálida, casi gris, y sus ojos ya no expresaban nada, eran ojos muertos, ojos

como los de un animal muerto, ¿ves lo que te quiero decir? Y sin embargo seguía sonriéndome y moviendo sus labios azules.

—¿Qué decía?

Ella se subió la manga de la sudadera y se pasó mecánicamente las puntas de los dedos índice y corazón por las finas cicatrices blancas de las muñecas.

—Me decía que me uniera a él, Mehdi. Decía: Ven.

—Solo ha sido una pesadilla, ¿vale?

Lena negó con la cabeza.

—Lo más extraño era que estaba aterrorizada pero ni siquiera pensaba en huir. No, solo quería estar con él, lo único que deseaba era entrar en aquella casa y reunirme con él.

Habían acordado que se juntarían con los demás en los viejos invernaderos. Hélène estaba a punto de salir, pero pareció alegrarse de ver a Mehdi y le dio un abrazo. Él se sorprendió pero también se emocionó.

—Lena me lo ha contado —dijo ella—. Lo siento mucho por todos vosotros. No se debería pasar por algo así a vuestra edad. Si necesitas hablar o distraerte un poco, no olvides que aquí siempre eres bienvenido.

—Gracias —respondió Mehdi.

No era la primera vez que las visitaba desde que se conocieron, y Hélène siempre se había mostrado acogedora y amable. Lo invitaba a un café, charlaba con él en la cocina, le preguntaba por sus padres y por el instituto, le contaba anécdotas de sus compañeros de trabajo o le comentaba la película que había visto el día anterior.

A Mehdi le gustaba esa manera suya de prestarle atención —algo que, por otra parte, exasperaba a Lena, que reprochaba a su madre que se comportara como una adolescente o que no supiera estar en

su sitio— y se sentía como en casa en ese hogar femenino porque le daba la impresión de ser admitido en otro círculo, en otra intimidad familiar.

Eso suponía quizá que Lena viera en él solo a un buen amigo, mientras que él sentía por ella un afecto cada vez mayor y completamente distinto, una atracción que intentaba contener con todas sus fuerzas. No habría renunciado por nada del mundo a aquellas sencillas alegrías: los cigarrillos fumados en la cocina y las confidencias de Hélène, las veladas que a veces pasaban los tres viendo la tele los sábados por la noche o los momentos de complicidad con Lena en su habitación perfumada con incienso de pachuli.

Sin embargo, un viento helado sopló en su interior en el momento en que Lena le contó el sueño que acababa de tener. Recordó que ella le había hablado de una sensación de *déjà vu* cuando se detuvieron juntos por primera vez frente a la casa del impasse des Ormes, y lo incómodo que se sintió él al caer en la cuenta de que también había soñado con la casa pero sin poder recordar la naturaleza de aquellos sueños. Entendía lo que le contaba, su miedo y su deseo lo perturbaban porque sabía que él había *sentido* lo mismo, pero no quería hablar de ello por miedo a darle demasiada importancia y preocupar a Lena, ahora que estaba alterada por la muerte de Simon.

Mehdi también estaba preocupado por otros motivos. Desde hacía dos semanas, a Brice Lagarde le había dado por pincharle en las caderas, las nalgas o los muslos con la punta de un compás que guardaba en el bolsillo a tal efecto. Le pinchaba con un movimiento rápido, se apresuraba a ocultar el compás y levantaba las manos en señal de inocencia. El dolor era inmediato y hacía gritar a Mehdi,

razón por la que Lagarde se aseguraba de que no hubiera testigos. Esperaba a que Mehdi fuera a hacer pis para precipitarse tras él a los servicios, o a que saliera tarde del gimnasio o se alejara momentáneamente de los alumnos de su clase para surgir detrás de él.

Mehdi vigilaba constantemente su entorno, intentando localizarlo, y dar con los asistentes educativos en el patio y los pasillos. Evaluaba el riesgo de sus propios desplazamientos en el recinto del instituto y sus alrededores, trataba de predecir los movimientos de los alumnos, la posibilidad de que un grupo se desagregara, y de mantenerse siempre listo para unirse a otro. Pero, a pesar de esas estrategias evasivas, siempre llegaba un momento en que, a pesar de su cautela, se encontraba lo bastante aislado como para que Brice tuviera vía libre.

De vuelta a casa, se encerraba en el cuarto de baño, se remangaba la camiseta, la sujetaba entre los dientes y se bajaba los pantalones para ver las postillas negras y los hematomas azules, amarillos y verdes dejados por los pinchazos de Lagarde, y se desinfectaba con agua oxigenada, con muecas de dolor.

La vigilancia constante y el miedo que le encogía el estómago lo agotaban y lo carcomían por dentro. Solo los porros que fumaba más cargados y con mayor asiduidad le ofrecían un pequeño respiro. Sus notas se habían desplomado, lo que alertó a su madre. Una noche llamó a la puerta de su cuarto para decirle que estaba preocupada y preguntarle si se encontraba bien, si quería hablar con ella, pero él la despachó con cajas destempladas, algo que ni él mismo se esperaba. Como pensaba que el cambio de comportamiento de su hijo se debía a la llegada al barrio de esa nueva amiga con la que lo veía pasar cada vez más tiempo, Munia le

dio a entender que la compañía de Lena podía ser una influencia perjudicial.

—Es como si huyeras de casa. Casi nunca te vemos, apenas nos hablas. Y, además, te diré que no me gusta mucho que andes siempre metido en casa de esa gente —le dijo.

—¿Esa gente? —preguntó Mehdi, con la voz llena de desprecio—. ¿A quién te refieres?

—A esa madre y su hija. Ella cría sola a su hija, no necesita cargar con otro. No quiero deberle nada a nadie.

—¿De qué estás hablando? Ni siquiera las conoces. ¡Cómo voy a contarte nada cuando me vienes con esas lecciones de moral de tres al cuarto!

—Solo estoy preocupada por ti, cariño.

—¿Por qué no te metes en tus asuntos y me dejas en paz?

Munia se quedó callada, temblorosa, y Mehdi le dio la espalda hasta que ella salió de la habitación. Nunca le había hablado en ese tono; sabía que ella lo hacía por su bien, pero él trató de herirla precisamente porque, aunque su preocupación era en parte fundada, sus ciegas sospechas habían recaído injustamente en su amistad con Lena. No comprendía que, al contrario, ella era lo que le permitía no hundirse del todo, pero se sentía incapaz de decírselo.

Después de que Lena le contara su sueño, se dirigieron a los viejos invernaderos. Saint-Auch tenía un aspecto lúgubre bajo el cielo plomizo y cerrado. Por acuerdo tácito, se desviaron para no tener que pasar por delante de la casa del callejón. Alex y Tom estaban ya esperándolos cuando llegaron y se sentaron en los sofás. *En route pour la joie*, de Noir Désir, sonaba en la radio de pilas. Lena estiró las piernas sobre las rodillas de Mehdi. Fumaron mientras escuchaban música, hablaron poco, cada uno absorto en sus propios

pensamientos. Alex propuso jugar al Presidente y se puso a barajar y a repartir las cartas.

Max no se unió a ellos, pero ninguno comentó su ausencia, a pesar de que a todos les rondaba por la cabeza. ¿O era el espectro de otra ausencia, en ese caso irrevocable, la de Simon Laval? Jugaron algunas partidas, se cansaron, se pusieron a hablar de un episodio de la primera temporada de *Expediente X* emitido la semana anterior, pero como con desgana, y fue una de las tardes más apagadas que habían pasado juntos. Cuando por fin se separaron, antes de lo habitual, todos se sintieron secretamente aliviados al recobrar una soledad que, por primera vez, parecía preferible a su comunidad.

Debido a las turbulentas circunstancias de su muerte, el cuerpo de Simon Laval no fue devuelto inmediatamente a su familia, pero las investigaciones forenses no permitieron concluir otra hipótesis que no fuera la del suicidio. Finalmente, un mes después, tuvo lugar el funeral.

La ceremonia se celebró en la iglesia de Saint-Auch. Se fletaron autocares para llevar al alumnado del instituto Melville que deseara asistir. Se acordó que el cuerpo sería inhumado en el cementerio local en la más estricta intimidad familiar.

De los cerca de cuatrocientos alumnos con que contaba la institución, más de cien se apuntaron en las listas que circularon de clase en clase durante los días anteriores, aunque muy pocos habían conocido a Simon. Ese entusiasmo suscitó muchos debates entre el profesorado y los propios alumnos, pues había quien veía en ello un mero oportunismo de adolescentes dispuestos a aprovechar la menor oportunidad para saltarse unas horas de clase. Por supuesto,

esto no era del todo falso, pero todos lo vivían como un acontecimiento que marcaría su adolescencia, una desgracia común, aunque difusa, aunque lejana, una de esas secuencias que recordarían más tarde y que los uniría a pesar de sus diferencias.

Alex, Thomas, Max y Mehdi esperaban en un silencio tenso en la plaza del pueblo. La temperatura se había suavizado, caía de nuevo una llovizna constante y una marea de paraguas y chubasqueros con la capucha levantada se desplegaba ante ellos. Los Sentenac estaban allí, al igual que la señora Hernandez, la señora Belkacem y el señor Fauré, que estaba muy desmejorado tras la muerte de su esposa.

Los chicos se apartaron para poder charlar entre ellos, pero el ambiente era demasiado serio como para conversar. En las pocas semanas transcurridas desde la tragedia, habían tenido muchas ocasiones de comentar que los padres de los que vivían en Les Genêts habían sido interrogados por la policía, pero no sabían nada más acerca de la muerte de Simon. Los Laval se habían mostrado muy discretos, la madre y la hija —que no volvió a pisar el instituto — se fueron a vivir con unos parientes, y al padre apenas se lo veía.

Estaban presentes los profesores que tenían a Simon de alumno, así como la señora Sabardens, el señor Lapeyrat, y dos representantes de la Consejería de Educación de la región. Delante de la iglesia estaba aparcado un coche fúnebre y cuatro empleados de la funeraria sacaron un ataúd lacado en blanco, cuya visión petrificó a los congregados.

La familia fue invitada a entrar. Vieron a la madre de Simon cruzar en medio de la multitud, vestida de negro, sostenida por su marido y su hermano, seguida por Claire y otros parientes. Al pasar por la

puerta, le fallaron las piernas y tuvieron que llevarla dentro, con las puntas de sus zapatos raspando lastimosamente el suelo.

—Pobre mujer —dijo alguien.

—No vamos a caber todos —dijo Tom mientras la gente se apresuraba a entrar en la nave.

—Esperemos fuera —sugirió Max, que también quería mantener las distancias con su madre, cuyas lágrimas hacían correr el rímel por sus mejillas, que secaba dándose golpecitos con un pañuelo de papel.

Todos asintieron. En realidad, temían asistir al sufrimiento de los Laval, que de pronto les parecía insuperable incluso para ellos. Nada más alejarse, vieron a Lena avanzando con dificultad hacia ellos a través de la multitud, pálida y angustiada. Entendieron que algo malo pasaba.

—¿Qué sucede? —preguntó Mehdi.

—Tengo algo que deciros —respondió—. Pero no aquí, no es el momento. ¿Podemos vernos después de la ceremonia?

—¿Quieres decir esta noche?

—No, lo antes posible. En los invernaderos.

—¿Nos estás pidiendo que faltemos a clase? —preguntó Tom.

Miró a su alrededor y bajó la voz.

—No os lo pediría si no fuera por una buena razón.

Las campanas fúnebres sonaban por encima de ellos.

Explicaron a los asistentes educativos, encargados de pasar lista en el autobús, que iban a llevarlos al instituto sus padres, y a sus padres que no fueran a recogerlos al instituto, que volverían en autobús con los demás. No tuvieron problemas para dispersarse entre la multitud y acabaron en la tienda del pueblo, donde

compraron, a modo de almuerzo, unos paquetes de patatas fritas y una botella grande de Sprite.

Lena les explicó que se reuniría con ellos en los invernaderos un poco más tarde, ya que quería hablar con Claire Laval. No tenían ni idea de qué quería contarles, pero no hicieron ni un solo comentario por el camino. Todos sentían una aprensión que les encogía el estómago y, cuando por fin llegó y la vieron entrar con Claire, ninguno se sorprendió realmente.

Solo un resplandor grisáceo se filtraba a través de las lonas sobre las que pronto se condensó el calor de sus cuerpos. Se repartieron unas viejas mantas que se echaron por los hombros y se sentaron en los sofás. Aún vestida de luto —un largo vestido negro de terciopelo—, con el rostro marcado por el cansancio y la pena, la hermana pequeña de Simon parecía mayor y más seria de lo que recordaban. Tenía catorce años y parecía haberse convertido en una adulta en el espacio de unos pocos días.

—He visto a Claire justo antes de la ceremonia y me ha contado algo que quiero que escuchéis —comenzó Lena.

Todos la miraron, Claire bajó los ojos y buscó las palabras.

—No tengas miedo, puedes contárselo a ellos —la animó Lena.

—Bueno —dijo Claire—, el caso es que mi hermano... Hay algo extraño en la muerte de mi hermano.

Se calló y se retorció los dedos nerviosa.

—Sigue —la animó Lena.

—Esa noche estaba solo en casa. Mis padres y yo habíamos ido a cenar a casa de unos amigos de ellos. Cuando volvimos, encontramos la puerta acristalada del salón abierta de par en par y él no contestaba. Así que mi madre subió y...

Claire contuvo un sollozo.

—Tómate tu tiempo —dijo Lena.

—No sé qué pasó —continuó Claire—. La puerta de su cuarto estaba arrancada. Pero no encontraron huellas dactilares, nada de nada. Estaba ahí, con las venas cortadas, pero no de una forma normal.

—¿Qué quieres decir con «no de una forma normal»? —preguntó Mehdi, que se estremeció al recordar el sueño que le había contado Lena.

—Había un cuchillo de cocina a su lado —dijo Claire con los ojos rebosantes de lágrimas—. Y los antebrazos estaban abiertos en canal.

Mientras les hablaba, se pasó el dedo índice por el brazo. Siguieron su gesto con la mirada y Alex y Tom se estremecieron.

—¿Por eso han abierto una investigación? —preguntó Tom.

—Pensaron que no *podía* habérselo hecho él mismo —añadió Lena.

—Pero en el cuchillo tampoco había más que sus huellas dactilares.

—Sin embargo, si la puerta estaba rota, es porque habría entrado alguien —dedujo Alex.

—Dicen que quizá lo hizo él mismo, que podría haberle dado un ataque y luego se suicidó.

—¿Por qué derribaría la puerta de su propia habitación? —preguntó Max.

Claire negó con la cabeza, incapaz de responderle.

—Dicen que a veces las personas que quieren morir hacen cosas difíciles de explicar. Hace tres años Simon tuvo problemas y estuvo hospitalizado un tiempo.

—¿Qué tipo de problemas? —preguntó Tom.

—Problemas mentales. No lo comentábamos mucho en casa, pero lo ingresaron en un área para adolescentes. Una unidad psiquiátrica.

Luego mejoró.

—Pero eso no es todo —dijo Lena.

—Hace unos meses ya, me di cuenta de que le pasaba algo —continuó Claire—. Siempre ha sido un poco raro, un poco reservado, pero eso era diferente. Ya no era el mismo, apenas dormía, hablaba solo en su cuarto.

—¿Te dijo qué le preocupaba? —preguntó Tom.

—No hablaba mucho conmigo, no era propio de él, pero a veces me hacía confidencias de repente. No podía callárselo todo, tenía que sacarlo fuera. Una noche, llamó a la puerta de mi habitación. Decía cosas raras, que teníamos que desconfiar de nuestros padres.

Todos se acordaban de lo que dijo Alex al respecto en el patio del instituto, al día siguiente de la muerte de Simon, y se miraron en silencio.

—Háblales de la casa —añadió Lena, cuyas manos temblaban al acercar la llama del mechero al cigarrillo que quería encender.

—¿La casa? —murmuró Mehdi.

Podían adivinar lo que Claire iba a contarles. Intuían que iba a hablarles de la casa del callejón, que siempre había actuado sobre ellos como un polo magnético, cuya presencia parecía cernirse a su alrededor, acercándose en círculos concéntricos.

—Hace unos meses entró en la casa abandonada. Dijo que soñaba con ella todo el tiempo. Quería saber qué había dentro. Creo que fue solo; no se me ocurre nadie que pudiera acompañarlo. Pero desde ese día empezó... Nunca volvió a hablarme de ello, pero estaba obsesionado con esa casa. Fui a su habitación cuando no estaba y encontré estos dibujos en su escritorio. Croquis de la casa, docenas de ellos, esa horrible fachada de ventanas negras. En otros, era como si hubiera intentado esbozar un plano, pero no tenía ningún sentido. Y luego lo vi quemarlos un día en la barbacoa del jardín.

Después de eso, solo me habló de la casa una vez, diciendo que quería destruirla.

Max soltó una breve risita de incredulidad. Lena lo fulminó con la mirada y él levantó las manos a modo de disculpa.

—¿Se lo contaste a la policía o a tus padres?

Claire negó con la cabeza.

—Pensé que... solo complicaría la situación, que no me creerían o que reforzaría la idea de que mi hermano estaba loco y que se lo había hecho él mismo. Pero sé que no fue él.

—¿Y quién crees que es? —preguntó Max.

La adolescente se encogió de hombros.

—Lo que es seguro —dijo— es que algo mató a mi hermano o lo llevó a suicidarse. Y está ahí, dentro de esa casa.

—Yo soñé con la casa —apostilló Lena—. Le conté mi sueño a Mehdi. Soñé que estaba fuera de la casa y veía a Simon dentro, a través de una de las ventanas. Me hacía una seña con la mano y su brazo estaba lacerado de lado a lado. Y yo no sabía nada al respecto, ¿os dais cuenta?

—Yo también sueño con ella —dijo Tom—. Soñé la noche que encontraron muerto a tu hermano. Y creo que ya me había pasado más veces. ¿Y vosotros?

—Puede que sí —articuló Max, cuya mandíbula se había entumecido.

—Yo también —dijo Alex.

—¿Mehdi? —preguntó Lena.

—Yo... supongo que sí. No puedo recordar los sueños, pero es como si... me resultara familiar.

—Y eso, ¿qué significa? —preguntó Max.

Todos permanecieron un momento en silencio, abrumados por la sensación de verse atrapados por una vieja, muy vieja y familiar

amenaza. Ya no podían ignorar el poder de atracción de la casa del impasse des Ormes y algo en ellos sabía —*siempre lo había sabido*— que iba a llegar un día en que deberían tener esta conversación, de un modo u otro.

Habían deseado, y temido, este momento, así que nadie se atrevió a decir una palabra hasta que Lena tomó la iniciativa y llegó a la conclusión que tanto miedo les daba:

—Creo que solo hay una manera de averiguarlo. Tenemos que entrar en la casa.

Quedaron en reunirse el fin de semana siguiente y acordaron que todos fingirían estar invitados a pasar la noche en casa de uno de los miembros de la pandilla. La semana transcurrió en una temporalidad inquieta y fibrosa. Cogían el autobús, iban al colegio, asistían a clase e intentaban mantener una apariencia de normalidad, pero la perspectiva de cruzar el umbral de la casa abandonada planeaba sobre ellos todo el tiempo.

Se reunieron en los invernaderos el sábado siguiente, hacia las nueve. Ya había anochecido y hacía un frío que pelaba. Acudieron bien abrigados, con edredones y linternas.

No solían quedarse a dormir en los invernaderos, solo había ocurrido unas pocas veces, siempre en verano, pero pensaron que sería mejor entrar en la casa sobre las dos o las tres de la madrugada, cuando la mayoría de los habitantes de la urbanización y del callejón dormían.

El viento había cambiado y los humos del vertedero municipal se dirigían hacia Les Genêts. Un olor acre flotaba en el aire.

Pusieron en la mesa los paquetes de cacahuetes, galletas y bizcochos que habían traído de sus casas, pero solo Tom los probó.

—No sé cómo lo haces —dijo Lena—, a mí no me entra nada.

—Desde luego, no va a ser una casa encantada lo que me quite el apetito —contestó Tom.

Abrió el paquete de cacahuetes con los dientes, inclinó la cabeza hacia atrás y se echó el contenido a la boca.

—¿Podemos olvidarnos un minuto de esas historias de casas encantadas? Aquí nadie se lo cree de verdad, ¿o sí?

Mehdi encendió la linterna, se la colocó bajo la barbilla y puso los ojos en blanco.

—Por supuesto que no —dijo con voz lúgubre.

—¿Cómo explicas entonces que todos hayamos soñado con ella? —preguntó Lena.

Max se encogió de hombros.

—Quizá las películas que vemos han acabado por trastornarnos el cerebro.

—Oye, habla por ti —dijo Tom—, si quieres saber mi opinión, tu cerebro ya estaba jodido incluso antes de que vieras *Tiburón*.

—Para que te enteres, esa peli la vi bastante tarde. Mi madre no quería. La película la dejó traumatizada y nunca volvió a bañarse. Cuando fuimos de vacaciones a Biarritz, se quedaba en la arena porque tenía miedo de que le comieran una pierna. En cambio, vi *Defensa* con ella a los diez años. Una noche la echaron por la tele y me dejó verla.

—Yo no la he visto —dijo Lena—. ¿De qué trata?

—Cuatro tipos van al norte de Georgia para descender un río en canoa antes de que toda la zona se inunde y se convierta en un embalse. Los persiguen unos *rednecks* dispuestos a acabar con ellos.

Alex entonó las primeras notas de *Dueling Banjos*, esbozando algunos acordes en un instrumento imaginario.

—Al principio hay una escena increíble en una gasolinera —explicó Max—. Uno de los tipos saca su guitarra, empieza a tocar a dúo con un chico deficiente mental de la zona que toca el banjo, y enseguida entiendes que las cosas se van a poner feas.

—Regla número uno: nunca pares en una gasolinera regentada por *rednecks* en el culo de Estados Unidos —reconoció Lena.

—¿Cómo está Claire? —preguntó Tom en tono más serio—. He visto que había vuelto al instituto.

—Sí, volvió a clase a mediados de esta semana. Es duro, pero no quería quedarse en casa. Su madre está destrozada, todavía no puede levantarse de la cama.

—Pensaba que quizá viniera con nosotros esta noche.

—No, ella no quiere. Incluso me rogó que os convenciera para no ir. Dice que no nos damos cuenta de lo que la casa le ha quitado. Ni de lo que podría quitarnos a nosotros.

—Pero si lo que dice es cierto, y si lo que le ha pasado a Simon tiene algo que ver con la casa, alguien tiene que averiguarlo, ¿no? —preguntó Alex.

—¿En serio crees que vamos a descubrir algo ahí? ¿Alguna verdad? No somos el Club de los Cinco, tío. Ni siquiera el Club de los Perdedores de *It* de Stephen King.

—Son siete —quiso recordar Tom.

—Sí, bueno, ya sabes lo que quiero decir. Vale, todos hemos tenido esos sueños extraños. Vale, Simon murió horriblemente, pero eso no significa nada. Creo que lo que nos estimula a todos es la sensación de que por fin sucede algo excitante en Saint-Auch. Pero, chicos, esto es la vida real y si queréis una primicia, aquí la tenéis: en la vida real nunca pasa nada de eso.

Ninguno de ellos respondió y escucharon el silbido del viento a través de los intersticios entre las lonas.

Salieron a las dos de la madrugada. El cielo estaba nublado y bajo, la luna invisible, y la urbanización sumida en una oscuridad casi total, disipada en algunos lugares por las farolas encendidas. Se entreveía el resplandor de los televisores y las lámparas de las mesillas de noche detrás de algunas ventanas con los postigos abiertos, pero no se cruzaron con nadie.

Cuando llegaron al impasse des Ormes, los edificios colindantes se habían adormecido y la noche se había vuelto más densa. Se acercaron a la puerta de la casa abandonada, casi invisible tras las zarzas.

Alex encendió su linterna. El haz de luz proyectó un halo sobre la fachada, en la que la gran grieta del muro y las manchas bajo las ventanas parecían aún más oscuras y lúgubres. Empujó el portón desvencijado. Todos se adentraron por el camino de entrada, uno tras otro, y luego se ocultaron tras los arbustos.

Mehdi llevaba una mochila de la que sobresalía una pata de cabra.

—¿No prefieres probar el método fácil? —le preguntó Tom cuando lo vio sacar la herramienta.

Se metió la mano en los bolsillos y extrajo un juego de ganzúas.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó Mehdi.

—Me tocó hace dos años en la feria, en la caseta de tiro. No sabía qué hacer con ello.

—¿Sabes utilizarlo?

—Por supuesto que no, pero es ahora o nunca.

Seleccionó algunas ganzúas al azar y se acercó a la puerta principal.

—Alumbradme —pidió.

Observaron en silencio cómo forcejeaba con la cerradura. Mehdi se impacientó y cogió la pata de cabra.

—Bueno, no vamos a tirarnos aquí toda la noche, quítate de en medio.

Tom suspiró, trasteó un poco más con la cerradura, se desanimó y le cedió el sitio. Mehdi introdujo el extremo de la herramienta en el intersticio entre la puerta y el marco.

—Espera —interrumpió Lena—. Si Simon entró antes que nosotros, ¿por qué iba a estar cerrada la puerta?

Se miraron, incapaces de contestar. Lena puso una mano en el picaporte, lo bajó y la puerta se abrió.

—¿Te estabas quedando conmigo? —se rio Mehdi.

Lena empujó la puerta y esta se abrió por completo sin hacer ruido. Dirigieron el haz de luz de sus linternas frente a ellos. La entrada era estrecha, las paredes estaban revestidas de un viejo papel pintado amarillento con motivos florales, oscurecido por el tiempo.

—Será mejor que nos metamos cuanto antes —dijo Lena.

Ella entró y los cuatro chicos la siguieron. Alex, el último, cerró la puerta y pulsó en vano un interruptor a su izquierda. Entre los cinco ocupaban casi todo el reducido espacio de la pequeña entrada.

Barrieron el entorno con sus linternas. De un perchero colgaban unas chaquetas cuyo tejido había enmohecido. En un velador de madera oscura había una lámpara con una pantalla de rayas de color indefinido. A lo largo de la pared estaban alineados varios pares de zapatos: un par de hombre, tres pares de mujer y unos zapatitos de niño con el cuero agrietado y cubiertos de polvo.

—¿Notáis el olor? —preguntó Max.

Asintieron. Apestaba a humedad, como esperaban, pero también había un tufillo acre en el aire, un vago olor a gasolina y un perfume

aún más lejano, apenas perceptible, del que no sabrían decir si era floral o animal.

—¿Son los humos del vertedero que llegan hasta aquí?

—No —respondió Mehdi—, es otra cosa.

Lena había llevado su cámara y tomó algunas fotos antes de dejar la entrada.

—¿Quieres hacerte un álbum de recuerdos? —bromeó Max.

—Por aquí —los llamó Tom.

Acababa de pasar a la habitación contigua, a la derecha de la entrada, un salón de unos treinta metros cuadrados que daba a una cocina que debía de tener apenas diez. El salón se había quedado en los años setenta. Había un sofá, dos sillones tapizados en tela marrón, una mesita baja y un viejo televisor. El suelo estaba cubierto por una moqueta beige con un reguero de manchas dispersas de color parduzco.

—¿Creéis que es sangre? —preguntó Alex.

—¡Ay, ay, ay! —contestó Max.

El mismo papel pintado amarillento cubría las paredes, ondulándose por algunos sitios. En la cocina, un revoltijo de vajilla, platos sucios, latas de conserva y restos inidentificables rebosaba del fregadero, cubría la encimera, el tablero de formica de la mesa y se amontonaba en el suelo. Lo que debía de ser comida se había solidificado en costras negruzcas. Un frigorífico abierto parecía haber vomitado en medio de la habitación: un cartón de leche había reventado, un envoltorio de carnicería había rezumado y el moho había florecido.

—¡Qué desastre! —dijo Alex—, es realmente asqueroso.

Lena recorrió con el halo de su lámpara el reguero parduzco que cruzaba el salón en dirección a una puerta de cristal amarillo esmerilado. Mehdi se acercó y la abrió hacia un estrecho pasillo.

En las paredes, las tiras de papel pintado se habían despegado, cayendo a jirones y dejando al descubierto el yeso amarronado. El tejado nunca se había reparado, algunas tejas se habían movido, otras se habían caído y el techo tenía goteras. Las paredes también estaban cubiertas de moho verdoso, y la moqueta estaba sucia y sembrada de manchas negruzcas que formaban una línea discontinua. Lena hizo fotos y todo parecía aún más feo y desesperado a la luz blanca del flash.

—Es una auténtica pocilga —dijo ella.

Se adentraron por el pasillo, donde el olor que habían percibido al entrar en la casa era aún más penetrante, acre, dulzón y repugnante.

Lena abrió la primera puerta a su izquierda. Daba a un retrete donde los paneles del techo se habían desplomado sobre un inodoro de esmalte rosa. Mehdi entró en la habitación de enfrente, un cuarto de baño con paredes alicatadas de azulejos verdes hasta la altura de los hombros, una bañera y un mueble con un lavabo del mismo color. Cuatro cepillos de dientes de cerdas ennegrecidas yacían en un vaso en el borde del lavabo. Fijado en la pared había un armarito, cuyo espejo, moteado de manchas de oxidación, reenvió a Mehdi su fantasmal reflejo. La ropa apilada en el suelo estaba toda enmohecida.

Cuando Lena se unió a él, iluminó el fondo de la bañera, sembrada de docenas de tegenarias muertas, con las patas contraídas.

—Se cayeron y no pudieron salir —dijo Tom, que apareció detrás de ellos.

Lena enfocó la bañera y pulsó el disparador de su cámara. Se reunieron con Alex y Max en el primero de los dormitorios cuya puerta se encontraba a la izquierda después del retrete. Dos camas

gemelas con las sábanas en desorden estaban dispuestas una junto a otra, con los cabezales contra la pared. La moqueta del mismo beige enfermizo estaba salpicada de viejos Legos y piezas de un juego de construcción de madera, que sobresalían de un baúl de cuero medio oculto bajo uno de los somieres. También allí había ropa tirada por el suelo y, en una esquina de la habitación, se alzaba un pequeño montículo marrón contra la pared. Max lo iluminó y le dio una arcada. Era un montón de mierda. Una auténtica montaña de excrementos humanos resecos, que ya solo desprendía un olor lejano y había sido colonizado por estrofarias verdes.

—¿Estas personas vivían como animales enjaulados o qué? —exclamó Mehdi.

—Voy a vomitar —dijo Alex, tosiendo en su puño.

Se acercó a un viejo pupitre. Había lápices de colores esparcidos sobre una pila de dibujos. Los apartó de un manotazo, levantando una nube de polvo, y reconocieron la fachada de la casa, fielmente dibujada con trazos infantiles, delante de la cual había cuatro figuras esbozadas: una mujer, un hombre y dos niños. A medida que revisaba los dibujos, se iban oscureciendo y cada vez era más difícil distinguir algo. Los últimos no eran más que manchas negras planas, agujereadas aquí y allá por la mina de los lápices.

—Me pregunto dónde se habrá metido esta gente —dijo Lena después de fotografiar la habitación.

—Ni idea —respondió Mehdi—, pero este lugar me pone la carne de gallina.

Todos se sentían asfixiados por la estrechez de las habitaciones, el hedor de los colchones podridos por la humedad, de los tabiques de yeso polvoriento, de las moquetas rancias, y por el olor a excrementos que se les pegaba a la garganta. Las partículas de polvo bailaban en el haz de luz de las linternas como el plancton,

recordándoles esas imágenes de las hostiles profundidades del mar atravesadas por la luz de un robot explorador, donde la vida parece imposible pero donde amenaza con surgir una vil criatura cuyas formas parecen contravenir las leyes de la naturaleza.

Lena se dirigió instintivamente hacia la puerta y salió a respirar, pero el pasillo estaba sumido en una oscuridad total. Hizo algunas fotos, con la esperanza de conjurar la oscuridad con la luz del flash.

A la izquierda, frente al dormitorio infantil, había otras dos puertas cerradas. Abrió la primera y entró en una habitación, que debía de servir de lavandería y trastero, donde había un montón de cajas, una tabla de planchar y un colgador del que pendía más ropa colocada en perchas. No atravesó el umbral y dio un solo paso para cruzar el pasillo y abrir la última puerta.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

La habitación tenía unos diez metros cuadrados, donde cabía apenas una cama de adultos enmarcada por dos mesillas de noche. Enfrente había un armario de madera maciza y un sillón Voltaire con asiento de terciopelo burdeos. Las paredes estaban forradas con papel pintado de color remolacha con motivos arabescos. La cama estaba parcialmente quemada. Una raja negruzca se abría en el colchón, revelando unos muelles ennegrecidos y un relleno fundido. Grandes restos de hollín grasiento mostraban que el fuego se había extendido al cabecero y a la pared. El papel pintado había caído, hecho cenizas, sobre las mesillas de noche, los tabiques de yeso estaban calcinados y el techo ennegrecido. Una lámpara de araña carbonizada colgaba lastimosamente del techo.

Tuvo la sensación de descubrir algo innombrable, una intimidad obscena y saqueada que se le revelaba a la luz de las antorchas.

Cogió la Canon, enfocó la habitación y el flash crepitó.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Alex, que acababa de salir del dormitorio de los niños.

Los demás se agolparon tras él en la puerta. El aire estaba saturado por el remoto olor a incendio, los efluvios de la gasolina pasada y el extraño perfume de las flores que lo impregnaban todo. Max iluminó un portarretratos que había en la mesilla de noche, a la izquierda de la cama. Vieron la foto en la que figuraba la familia que un día vivió entre esas paredes, los padres acompañados por sus dos hijos. El fuego había consumido la mitad superior del marco y sus rostros indistintos se habían fundido en una lepra parduzca.

—Esto se pasa de sórdido —dijo Tom.

—Y este olor —dijo Mehdi, llevándose una mano a los labios.

Lena se adelantó de mala gana para fotografiar la imagen enmarcada y se apresuró a salir.

—Vámonos de aquí, por favor —imploró ella.

Salieron de la casa del impasse des Ormes y regresaron a los viejos invernaderos sin decir una palabra por el camino. Eran casi las cuatro de la mañana cuando se metieron en los sacos de dormir.

—Os lo advertí —dijo Max con cierto alivio en la voz—, no hemos descubierto nada.

—No sé vosotros, pero yo me siento pegajoso —contestó Alex.

—Está claro que algo ha pasado en esa casa —dijo Lena.

—Sí, que ha sido okupada. Alguien cagó en los rincones e intentó prenderle fuego. Acordaos de las historias sobre el vagabundo ciego, tal vez eran verdad.

—Tonterías —dijo Tom.

—La puerta estaba abierta y has visto el desorden que había dentro. Incluso podría haber sido Simon Laval, que se volvió loco,

¿quién sabe? Claire dijo que él había hablado de destruir la casa, ¿no?

—No creo, era mucho más antiguo —respondió Lena.

—Tiene razón —apostilló Mehdi—, eso no es de ayer.

—Vale, puede que ocurriera hace cinco o diez años, qué más da. Seguro que no somos los primeros en poner un pie ahí.

—¿Y si nos hemos perdido algo?

—¿Como qué? —se burló Max—. ¿Qué habéis visto que os haya parecido interesante? Yo nada en absoluto, aparte de una choza mugrienta.

—Tienes razón —añadió Alex, que ya se caía de sueño—. Es casi decepcionante.

—Sé que queremos montarnos películas —continuó Max— para explicarnos lo que pudo pasársele por la cabeza a Simon. Pero no creo que haya nada que entender y eso es lo más terrible. Seguramente se le fue la olla. Ya os lo dijo su hermana, estuvo internado en un manicomio. La policía sabe lo que se dice, a veces cuesta imaginar lo que está dispuesta a hacer la gente para escapar de su desgracia.

—Te olvidas de nuestros sueños —comentó Lena.

—Mientras no soñemos con Freddy Krueger, no creo que tengamos mucho que temer.

Alex, medio dormido, soltó una risita.

—¡Precisamente! Te recuerdo que Simon tenía el brazo lacerado en mi sueño, ¡aunque no sabía nada de cómo murió! No sé qué más necesitas.

—Solo intentaba relajar un poco el ambiente —contestó Max—. Todos estamos supernerviosos, lo cual es normal después de lo que acaba de pasar. Intentemos descansar un poco, así todos tendremos la cabeza más despejada cuando salga el sol.

Lena fue la última en dormirse. Mehdi se había desplomado junto a ella, con la cara apoyada en su brazo. Ella fumó un último cigarrillo mientras los observaba uno a uno, con el corazón atenazado por una súbita angustia, por la certeza de que nunca deberían haber entrado en la casa del impasse des Ormes y de que había sido ella quien los había animado a hacerlo.

Al ver a sus amigos dormidos, vulnerables y apuestos, cogió su cámara y se levantó para fotografiarlos. Terminó la película, que la cámara rebobinó con un zumbido.

Pronto, la aurora temprana tiñó de azul las lonas del invernadero. Oyó el trinar de los pájaros en el frío amanecer. La perspectiva del nuevo día disipó su malestar y ella también se quedó dormida.

SEGUNDA PARTE

LO QUE ACECHA EN LA SOMBRA

1

Un mes después del funeral de Simon Laval, casi nadie en el instituto Melville pronunciaba su nombre, y si los alumnos no se hubieran topado con su hermana por los pasillos, nadie se habría acordado de que una vez estuvo presente entre ellos.

Alexandre Fauré también había llegado a la amarga conclusión de que sus amigos eran capaces de olvidar. Aunque sus colegas le dieron muestras de atención y apoyo cuando murió su madre, pronto parecieron considerar que la prueba estaba superada, que la vida tenía que continuar y que había llegado el momento de pasar a *otra cosa*.

Él mismo se cuidó de no mencionarles el tema, pero se daba cuenta de que ellos lo evitaban, que ya no mencionaban a sus propias madres en su presencia. Alex sabía que lo hacían por pudor o por el deseo de no reavivar su dolor, y sin duda se habría sentido muy incómodo si le hubieran preguntado. Pero en su fuero interno no podía evitar estar resentido con ellos, reprocharles su «delicadeza» o su falta de curiosidad, y envidiar su ignorancia preservada: no sabían lo que era tener quince años y haber perdido a una madre. Había que aprender a vivir con ese sufrimiento irremediable, con la rabia, la incomprensión, la culpa, también, de haber sido ese hijo falible, demasiado a menudo egoísta, indiferente a los tormentos que ella había tenido que superar.

Ni siquiera fue capaz de despedirse de ella y, desde aquel día en que su padre los llevó a verla al hospital, le dio por pensar que tal

vez una parte de ella seguía consciente y lo había *percibido* cuando se negó a acercarse a la cama antes de abandonar bruscamente la habitación. Esa posibilidad lo atormentaba, no le daba tregua. Poco a poco, se convirtió en una certeza: ¡por supuesto que se enteró! ¡Claro que lo notó! En aquel momento extremo de su vida, cuando más frágil se encontraba, vio a su hijo alejarse de ella.

Alex no podía confiárselo a nadie. Aunque se lo hubieran negado, aunque alguien le hubiera demostrado que era imposible, que su madre ya estaba en un coma demasiado profundo o que de todos modos ella le habría perdonado su reacción —ella sabía lo terrible que era para sus hijos el calvario de su enfermedad e intentó protegerlos de aquello el mayor tiempo posible—, esa convicción se le quedaría clavada como una astilla, y se iba a dormir cada noche con un dolor en el pecho.

En el dormitorio que compartió con su marido todavía quedaba, sobre una cómoda, un joyero de palo de rosa, provisto de un mecanismo de cuerda que hacía sonar la melodía de *El lago de los cisnes* cuando se abría uno de los cajoncitos forrados de terciopelo azul. A ojos de Patricia Fauré, era el único objeto de valor que había poseído nunca. Sin embargo, el padre de Alex lo compró de segunda mano. Lo pulió con esmero, lo barnizó y cambió las pequeñas bisagras de metal patinado para regalárselo para su cumpleaños.

La semana siguiente al entierro, su tía Mado fue a ayudarlo a clasificar la ropa que habían prometido donar al Secours Populaire. Las fotos que expuso su hermana Camille el día del funeral se ordenaron en unos álbumes que a su vez se guardaron en un armario. Alex sabía que para su padre esa no era una manera de olvidarla. Al contrario, estaba convencido de que pensaba en ella todo el tiempo, de que cualquier cosa que evocara su ausencia le

resultaba dolorosa, pero estaba enfadado con él por haber intentado borrar tan rápido la presencia de su madre. Otras veces, se sentía aliviado. La mera visión de un fular colgado en el perchero o de su frasco de perfume en uno de los estantes del cuarto de baño le resultaba insoportable.

Unos años antes, su padre encontró en una tienda de antigüedades una pletina de vinilos que compró por capricho y por una razón que seguía siendo un misterio para ellos. No tenían ni un solo disco en casa y sus padres no escuchaban más música que, ocasionalmente, en la radio. Siempre tuvo ese tipo de aficiones, que acababa abandonando por otra cosa: unas veces maquetas de veleros que se afanaba en montar con sus torpes dedos, otras veces pequeños electrodomésticos que recogía en «el hoyo» e intentaba reparar para revenderlos, a menudo a pérdidas.

En la misma tienda, compró un disco escogido al azar de una pila de LP, sin mirar la carátula, simplemente con la idea de probar el tocadiscos: la grabación de 1985 de *Dido y Eneas* de Purcell por la Orquesta de Cámara Inglesa. La madre de Alex, que nunca había visto llorar a su marido, le contó que lo había encontrado llorando, sentado en el suelo del salón, mientras la voz de Jessye Norman brotaba de los altavoces.

Esto ocurrió al mismo tiempo que se anunciaba la enfermedad de su esposa. A partir de aquel momento, se apasionó locamente por la música clásica. Dedicaba casi todo su tiempo libre a buscar discos de vinilo, que compraba en rastrillos o por correo, y a escucharlos una y otra vez. Los LP empezaron a cubrir las estanterías del salón. La madre de Alex le reprochaba que tuviera los auriculares puestos todo el tiempo sin poder dirigirle la palabra, que solo hablara de

música, que no se interesara por nada más, pero en realidad no le guardaba rencor por ello.

Tras su muerte, se sumergió aún más en la música. No compraba más discos, tenía varios centenares, y parecía vivir —o seguir existiendo— solo por eso, para escuchar los que ya poseía. A veces no se levantaba de la butaca, salvo para ir a orinar, por ejemplo durante las quince horas que duraba la grabación de Herbert von Karajan de *El anillo del nibelungo* de Wagner. Se quedaba inmóvil, mirando los dibujos del papel pintado o un trozo de cielo recortado en una ventana. Alex y su hermana volvían a casa por la noche y descubrían que se había olvidado de comer o que la nevera estaba vacía y no había previsto nada para la cena. Si hablaban con él, se daban cuenta de que tenía que hacer un esfuerzo considerable para extraer su conciencia de lo más profundo de su ser y sacarla a la superficie.

Cuando estaba solo en casa, Alex entraba a veces en el dormitorio de su padre y se sentaba en la cama con el joyero en el regazo. Abría una de las puertecitas para oír las primeras notas de *El lago de los cisnes*, para sentir el olor a palo de rosa barnizado y palpar los cajones tapizados. Pero no podía quedarse allí; la melancolía, que al principio le resultaba dulce y consoladora, pronto se convertía en amarga tristeza, y prefería huir del domicilio familiar. Lo hacía cada vez más a menudo para escapar de la ausencia de su madre.

Si no estaba en el instituto o con sus amigos, se contentaba con dar vueltas en su escúter, a veces a paso de tortuga. Cuando conducía, no pensaba en nada en particular, solo veía pasar las casas, los perros que corrían detrás de él ladrando a lo largo de las verjas, los niños que jugaban en los jardines, todavía abrigados con sus parkas. Más adelante, recorría los campos sombríos y los silos de grano de las cooperativas agrícolas. Nunca iba a los lugares donde

podría haberse encontrado con los amigos: el centro comercial, el cine, y mucho menos los invernaderos. Lo que quería era estar solo, no tener que fingir. Aparcaba la moto cerca de un embalse y se sentaba en una de las orillas, entre las gruesas raíces de un sauce, a fumar cigarrillos y ver cómo las carpas o las luciopercas atravesaban el cielo gris reflejado en la superficie.

O bien buscaba un rincón tranquilo y se masturbaba durante largo rato, con los ojos entrecerrados para evocar las imágenes de las actrices que lo excitaban: Barbara Crampton en *Re-Animator*, Linnea Quigley con el pecho al aire en la carátula de *El regreso de los muertos vivientes*, la escena de sexo junto a la piscina entre Jane March y Bruce Willis donde se atisbaba su polla, en *El color de la noche*.

Parecían preferibles a las de esa cinta VHS porno que vio con Antoine Bergès, un chico de su clase de cuarto, cuyo padre poseía toda una colección apenas oculta en su despacho, detrás de los archivadores. La vieron entre risas, para disimular su vergüenza y su excitación, congelando y pasando una y otra vez la escena. Antoine, que tiraba de su sexo a través de la tela de su pantalón de chándal, le pidió que se masturbaran juntos, pero Alex se negó —lo hizo nada más llegar a casa y durante semanas, después— y los dos chicos no se dirigieron nunca más la palabra después de aquello.

Esas imágenes lo obsesionaban, envidiaba a Antoine por tener acceso a todas aquellas películas, pero también le daba la impresión de que exploraban otra dimensión de su deseo, una donde su imaginación se habría visto anulada por esas vulvas abiertas de par en par, esos pechos operados, esas pollas gigantescas que acababan escupiendo litros de esperma. Prefería recordar a los personajes interpretados por Barbara Crampton, Linnea Quigley o Jane March, cuyos cuerpos y estados de ánimo secretos se le escapaban, y a los

que tenía que convocar mentalmente, con habilidad y cuidado, para que no se desvanecieran demasiado rápido.

Durante las tardes que pasaba a las afueras de Saint-Auch, cuando por fin se corría, la oleada de placer aniquilaba todo pensamiento, lo disolvía en un gran todo en el que ya nada importaba. Pero eso solo duraba un instante. Rápidamente, el mundo volvía a él: la atonía de su vida, el aburrimiento, el instituto Melville, su padre anonadado por Wagner y el cuerpo de su madre pudriéndose en la tierra del cementerio de Saint-Auch.

Un día, a última hora de la tarde, cuando volvía de una de sus excursiones y atravesaba la urbanización, pasó por delante del impasse des Ormes. Un detalle en su campo de visión le llamó la atención, lo hizo aminorar la marcha y detenerse. La puerta principal de la casa abandonada estaba entreabierta. Una tenue luz se escapaba por el resquicio. Lo primero que pensó fue que los vecinos habían descubierto su efracción y que la policía andaba registrando el lugar. Pero no había ningún coche aparcado en el callejón, ni señales de actividad.

Alex paró el motor del escúter y lo empujó hacia la casa. ¿Habría vuelto alguno de sus amigos? ¿Habría entrado algún otro muchacho de la zona? La luz fija y apenas perceptible no podía ser la de una linterna. No había electricidad en la casa, Alex estaba seguro de ello, ya que recordaba que intentó sin éxito encender el interruptor de la entrada. Volvió a mirar a su alrededor para asegurarse de que nadie lo observaba, se acercó al portalón y aguzó el oído. El corazón le dio un vuelco bajo las costillas: habría jurado que oía las notas de *El lago de los cisnes* interpretadas por una caja de música en el interior de la casa.

Al avanzar por el camino de entrada, lo impresionó el olor a flores blancas que había sentido la otra vez en la casa. No lo había olvidado desde entonces: un aroma a jazmín o a lirios podridos, pero también algo más oscuro y misterioso que se asemejaba al olor a sexo. Volvió la vista hacia el callejón, con la esperanza de que surgiera alguien, que algún vecino saliera y lo viera. Ahora que estaba junto a la puerta, no había duda: la melodía venía de dentro. Tenía que comprobarlo. Entró en la casa. Las notas se apagaron de inmediato, dando paso al silencio.

Se encontraba en el vestíbulo. La luz que había visto desde fuera iluminaba el salón cuya puerta acristalada, semejante a la que habían abierto la otra vez entre la cocina y el pasillo de los dormitorios, estaba cerrada. Creía recordar que salieron a toda prisa y que nadie se tomó la molestia de cerrar otra puerta que no fuera la de la entrada. Pensó que algo iba mal, que más le valía salir de allí enseguida, pero solo lo pensó. En realidad, no estaba asustado. Se sentía mareado por el olor de las flores, que se le subía a la cabeza y le daba náuseas. Tenía la sensación de mantenerse a distancia de sí mismo, de percibir las cosas como a través de un velo.

Entró en el salón.

La luz pareció intensificarse. Tuvo que bajar los párpados durante un breve instante. Cuando volvió a levantarlos, no comprendió lo que estaba viendo. Pensó que iba a perder el equilibrio y caerse al suelo.

Su madre le sonreía.

—Esperaba que vinieras.

Estaba sentada en la cocina. No era la cocina que habían descubierto a la luz de sus linternas unas semanas antes, siniestra y abandonada, sino *su* cocina, o algún lugar intermedio que hubiera fusionado ambos espacios haciéndolos indisociables. Por las puertas-

ventanas entraba la diáfana luz de un día de primavera o verano, Alex sabía que era imposible, en primer lugar porque las contraventanas estaban cerradas y fuera estaba casi oscuro, y en segundo lugar porque estaban a mediados de abril.

El aire se encontraba saturado de partículas que se movían suave y lentamente, impulsadas por corrientes invisibles. A Alex le vino el recuerdo lejano del polvo que flotaba en el dormitorio de los niños a la luz de sus linternas, pero incluso su memoria se encontraba embotada y necesitaba hacer un esfuerzo tremendo para poner en orden sus ideas.

Patricia Fauré estaba ahí sentada, con un brazo apoyado en la mesa y el rostro radiante como si hubiera estado esperando pacientemente a su hijo todo ese tiempo. Se levantó, se pasó las palmas de las manos por los muslos y se las tendió.

—Acércate. No tienes nada que temer, cariño.

—¿Estoy soñando? —preguntó Alex.

—¿Soñando? ¿Por qué ibas a estar soñando?

Parecía una imagen frágil, una aparición espectral, pero no había signos de cáncer en su rostro. No era la mujer moribunda que había visto agonizar en una cama de hospital, oliendo a orina y desinfectante, ni siquiera la mujer que había luchado contra la enfermedad durante años. Era su madre, como le habría gustado recordarla, resplandeciente bajo la suave luz. Sana. Le dirigía una mirada llena de amor y gratitud, sin ningún atisbo de resentimiento o decepción.

—Vamos —dijo—, ven aquí.

Alex sintió que su cuerpo empezaba a moverse a pesar suyo. Se acercó a ella, le cogió las manos y estas estrecharon las suyas con fervor. Eran cálidas y suaves. Estaban realmente *vivas*.

Lo atrajo hacia sí para abrazarlo. Él hundió la cara en su cuello y sintió el olor a flores blancas que emanaba de ella. No era un perfume que ella se hubiera puesto, sino un aroma carnal, íntimo, indefinible.

Su cuerpo respiraba pegado al de ella y él sentía su suave textura, su calidez reconfortante.

—¿Estoy soñando? —volvió a preguntar.

Se separó de ella para observar la habitación en la que se encontraban.

—No —dijo ella—, por supuesto que no.

—Pero estás... Estás muerta.

—Estoy aquí. Anda, siéntate un rato conmigo.

Ella sacó una de las sillas recogidas de debajo de la mesa, se sentó a su lado y volvió a cogerle la mano izquierda, guardándola en la suya. Estaba de pie a contraluz, lo que oscurecía los detalles de su rostro, pero él no tenía ninguna duda de que era su madre. Vio que las partículas que flotaban en el aire se desprendían de ella, de su piel, de su pelo, brotaban de su aliento.

Como el polen, pensó.

Un polen que él respiraba, que lo tetanizaba y abatía su vigilancia.

—Cuéntame —dijo ella.

—No sé qué decirte —balbuceó Alex.

—Lo que quieras.

Él se puso a llorar a lágrima viva.

—Siento haberme ido. Siento haberme ido el día que papá nos llevó al hospital a despedirnos de ti. ¡Me siento tan mal!

—No hay motivo para que te sientas mal.

—Ojalá hubiera podido estar más presente durante el tiempo en que estuviste enferma.

—Nada de eso importa ya. Ahora puedes estar presente para mí.

—¿Algo de esto es... cierto?

—Claro que es verdad —dijo su madre apretándole la mano—. ¿Acaso no puedes verme? ¿No puedes tocarme?

—¿Qué es este lugar?

—¿Qué va a ser? ¡Nuestro hogar!

Alex negó lentamente con la cabeza, secándose las lágrimas y los mocos que le corrían por el labio superior.

—No —dijo—. He entrado en la casa abandonada y...

—Deja de preocuparte. Estamos juntos. ¿No es eso lo que querías?

Alex se sintió somnoliento, invadido por un calor difuso, un entumecimiento que partía de la mano que apretaba su madre —la apretaba con tanta fuerza que los nudillos de sus dedos estaban blancos— y le subía por el brazo hasta el pecho.

—Sí —admitió, inseguro.

—¿Ves? Entonces, todo va bien.

—No puedes estar aquí. No puedes estar *de verdad* aquí.

—Y sin embargo soy realmente yo. Estoy donde quieres que esté.

Alex negó lentamente con la cabeza. Tenía la impresión de que el rostro de su madre era *incierto* y que ello no se debía a una visión borrosa, sino más bien a un desfase entre lo que había sido su madre y la forma en que se le aparecía ahora. ¿Quizá esa diferencia notable se debiera a que era un espectro, un fantasma, una aparición lo que tenía sentado ante él? Aunque nunca creyó en ello, siempre se imaginó que ver a un aparecido debía de ser una experiencia aterradora. Pero el caso es que no sentía miedo, sino una especie de confusión, una niebla mental que le impedía experimentar cualquier otra emoción.

—¿Sabes? —dijo ella—. Estoy mucho mejor aquí. Ya no me duele nada, esa horrible enfermedad no me come viva. Recuerdas cómo

me devoraba, ¿verdad?

Alex asintió.

—Cómo empezó a llevarme, pedazo a pedazo.

Él cabeceó y le dio la impresión de que iba a derrumbarse encima de ella.

—Si supieras cuánto sufría... No os decía nada, pero el dolor era insoportable. Sobre todo al final, con la metástasis que me invadió los pulmones y los huesos de la columna vertebral. No podía respirar, me asfixiaba, me lo hacía todo encima, como una inválida. Lo viste, ¿verdad? ¿Lo sentiste?

Alex se levantó bruscamente y extrajo la mano de la de su madre.

—Estaba tan sola —continuó ella entre sollozos—, Dios mío, tan sola, y tenía tanto miedo de avergonzarte... Avergonzarte una vez más. Ninguna madre soporta avergonzar a su hijo. Así que preferí morir, que mi cuerpo se rindiera, ¿comprendes?

—Creo que no me encuentro bien —dijo Alex.

Tenía que salir y tomar un poco de aire fresco o se iba a desmayar.

—Pasará con el tiempo, no te preocupes. Volverás a verme, ¿verdad? Tienes que volver. Tienes que volver, ¿me oyes?

Su voz adquirió un tono suplicante que le pareció extraño. Traducía una repentina impaciencia, un nerviosismo que no era propio de ella. Parecía el bufido de un gato.

—Sí —dijo él mientras retrocedía.

—Vuelve —ordenó—. Tenemos tanto de que hablar y me siento tan sola aquí.

Alex asintió y siguió retrocediendo.

—Me siento tan sola desde que me abandonaste. Desde que me dejaste morir. Tan sola, Dios mío, tan sola.

Su espalda se topó con la pared. La miró, ahí sentada, casi diáfana a la luz, lejana, a punto de desaparecer. Tendió la mano a ciegas, a su derecha, sintió la manilla bajo sus dedos.

Cerró el batiente de un portazo, con el corazón latiéndole desbocado, recorrió los pocos metros del camino de entrada, salió por el portón y llegó hasta el escúter, contra el que se apoyó. Le dieron tres arcadas, pero consiguió contenerlas. Cuando se le pasó el mareo, se volvió hacia la casa.

Se fundía en la noche, casi indistinta. Arrancó la moto y su faro proyectó un halo amarillo sobre las zarzas y la parte visible de la fachada. Nada hacía pensar que lo que acababa de ocurrir allí hubiera tenido lugar realmente.

2

Mehdi recordaba ahora sus sueños. Se acordaba de los que había tenido a lo largo de todos esos años, no de forma exacta, detallada, sino de manera oscura y nebulosa. Pero ahora sabía con certeza que había entrado en la casa abandonada mucho antes de cruzar realmente la puerta con sus amigos, y que encontró ahí algo que lo hacía volver de vez en cuando a lo largo de los años. Algo que deseaba en secreto, que lo atrajo hasta allí y que seguía haciéndolo.

Cada vez con más frecuencia se despertaba todo sudoroso, tratando de recuperar los contornos del sueño del que acababa de salir. Desde aquella noche en que intentaron descubrir el secreto de la muerte de Simon Laval, esos sueños se habían vuelto más regulares y desgarradores.

De día, se sorprendió varias veces a sí mismo desviándose para pasar por delante del callejón, para asegurarse de que nada había cambiado, de que nadie había advertido su infracción, o para intentar entender las razones de su obsesión.

Pero esa comprensión se le resistía, atrincherada tras los postigos cerrados. Tenía la absurda y penosa sensación de que la casa se burlaba de él.

Una noche, se despertó de repente, se sentó en el borde de la cama y escrutó la oscuridad de su habitación. La influencia del sueño que acababa de tener era tan fuerte que tuvo que levantarse con la esperanza de liberarse de ella. Dio vueltas como un león enjaulado en el estrecho espacio de su cuarto, intentó fumar un

cigarrillo en la ventana, lo apagó un instante después de encenderlo y se vistió. Bajó las escaleras sin hacer ruido, cogió los zapatos del pasillo para ponérselos solo cuando estuviera fuera y salió. Se montó en la bicicleta y se dirigió a Les Genêts.

Lloviznaba y las finas gotas en su cara acabaron de despertarlo. Su mente estaba despejada. Era perfectamente consciente de los movimientos de sus músculos, de su respiración, de los latidos de su corazón intensificados por el esfuerzo. Los jardines estaban bañados en una penumbra pegajosa, los halos de las farolas separados entre sí por densas capas de noche. El cielo sobre él estaba oscuro, pero hacia el este, en dirección a la ciudad, adquiría un tono amarillo y enfermizo.

Cuando Mehdi llegó a la casa, no lo sorprendió encontrar la puerta entreabierta, tenuemente iluminada por una luz que debía de estar encendida en algún lugar del interior. Dejó la bicicleta en uno de los parterres que delimitaban el callejón y se acercó. Abrió el portón, se acercó a la entrada y se detuvo. No había pensado en llevar una linterna y no tenía ni idea de lo que se iba a encontrar dentro. ¿Quizá sería mejor renunciar? ¿Qué habría dicho Lena si le hubiera contado todo eso, los sueños que lo atormentaban desde que entraron en la casa? ¿Qué diría ella si le confesara mañana que se había levantado en mitad de la noche para ir hasta ahí por su cuenta?

Pero Mehdi ya no podía dar marcha atrás.

Debía saber.

Empujó la puerta de entrada y se quedó en el umbral. La luz parecía proceder de la habitación contigua, tan tamizada que era improbable que hubiera podido verla desde fuera, a menos que lo que la originaba se hubiera movido. Dejó la puerta principal abierta tras de sí, entró y abrió la del salón con la punta de los dedos.

Estaba apenas iluminado por el mismo resplandor, pero pudo identificar de dónde procedía. Distinguió sin problema el sofá y los sillones desfondados en medio de la penumbra, las paredes enteladas amarillentas y la carcasa del televisor, cuya pantalla reflejaba su silueta. Avanzó unos pasos y giró la cara hacia la izquierda. La luz venía del pasillo que conducía a los dormitorios.

Podía ver cómo *rezumaba* a través del cristal esmerilado de la puerta. Pensó que alguien se había dejado encendida una lámpara antes de recordar que no había electricidad en la casa. Sintió náuseas, como presa de una embriaguez que no era desagradable pero que anestesiaba su vigilancia y su capacidad de reflexión. Ya no tenía miedo y quería saber qué había más allá. Cuando abrió la puerta, sintió que una presencia surgía de repente detrás de él, le rozaba el brazo y pasaba de largo. Era una alumna cuyo rostro no pudo ver, que se colgó la mochila al hombro y continuó por el pasillo del instituto Melville.

Mehdi se sintió mareado, como si el suelo amenazara con ceder bajo sus pies. Estaba en lo que parecía uno de los pisos superiores del instituto, con los ventanales que daban al patio, bañado por la brillante luz del sol cuyos rayos caían oblicuamente, dibujando grandes rombos que se deshacían al tocar la pared. Un fino polvo danzaba en el haz luminoso.

Pensó que estaba soñando.

Sí, eso era, debió de volver a dormirse en cuanto se despertó sobresaltado, no abandonó la cama, no salió de la casa, no se montó en la bicicleta ni pedaleó en medio de la noche hasta el impasse des Ormes. Pero notaba el calor en el lado izquierdo de la cara. Se apoyó en la pared, sintió su tibia solidez, su textura bajo los dedos, y levantó la mano a la altura de los ojos. No era polvo, sino una sustancia de color ocre que se extendió por sus dedos como el

polen de un ala de mariposa. Entendió que eso que flotaba en el aire era la misma sustancia que desprendía ese olor a flores que le producía náuseas y la sensación de aturdimiento.

Reinaba en el pasillo una calma absoluta. La alumna que acababa de pasar junto a él había desaparecido. Mehdi miró a su alrededor y no vio a nadie. Seguía sintiendo vértigo, así que mantuvo la mano en la pared mientras avanzaba, vacilante, hacia las puertas de las aulas.

En la primera, había clase. Lo vio a través de las ventanas que calaban los tabiques. Algo le pareció anormal y reforzó su idea de que debía de estar soñando. Los y las estudiantes estaban inmóviles, todos sentados de la misma manera, con una rigidez ejemplar y antinatural.

En la pizarra había una cita de *Macbeth* escrita con tiza. Se trataba de un fragmento que había estudiado Mehdi a principios de curso:

Stars, hide your fires,
Let not light see my black and deep desires.

Le pareció reconocer a la señora Herbin, a la que había tenido como profesora de Inglés en cuarto. Su rostro se veía borroso, como *disuelto* a la luz del día. Miraba fijamente hacia delante y parecía estar hablando, pues Mehdi podía distinguir el movimiento de sus labios, pero no emitía ningún sonido —normalmente debería oír su voz, incluso a través del cristal— y el silencio en el aula era total.

Continuó avanzando hasta la siguiente puerta, echó un vistazo a la sala y se le revolvió el estómago.

Brice Lagarde estaba sentado de espaldas a una de las mesas del centro del aula. Tenía la cara medio vuelta hacia los grandes ventanales que daban al aparcamiento del profesorado. Mehdi temió

que lo hubiera oído y se dio la vuelta para apoyarse en la pared exterior y evitar así su mirada.

—No tienes escapatoria —dijo Brice.

Habló con voz sorda, cansada y mecánica, sin molestarse siquiera en levantar la voz.

Mehdi cerró los ojos y se quedó quieto. Tenía que despertarse. Ya había tenido alguna pesadilla en la que sabía que estaba dormido. Solo tenía que darse cuenta de que estaba dormido y el sueño se derrumbaría a su alrededor como un castillo de arena.

—Sé que estás ahí —añadió Brice—. Es inútil que te escondas. ¿Cuánto tiempo vas a seguir huyendo como un mariquita?

Mehdi abrió los ojos y descubrió que seguía en el mismo lugar. Nada de aquello tenía la consistencia de un sueño. Miró a su izquierda, pero el pasillo seguía desesperadamente vacío. No oía ningún sonido procedente de la sala contigua o del patio del instituto. ¿Debía refugiarse en el aula de la señora Herbin? Una intuición lo disuadió. Pensó que sería mejor salir corriendo, pero apenas podía sostenerse sobre sus piernas. Si Lagarde salía tras él, lo alcanzaría enseguida y Dios sabe lo que le haría.

Mehdi entró de mala gana en el aula, guardando las distancias, y avanzó entre las mesas. Brice volvió hacia él un rostro inexpresivo, a pesar de la sonrisa que le levantaba ligeramente las comisuras de los labios. Estaba extrañamente erguido, en una postura que no le conocía, con la espalda pegada al respaldo de la silla y las manos apoyadas en los muslos bajo la mesa.

—¿Sabes qué has venido a buscar? —le preguntó.

Mehdi negó lentamente con la cabeza.

—¿A buscar?

—Vamos. No has venido aquí por casualidad.

—Yo... he entrado en esta casa —dijo Mehdi, esforzándose por ordenar sus pensamientos—. Debería estar en la casa. Estoy soñando.

—Puedo oler tu miedo —dijo Brice.

Levantó la cara y lo olisqueó.

—Apestas a miedo.

—No —respondió Mehdi.

Estaba temblando y tuvo que apoyarse con ambas manos en una de las mesas.

—Te digo que sí. ¿No lo notas o qué? Apestas a miedo, a cabreo y a odio.

—No quiero líos —dijo Mehdi.

—*No quiero líos, no quiero líos, no quiero líos* —se burló Brice con voz quejumbrosa—. Me das pena. Eres tan patético, Belkacem... Me entran ganas de vomitar.

Mehdi miró hacia la puerta.

—¿Otra vez pensando en huir? Siempre estás huyendo. Sometiéndote como un perro. Peor que un perro. Un perro acabaría mordiendo. Creo que eso es lo que más asco me da de ti. Tu sumisión. Tu cobardía. Te pareces al puto moro de tu padre. He conocido a muchos tíos mierdas como tú, he zurrado a un montón de ellos, pero ninguno te llega a la altura del zapato. Ninguno.

—Déjame en paz —suplicó Mehdi.

—¿Dejarte en paz? ¿Por qué iba a dejarte en paz? La verdad es que debe de gustarte, ¿no? Debe de gustarte que te sacudan para aguantar así, sin inmutarte.

Brice sacó las manos de debajo de la mesa y Mehdi vio que sostenía un compás cuyos brazos desplegaba como quien no quiere la cosa.

—¿Estás esperando a que te reviente de una vez por todas? —preguntó Lagarde.

Clavó la punta del compás en la madera de la mesa y lo hizo girar como una pequeña bailarina.

—Por favor, no te he hecho nada —hipó Mehdi.

—¿Quizá esperas que acabe machacándote en serio, liberándote de tu patética vida porque ni siquiera tienes el valor de hacerlo tú mismo?

Mehdi oyó cómo aumentaba la excitación en la voz de Lagarde.

—Sabes que no vales nada. Incluso tus amigos lo saben. Tu existencia no vale nada. Podrías morir mañana y tus padres apenas se darían cuenta. De hecho, probablemente se sentirían *aliviados*.

—Basta —volvió a suplicar Mehdi—, por favor, cállate.

—¿Y si no qué? —preguntó Brice—. ¿Qué vas a hacer? Dímelo. Dímelo.

Apartó la silla y se levantó para acercarse a él.

Mehdi dio un paso atrás y golpeó con la cadera una mesa cuyas patas rechinaron en el suelo.

—¿Vas a tener por fin los cojones de vengarte?

Ahora estaba muy cerca de Mehdi, que podía sentir su aliento, un olor a las flores podridas en el fondo de un jarrón, a humus o a barro orgánico. Su cara era y no era del todo la de Brice Lagarde, como si sus rasgos intentaran encajar para ser su réplica exacta.

Mehdi puso la palma de una mano en el pecho de Brice para empujarlo, pero este opuso una resistencia inflexible. Bajo su palma, Mehdi podía sentir el calor que desprendía y su respiración entrecortada. También tuvo la impresión de que *algo* se movía dentro de Brice, que los cartílagos crujían, que los huesos protuberantes de su caja torácica se acomodaban y tomaban forma.

—¿Sabes que podrías hacerme lo que quisieras? —le preguntó Lagarde.

Estaba jadeando. El jadeo febril de depredador.

—Podrías hacerme lo que realmente estás deseando. Lo que siempre has soñado.

Se acercó a Mehdi, obligándolo a doblar el brazo, con la punta del compás levantada entre sus caras. La mesa raspó el suelo, chocó contra otra y una silla volcó.

—Podrías pincharme y reventarme tú también. ¿No te gustaría? ¿No te excitaría hacérmelas pagar de una vez por todas?

Mehdi logró liberarse por un costado.

—Mira —dijo Brice—. Mira lo que podrías hacerme.

Se clavó la punta del compás en el cuello, a la altura de la carótida. Mehdi hizo un movimiento reflejo para protegerse y luego abrió los ojos al darse cuenta de que Brice se acababa de herir a sí mismo.

Tenía el brazo del compás agarrado. Cuando tiró de él, unas gotas de sangre salpicaron su hombro y la parte delantera de su camiseta. Volvió a clavárselo en el mismo sitio, dos o tres veces, con una sonrisa apenas esbozada en el rostro.

—¡Basta! —gritó Mehdi—. ¿Qué haces? ¿Qué haces? ¡Para!

Quiso evitar que se hiciera aún más daño y lo agarró de la muñeca, pero no pudo detenerlo. La fuerza de Brice parecía haberse multiplicado por diez y se asestó docenas de pinchazos ininterrumpidos en el cuello. La punta del compás le rasgó la piel, abriendo una gran herida cuya sangre —una sangre oxigenada, de un rojo muy vivo— comenzó a brotar profusamente al tocar la arteria, salpicándole la cara y las mesas de alrededor.

—Mira lo que podrías hacerme —repitió jadeante.

Mehdi retrocedió hacia la puerta, con los ojos a punto de salírsele del cráneo, en un estado de pasmo total. Brice le tendió, con la mano abierta, el compás pegajoso que chorreaba por el suelo.

—Mira lo que podrías hacerme.

Mehdi salió del aula con los brazos y las piernas casi tetanizados por el miedo, incapaz de recuperar el aliento. Avanzó con dificultad por el pasillo, echó un vistazo a la clase de la señora Herbin, pero estaba vacía y solo quedaba la cita medio borrada en la pizarra.

hide your fires,
not light see desires

Empujó un batiente y tuvo la sensación de sumergirse en una oscuridad insondable. Tanteó a ciegas delante de sí mismo hasta que sus ojos se acostumbraron. Distinguió las formas del salón de la casa del impasse des Ormes. La única luz que penetraba era la que emanaba de la puerta principal, que se había quedado abierta.

Salió corriendo.

Se desplomó junto a su bicicleta y vomitó la pasta a medio digerir que su madre le había puesto para cenar. Cuando se le pasaron las náuseas, se levantó y pedaleó con todas sus fuerzas de vuelta a Les Acacias.

Su mente se fue aclarando a medida que se alejaba del callejón, pero sus pensamientos se agolpaban unos con otros sin que consiguiera ponerlos en orden. Estaba seguro de que lo que acababa de vivir había sucedido, pero buscaba cualquier razón para persuadirse de que se trataba de una alucinación. Había oído hablar de personas que tienen episodios psicóticos, que están convencidas de que les hablan voces a través de una radio o incluso dentro de sus propias cabezas, que ven serpientes que surgen de las paredes o

caras demoniacas que aparecen del techo. ¿Acaso no era verdad que esa enfermedad se declaraba en la adolescencia?

Inspiró el aire frío, con la boca abierta, para librarse del olor a lirios y sangre que lo perseguía y se le pegaba a las fosas nasales y al paladar. Sentir olores extraños que no existían, ¿no era uno de los síntomas de un tumor cerebral? Recordó haber visto un reportaje en la televisión sobre un niño de nueve años al que le habían diagnosticado un tumor en el lóbulo frontal derecho y que creía oler a su alrededor a veces a plástico quemado y a veces a flores.

Sin embargo, Mehdi habría jurado que había tocado a Brice Lagarde con las manos, que lo había visto con sus propios ojos acribillándose con el compás. Pero nada de aquello tenía sentido —*no podía* haber estado en el instituto, además de día— y el recuerdo de la mirada vacía y la sonrisa burlona de Brice mientras se desangraba hasta morir debía de ser la visión de una pesadilla.

Tiró la bicicleta delante de su casa, se quitó los zapatos en el umbral, entró, subió sigilosamente y se encerró en el cuarto de baño. La luz de neón del botiquín que había sobre el lavabo le iluminaba la cara. Mehdi miró su reflejo. Estaba lívido. Tenía pequeñas gotas negruzcas secas en la cara. Se examinó el cuello, las manos, los antebrazos.

No había ninguna herida visible, así que era la sangre de Brice la que lo había salpicado sin que se diera cuenta. ¿Podría ser que, en un arrebato de locura sonámbula, Mehdi hubiera herido a alguien? Abrió el grifo, se enjuagó y vio cómo el agua rosácea desaparecía con un silbido por el desagüe. Sintió que temblaba, que la correa de su reloj golpeaba contra el esmalte del lavabo.

Su madre llamó suavemente a la puerta, sobresaltándolo.

—¿Mehdi? Cariño, ¿eres tú? ¿Va todo bien?

—Sí —dijo Mehdi.

—No estás enfermo, ¿verdad?

—No, te digo que estoy bien.

Munia permaneció en silencio detrás de la puerta.

—De acuerdo. Me vuelvo a la cama, entonces.

Mehdi no contestó y esperó a que se alejara para abrir la puerta e ir a su cuarto. Se quitó la ropa empapada en sudor y se metió en la cama, con las piernas pegadas al pecho y la barbilla apoyada en las rodillas. Se meció hasta el amanecer, sin poder conciliar el sueño.

—Tienes cara de desenterrado —comentó Lena cuando se encontraron en la parada del autobús al día siguiente.

Mehdi no consiguió sonreír. Estaba agotado, todavía en estado de shock, atormentado por la visión de Brice cubierto de su propia sangre.

—No me encuentro muy bien —respondió.

Cuando subieron al autobús, procuró sentarse apartado, contra la ventanilla, para no tener que hablar, y Lena no insistió. De todos modos, ¿qué podía decirle si ni siquiera él entendía lo que había vivido —o *creía haber vivido*— la noche anterior?

Cuando el autobús se detuvo frente al instituto y Mehdi bajó, vio a Brice Lagarde fumando con Jonathan Seilhac junto a la entrada. Una dolorosa sensación de alivio estalló en su pecho, seguida de una preocupación igualmente brutal: debía de estar enfermo. ¿Quizá la influencia de Brice había acabado por volverlo completamente loco? Sin embargo, estaba seguro de que la sangre que se había limpiado de la cara no era una alucinación.

—¿No quieres irte a casa? —le preguntó Lena, que acababa de bajar detrás de él—. Estás blanco como la leche, se diría que te vas a desmayar.

—No, no te preocupes. Ya me siento un poco mejor.

Su mirada se cruzó con la de Brice antes de traspasar las puertas del instituto. Mehdi creyó ver una vaga perturbación en sus ojos, que solo duró un breve instante pero que pareció reemplazar su habitual desprecio por él.

Una semana más tarde, a finales de abril de 1995, la madre de Jean-Philippe Cazaux cruzó las puertas del instituto Melville arrastrando a su hijo del brazo. Como él se negó a indicarle el camino, buscó ella misma la administración, irrumpió en el despacho de la secretaria de dirección y anunció que no abandonaría las instalaciones hasta que hubiera tenido la oportunidad de hablar con el director.

Cuando el señor Lapeyrat, que ese día llegó tarde, la recibió por fin, empujó a Jean-Philippe delante de ella, le señaló el ojo izquierdo morado que ya no podía abrir y le explicó que Brice Lagarde era el responsable. Desde hacía varios meses, atacaba a su hijo de un modo tan perspicaz e insidioso que ella misma —a pesar de estar tan cerca de su hijo, que no tenía secretos para su madre— nunca había sospechado nada.

El día anterior, el chico salió a las cuatro. Tenía que volver a casa en bicicleta. Lagarde también terminó temprano ese día y estaba liándose un cigarrillo, sentado en un murete frente al instituto. Al ver pasar a Jean-Philippe, cogió una piedra de uno de los parterres y se la lanzó a la espalda. Apuntó demasiado alto, justo cuando Jean-Philippe se daba la vuelta precisamente para asegurarse de que no lo seguía. El proyectil le dio justo debajo del ojo. Cayó de espaldas y quedó clavado en el suelo, medio inconsciente, hasta que dos alumnos de su clase acudieron a ayudarlo a levantarse.

Entretanto, Lagarde cogió su mochila y salió huyendo. Jean-Philippe tenía la cara muy magullada y todo el lado izquierdo se le había hinchado hasta adquirir un color berenjena, lo que obligó a sus padres a llevarlo a urgencias para que le hicieran una radiografía. Milagrosamente, no tenía el pómulo fracturado, pero no podía seguir mintiéndoles por más tiempo. Al final admitió que Brice lo acosaba y lo extorsionaba desde finales del otoño anterior. Lagarde fue expulsado de inmediato a la espera de una reunión del consejo disciplinario para decidir su futuro en el centro.

Cuando una alumna de su clase mencionó que acababan de expulsarlo, Mehdi se sintió tan liberado que se le llenaron los ojos de lágrimas. Nunca se había dado cuenta de que Brice atacaba a Jean-Philippe, a pesar de que se encontraba con él casi todas las mañanas en la parada del autobús. ¿Sería porque estaba tan encerrado en su propia vergüenza, en su propio sufrimiento, que no había sido capaz de ver los de un compañero?

Cuando se cruzó con él los días siguientes, le habría gustado expresarle su gratitud, su apoyo y su empatía, pero cuando vio que Jean-Philippe apartaba la mirada para ocultar su ojo morado, percibió su malestar. No importaba que tuviera razón, era él quien había denunciado a Lagarde y cargaba con la culpa multiplicada por cien de haber sido víctima ahora que todo Melville lo sabía. Hablar abiertamente de ello con él, incluso con las mejores intenciones del mundo, habría sido echar sal en la herida de su doble humillación por ser a la vez un cabeza de turco y un chivato.

Se preguntó si Jean-Philippe, cuya inteligencia y sensibilidad conocía bien, había captado el vínculo secreto entre ambos, si él también lo había ocultado por pudor o porque sentía que no podía hacer nada al respecto. Esto lo hizo sentirse aún más incómodo con

el joven. Se estableció entre ellos una distancia que excluyó cualquier posibilidad de compartir o de sentirse solidarios, perspectiva que a Mehdi le parecía envidiable a la vez que le producía horror.

Además, Mehdi no podía olvidarse de la noche en que entró solo en la casa del callejón. Le costaba quitarse de la cabeza la idea de que podía haberse vuelto loco. Pero estaba *seguro* de que había sucedido, de que Brice Lagarde se había acribillado con un compás ante sus propios ojos. ¿Acaso no sintió el olor metálico de su sangre? Pero ¿no es propio de los locos convencerse de que no lo están?

Se mantuvo alejado de sus amigos durante los días y las semanas siguientes. Le resultaba imposible compartir sus dudas y ahora vivía con el temor de haber cometido él mismo un acto irreparable del que no se acordaba. Se encerró en sí mismo y prefería pasar sus días libres durmiendo, viendo la televisión sin prestarle atención o jugando a la Game Boy. La única presencia que parecía tolerar era la de Nur, su hermana pequeña, a la que dejaba entrar en su habitación para dormitar a su lado mientras ella veía los dibujos animados. Paradójicamente, esa actitud tranquilizó a su madre: al verlo más a menudo en casa, pensaba que estaba mejor y que se había alejado de la mala influencia de Lena Mancini.

En dos ocasiones, Maximilien y Thomas lo llamaron por teléfono para proponerle dar un paseo o ir al cine a ver una película. Mehdi rechazó la proposición, pretextando que no se encontraba bien o que tenía otros planes para ese día.

En febrero, en vísperas de las elecciones presidenciales, el asesinato de Ibrahim Ali saltó a los titulares. Tres militantes de

extrema derecha dispararon por la espalda al joven de diecisiete años en el distrito XV de Marsella. El 1 de mayo, en París, en paralelo a un desfile del Front National, un *skinhead*, militante de dicho partido, empujó al Sena, cerca del pont du Carroussel, a Brahim Bouraam, un marroquí de veintinueve años. Como los muelles eran también conocidos como zona de ligue homosexual, los militantes insultaron a quienes paseaban por ellos, tratándolos de «amenazas sidosas».

Mehdi vio cómo se ensombrecía el rostro de su padre ante el anuncio de esos crímenes en el telediario. Habían pasado cuatro años desde el caso de Omar Raddad, cuya condena, el año anterior, a dieciocho años de prisión lo había indignado. Jean-Marie Le Pen acababa de obtener el 15 % de los votos en la primera vuelta de las elecciones presidenciales, un resultado histórico.

Algo estaba cambiando, una amenaza en la que sus padres se habían negado a creer —o habían fingido no creer— se estaba volviendo más concreta, más convincente, más irrefutable.

—¿Y ahora qué? —se preguntó Yusef Belkacem al enterarse de la muerte de Brahim Bouraam—. ¿Nos van a tirar al Sena como hicieron con los argelinos en el 61? ¿Y nadie va a decir ni mu?

Mehdi no creía que Brice Lagarde fuera fundamentalmente racista —ni más ni menos que cualquier otro imbécil de su calaña—, de hecho, su agresividad iba dirigida a ciegas, tanto a Jean-Philippe Cazaux como a él, pero se dio cuenta de que él también podría morir. La idea no se le había ocurrido antes, ni siquiera cuando Lagarde se fue volviendo cada vez más violento y él acabó cubierto de pinchazos de compás y de hematomas, marcas multicolores que aún llevaba en las caderas y las nalgas.

Si Jean-Philippe no lo hubiera denunciado y no lo hubieran expulsado del instituto, ¿quién sabe hasta dónde habría llegado

Brice? ¿O es que planeaba presionar a Mehdi hasta que decidiera acabar consigo mismo?

(¿Quizá esperas que acabe machacándote en serio, liberándote de tu patética vida porque ni siquiera tienes el valor de hacerlo tú mismo?)

No podía evitar pensar que lo había oído decir esas palabras y que Brice encarnaba la creciente hostilidad que se estaba gestando y que se extendía mucho más allá de Saint-Auch, de la que él mismo podría haber sido una de las innumerables víctimas colaterales.

Un miércoles, Lena llamó a la puerta de los Belkacem. Mehdi estaba solo en casa. Como odiaba tener que escuchar a los testigos de Jehová que le prometían la eternidad y la redención, a los vendedores de enciclopedias o a los agentes de EDF que venían a leer el contador de la luz, hizo como que no oía.

Lena dio la vuelta a la casa y se colocó bajo la ventana de su habitación.

—¡Mehdi! —gritó—. ¡Sé que estás ahí!

No tuvo más remedio que abrir la ventana que tenía las persianas bajadas, y lo deslumbró el sol. Era uno de los primeros días verdaderamente primaverales del año.

—¿Qué te parece? —preguntó ella, coqueta, enroscándose en el dedo índice un mechón de pelo cuyas puntas acababa de teñir de azul.

Consiguió arrancarle una sonrisa.

—Me gusta mucho —dijo él.

—¡Flipo! ¡No me digas que sigues en pijama!

—En realidad no es un pijama —contestó Mehdi, estirando la vieja sudadera de Waikiki que llevaba puesta y con la que había dormido los últimos quince días.

—Vamos, sal de tu agujero y ven a dar un paseo conmigo. Hace bueno.

—Creo que prefiero quedarme aquí, tranquilo...

—Mehdi Belkacem, si no estás abajo en cinco minutos, iré y te sacaré a patadas de tu cuarto.

Él vio que la cosa iba en serio, y finalmente asintió. No tenía ningún deseo de salir, pero tal vez ver a Lena le sentaría bien. En cualquier caso, era la compañía que le parecía más soportable.

—Vale. Dame cinco minutos.

Se cepilló rápidamente los dientes, se lavó las axilas con un guante de aseo y jabón y se roció con CK One. Lena lo esperaba en la calle cuando salió.

—Uf, apestas a perfume —dijo ella tras darle un beso.

—Era eso o el olor a sudor, hoy no me he duchado.

—Nunca entenderé por qué los tíos sois tan guarros.

—Y no te quejes, por ti he hecho el esfuerzo de lavarme los dientes.

Ella hizo una mueca y encendieron un cigarrillo. Hacía buen tiempo, y la calle olía a hierba al sol y al tenue efluvio de los gases de escape. Las cortadoras de césped zumbaban cerca.

—¿Adónde quieres ir?

—Da igual. Caminemos —dijo Lena.

Se pusieron en marcha, permaneciendo en silencio al principio.

—¿Cómo estás? —preguntó ella al fin.

—Bien.

—No sé qué me molesta más: que me mientas o que creas que no me doy cuenta de que me ocultas algo.

Mehdi pensó que probablemente era el momento adecuado de revelárselo, que podía confesarle que había estado en la casa, hablarle de lo que había visto, de las imágenes que lo perseguían

desde entonces, del miedo a volverse loco, a ser culpable de un acto horrible que no recordaba.

Pero, aunque estaba seguro de que Lena lo escucharía, también tendría que contarle el resto, lo que Brice le había infligido durante tanto tiempo, las amenazas, los insultos, los golpes, las humillaciones. No se atrevía a hacerlo porque temía que sus sentimientos hacia él cambiaran, que una parte de ella, aunque fuera involuntaria, aunque fuera inconsciente, lo viera a partir de entonces como una víctima y no sintiera más que lástima por él.

—Te estás imaginando cosas —respondió—. No tengo nada que ocultar. Estoy harto de la escuela, de las clases, de mi vida aquí.

—Ya veo —dijo Lena.

Por el tono de su voz, entendió que no la engañaba, pero que se resignaba a creerlo.

—Solo quedan dos meses —añadió ella—. Luego, un año más y todo habrá terminado.

—¿De verdad crees que las cosas cambiarán después del instituto?

—Forzosamente, sí. Iremos a la universidad, y eso será el fin de Melville y de todo lo demás.

Mehdi no le preguntó qué quería decir con *todo lo demás*. Adivinaba a qué aludía: el día a día en el instituto, las clases, los almuerzos asquerosos de mediodía en el comedor, las mismas caras de siempre en los pasillos, esa sensación de cruzar un túnel infinito, pero también la muerte de la madre de Alex, la de Simon Laval, la noche en que entraron en la casa del impasse des Ormes... Todas las sombras que habían surgido con el tiempo y que los acompañaban. Y tal vez Lena se refería también al fuerte y misterioso vínculo que unió de inmediato a los miembros de la pandilla, y que sabían que terminaría cuando se acabara el instituto.

Las amistades de la adolescencia, incluso cuando perduran y superan la prueba del tiempo, nunca vuelven a ser las mismas.

—No sé —dijo Mehdi—. Tengo la sensación de que siempre estaré atrapado aquí, en Saint-Auch o en otro sitio, pero atrapado de una u otra forma.

—Te entiendo. Cuando dejamos Montauban, pensé que podría pasar, que sería posible dejarlo todo atrás.

—¿Y? ¿No fue eso lo que pasó?

Lena no contestó de inmediato.

—Creo que hay ciertas cosas que te llevas contigo, a pesar de ti mismo. Hay cosas de las que no puedes huir —dijo ella al fin.

Mehdi no estaba seguro de entenderla, pero pensó que ella se conformaba con que la escuchara.

—A veces me gustaría que nuestras vidas fueran como una película —prosiguió ella—, y que pudiéramos darle al botón de avance rápido para descubrir lo que nos espera.

—Puede que no nos gustara lo que viéramos.

—Pues qué le vamos a hacer, pero, por lo menos, estaríamos a tiempo de cambiarlo todo.

—¿Cómo? —preguntó Mehdi—. ¿Qué harías de manera diferente?

Lena se encogió de hombros. De repente, le entraron ganas de echarse a llorar, aunque hizo un esfuerzo por controlar el temblor de su voz.

—Tal vez iría a llamar a la puerta de los Laval y pediría ver a su hijo, y le diría que estoy ahí por él. Me preocuparía por Jean-Philippe Cazaux, lo conocería y me daría cuenta de que estaba siendo acosado por ese bastardo de Lagarde. Seguiría el consejo de Claire y no entraría en la casa del callejón.

Mehdi se estremeció cuando mencionó a Brice y pensó que a ella la horrorizaría enterarse de lo que había sido su propio calvario.

—No se puede cambiar el pasado —se oyó decir—, ni se pueden corregir todos los errores ni eliminar todo el mal de este mundo.

—En tal caso, ¿qué debo hacer?

—Llevarlo lo mejor que puedas. Hacerlo lo mejor que puedas. Sé Lena Mancini. Es todo lo que esperamos de ti, ¿sabes?

Ella se rio y se limpió la mejilla izquierda con el dorso de la mano.

—Solo sé que quiero vivir cosas más fuertes, más intensas, más verdaderas.

—Tienes diecisiete años, tienes tiempo para vivir mil vidas. Si alguien puede hacerlo, esa eres tú.

—A menudo tengo la impresión de que no me siento satisfecha con lo que me pasa, como si no pudiera aceptar que la vida pudiera *ser solo eso*, o como si fuera insensible.

—No eres insensible —dijo Mehdi—. Eres incluso la persona más sensible que conozco. Y además te gusta la fotografía. Tienes mucho talento, Lena.

—Eres un encanto —respondió ella.

Él comprendió que ella no lo creía, pero también que debía de sentirse muy triste para estar tan sensible. Estaba acostumbrado a verla tan fuerte, tan segura de sí misma, que esa fragilidad lo sorprendió.

—¿Seguro que estás bien, tú? —le pregunto él.

—Por supuesto —dijo ella, dedicándole una sonrisa que no logró disimular su cansancio.

Se detuvo un momento para llevarse el filtro de un Winston a los labios, dio una primera calada, con los ojos cerrados y la cara al sol. Se estiró, emitió un gruñido de lobezna para despejar el cielo oscuro de su interior, pero él no pudo evitar la sensación de que ella tenía también su lado oscuro.

Y que ella también le ocultaba algo.

3

Salir con Marie Cathala no permitió a Maximilien desentrañar el misterio que la envolvía desde el día en que la vio, soberana, abrirse paso entre la multitud de estudiantes del instituto Melville.

Cuanto más la conocía, más se escapaba a su comprensión. No le oponía una resistencia voluntaria, no buscaba ocultar nada, al contrario, era de una honestidad conmovedora, pero eludía con naturalidad cualquier intento de definición. Podía ser absolutamente sincera y, a la vez, constantemente sarcástica sobre el mundo y su propia vida.

Su amistad con Élodie Anglade era un ejemplo perfecto. Max recordaba la mirada burlona que Marie le dirigió, con la cara medio sumergida en la piscina, cuando Élodie le enseñó el tatuaje de su muñeca. Tenía un afecto muy real por su amiga, pero a menudo daba muestras de cierto desprecio distante o de indiferencia absoluta hacia ella que no se molestaba en disimular. Por eso, cuando aquel día le dijo que no conocía a nadie más egoísta que ella —lo que Max tomó al principio como una broma—, lo pensaba de verdad.

—No es muy lista —le dijo más tarde a Max—, pero me gusta estar con ella, me distrae. Un día, pensó que había llevado a cabo un intento de suicidio por tomarse dos Stilnox antes de sufrir un ataque de pánico y pedir ayuda.

—Es duro decir eso de una amiga —le reprochó él.

—¿En serio? —preguntó con un asombro no fingido.

—Solo un poco. ¿Y de qué te distrae?

—De mí misma, supongo.

Al principio, a Maximilien le costaba creer que quisiera salir con él. Durante las primeras semanas, cuando ella se reunía con él a la hora del recreo para cogerlo de la mano o besarlo, él se sentía un impostor, sin legitimidad, sin saber cómo comportarse, sin atreverse a mirar a su alrededor por miedo a que alguien lo señalara con el dedo para denunciar la superchería.

En cuanto a Marie, no mostraba ningún pudor. Estaba seguro de que representaba con él escenas que ya había representado antes con otros, con esos exnovios a los que la había visto abrazar en el patio, en los mismos lugares, a las mismas horas, y que solo esperaba de él verlo interpretar su propia partitura. De hecho, ella no le había hecho ninguna promesa.

—¿Sabes? —le dijo—. Probablemente no estemos juntos mucho tiempo. Mis padres se conocieron en el instituto y míralos ahora.

—Por supuesto —había contestado Max.

Comprendió lo que quería decir ella. Él mismo no esperaba nada de esa historia y el pragmatismo de Marie le convenía.

La madre de la chica volvió a casa tras varios meses de ausencia. Se había unido a una comunidad hippie en las montañas de la región de Ariège, pero sufrió un brote psicótico y la encontraron una mañana en camisón en la explanada de un supermercado de Tarascon, adonde había llegado descalza en medio de la noche. Ahí se dedicó a interpelar a la clientela, pidiéndoles que la ayudaran a quitarse el chip que los extraterrestres le habían incrustado en el cráneo.

La ingresaron de inmediato en un hospital psiquiátrico, donde permaneció unas semanas y le prescribieron una medicación antes

de mandarla a casa. Los médicos se negaron a creer que fuera electrosensible. Desde su regreso, permaneció recluida en su habitación y Max solo la había visto una vez. Era una mujer muy guapa de unos cincuenta años, que había transmitido a sus hijos sus espléndidos ojos azul piscina, pero los suyos estaban nublados por una angustia infinita.

—¿Quién es usted? —le preguntó ella al verlo.

Él acababa de llegar, la empleada de hogar lo había hecho pasar y esperaba a Marie, que había subido a por una chaqueta a su cuarto.

—Maximilien. Soy amigo de Marie. Y de Anthony.

No se atrevió a decir que era el novio de su hija. Ella llevaba una bata de seda color púrpura decorada con una garza bordada en blanco y oro en la espalda. Se la ceñía al cuello, que empezaba a marchitarse. Llevaba varios días sin lavarse el pelo ni peinarse, estaba muy pálida y unas ojeras le hundían el rostro.

—Sí, claro. ¿Cómo están?

—Creo que están bien, señora. Acabo de llegar y...

—Dígame, ¿no oye usted nada? —dijo ella, interrumpiéndolo.

Max se calló para escuchar el silencio de la casa.

—Estooo, no, no creo...

—¡Dios mío, ese zumbido! —exclamó ella—. ¡Ese zumbido! ¡Es infernal!

Hizo una mueca de dolor y buscó con su mirada la de Max como si le rogara que le dijera de dónde procedía el ruido que oía y cómo detenerlo.

Como no respondía, ella tuvo un gesto de impaciencia para apartarlo de su camino. Él la vio precipitarse hacia la cocina, donde adivinó —por el alboroto que causó— que debía de estar peleándose con los electrodomésticos, hasta que la sirvienta llegó para calmarla.

La angustia de sus madres y la hostilidad de sus respectivos hogares habían acercado a Marie y Maximilien. Había pocas afinidades entre ellos. No compartían intereses comunes, no veían las mismas películas, no tenían el mismo sentido del humor ni frecuentaban el mismo círculo de amigos. Debido a ese contacto entre ellos, ambos exploraban una tierra desconocida en la que tenían que establecer un vínculo con un nativo cuya lengua y costumbres les eran extranjeras. Pero eso también hizo que su descubrimiento de los sentimientos y de la pareja resultara intrigante: tener que forjar un vínculo de complicidad y ternura con una persona a la que casi todo lo oponía.

Marie, por ejemplo, no tenía grandes ambiciones para el futuro.

—Tendré una peluquería o un salón de manicura, quizá ambos, un marido con suficiente dinero, dos hijos y un perro.

Estaban tumbados en la moqueta de su dormitorio cuando Max le preguntó dónde se veía dentro de diez o quince años. Flocon, el maltés que había intentado morderlo en su primera visita, descansaba entre ellos y Marie enroscaba un mechón de su sedoso pelo alrededor de su dedo índice. Max seguía sin poder acercarse al animal, que se meaba celosamente en sus zapatillas en cuanto se descalzaba e intentaba engancharle las pantorrillas cuando le daba la espalda.

—¿Por qué perder tiempo y energía en desear otra cosa? —preguntó ella.

Ella lo imaginaba sin ninguna amargura, se satisfaría con lo que esa vida pudiera ofrecerle. Max se preguntaba si no tendría razón y si no se ahorraría así muchas decepciones.

—¿Y tú? ¿Cuál es tu sueño?

—No sé —respondió él, dándose la vuelta.

No tenía ningún plan concreto para el futuro —su mente se quedaba en blanco cada vez que intentaba pensar en ello—, pero sí sabía lo que no quería: precisamente ese modelo de vida al que Marie estaba dispuesta a consentir, un ideal estándar, una existencia con aire acondicionado.

Pero Max sí soñaba. Soñaba con Anthony Cathala.

Así como Élodie visitaba a Marie independientemente de su relación con su hermano, Max y Anthony podían pasar juntos las tardes o las noches sin ver a las chicas que estaban en la habitación de al lado. Veían la televisión, jugaban a la videoconsola, salían al jardín a dar unos pases con el balón de fútbol, se paseaban en escúter por el barrio o se relajaban junto a la piscina. Se había creado entre ellos una nueva intimidad fraternal, autorizada por la que unía ahora a Max y Marie.

Anthony, convencido desde siempre de su belleza y su poderío físico, nunca escatimó a la hora de exhibirse. Lo hacía sin ninguna intención —la seducción que ejercía sobre los demás era simplemente la consecuencia de una naturaleza de la que había aprendido a sacar partido—, simplemente porque le resultaba cómodo, y porque la noción de pudor le era ajena.

Así, en los vestuarios del gimnasio, mientras que la mayoría de los chicos se cortaban a la hora de cambiarse y solo lo hacían vueltos contra la pared, Anthony era de los que se desnudaban sin el menor pudor, presumían recorriendo desnudos por el vestuario, a veces se meaban unos a otros en la ducha para incordiarse o se daban golpes en las nalgas con toallas enrolladas en espiral.

Después de observarlo de lejos durante tanto tiempo, Max sintió que había sido admitido en el secreto de los dioses. Sin embargo, no había descubierto nada de Anthony aparte del aburrimiento y la melancolía que marcaban su adolescencia tanto como la suya, pero precisamente por eso su carisma y su belleza le parecieron aún más conmovedores, como si fuera una de esas flores sublimes que solo florecen muy raramente en condiciones climáticas adversas.

En su casa, no era de extrañar que Anthony se paseara con el torso desnudo, en calzoncillos holgados o en *slip* Calvin Klein. Se pasaba un brazo por detrás de la cabeza y hablaba mientras se acariciaba el vello de la axila o del bajo vientre. En el garaje había instalado un banco de pesas, una barra de dominadas y unas cuantas mancuernas que habían pertenecido a su padre, y allí hacía ejercicio tres veces por semana. Después de cada sesión, contemplaba en el espejo sus músculos congestionados, sin especial orgullo, solo con escéptica satisfacción.

Ahora que Max se sumaba de vez en cuando a sus entrenos, él le daba consejos y observaciones, evaluaba sus progresos y palpaba sus bíceps o sus abdominales.

—Podrías muscular un poco más los hombros —constataba—. Tienes que trabajar los deltoides. Con las dominadas ya has ganado algo de trapecio.

La cercanía de los dos chicos fomentó una complicidad viril, una cercanía física que Anthony consideraba inequívoca. Antes de entrar en la casa abandonada, Max soñaba a veces con Anthony del mismo modo que a veces soñaba con sus otros compañeros del instituto, pero desde la noche en que cruzaron el umbral, sus sueños cambiaron de naturaleza.

Se despertaba con una erección dolorosa, el estómago pegajoso, abrumado por un deseo nebuloso. Se limpiaba a toda prisa con un calzoncillo o un calcetín tirado a los pies de la cama. Una parte de su mente buscaba a tientas las imágenes del sueño que acababa de tener pero la otra las rechazaba lo más lejos posible y solo conseguía evocar vagas impresiones. Su única certeza era que acababa de soñar una vez más con la casa del impasse des Ormes y con Anthony Cathala.

Al principio, conseguía volver a dormirse y, cuando despertaba, el recuerdo de su noche quedaba relegado al olvido. Pero los sueños persistieron y pronto impregnaron la realidad de sus días. Cuando estaba con Marie, no podía evitar la sensación de que la estaba engañando.

Cuando fueron a la pista de patinaje, le dijo que había dejado a Matthieu Contis porque solo pensaba en el sexo y que sabía que con Max sería diferente. En aquel momento le pareció que descartaba cualquier perspectiva de acostarse con él, pero tras unas semanas en las que no habían hecho más que intercambiar castos abrazos y besarse en la boca, Marie empezó a decirle que quería algo más.

Ella le deslizaba la mano bajo la camiseta para acariciarle el vientre y el pecho. Una tarde que estaban en casa de ella, tumbados en su cama, ella le agarró la entrepierna a través de los vaqueros y se la masajeó para ponérsela dura.

—¿Lo has hecho alguna vez? —le preguntó.

—Por supuesto —contestó Max.

Marie le sonrió antes de besarlo y de mordisquearle el labio inferior.

—No tienes que mentirme, ¿sabes? Siempre he soñado con desvirgar a un chico.

Max no supo qué contestar y se puso colorado como un tomate.

Ella se levantó para cerrar la puerta de su cuarto y se quitó la blusa, debajo de la cual no llevaba nada.

Sus pechos eran del tamaño de dos melocotones, sus areolas, rosadas, amplias como platillos, y los pezones formaban un relieve apenas esbozado. Se estiró junto a Max para ponerle uno en los labios.

—Chúpame —le ordenó.

Él engulló el pezón. Su piel era increíblemente suave en su lengua y tenía un ligero sabor a Angel, lo que hizo que se le empinara. La respiración de Marie se aceleró y sintió que su pezón se endurecía entre sus labios.

Cuando ella lo ayudó a quitarse la camiseta, él miró hacia la ventana.

—¿Te importaría correr las cortinas?

No tenía miedo a las miradas indiscretas, ya que el dormitorio estaba en el piso de arriba. Más bien temía que la mirada de Marie pudiera dirigirse hacia su cuerpo desnudo a plena luz del día. Ella encontró un preservativo en uno de los cajones de su escritorio.

—Es del verano pasado, de cuando estaba con Matthieu, pero es mejor que nada, ¿no? —preguntó ella.

Una vez cerradas las cortinas, solo un rayo de luz del día cruzaba la cama cuando ella se unió a él. Hicieron el amor por primera vez. Después de desnudarse, ella lo ayudó a ponerse el preservativo, se sentó a horcajadas sobre él y guio su sexo dentro de ella. Se balanceó suavemente hacia delante y hacia atrás, con cuidado de no hacer crujir el somier, inclinándose de vez en cuando para besarlo, con su pelo castaño, que olía a acondicionador Fructis, resbalando por la cara de Max.

Ninguno de los dos se corrió. Finalmente, a Max se le bajó y Marie se dejó caer sobre el colchón a su lado. Permanecieron un momento

callados, desnudos, marcados por el rayo de luz que se filtraba en la habitación por la rendija de las cortinas.

—¿No te ha gustado? —preguntó ella.

—Sí. Es solo que... Creo que estoy demasiado tenso.

—¿Te preocupa algo?

—Nada serio.

—¿Quieres que te estrangule?

—¿Cómo?

—Cindy, una de mis amigas, salía con un tipo que no podía correrse a menos que ella lo estrangulara. No hasta el punto de matarlo, solo un poco, lo excitaba.

Max soltó una risita, sin saber exactamente si se trataba de una broma.

—No gracias, estoy bien así.

La verdad es que no dejaba de pensar en Anthony. Su mente lo llevaba una y otra vez a sus sueños que seguía sin recordar con precisión, pero no podía ignorar la carga erótica y el violento placer que le procuraban.

Por fin estaba en la cama con una chica por primera vez —Marie Cathala, una de las chicas más deseadas del instituto— y era incapaz de satisfacerla.

—No pasa nada, las primeras veces siempre salen mal —dijo ella mientras se acurrucaba junto a él y jugaba un poco con su sexo flácido, que balanceaba de un muslo a otro—. Aprenderemos juntos.

Max asintió, estiró la sábana para taparse la polla y se tragó la humillación como pudo.

En presencia de Anthony, intentó no dejar traslucir su consternación, pero no podía evitar preguntarse si no se estaría

volviendo maricón, una perspectiva que no le entusiasmaba precisamente.

Solo conocía a uno, Ancelin Lagarrigue, al que todos llamaban La Gaga. Era un tipo afeminado que llevaba base de maquillaje para disimular el acné, esmalte de uñas y un gran abrigo de piel raído.

Recorría los pasillos del instituto con paso siempre dramático, dejando tras de sí un reguero de Chanel N^{o} 5 que robaba a su madre. Parecía una actriz a la que el Oscar a la mejor interpretación se le hubiera escapado de las manos, justo cuando había sido nominada por el papel más importante de su carrera. Todas las mañanas, su madre o su padre lo dejaban delante del instituto y, al contrario de las y los demás que iban en coche con sus padres e iban en el asiento del pasajero, él se subía en la parte de atrás y pedía que lo dejaran delante de la puerta, como si hubiera tenido su propio chófer personal.

Lagarrigue era un apasionado del cine americano de los años cincuenta, en particular de las grandes actrices Joan Crawford, Ava Gardner y Bette Davis, de las que podía hablar sin parar. Tenía una clara preferencia por Jayne Mansfield, cuya decadencia lo fascinaba: había caído en el alcohol, el sexo y las drogas, se había unido a la Iglesia de Satán, de la que era gran sacerdotisa, todo antes de morir en un trágico accidente de coche entre Biloxi y Nueva Orleans a la edad de treinta y cuatro años.

—Su peluca yacía en la hierba, en el lugar del accidente, y corría el rumor de que la decapitaron —explicaba Lagarrigue—. En realidad, la habían *trepanado*. ¿No es digno de una tragedia clásica?

A Max le parecía valiente, asumir de este modo su personalidad y extravagancia. Alguna vez lo vio cruzar el patio vestido con un kilt de tartán, haciendo una peineta con cada mano, mientras a su paso

volaban insultos, silbidos y comentarios despectivos. Sin embargo, había conseguido acallar a la mayoría de sus detractores denunciando sistemáticamente a la jefa de estudios todo lo que consideraba que constituía acoso o superaba su umbral de tolerancia.

Además, se le daban bien las réplicas.

—Mirad, aquí tenemos al garaje de pollas —le soltó una vez Brice Lagarde al pasar junto a su mesa en el comedor.

—Ves a tu madre en todas partes, cariño, crece —respondió Ancelin.

Lagarde saltó de su silla y estaba a punto de romperle la crisma cuando dos asistentes educativos se interpusieron. Además del parte, le cayeron dos horas de estudio adicionales todos los miércoles por la tarde durante un mes, después de lo cual no quiso volver a meterse con Lagarrigue.

Pero, aunque le reconocía cierta aura, a Max nunca se le ocurrió juntarse con Ancelin porque era una norma no escrita que los chicos heterosexuales solo debían frecuentar a los otros heterosexuales —o al menos a los que parecían serlo lo suficiente como para que no se pudiera dudar de ello— y mantener las distancias con los andróginos o afeminados, como si fueran una amenaza para lo que ellos representaban por consenso tácito: las características comunes de su supuesta virilidad.

De hecho, Anthony Cathala también le daba muestras de un gran desprecio, volviendo la cara cuando se cruzaba con él o, al contrario, mirándolo fijamente con cara de asco, y las pocas veces en que Max lo había oído referirse a él, siempre había sido como «mariquita», «loca» o «sarasa». Entre tíos, llamarse maricón era a la vez el

insulto supremo y el más banal, el que se lanzaban a cada momento.

No, Max no podía *ser* como Lagarrigue, compartir el mismo deseo, pertenecer a la misma comunidad secreta. Y además no quería morir de sida como el novio de aquel profesor del que habló Élodie Anglade en la piscina. Ahora se preguntaba si por eso se puso nervioso aquel día cuando ella lo mencionó.

Oía hablar de la epidemia en la televisión. Había visto las acciones de ACT UP —el obelisco de la place de la Concorde enfundado en un condón en 1993, los activistas tendidos en los Champs-Élysées al año siguiente—, las convulsiones de Pascal de Duve en el programa de Guillaume Durand, el beso intercambiado entre Clémentine Célarié y un seropositivo durante la primera Sidaction, la enumeración del número de muertos y de nuevas infecciones en reportajes y programas especiales.

Todas esas imágenes desfilaban como si le estuvieran personalmente dirigidas. Surgían como haces de electrones en el fósforo de la pantalla para diseminarse por la acogedora tibieza del salón antes de alojarse como astillas en un punto ciego de su conciencia. Una vez allí, proyectaban una sombra ominosa de la que nunca podría deshacerse, el presentimiento de la infame enfermedad y la muerte que siempre lo amenazarían si cedía a su deseo.

Como sus padres solían sentarse en el sofá a su lado en esos momentos, una parte de él se quedaba paralizada. Lo mismo ocurría cuando veían una película en la que uno de los personajes era gay, o uno de los programas que le gustaban a su madre, en los que a veces había un testimonio de salida del armario. Entonces se creía descubierto, que sus padres iban a comprender su verdadera naturaleza. Se sentía expuesto, incriminado, y tenía que hacer un

esfuerzo considerable para ocultar su vergüenza. A veces se veía obligado a hacer un comentario que disipara cualquier eventual sospecha, o a preguntar con una risa sardónica si realmente tenían que ver ese tipo de cosas y si no podían cambiar de canal.

Dos fuerzas opuestas, semejantes a las ejercidas por profundas placas tectónicas, actuaban en su interior: su inconfesable atracción por Anthony Cathala y un instinto de supervivencia que lo conminaba a reprimirla a toda costa o, si no lo conseguía, al menos ocultarla, disimularla. Pero la lucha era desigual, una de esas dos fuerzas se imponía constantemente a la otra, y él no podía hacer nada para evitarlo.

Desde hacía poco tiempo, cuando se masturbaba para liberar momentáneamente la tensión, se esforzaba por invocar imágenes de Marie —su piel lechosa, el olor de sus repliegues, el sabor de su lengua, la seda húmeda de su sexo por donde ella había guiado sus dedos— pero sentía lo frágil que era esa imagen de ella, a punto de desmoronarse en cualquier momento mientras la de su hermano resonaba por detrás. Bastaba que su mente la dejara aflorar un instante, que su rostro, su perfume y la textura de su piel se convirtieran en los de Anthony, para que el espejismo de Marie se hiciera añicos y el placer lo embargara.

¿De dónde le venía esa obsesión por meter la polla *en el interior* de un hombre? ¿O que le introdujeran una a él? Era una perspectiva tan absurda como aterradoramente deseable. ¿De verdad su vida iba a girar en torno a esa idea fija a partir de ahora? ¿Y qué podía tener que ver el amor con todo aquello?

Una noche, se despertó sobresaltado de uno de esos sueños perturbadores. La víspera no había cerrado las contraventanas y su habitación estaba bañada por un resplandor rojo procedente de la

calle. Permaneció despierto un momento, mirando al techo, dando vueltas en la cama, pero incapaz de volver a dormirse. Cuando por fin se levantó para cerrar los postigos, descubrió a Anthony Cathala de pie delante de su casa, al otro lado de la calle, junto a una farola cuya luz le caía sobre los hombros, ocultando su rostro en la oscuridad y proyectando su sombra sobre el asfalto.

Max habría jurado que sonreía.

La primera interrogación que le vino a la mente, antes incluso de preguntarse qué hacía Anthony de pie frente a su casa en mitad de la noche, fue *cuánto tiempo* llevaba allí. Parecía haber estado esperándolo, inmóvil, con los brazos colgando, mirando hacia su habitación, y lo saludó en cuanto apareció en su campo de visión.

Max estaba a punto de abrir la ventana cuando vio que Anthony se daba la vuelta y se alejaba a grandes zancadas. Se puso un pantalón de chándal y salió de su cuarto. Su madre se había quedado dormida en el salón frente a un documental de vida silvestre que mostraba imágenes de una mantis religiosa dándose un festín con la cabeza de una presa cuyas patas aún se movían pero que él no consiguió identificar.

En la entrada, se puso las zapatillas con el contrafuerte aplastado, a modo de chancla. La puerta se abrió y se cerró sin ruido. El cielo estaba despejado, la bóveda estelar centelleante, la noche fresca, el aire saturado del olor a orín de los campos de colza en flor más allá de la urbanización. Se dio cuenta de que solo llevaba puesta la camiseta con la que dormía, pero renunció a volver a su habitación a buscar un jersey.

Atravesó el jardín, dio un salto para calzarse del todo los zapatos, cruzó el portón y miró hacia la dirección que había tomado Anthony. Ya había llegado al final de la calle, donde torcía a la izquierda, y Max solo pudo distinguirlo cuando cruzó por el halo de las farolas.

Anthony se volvió justo antes de desaparecer, se detuvo el tiempo justo para dirigirle una mirada y reanudó la marcha.

Maximilien se preguntó qué hacía Anthony en Les Genêts a esas horas. Fuera donde fuera, era evidente que no se dirigía a su casa. Habría tenido que ir en dirección contraria, sin contar con que eso le habría supuesto dos horas o más de caminata. Mientras intentaba entender qué pasaba, Max empezó a seguirlo, corriendo a intervalos cortos para alcanzarlo. Sin embargo, aminoró la marcha y luego se detuvo al darse cuenta de que Anthony caminaba hacia el impasse des Ormes.

Nunca le había hablado de la casa abandonada y no tenía motivos para creer que supiera de su existencia. En alguna ocasión Anthony fue a verlo a Les Genêts, pero la mayoría de las veces se encontraban en casa de los Cathala, donde sabían que sus padres no estaban o los dejarían en paz. Era posible que Anthony hubiera pasado por delante de la casa en más de una ocasión, pero eso no explicaba por qué volvía en mitad de la noche.

A menos, pensó Max, que desplegara sobre él la misma atracción que parecía ejercer sobre los miembros de la pandilla.

¿Era posible que Anthony también hubiera soñado con ella? Max empezó a correr a toda velocidad con la esperanza de alcanzarlo, pero cuando llegó a la curva de la calle, lo vio bajar por el callejón como había temido que haría.

—¡Antho! ¡Espérame! —gritó.

Anthony apenas se volvió hacia él antes de desaparecer y ya había entrado en la casa cuando Max llegó al final del callejón. Una tenue luz escapaba por la puerta entreabierta. Una parte de su mente le gritaba a Max que diera marcha atrás porque era sencillamente *anormal* que Anthony Cathala acabara de entrar en aquella maldita casa a las —activó la retroiluminación del reloj Casio que llevaba en

la muñeca— dos y cuarenta de la madrugada. También recordó que Claire Laval había rogado a Lena que los convenciera de que no entraran en la casa tras la muerte de su hermano.

Dice que no nos damos cuenta de lo que la casa le ha quitado. Ni de lo que podría quitarnos a nosotros.

Él fue el más escéptico de todos, negándose a creer en las advertencias y supersticiones de Lena, incluso ridiculizándolas. ¿No había mencionado también Claire el hecho de que *algo* había atacado a su hermano, algo que se ocultaría en la casa? ¿Debía salir corriendo? No, pensó, tenía que saber. Tenía que saber qué hacía Anthony ahí y por qué él mismo nunca había dejado de soñar con la casa. Tembló y se frotó los brazos enérgicamente para entrar en calor y armarse de valor, y siguió avanzando por el callejón.

Sintió un vértigo repentino, se tambaleó y golpeó la pared de su derecha con el hombro. Se volvió y miró la puerta de doble cristal que acababa de cerrarse tras él. Estaba en el gimnasio del instituto Melville.

El edificio estaba bañado por una luz diáfana que caía en haces desde las aberturas de la parte superior de las paredes. Unas finas partículas se movían en lentos remolinos. Reinaba una calma absoluta. Normalmente, el lugar siempre bullía con gritos, el rebote de balones, el sonido de las disputas y las conversaciones. Más allá, cerca de las pistas de voleibol, había alumnos sentados en el suelo escuchando las instrucciones de un profesor de Educación Física, pero a Maximilien no le llegaba ningún ruido. Recuperó el equilibrio apoyándose en la pared con una mano, dio unos pasos hacia delante y miró a su alrededor, deslumbrado y aturdido, incapaz de articular un solo pensamiento.

Un anciano fregaba el suelo de cemento encerado en medio del gimnasio. Se interrumpió, levantó la vista y Max creyó reconocer a André Leroy, el exmilitar que vivía al final de la urbanización y al que un día le tapiaron la puerta de entrada. Así que era eso. Debía de estar soñando. Leroy nunca había trabajado en el instituto, así que no había motivo para que estuviera allí, y menos aún limpiando.

Pero nada de aquello tenía la consistencia de un sueño. Max se palpó las palmas de las manos, los antebrazos, probó la presión de sus dedos. También sentía la tibieza que reinaba en el gimnasio y percibía el espacio a su alrededor. Sin embargo, se acordaba de que había salido en medio de la noche, había franqueado la puerta de la casa del impasse des Ormes después de Anthony, y había entrado en el salón.

El hombre de la fregona levantó el brazo para señalarle el pasillo de la izquierda, como indicándole la dirección que debía tomar, y Max tomó ese camino, sin dejar de sentirse aturdido. Oyó un ruido de agua antes de llegar al vestuario de los chicos, lo que lo hizo ser aún más consciente de la densidad del silencio en el que estaba sumido el gimnasio.

Se encontró con Anthony, vestido solo con un *slip* blanco, ocupado secándose con una toalla.

El adolescente se volvió hacia él.

Max se apoyó en el marco de la puerta y observó el vestuario, saturado por el vapor de las duchas comunitarias, más denso debido a la luz de los neones. Un perfume de flores blancas se mezclaba con el olor habitual de las baldosas húmedas, de las juntas mugrientas y las tuberías de cobre. También olía a sudor y a notas animales y sexuales que enseguida lo embriagaron.

¿Cómo podía *sentir* todo eso si estaba en un sueño?

—¿Dónde estamos? —preguntó Max.

Anthony esbozó una sonrisa.

—Exactamente donde tienes que estar —dijo.

Max permaneció en silencio un momento, se volvió hacia el pasillo, al fondo del cual el luminoso espacio del gimnasio parecía extenderse sin fin.

—Te he... Te he seguido hasta la casa. Era de noche... Esto no puede ser el instituto.

Anthony se puso la toalla sobre los hombros.

—Deberíamos estar en la casa —añadió Max en voz baja, como para sus adentros.

—Y aquí estamos.

Max sacudió la cabeza incrédulo.

—Ella te da lo que deseas —añadió Anthony—. Tu más profundo deseo.

—¿Todo esto es real?

Anthony se acercó a Max, le agarró la muñeca derecha y le puso la mano en el pecho. Max sintió la cálida textura de su piel bajo la palma, la protuberancia de su pectoral liso. Anthony le sacaba una cabeza y tuvo que inclinar la cara para mirarlo.

—¿Acaso no te parezco real?

Max sintió que su polla se empalmaba por el aflujo de sangre.

Estaban tan cerca que sus labios casi se tocaban y él respiraba el aire que exhalaba Anthony. Un aliento cálido y pesado que le recordó al jazmín de noche, a la maleza, al pelaje de un animal salvaje.

—Esta casa puede darte todo lo que sueñas —dijo Anthony—. ¿Sabes a qué me refiero?

Max se tambaleó y Anthony lo sujetó, cogiéndole la cara con ambas manos. Pegó sus labios a los de él. Deslizó la mano derecha por su nuca y Max sintió cómo le penetraba su lengua en la boca,

explorando a tientas sus dientes. La saliva de Anthony se deslizó por su garganta, obligándolo a tragar.

Cuando por fin lo soltó, Max escrutó su rostro. Era Anthony quien estaba frente a él, no cabía duda, pero algo raro sucedía, y no sabía muy bien qué.

La cabeza le daba vueltas, se sentía mareado, el calor que irradiaba su cuerpo se apoderaba de él como un torpor lascivo, un veneno narcótico.

—¿Qué haces? —preguntó Max con voz muerta cuando Anthony le lamió el cuello.

Una parte de su mente pensó que estaba a punto de hincarle el diente y darse un festín con su sangre antes de dejar su cuerpo tirado en el suelo del vestuario, pero no tuvo fuerzas para soltarse.

Anthony le levantó la camiseta y se inclinó para lamerle el pecho, engullendo uno tras otro sus pezones, que chupó hasta que se endurecieron. Max bajó la mirada hasta su espalda arqueada, sus nalgas tensas y musculosas en el *slip* blanco. Le puso una mano en los anchos hombros, en el hueco de los omóplatos. Le pareció ver y sentir la línea ósea de la columna vertebral moviéndose bajo la piel, como si las vértebras fueran encajándose unas en otras.

Tuvo un gesto de repulsión y trató de retroceder, pero Anthony lo agarró por las caderas, sus labios descendieron hasta el hueco de su vientre, su lengua exploró el pliegue de su ombligo. Lo oía jadear y él mismo estaba empalmado, con la polla tirando del tejido de su pantalón de chándal.

—Tú no eres Anthony —murmuró Maximilien.

Anthony no contestó, sus dedos se deslizaron tras el elástico del pantalón de Max y se lo bajó hasta los tobillos. Sus labios se cerraron sobre la forma de su glande, que cubrieron a través de los calzoncillos, y su lengua tanteó la tela, que se empapó de saliva.

Una descarga recorrió a Max, erizando cada centímetro de su piel. Le fue imposible apartarse, tal era su deseo de quedarse y de satisfacer el apetito de Anthony.

Si todo era un sueño, Max quería saber cómo terminaría.

—¿Y si viene alguien? —preguntó, volviendo la mirada hacia el pasillo.

—No vendrá nadie —prometió Anthony.

Le sacó la polla por un lado de los calzoncillos y se la comió. Terminó de retraer su glande con un movimiento circular de la lengua y le bajó los calzoncillos con gesto impaciente. La polla de Max le saltó a la cara, la agarró con una mano, la golpeó contra su mejilla, enterró la nariz en el vello de su pubis, lo olisqueó y le pasó la lengua por el pliegue de la ingle.

Luego empezó a chuparlo lenta y diligentemente.

Max observó cómo engullía su sexo. La excitación hizo que le temblara la mano al tocar su pelo oscuro. Sentía la presión caliente y pegajosa de su lengua sobre su verga y los músculos de su garganta en acción para tragársela entera. Sus testículos golpeaban contra la barbilla de Anthony, que los agarró para comprimirlos y sobarlos. Abandonó por un instante el sexo de Max, reluciente de baba, se llevó un dedo índice a la boca, lo lamió, rodeó su cintura y se abrió paso entre sus nalgas. Max intentó retenerlo, pero Anthony ya estaba deslizando el dedo en su interior y engullendo de nuevo su polla.

Max se estremeció ante la breve sensación de dolor, que inmediatamente se convirtió en placer. Su sexo expulsó un primer chorro de líquido seminal, sus músculos se contrajeron, sus cojones remontaron y sintió cómo su culo se apretaba contra el dedo de Anthony. Eyaculó en largos espasmos que le arrancaron un gemido. En cuanto sintió que se corría, Anthony se la metió hasta la

garganta. Apoyando la frente contra el bajo vientre, permaneció largo rato inmóvil, silencioso y recogido, mientras Max se vaciaba dentro de él, medio inclinado, con las manos apoyadas en sus hombros.

Anthony esperó a que pasaran las últimas réplicas de placer antes de separarse de él, agarrarle la polla, que empezaba a ponerse blanda, y apretarla lentamente para replegar el prepucio y extraer una última gota de semen, que sorbió con un último movimiento de lengua.

Luego miró a Max con unos ojos azules tan claros que parecían translúcidos.

(*Y como muertos*, constató la voz en su cabeza.)

—Como ves —le dijo él, limpiándose los labios con el dorso de la mano—, aquí no tienes que fingir que quieres follarte a mi hermana. Puedes follarme a mí.

4

—¿Dónde te habías metido a estas horas? —le preguntó su padrastro nada más verlo.

Tom se apoyó en una cómoda que había a su derecha. Dejó caer una lámpara, cuya base de cerámica se hizo añicos contra el suelo, pero el sonido solo le llegó de lejos, como amortiguado.

—Te he preguntado dónde te habías metido —repitió Girard.

—Estaba... —empezó a responder Tom.

Se interrumpió, recuperó el equilibrio y miró a su alrededor.

Había entrado en la casa del callejón. Al menos eso es lo que recordaba con cierta seguridad. Se había fumado unos porros asomado a la ventana de su habitación porque no podía conciliar el sueño. Sabía que acabaría durmiéndose, pero temía volver a tener esos sueños que lo perseguían desde la noche en que murió Simon Laval, y en los que la casa parecía llamarlo cada vez con más insistencia.

Al menos la hierba lo dejaba lo bastante aturdido como para no soñar ni recordar haber soñado. Pero hacía tiempo que no le quedaba, Stéphane Lévignac había agotado su suministro estival de Indian Kush y Tom se había liado unos canutos de hachís que había comprado a un tipo al que apenas conocía. Los porros tenían un sabor extraño. Probablemente era eso lo que le había provocado unas náuseas y un vértigo espantosos.

Estaba en la cocina de la casa abandonada, que era *también* la cocina de su casa, como si las habitaciones se hubieran fundido en

una, o sus recuerdos de los dos lugares se hubieran superpuesto. Su madre estaba sentada en la mesa dispuesta para la comida y Girard se encontraba en el otro extremo, en el lugar que antes ocupaba el padre de Tom.

¿Era la comida o la cena? Por las ventanas entraba una luz vibrante. Sin embargo, recordaba haber salido de casa casi a las tres de la madrugada.

—¿Qué está pasando? —articuló Tom.

Su propia voz sonó distante, pero sentía su aliento cargado de hierba y tabaco.

—¿Me tomas el pelo? —respondió su padrastro—. Ven y siéntate inmediatamente.

Debía sentarse. El suelo se movía bajo sus pies y no estaba seguro de poder aguantar de pie mucho más. Avanzó, agarró el respaldo de una silla, tiró de ella y se derrumbó encima.

Recorrió la mesa con la mirada. Los antebrazos de su padrastro y de su madre habían dejado marcas en la capa de polvo que cubría el tablero. Entre la basura amontonada encima, había unos platos sucios colocados frente a ellos. Un mendrugo de pan se había quedado duro antes de ser colonizado por el moho y por las polillas cuyos cuerpos frágiles y grises salpicaban la mesa.

La habitación olía a humedad, a olvido y a ese embriagador perfume de flores blancas que le resultaba tan familiar.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó pasándose las manos por la cara para recuperar la compostura—. No entiendo.

—¿Alguna vez te ha dicho tu madre que hay que sentarse derecho y masticar con la boca cerrada? —preguntó Girard exactamente igual que la primera noche que cenó con ellos.

Thomas se irguió instintivamente y lo miró, luego a su madre. Podía ver sus rostros, reconocerlos, pero eran aproximados, como si

su visión fuera borrosa o sus rasgos se formaran en el instante en que los miraba.

La víspera, cuando volvió del instituto, su padrastro estaba de muy mal humor. Tom sabía que cuando eso ocurría, lo mejor era pasar desapercibido. Nada más cruzar el umbral, sintió que se avecinaba una tormenta. Su madre estaba nerviosa e inusualmente activa, fregando suelos, quitando el polvo, como si al limpiar la casa fuera a disipar la oscuridad que se cernía sobre sus cabezas y amenazaba con estallar.

Thomas lo veía enseguida en su mirada, en ese aire de presa perseguida o de perro que presiente el golpe, o en su forma de hablar, voluble y continua en un intento de evitar lo inevitable: el comentario de su hijo o de su pareja que encendería la mecha.

Girard estaba impaciente, sentado frente al televisor en su sillón reclinable.

—¿Quieres dejar de parlotear cinco minutos? —siseó finalmente entre dientes.

Tom no sentía compasión por ella. Solo conseguía aumentar su ira y su resentimiento. Una vez la sorprendió llorando en el baño después de que Girard le gritara por comprar, sin consultarle, un robot de cocina que había visto anunciado en la teletienda.

—¿Por qué no lo echas de casa? —le preguntó Thomas—. Estaríamos mejor sin ese idiota.

Su madre se recompuso al instante.

—Por el amor de Dios, no te atrevas a hablar así de él, ¡al fin y al cabo es tu padrastro! —replicó escandalizada antes de salir de la habitación.

No, pensaba Tom, su madre no merecía que se apiadara de ella, ya que por alguna misteriosa razón parecía estar contenta en esta

vida con el Rey de los Cabrones.

En el fondo, él sabía lo que la hacía quedarse: la convicción de que Girard no la abandonaría como lo había hecho su exmarido. Miedo a la soledad, en definitiva. Pero lo que no podía entender era que la soledad no le pareciera preferible a esa existencia, a la presencia hostil y adiposa de Alain Girard.

Ese día, al volver del instituto, la tomó con él so pretexto de que Thomas había dejado aparcada su Chappy detrás de su coche sin molestarse en meterla en el garaje, de manera que le habría estorbado si se le hubiera ocurrido salir a correr.

—Si vas a salir, me lo dices y la muevo —respondió Thomas.

—No he dicho que tenía que salir, he dicho que quizá hubiera tenido que salir. Y estoy hasta los huevos de ver esa moto tirada en la entrada todo el tiempo.

Y yo —pensó Tom—*, ¿crees que yo no estoy hasta los huevos de ver tu cara de culo cuando vuelvo todos los días del instituto?*

Pero prefirió callarse para no agravar la situación. Aparcó la Chappy en el garaje y se quedó en el asiento del viejo columpio, cuyos soportes se oxidaban en un rincón del jardín. Sabía que en cuanto entrara en la casa, su padrastro encontraría otro motivo para echarle otra bronca, que estaba esperando ese momento para descargar su agresividad contra él.

Esa misma noche, se fumó varios porros para perder el sentido y se sentó a ver *La piel que brilla*, de Philip Ridley, que había visto docenas de veces sin saber muy bien por qué le gustaba tanto, salvo porque le parecía extraña y hermosa, con sus amplios planos de campos de trigo como salidos de un cuadro de Van Gogh, de casas y graneros hechos de tablones destartalados que parecían a punto de derrumbarse.

La película, ambientada en una pequeña comunidad rural de la América de los años cincuenta, contaba la historia de un niño de ocho años, Seth Dove, que vivía con sus padres en una vieja cabaña que hacía las veces de garaje y gasolinera. Su madre estaba perturbada por algún motivo que el espectador desconocía al principio, su padre prefería refugiarse en la lectura y su hermano mayor se había marchado a la guerra en algún lugar del Pacífico.

Un día —así empieza la película— Seth y dos amigos de su edad se divierten inflando una enorme rana toro tras meterle una pajita por el culo. La colocan en medio de un camino por el que pasa Dolphin Blue, una joven viuda del vecindario, y la hacen explotar con un tirachinas cuando esta se acerca. Más tarde, la madre de Seth lo obliga a ir a casa de la señora Blue para disculparse. Él descubre que ella vive entre las reliquias de su marido, que se suicidó ahorcándose en el granero apenas una semana después de su boda. En una cajita guarda de él un diente, un mechón de pelo y un frasco de loción para después del afeitado Bay Rum. Ella se compadece de sí misma, fingiendo tener doscientos años, y Seth se convence de que es un vampiro como los que pueden verse en el libro que está leyendo su padre. Cuando uno de sus dos amigos desaparece en circunstancias misteriosas, Seth se convence de la culpabilidad de la señora Blue.

La piel que brilla dejaba siempre a Tom en un estado extraño, como si la película se inspirara en su propia vida y cristalizara su melancolía. Hacia el final, había una escena en la que Dolphin Blue hablaba con Seth y le decía que la infancia era una pesadilla, que no hacía más que empeorar, que un buen día se despertaría y descubriría que ya se había terminado, que su hermosa piel se cubriría de arrugas, que perdería el pelo, la vista y la memoria. Su sangre se espesaría, sus dientes se volverían amarillos y se

aflojarían, empezaría a apestar y a tirarse pedos, y todos sus amigos estarían muertos. Ella le decía que acabaría muriendo de artritis, de angina de pecho o de demencia senil, que se mearía y se cagaría encima con un hilillo de saliva en la boca. Le decía que rezara para que, cuando eso ocurriera, tuviera a alguien que lo quisiera, porque si te quieren, te mantienes joven para siempre.

—Oh —suspiraba la señora Blue—. La inocencia puede ser el infierno.

Esa escena lo asombraba cada vez que la veía porque parecía enunciar una terrible verdad que no debía decirse a un niño de ocho años. Sí, pensó Tom al verla de nuevo aquella noche, la infancia era una pesadilla y la inocencia un infierno del que solo despertaría para constatar que ya era demasiado tarde.

También entendió que ya bastaba. Que no podía dejarse envenenar más por sus sueños, por el espectro de la casa abandonada y las historias que él y sus amigos se habían inventado tras la muerte de Simon Laval.

Pasaba por delante de su casa mañana y tarde y solo había visto a la madre de Simon una vez desde el funeral. Estaba ocupada podando sus rosales. Debía de haber perdido diez kilos y parecía flotar en su ropa. Cuando la saludó, ella le dirigió una mirada indiferente, como si apenas lo hubiera visto o no lo reconociera, y él sintió que la tristeza lo invadía de nuevo ante la idea de que la vida de los Laval, tan cercana y al mismo tiempo tan ajena a la suya, había dado un vuelco irreversible. ¿Quizá la tragedia que habían vivido lo había afectado más íntimamente de lo que creyó en un principio?

¿Acaso la desgracia de esas personas se estaría extendiendo como por contagio?

No había olvidado las advertencias de Claire cuando les rogó que no entraran en la casa. No había dejado de pensar en ello desde entonces. ¿Era posible que ella tuviera razón y que Simon hubiera sido asesinado? Esa amenaza le producía una especie de fascinación, una atracción irresistible.

En *La piel que brilla*, Seth Dove decidió irrumpir en la casa de Dolphin Blue para intentar desvelar su secreto. A los dieciséis años, ¿era Tom menos valiente que un niño de solo ocho?

Su madre ya dormía cuando él salió de su habitación y su padrastro se había quedado adormilado frente al televisor, como todas las noches. Tom salió a caminar hacia la casa del impasse des Ormes sin verdadera intención —estaba demasiado colocado para eso—, solo para verla, para asegurarse de que era real, para desafiar su propio miedo y sondear un poco su misterio.

Cuando vio la puerta entreabierta, soltó una risita como si alguien le estuviera gastando una broma que él se habría olido enseguida. Si no miró para ver si alguien se escondía detrás de un seto o del capó de un coche, dispuesto a aparecer de un momento a otro y burlarse de él, era porque *sabía* que si alguien, o algo, podía estar riéndose de él, era su propia imaginación o la propia casa.

Y entró.

—Come —ordenó Girard.

Tom miró la costra marrón que manchaba el plato y fue incapaz de identificar su origen.

Vio a su madre levantar el tenedor, clavarlo con dificultad en el montón gris verdoso que tenía delante, llevárselo a los labios y masticarlo, con la mirada fija. Un poco de moho le empolvó la

barbilla. Tom sintió un reflujo biliar en la boca e hizo un esfuerzo para tragárselo.

—Come —dijo su padrastro.

La estructura de su cara se moldeaba con un sonido sordo de cartílagos rotos.

—Creo que no tengo nada de hambre —replicó Tom.

La cabeza aún le daba vueltas y veía borroso. Ya había experimentado una sensación parecida en el pasado, cuando se agarró las primeras borracheras y sintió que se le iba la cabeza tras la copa de más. Las personas y los acontecimientos se le aparecieron entonces como al final de un túnel. O cuando el freno de su bicicleta se soltó del manillar y el cable se enganchó en la rueda delantera. Voló por los aires y aterrizó de espaldas contra una de las jardineras de hormigón de la urbanización. Se le cortó la respiración y no pudo recuperar el aliento durante un lapso de tiempo que le pareció una eternidad. Pensó que iba a morir allí mismo y sintió cómo se proyectaba fuera de su propio cuerpo.

Tal vez eso era lo que le estaba ocurriendo en ese momento.

—Te he dicho que comas —insistió Girard.

Tom reprimió otra arcada y puso las manos sobre la mesa, con intención de levantarse, pero Girard alargó la mano, lo agarró del pelo y le estampó la cara contra la mesa.

Tom sintió la onda expansiva atravesándole el cráneo. Un silbido agudo le perforó el tímpano derecho. Se incorporó, vio el plato rajado y pensó: *Este cabrón me acaba de romper la nariz*.

Se palpó la cara con una mano que parecía disociada de sí mismo. El puente nasal se había salvado, pero tenía los labios pegajosos y el sabor metálico de la sangre en la boca. El dolor era como una deflagración retardada, como si acabaran de asestarle el golpe.

Se levantó e intentó retroceder, pero su padrastro lo agarró del cuello.

Tom se sintió atrapado por un puño implacable, izado sin la menor dificultad, como si no hubiera pesado más que una brizna de paja. Agarró la muñeca de Girard para que lo soltara. Las puntas de sus pies apenas tocaban el suelo, sus piernas pedaleaban en el vacío.

Su padrastro lo había abofeteado a veces, dejándolo casi inconsciente, pero la fuerza que demostraba ahora era incomparable. También parecía más alto y más fornido, sacándole una cabeza al adolescente a pesar de tenerlo suspendido en lo alto. Tom notaba que la sangre le bajaba por la garganta y le obstruía las vías respiratorias. Miró en dirección a su madre, que permanecía sentada y observando la escena, como ausente.

—Déjame... No... no puedo... no puedo respirar —imploró.

—Hay que educar a los mierdecillas como tú —dijo Girard.

Tom forcejeó con más fuerza, dándole un rodillazo en el estómago. Fue como golpear aquel viejo saco de boxeo de cuero que colgaba en un rincón del gimnasio del instituto Melville. Un peso inerte, muerto.

—Hay que educarlos —repitió su padrastro.

Su rostro se contrajo en una mueca de dolor. Girard soltó a Tom, que cayó de rodillas con las manos en el suelo, soltó un escupitajo de sangre y buscó aire.

Esperaba que Girard volviera a pegarle y se preparó para detener el golpe, pero su padrastro soltó un gemido, se llevó una mano al pecho y pareció perder interés por él.

Tom aprovechó para ponerse en pie e ir a refugiarse a un rincón de la cocina. Podía sentir los latidos de su corazón en su contusionada nariz.

Girard hipó, se desplomó sobre la mesa y barrió con el brazo los platos, los cubiertos y las bandejas, que salieron volando por la habitación.

Se desplomó en su silla antes de caer al suelo.

—Le está dando un infarto —se oyó decir Tom a sí mismo hablándole a su madre.

Ella se volvió hacia él como si acabara de despertar de su letargo.

Rodeó la mesa sin prisa y permaneció de pie, sin hacer gesto alguno, con la mirada clavada en su compañero que convulsionaba a sus pies.

—¡Tenemos que pedir ayuda! —gritó Tom.

Había soñado con la muerte de Girard, la había imaginado de todas las maneras posibles, pero ahora que estaba a punto de suceder ante sus propios ojos, se dio cuenta de que no quería ser el *responsable*.

Dio un paso adelante para intentar ayudarlo, pero su madre lo agarró del brazo.

—Déjalo —dijo ella.

—¡Va a morir si no hacemos algo!

—¿No es eso lo que querías? ¿No es lo que ambos queríamos? ¿Deshacernos por fin de él? ¿Deshacernos del Rey de los Cabrones?

Tom la miró boquiabierto. Nunca había llamado así a su padrastro en su presencia, así que era imposible que conociera ese apodo.

—¿Has visto lo que te ha hecho? —preguntó ella poniéndole una mano en la mejilla—. Nunca debería haber dejado que nos tratara así...

Su caricia disipó el dolor de su rostro magullado y su tacto le proporcionó un calor reconfortante.

—Pero necesita...

—Confía en mí —lo interrumpió ella—. Nadie sospechará nada. Es solo un accidente, su corazón ha fallado, no podemos hacer nada.

Girard yacía inmóvil, con la cara congestionada, los ojos fijos y un chorro de saliva que resbalaba, espumeante, por la barbilla.

—Por fin tiene lo que se merecía —dijo la madre de Tom—. Ahora estamos solos tú y yo.

Él dirigió una mirada alucinada a su padrastro.

Su cuerpo adquirió tonalidades amarillas, verdes y moradas, su piel empezó a supurar y luego a agrietarse. Sus globos oculares se hundieron, hordas de gruesas larvas blancas brotaron de su boca, de las cuencas de sus ojos, de los ojales de su camisa. Su abdomen se hinchó, dando a luz a nuevos batallones de gusanos que hacían que su ropa se moviera frenéticamente. Un jugo marrón fluyó por debajo de él y formó un charco de barro orgánico en el suelo. Se deshinchó y pareció secarse, con la piel como una badana oscura. Unos hongos verdes grisáceos colonizaron su cadáver en largos filamentos móviles. Tom oyó un crujido y la cara de su padrastro estalló en cinco partes, que se abrieron lentamente como los cinco pétalos de un lirio obsceno, hechos de carnes petrificadas, de cartílagos y de huesos al desnudo. De ese magma escapó un polvo fino que le recordaba las esporas exhaladas por los hongos polvera o el polen amarillo de las pináceas.

En un instante, todo lo que quedaba de Girard era un montón de harapos, de jirones parduzcos pegados a unos cuantos huesos diseminados.

—Ya ves —constató su madre—, se acabó.

A pesar de su aturdimiento, Thomas pensó que tal vez ella tenía razón. Había deseado tanto la muerte de su padrastro que esa debía de ser una de las últimas imágenes en su mente, una grotesca

puesta en escena de lo que había sido su existencia, resumida al odio que sentía por él.

Seguramente, era él quien se estaba muriendo, solo en su cuarto, ahogándose en su propio vómito tras abusar de porros adulterados con Dios sabe qué.

Había oído muchas historias de personas que vivían experiencias cercanas a la muerte y veían pasar ante sus ojos acontecimientos importantes de su vida. También había leído explicaciones de científicos según las cuales el cerebro, cuando se ve privado de oxígeno, libera endorfinas susceptibles de crear visiones.

Quizá era realmente el final, su propio final.

En tal caso, ¿no debería aceptar rendirse, dejarse llevar?

—Ahora estamos solos tú y yo —repitió su madre, acariciándole la mejilla.

En un arrebato de lucidez, Tom inspiró, el dolor le desgarró los bronquios pero se sintió despejado. El rostro de su madre pareció expresar un breve enfado, inmediatamente sustituido por una sonrisa triste y cansada.

Ella se llevó la mano al vientre.

—Vuelve a verme —dijo con voz suplicante—. Tu padre también volverá, ¿sabes? Seremos de nuevo una familia. Aquí puedes tener todo lo que siempre has deseado.

Él salió corriendo de la cocina, chocando de frente con alguien. Ambos se vieron propulsados contra la pared opuesta y Tom cayó de culo. El haz de luz de una linterna lo deslumbró y puso las manos delante de los ojos para protegerse.

—¿Lena? —preguntó entre sus dedos—. ¿Eres tú?

—Soy yo —respondió ella, bajando la linterna—. Ven rápido.

Ella se adelantó, le ofreció una mano que él cogió, lo condujo fuera y no lo soltó hasta que cruzaron la verja.

Tom se tambaleó detrás de ella.

—Voy a vomitar —dijo, sentándose en el borde de un macizo de flores.

Inclinó la cabeza entre las rodillas, pero solo un hilillo de bilis brotó de entre sus labios.

—Es normal —dijo Lena—, eso es lo que ocurre las primeras veces.

—¿Las primeras veces?

—¿Habías entrado alguna vez después de que fuéramos todos juntos?

—No. Solo con vosotros. ¿Estabas... estabas tú también? Quiero decir, ¿hace un momento?

Lena asintió.

—¿Por qué no te he visto?

—No sé.

Tom se puso a temblar sin poder contenerse.

—He visto morir a mi padrastro, y luego cómo se iba descomponiendo en unos segundos ante mis propios ojos —dijo, meneando la cabeza.

—No, no está muerto. Todo lo que has visto dentro no es real.

—¿No es real? Y esto, ¿te parece que no es real? —respondió él tendiéndole los dedos manchados de sangre.

—Lo que le ha sucedido en la casa no le ha pasado *aquí*.

—¿Qué era entonces, una alucinación?

—Aún no lo sé —contestó Lena—. Creo que es... otra cosa. ¿Puedes levantarte?

Tom asintió.

—Vámonos de aquí, te lo explicaré por el camino.

Ella lo ayudó a ponerse en pie y se alejaron del callejón. Se dirigieron a la marquesina del autobús, se sentaron y encendieron dos cigarrillos, cuyo humo se extendía en capas encima de ellos por la cubierta. El aire olía a alquitrán y a césped pegajoso. La urbanización estaba en silencio, las casas oscuras como mausoleos en la noche.

—¿Qué acabo de ver? —preguntó Thomas—. Su cabeza... Su cabeza ha *explotado* literalmente delante de mí.

—No puedo estar segura de nada —dijo Lena—, pero creo que esa casa abre la puerta a otra realidad.

—¿Te refieres a algún tipo de universo paralelo?

Ella se encogió de hombros.

—Una cosa por el estilo. Algo que estaría entre el sueño y la realidad, o que utilizaría nuestros sueños.

Tom rio, incrédulo, pero enseguida se calló. Se levantó y empezó a pasearse de un lado a otro frente a la marquesina del autobús, haciendo girar su Zippo en la mano, con su sombra, proyectada por la luz de una farola, deslizándose por el asfalto. Aún se veía el sufrimiento en su cara, pero empezaba a sentirse menos confuso, con la mente un poco más despejada, y la certeza de que lo que acababa de vivir había sucedido de verdad no hacía sino reforzarse. Una excitación nerviosa se apoderó de él.

—Cuenta —pidió a Lena.

Lena respiró hondo.

—Esa noche, cuando entramos todos juntos en la casa, hice algunas fotos. Cuando las revelé, había... había algo que no podía encontrarse allí esa noche. Algo que, sencillamente, no podía estar.

—¿Qué era?

—Algo que solo yo podía reconocer.

Thomas se dio cuenta de que no tenía sentido pedirle más detalles.

—¿Por eso has vuelto? —preguntó él.

Lena asintió.

—Yo también soñaba con ella. Tenía la sensación de que la casa me llamaba y no podía olvidar lo que Claire nos contó sobre la muerte de su hermano, o lo que él le dijo sobre ese lugar. Tenía que volver para saber.

—¿Qué has encontrado dentro?

Lena sacó su paquete de Winston y encendió un nuevo cigarrillo.

—Cada vez es diferente. Creo que la casa utiliza nuestros miedos o deseos y les da vida, en cierto modo.

—¿Por qué? —preguntó Tom—. Quiero decir, ¿con qué intención?

—No lo sé. Lo que sí sé es que lo que ocurre en el interior no ocurre en el exterior, en la vida real. Es como una visión invertida de nuestra realidad.

—Sin embargo, si Claire decía la verdad, fue la casa la responsable de la muerte de su hermano. Según ella, él estaba obsesionado con la casa y le dijo que sus padres no eran quienes ella creía.

—Simon no murió en la casa. Murió en su casa, en su dormitorio.

Thomas se acercó y se sentó a su lado.

—¡La puerta de su habitación apareció destrozada! ¿Quizá la casa lo persiguió hasta allí? ¿O tal vez lo volvió loco hasta el punto de que quiso acabar con su vida? ¡Estas visiones, o lo que sean, dejarían zumbado a cualquiera!

—Eso es exactamente lo que necesito entender —dijo Lena—. Quiero saber qué ha pasado. Y, ¿te das cuenta de lo que hemos descubierto, Tom? Ese lugar... Es extraordinario, supera todo lo imaginable.

Él vio que sus ojos se iluminaban con un brillo extraño.

—Debemos denunciarlo, contárselo a alguien, a nuestros padres o incluso a la policía.

—¡Ni hablar! —exclamó Lena—. La primera vez que entramos, no pasó nada, no vimos nada. No sé por qué. ¿Quizá porque estábamos todos juntos? Si se lo contamos a los adultos, no nos creerán, probablemente tapiarán la casa y nunca sabremos qué pasó.

—Al menos deberíamos hablar con Max, Mehdi y Alex.

—Fui yo quien os llevó hasta allí. Si es peligroso y le pasara algo a alguno de vosotros, nunca me lo perdonaría. Si se lo contamos, seguro que querrán volver.

—¿Me estás pidiendo que no se lo diga?

Lena asintió.

—Dame un poco de tiempo, solo te pido eso.

—No lo sé —dijo Tom—. No sé qué pensar de todo esto... De hecho, creo que ni siquiera pienso. Solo quiero despertarme mañana por la mañana y darme cuenta de que estaba tan emporrado que me he imaginado todo esto.

—Lo comprendo. Solo te pido una semana o dos. Luego hablaremos con los demás.

Le agarró la mano y la estrechó entre las suyas.

—Prométeme que no les dirás nada —le rogó.

Thomas la miró y se preguntó por qué era tan importante para ella preservar el secreto de la casa del callejón.

—Mentiría si te prometiera eso, Lena. Todo lo que quiero ahora es ir a casa, dormir y olvidarme de todo esto. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—A pie —dijo ella, levantándose.

Tom también se puso en pie.

—Ven a mi casa, cogeré la Chappy y te llevaré a la tuya.

—No, gracias, creo que necesito caminar, solo serán veinte minutos.

—¿Estás segura?

—Sí. Respirar un poco de aire fresco me vendrá bien.

—De acuerdo, como quieras.

Lena se acercó a él y lo abrazó. Tom dio un respingo, sorprendido, pero el abrazo le sentó bien. Sintió que no había ambigüedad en el abrazo, solo la presencia acogedora de una amiga. Ella se soltó y le dio un beso en la mejilla.

—También sé lo que es vivir con alguien a quien odias más que a nada. Pero esa casa... es un arma de doble filo, ¿sabes? Puede hacerte ver lo peor y lo mejor.

Le dio la espalda y se alejó por en medio de la calle, como si temiera la oscuridad más densa de las aceras. Tom la miró un momento antes de decidirse a dar media vuelta e irse a casa.

Al cruzar la puerta, vio las luces de colores del televisor reflejadas en la puerta de cristal del salón. Entró y se acercó a Girard, que había inclinado hacia atrás el sillón y estaba dormido.

Así que no estaba muerto, constató Tom con amargura. No le había fallado el corazón. No se había descompuesto y resecado como un perro muerto junto a la carretera antes de que su cráneo se abriera para liberar un polen narcótico.

Por supuesto.

Se había pasado todo ese tiempo dormitando frente a la televisión, y eso bastó para que Tom recuperase, intacto, su deseo de verlo morir en el acto y desaparecer para siempre de su vida. ¿Percibió Girard en sueños la hostilidad de su presencia? Abrió los ojos y, al ver a su hijastro delante de él, se levantó de un salto, agarrándose a los reposabrazos del sillón.

—¿Qué haces mirándome así? —gruñó, buscando a tientas el mando a distancia para enderezar el respaldo.

—Nada —respondió Tom.

Por primera vez, vio una expresión de asombro en su rostro. Y también de miedo.

—¡Pues no te quedes ahí parado! ¡Fuera de aquí! ¡A la cama! ¡Vete a la cama, te digo! —gritó Girard.

Tom lo observó forcejeando en el sillón con la torpeza de una tortuga patas arriba, luego se dio la vuelta y se fue a su cuarto.

—Maldito mocoso —oyó que juraba su padrastro a sus espaldas.

Cerró la puerta tras de sí y se acercó a apoyar la frente contra el cristal del terrario de su escolopendra. Ella estaba acurrucada bajo media maceta de barro que le servía de refugio y parecía dormir. Ahora empezaba a comprender la excitación de Lena y su deseo de no revelar con demasiada rapidez lo que se escondía tras las contraventanas cerradas de la casa del callejón.

—Por un momento he creído que le había llegado su hora al Rey de los Cabrones —le susurró—. Y tú, Newt, dime, ¿con qué sueñas?

Lena había cruzado el umbral de la casa del impasse des Ormes tres veces desde que entró por primera vez con la pandilla. No había mentido a Tom; dentro, había encontrado lo que deseaba en secreto, pero también lo que más temía. Y lo que la aterrorizaba era Steve Lopez, el exnovio de su madre, con quien había cohabitado durante siete interminables años.

Hélène lo conoció en el Kennedy, un bar de Montauban donde trabajaba de camarera. Steve la conquistó enseguida por su

atractivo y su labia. Una noche de junio de 1987 entró en el bar con unos amigos para celebrar el cumpleaños de uno de ellos. Se emborracharon y crearon un ambiente increíble, apartando las mesas para improvisar una pista de baile y haciendo bailar a los clientes presentes al ritmo de *Never Gonna Give You Up* de Rick Astley, *Voyage, voyage* de Desireless o *I Wanna Dance with Somebody* de Whitney Houston, que acababa de estrenarse en las ondas. Steve sacó a bailar a Hélène y ella dio unos pasos, riendo, antes de volver a su puesto de camarera.

Más tarde, cuando ella acabó su turno, él la invitó a una copa y se sentaron a charlar en un rincón del bar. Steve llegaba de Clermont-Ferrand, donde había vivido hasta entonces. Acababa de reunirse con Patrick, un amigo de la infancia que estaba trabajando en la zona para una empresa de vigilancia de residencias privadas, y que le había conseguido un empleo en la misma empresa. Hélène se había separado del padre de Lena el año anterior, cuando la niña tenía apenas seis años. Las tardes que trabajaba en el Kennedy, a veces la dejaba al cuidado de alguna de sus amigas, pero si no encontraba una solución, tenía que llevársela con ella y Lena acababa quedándose dormida en un pequeño colchón en un rincón de la trastienda.

Durante el verano siguiente a su encuentro, Hélène llevó varias veces a su hija cuando Steve y Patrick le propusieron que los acompañara en algunas de sus incursiones, los días en que ella no trabajaba. Entraban en casas grandes y aisladas cuando los propietarios no estaban, y los dos hombres tenían los códigos de las alarmas y copia de las llaves.

Lena recordaría haber visto *Indiana Jones y el templo maldito* aquel año, tumbada en un enorme sofá rinconero comiendo patatas fritas al vinagre mientras su madre, Steve y Patrick bebían cervezas

bajo una pérgola después de bañarse en ropa interior en una piscina rodeada de arbustos de lavanda. Tampoco se olvidaría de haber saltado sobre el único colchón de agua que había visto nunca, en el primer piso de una antigua fábrica de hilado de seda reconvertida en un gigantesco loft por un diseñador parisino instalado en los alrededores.

Eso fue lo que atrajo a su madre de Steve, aparte del hecho de que ella pensaba que era guapo —y ciertamente lo era— y de que se lo tomaba todo a broma, no respetaba ninguna norma y le importaban un bledo las convenciones. De hecho, acabó costándole el puesto en la empresa que lo había contratado en un principio en Montauban, y luego trabajó por las noches como vigilante de seguridad de almacenes comerciales. Se mudó a casa de Hélène unos meses después de conocerse, en el otoño siguiente. Ella vivía de alquiler, en un apartamento amueblado de tres habitaciones en la rue Théophile-Delcasse, no lejos de la place Nationale.

Todo fue bien durante dos años, Steve se mostró considerado con ella, y casi siempre de buen humor y atento a las necesidades de la chiquilla. A Lena le cayó bien enseguida. Le prestaba atención y no se comportaba como muchos otros adultos. Nunca se mostraba reacio a jugar con ella o a contarle cuentos, y respondía a sus preguntas sin infantilizarla nunca.

Pero las cosas no tardaron en cambiar, aunque al principio de un modo lo bastante inofensivo como para que Hélène apenas se diera cuenta. Se volvió huraño e imprevisible, atormentado por pensamientos oscuros. También empezó a denigrar al padre de Lena, al principio soltando de vez en cuando comentarios insidiosos, que la niña apenas escuchaba pero que le dejaban poso, luego con mayor vehemencia y de manera más directa. No dudaba en

recordarle a Lena que no era más que un inútil, un fracasado que se regodeaba en su pereza y su inmundicia. No podía entender cómo Hélène había podido enamorarse de un tipo así y ser tan irresponsable como para tener una hija con él.

Aunque al principio de su relación Steve insistía repetidamente en llevarla a dar largos paseos en su Honda CBX 750, luego afirmaba que prefería circular solo para tomar el aire. En cambio, se mostraba cada vez más reticente a que Hélène se ausentara sin él, a que viera a los pocos amigos que le quedaban, los que no se habían ido de Montauban y no se habían alejado desde que ella mantenía una relación con ese tipo.

La dejaba ir a trabajar, pero le exigía que volviera directamente a casa después de terminar su turno, porque decía saber mejor que nadie que ella era capaz de dejarse embaucar por el primer hombre que se le pusiera por delante. Empezó a tener ataques de celos, a la vez que le decía que no valía gran cosa, que ser camarera en un bar a los veinticinco años era la mejor prueba de una vida condenada al fracaso.

Bastaba con que ella volviera un poco tarde del Kennedy para que él sospechara que le mentía, que se había acostado con un cliente, que tenía una aventura con otro hombre. Rabioso, le daba dos o tres bofetadas, se iba, daba un portazo y juraba que no volvería, dejándola desesperada. Reaparecía al día siguiente o una semana más tarde para disculparse profusamente, asegurarle que la perdonaba —ella había terminado por creerse siempre culpable— y para jurarle que la quería, que le hacía perder la cabeza. Las llevaba, a ella y a la niña, a Les Délices de Shanghaï a comer un bufé libre y unas perlas de coco, o al cine a ver una película.

Hélène acababa por pasar página y todo volvía a la normalidad. Él decía que sufría por haber crecido junto a una madre casquivana que encadenaba las relaciones con hombres de paso, algunos de los cuales lo maltrataban a él, que por eso no podía confiar en las mujeres y tenía esos cambios de humor irreprimibles. Prometía mejorar, hacer lo posible por cambiar. Juraba que nada le importaba en la vida más que ellas dos, que, si no fuera por ellas, se descerrajaría un tiro.

Nunca duraba. A los cuatro años de relación, ya le pegaba dos o tres veces al mes. Un día le rompió la mandíbula. A la mañana siguiente ella fue a urgencias, pero mientras tanto él la convenció de que, para evitar líos, dijera que se había caído por las escaleras. Nunca supo si los médicos la creyeron, pero no lo denunciaron a los servicios sociales. Ella volvió a casa y, durante tres semanas, comió de buena gana los purés de verduras que él mismo se había empeñado en cocinar.

Hélène intentó primero justificar el comportamiento de Steve ante su hija, pidiéndole que fuera paciente y comprensiva. Restaba importancia a sus discusiones, buscándole excusas, alegando que estaba atravesando una mala racha, que las cosas no le iban bien en su trabajo y que eso lo afectaba. Steve acabó por convencerla de que él era la principal víctima de la situación, que ella era la responsable de sus ataques de ira.

—¿Sabes? —le dijo a Lena—, tu madre no es una persona de fiar. La ves con ojos de niña, es normal, pero espero que no salgas igual. No puede uno fiarse de ella.

Cuando perdió su trabajo de vigilante nocturno, no tardó en pasar los días en casa y Lena empezó a temerlo y a tener miedo de quedarse a solas con él. Su humor se volvió más receloso, sus

arrebatos más frecuentes y violentos aún, y Hélène se fue apagando poco a poco. Él consiguió acabar con su candor, con su espontaneidad, con esa impetuosa alegría que hacían de ella esa madre-niña, capaz de ser también para Lena una amiga y una confidente. Ahora estaba constantemente preocupada por no provocar el enfado de Steve, y su rutina diaria se convirtió en una representación en la que el menor detalle debía estar siempre bajo control.

Lena llegó a odiar el olor de sus chaquetas de cuero y de su *aftershave* Aqua Velva, que al principio le encantaba pero que ahora le producía náuseas.

Ella tuvo su primera regla a los doce años, en el colegio. Esa tarde su madre trabajaba y cuando llegó a casa solo estaba Steve. Se cambió de ropa, puso la braga manchada en el cubo de la ropa sucia y se tumbó en su habitación a descansar.

Steve entró en su cuarto y se sentó en el borde de la cama.

—¿Tienes algo que decirme?

—No —contestó Lena.

—¿Y esto? —preguntó.

Sacó la braga del bolsillo trasero de sus vaqueros y la desplegó sobre su muslo. La pequeña mancha se había vuelto marrón en el algodón blanco. Lena sintió que le picaba la cara como si le hubieran clavado cientos de agujas diminutas.

—Ya me había dado cuenta de que habías cambiado últimamente. Es bueno que puedas hablarlo con un hombre y no solo con tu madre. Seguro que ya tienes ideas, ¿verdad? Seguro que ya has pensado en cosas que te gustaría mantener en secreto.

—No —consiguió responder Lena, con un nudo en la garganta.

Steve la miró como si dudara de su sinceridad.

—Bueno —concluyó, poniéndose en pie—. Ten cuidado, pequeña, te tengo vigilada. No dejaré que te vuelvas como tu madre.

Se llevó, apretada en la mano, la braga que ella encontró después enterrada en el cesto de la ropa sucia cuando fue a comprobar qué había hecho con la prenda. Su vergüenza la disuadió de contárselo a Hélène, pero esa misma noche estalló una violenta discusión entre ella y Steve, y Lena se encerró en su habitación, aún más humillada ante la idea de que podía ser la causante.

En cuarto, conoció a Joris Combes, un chico de su clase que acababa de matricularse en el instituto. A los diez años le diagnosticaron una insuficiencia renal crónica que lo obligaba a someterse a diálisis tres veces por semana. Como asistía a clase de forma intermitente, Lena se ofreció a enseñarle las lecciones que se perdía. También se ocupó de que fuera admitido en su pandilla de amigos de la infancia.

Cuando se hicieron amigos, Joris le habló de su enfermedad y de cómo era a la vez lo más terrible y lo más valioso que le había ocurrido nunca, porque lo privaba de una infancia normal pero a la vez le hacía ver la vida de una manera muy diferente. Le parecía que le daba una especie de superpoder, la capacidad de vivir ciertos momentos con mucha más intensidad.

—Y a veces de pasar de ciertas situaciones que pueden parecer catastróficas a los demás.

De hecho, era inusualmente inteligente y maduro para un adolescente de su edad. Leía mucho, porque era lo único que podía hacer durante las diálisis, y siempre llevaba consigo un viejo ejemplar de bolsillo de *Los cantos de Maldoror* de Lautréamont, que le gustaba abrir al azar para leer un pasaje:

—«Sí, ¿cuál es el más profundo, el más impenetrable de los dos: el Océano o el corazón humano?»

A Lena le encantaba la extrañeza que se desprendía de él, el halo con el que su enfermedad parecía rodearlo, situándolo automáticamente al margen de los demás estudiantes, en un lugar desde donde contemplaba a sus compañeros sin ser realmente uno de ellos. No sentía pesar ni resentimiento, sino una especie de fatigosa melancolía.

Con él empezó Lena a ver películas fantásticas y de terror, a las que se aficionó tanto como sus futuros compañeros. Las veían los miércoles por la tarde, mientras él se recuperaba de la diálisis matutina. Su padre era comandante del 17.º Regimiento de Ingenieros Paracaidistas y su familia había vivido anteriormente en Beirut, Yibuti, Abiyán y Yamena.

Desde que le descubrieron la enfermedad a Joris, su madre dejó de trabajar para dedicarse a sus tres hijos, y ya no acompañaban a su padre a sus destinos en el extranjero. Pero ella sentía nostalgia de los años pasados en África, y su salón estaba repleto de estatuillas de ébano o teca.

—La gente de allí es muy amable —le contó a Lena—, muy alegre, a pesar de no tener casi nada. Nosotros contábamos con unos *boys* que se ocupaban de la casa, así que resultaba muy cómodo.

Desde que se instalaron en Montauban, la familia Combes vivía en el barrio de los militares, junto al cuartel. A Lena, que nunca había viajado, su vida le parecía un poco misteriosa.

El cuartel era como una pequeña ciudad dentro de la ciudad, regida por leyes que le parecían ocultas.

De entre todas las películas de género, a Joris le gustaban especialmente los *slashers*. Afirmaba que la mayoría de los «cocos» u «hombres del saco» y asesinos sanguinarios de estas películas

eran en realidad las primeras víctimas, producto de una sociedad que los había convertido en monstruos.

—Jason Voorhees, por ejemplo, el asesino de la franquicia *Viernes 13*. Aunque la historia varía posteriormente, sabemos por la primera película que se trataba de un niño discapacitado que se ahogó en un lago debido a la negligencia de los monitores de un campamento de vacaciones.

—¿No es su madre la que comete los asesinatos en la primera peli? —preguntó Lena.

—Sí, ¡pero para vengar la muerte de su hijo! Luego descubrimos que sobrevivió y creció solo en el bosque como un niño salvaje antes de convertirse a su vez en un asesino. Lo mismo ocurre con Leatherface en *La matanza de Texas*. Lo crio una familia de lunáticos que lo obligaron a ser violento y a matar a gente para comérsela.

Su entusiasmo hizo reír a Lena.

—Y fíjate en *Candyman*. Se llamaba Daniel Robitaille, hijo de un esclavo que fue masacrado por la muchedumbre por enamorarse de la hija de un terrateniente blanco. Fue el racismo lo que lo convirtió en un monstruo. En cuanto a Pinhead, el líder de los cenobitas, las criaturas infernales de *Hellraiser*, en la segunda película nos enteramos de que en su día fue un capitán del ejército británico traumatizado por los horrores de la Primera Guerra Mundial.

—Te olvidas de Michael Myers, el asesino de *Halloween* —replicó Lena, que también empezaba a conocer los clásicos—. Es la encarnación del mal en estado puro. Mata a su hermana con seis años apenas, y no tiene motivos para cargarse a la gente.

—Todo depende de cómo se mire. Para matar a su hermana, tiene que estar muy loco. ¿Quizá tuvo un brote psicótico o algo así y el primer asesinato podría haberse evitado de haberlo diagnosticado a tiempo? Entonces no se habría producido esa masacre quince años

después, cuando consigue escapar del manicomio donde estaba encerrado.

—Sí, ¡pero tampoco habría habido película! —replicó Lena—. Estás haciendo trampa al suponer cosas que no están en la historia. No puedes interpretar una película basándote en elementos que no están ahí.

—Vale, puede que tengas razón en lo de Michael Myers. Pero lo que la mayoría de estas historias sugieren es que el mal nunca es absoluto, y eso es quizá lo más flipante de todo.

—¿A qué te refieres?

—Pues que eso quiere decir que puede esconderse en cualquier sitio.

Aunque nunca le había hablado de Steve, Lena pensó que Joris tenía razón.

El año anterior, Lena se cortó varias veces la muñeca con la hoja de un cúter. No sabía muy bien por qué lo hacía. A menudo ocurría después de una de las peleas entre su madre y su padrastro, que, con el tiempo, se habían reducido a palizas por parte de él, pues Hélène ya no intentaba argumentar o defenderse de sus acusaciones, sino que se limitaba a esquivar los golpes.

Lo que Lena sí sabía —*sentía*— era que esas incisiones le quitaban un peso de encima. Las endorfinas que corrían por sus venas disipaban, durante unas horas, la sensación de malestar en la que parecía haberse sumido su vida en los últimos años.

Ocultaba sus muñecas bajo pulseras o las mangas largas de las camisetas que llevaba. Un día, cuando estaban en casa de los Combes, en la habitación de Joris, él se dio cuenta, pero no le hizo ninguna pregunta. Se limitó a pasarle la yema de los dedos por las cicatrices de las muñecas.

—A veces —dijo él— desearía poder convertirme en otra cosa.

—¿Como qué?

—No sé, un árbol, una piedra, una galaxia o un agujero negro, algo que no sienta dolor ni tristeza.

—¿Puedes morir de tu enfermedad? —le preguntó Lena.

Nunca antes habían hablado de ello.

—Sí, es posible —respondió Joris—. También puedo vivir décadas gracias a las diálisis o recibir un trasplante de riñón.

—Puedo darte uno si quieres.

—No es tan sencillo, ¿sabes? Además, no eres mayor de edad.

—¿Tienes miedo a la muerte? —quiso saber Lena.

—No, no creo. ¿Y tú?

—El año pasado, en mi clase, había una chica, Monica Da Silva, que organizaba sesiones de espiritismo en los servicios del colegio a la hora de comer. Contaba que había tenido una experiencia cercana a la muerte a los seis años. Se ahogó en una piscina y su corazón dejó de latir durante seis minutos antes de que los socorristas la reanimaran.

—¿Y qué vio?

—A Freddie Mercury y a su abuela.

—¿A la abuela de Freddie Mercury?

—No, tonto, la de ella.

Se rieron tanto que Joris se cayó de la cama y rodó por el suelo, sujetándose las costillas.

—¿Te explicó qué querían? —preguntó él cuando se les pasó el ataque de risa.

—Transmitirle unos mensajes. Afirmaba que se había hecho médium por eso, para ayudar a los muertos a comunicarse con los vivos. Cobraba veinte pavos por sesión y se sacaba bastante dinero.

Joris pareció entonces recordar algo.

—Un día en la escuela, cuando estábamos en Chad, vi el cuerpo de un tipo al que habían matado. Era la primera vez que veía un cadáver.

Nunca antes había hablado de su vida en el extranjero, salvo por breves alusiones.

—Fue justo después del golpe de Estado de 1990. Le habían disparado varias veces en la cabeza y en el pecho. Siempre había pensado que sería horrible ver a alguien muerto, pero en realidad no. Me acerqué a mirar y no me causó ninguna impresión. Llevaba ahí, al sol, el tiempo suficiente para estar hinchado y virar a un color extraño, casi azul. Lo que más me impactó fue que me di cuenta de que no había nada después de la muerte, que solo éramos un montón de carne. Sí, estoy convencido de que no hay nada, y mejor así. Tener una única vida para sufrir, ¿no? ¿Quién querría volver a empezar?

En esa misma época y durante varios meses, hubo un inesperado periodo de calma durante el cual Steve se sosegó. Aunque nunca volvió a ser la persona que era al principio de su relación con Hélène, encontró un trabajo que parecía gustarle, y se mostraba menos celoso, menos enfadado, lo que les daba la perspectiva de recuperar, no ya la inocencia, pero sí una tranquilidad que creían definitivamente perdida.

También accedió a contarle a su médico sus «cambios de humor» que, según concluyó el doctor, se debían a un estado depresivo, por lo que le prescribió un tratamiento que parecía hacerle efecto. Se reanudaron de vez en cuando los paseos en moto de la pareja de enamorados, aunque sin el mismo entusiasmo, e invitaron a los amigos a cenar en un par de ocasiones.

Del mes de julio de 1994, Lena recordaba las horas pasadas descansando, charlando y fumando cigarrillos junto al río. Había fotografiado a sus amigos —las fotos que Mehdi descubriría más tarde en la pared de su habitación en Saint-Auch— y, aunque no pudiera expresar con palabras lo que sentía, le parecía que había conseguido captar algo de su deseo de vivir y de su impermanencia. Extrañamente, también tenía la impresión de que se lo impedían, de que su vida era limitada y sin esperanza, con Montauban como único horizonte, como si no fuera *capaz* de imaginar otra existencia o un muro invisible le impidiera proyectarse más allá.

Una tarde, Joris le dijo que habían destinado a su padre a París y que se mudarían antes del final del verano.

—No estaremos lejos del hospital infantil Necker. Tendré un acceso más fácil al tratamiento, a las diálisis, y más posibilidades de recibir un trasplante.

Lena hizo lo que pudo para ocultar su decepción.

—¡Es genial! —exclamó—. Te echaremos de menos, eso seguro, pero será mucho mejor para ti.

Joris asintió.

—Yo también voy a echaros de menos. Nos escribiremos, ¿vale?

Lena asintió, pero ambos sabían que aquello no duraría, que como mucho intercambiarían unas cuantas cartas antes de que la vida los alcanzara y los alejara definitivamente al uno de la otra.

El verano se convirtió en un periodo deprimente, agobiante por el calor, sobre el que planeaba la inevitable perspectiva de la marcha de la familia Combes.

A principios de agosto se produjo un nuevo incidente en la casa.

Steve volvió a reprochar a Hélène que se entretuviera después del trabajo. Hacía tiempo que había dejado su puesto en el Kennedy y

ahora trabajaba como auxiliar de comedor en una residencia de ancianos. Después de terminar su turno, a veces se quedaba un rato para relajarse y fumarse un cigarrillo con sus compañeras, junto a la lavandería que daba al parking, en la parte trasera del establecimiento. Se lo permitía, sobre todo porque Steve se había ablandado y ya no estaba tan encima de ella como antes.

Aquella noche se oyeron gritos y llantos, él tiró una silla contra la pared antes de salir del apartamento, jurando que acabaría matándola con sus propias manos si se quedaba un segundo más y que ella podía ir a que se la follara quien quisiera y por todos los agujeros.

Lena no asistió a la escena, pero esa noche la despertó la espantosa premonición que le contaría a Mehdi Belkacem el otoño siguiente. Se levantó con la convicción de que tenía que persuadir a su madre para que se marchara o echara a Steve antes de que ocurriera algo irreparable, pero la encontró dormida, con el rostro marcado por el cansancio y el llanto, y se quedó contemplando su sueño en el umbral de la habitación.

Comprendí que no podía hacer nada por mí. La certeza de que nunca podría hacer nada por mí me invadió de repente. Ya no quedaba nada entre nosotras, puede que ya lleváramos mucho tiempo así.

Desde hacía algún tiempo, se sentía cada vez más alejada de su madre, el vínculo que las unía se había debilitado. Lamentaba verla atrapada y no poder hacer nada para ayudarla. Sus amigos se habían convertido en un contrapunto de la debacle familiar e intentaba escapar de casa para estar el mayor tiempo posible con ellos, con Joris en particular, ya que las horas que pasaban juntos estaban contadas.

Los Combes se marcharon el 22 de agosto. El día anterior, Lena fue a ver a Joris para entregarle una de las fotos que le hizo en la playa de Ardus, donde aparecía saltando en el agua, con su cuerpo delgado y lampiño reflejado en la superficie.

—Gracias —le dijo, claramente conmovido—. Sabes *ver* a la gente y eso es una gran cualidad. Tienes buen corazón, Lena Mancini, déjate llevar por él, es la mejor brújula del mundo.

Una noche, pocos días después, oyó desde su cuarto la centésima pelea. Pero esta vez, los gritos de su madre se detuvieron en seco y Lena oyó un impacto sordo contra una pared. Se precipitó a la cocina.

Hélène estaba en el suelo. Su frente debía de haberse golpeado contra la esquina de un mueble, porque chorreaba sangre. Steve estaba de pie junto a ella, con el puño en alto, dispuesto a pegarle, y Hélène se volvió hacia su hija con una mirada de terror, como pidiéndole que huyera inmediatamente.

Nada más entrar, Lena vio un cuchillo de cocina en el escurridor a su derecha, junto al fregadero. Lo cogió y amenazó a Steve.

—Déjala en paz —le gritó.

Él se giró y la miró incrédulo, como escandalizado al verla ahí plantándole cara. Apenas prestó atención al cuchillo.

—Escúchame, criaja —soltó entre dientes—, te aconsejo que no te metas donde no te llaman.

—Déjala en paz, ¡la vas a matar! —suplicó Lena llorando mientras agarraba con más fuerza el mango del cuchillo con ambas manos.

Steve se acercó a ella y Hélène aprovechó para apoyarse en la pared y ponerse de pie.

—Sigues metiendo tus sucias narices de mocosa en todo, ¿eh? —la regañó—. Siempre he sabido que no valías más que ella. Quizá

sea hora de que te dé una lección a ti también.

Alargó el brazo y atrapó a Lena por la muñeca, retorciéndosela con tanta fuerza que ella gritó y cayó de rodillas. El cuchillo se deslizó hasta los pies de Hélène, que lo agarró inmediatamente. Antes de que Steve tuviera tiempo de reaccionar, ella le clavó la punta en el costado a través de la camiseta.

—Suelta a mi hija —amenazó con voz apagada—. Inmediatamente. Te lo juro, Steve, no dudaré ni un segundo.

Él se calló y levantó las manos en señal de apaciguamiento. Una pequeña mancha roja brillante surgió en la tela blanca de la camiseta.

—Vale, vale, cálmate. Esto está degenerando.

Hélène se interpuso entre él y Lena, enarbolando el cuchillo. Madre e hija retrocedieron hacia la salida.

—Nos vamos a ir ahora y nos vas a dejar marchar. Voy a denunciarte. Te prometo que lo haré. Cuando volvamos, te quiero fuera del piso. No quiero verte más por aquí, ¿me oyes? Nunca más. No te quiero cerca de mí ni de mi hija.

Antes de que cruzaran la puerta principal, Lena tuvo una visión de Steve. Estaba de pie en la pequeña cocina del piso de Montauban, bajo la lámpara cuya luz descendente le hundía los ojos, y se estaba riendo. Se reía a carcajadas y las miraba con desprecio.

Cuando regresó a la casa del impasse des Ormes, Lena revivió ese último enfrentamiento de mil maneras distintas. El tiempo se detenía y Steve se quedaba inmóvil, con el puño en alto, mientras ella arrastraba a su madre lejos de él. La madre lo agarraba de la muñeca antes de que él pudiera desarmarla y era él quien se arrodillaba ante ella, retorcido de dolor. Su madre le clavaba la hoja del cuchillo en el costado y lo veían desangrarse en el damero de baldosas rojas y blancas.

Sin embargo, en las fotos que había hecho en la casa y que reveló la semana siguiente, Steve se le aparecía tal como lo vio por última vez.

En la entrada, su silueta se encontraba agazapada, pegada a la pared, algo alejada del perchero, y tuvo que examinar bien la imagen para estar segura de lo que veía. Los siguientes planos se lo confirmaron: él estaba de pie detrás de ella en el reflejo del espejo del cuarto de baño. La reverberación del flash y las manchas de oxidación del espejo ocultaban su rostro.

En el pasillo, que quiso iluminar con el flash, él estaba a su derecha, apoyado en el marco de la puerta del cuarto de los niños del que acababa de salir y donde seguían sus compañeros cuando hizo la foto. Steve también se hallaba en uno de los rincones oscuros de la habitación calcinada, como fundido con el hollín que cubría las paredes, y Lena habría jurado que miraba fijamente al objetivo.

Finalmente —y esto fue quizá lo que más le heló la sangre—, en la última foto, ya en los invernaderos, él estaba de pie en la sombra, fuera del alcance del flash, detrás del viejo sofá donde se habían quedado dormidos Alex, Max y Tom.

Se le entumecieron los dedos al contemplar las fotos a la luz de la lámpara de su escritorio, le temblaban las piernas, los pies se le quedaron fríos de repente y le castañeteaban los dientes de forma incontrolable. Guardó las fotos en un cajón, se metió en la cama y trató durante largo rato de recuperar el control de sus miembros antes de dormirse de agotamiento.

Más tarde, pasó revista a todas las explicaciones posibles. ¿Podría ser que hubiera proyectado sus miedos en esas fotografías, que su mente hubiera interpretado meras sombras, que su imaginación le hubiera jugado una mala pasada? ¿Debía enseñárselas a su madre, a sus amigos, para asegurarse de que no estaba perdiendo el juicio

por culpa de esas historias de casa encantada y de la muerte de Simon Laval?

Tal vez Joris hubiera podido aconsejarla, sin duda se le habría ocurrido una de esas descabelladas teorías que tenía sobre las películas de terror y que podría haberle sido útil.

El día que se encontraron en el número 12 de la rue des Acacias, Hélène le contó a Mehdi parte de lo que sucedió después de presentar una denuncia contra su expareja. Ella y su hija tuvieron que marcharse de Montauban, donde se había quedado Steve, y nunca volvieron a poner los pies en aquel apartamento. Más tarde, cuando por fin él también aceptó irse de la casa, Sylvie, una amiga de Hélène, se encargó de los trámites con el propietario, de reunir sus pocas pertenencias y llevárselas.

Aunque Joris había escrito a Lena, ella nunca recibió ninguna de sus cartas. ¿Quizá las había tirado Steve? A menudo se había preguntado qué sería de él, pero ahora le parecía que había pasado una eternidad desde que se fue, y que una infinidad de acontecimientos se habían interpuesto entre los dos. ¿Cómo podía la vida cambiar tan deprisa, y cómo podía alguien a quien una vez estuvimos tan unidos volverse tan distante y extraño para nosotros?

Aunque Hélène y su hija habían huido obligadas por las circunstancias, su traslado a Saint-Auch resultó una oportunidad inesperada. Lena llegó a pensar que sería posible olvidar a Steve, borrar incluso el recuerdo de su existencia y comenzar ahí una nueva vida. Conocer a los muchachos de la pandilla le hizo creer en una nueva existencia. En cierto modo, su amistad con Mehdi había sustituido a la que tenía con Joris.

Durante semanas, no se atrevió a mirar de nuevo las fotos tomadas en la casa del callejón. Y, cuando por fin se decidió, se dio

cuenta de que las imágenes se habían ensombrecido hasta el punto de que ahora era imposible distinguir nada. Era como si la oscuridad que había captado en su día se hubiera extendido al papel. Los negativos también estaban negros. Sabía que era posible que las fotografías expuestas a plena luz durante demasiado tiempo se ennegrecieran, pero habían estado guardadas en el cajón del escritorio todo ese tiempo. No encontró ninguna explicación razonable para ese fenómeno.

Después de dejar a Tom, Lena caminó por el corazón de la noche hacia Les Acacias, bordeando las zanjas cuya maleza empapaba sus botas y sus calcetines. Podía sentir cómo se disipaban los efectos de la casa en su mente. Cada vez que entraba allí, experimentaba una embriaguez que anestesiaba sus sentidos y difundía en su interior una dulce euforia, cuyos efectos se iban haciendo más prolongados después de cada una de sus intrusiones. Empezaba a sospechar que el lugar actuaba sobre ella como una droga para retenerla o empujarla a volver.

Había sido sincera con Tom cuando le dijo que aquel lugar era extraordinario y que intuía que podría dar un vuelco a sus vidas. Había empezado a temer que ocurriera algo que la privara de la oportunidad de regresar, que se revelara el secreto, que la casa fuera condenada o, peor aún, destruida.

Ahora que sabía que Tom había entrado, se preguntaba si Mehdi también se habría sentido atraído. Últimamente se comportaba de forma extraña y ella sentía que no se lo estaba contando todo, pero se guardaba de insistir demasiado. No quería tener que explicarle lo que se había encontrado ella al volver y, aunque no había renunciado por completo a intentar comprender qué le había

ocurrido realmente a Simon Laval o cuál era la verdadera naturaleza de la casa, eso ahora le parecía menos necesario que mantener el secreto, al menos durante un tiempo.

Cuando llegó a su casa, se quitó los zapatos en el pasillo y subió las escaleras. Se dirigía a su dormitorio cuando vio que la puerta de su madre estaba entreabierta y que la lámpara de la mesilla seguía encendida. Hélène estaba apoyada en una almohada, fumando un cigarrillo, con un libro abierto bocabajo a su lado.

—¿De dónde vienes? —preguntó cuando Lena apareció por la puerta.

Parecía alterada y tenía los ojos rojos e hinchados.

—He pasado la velada en casa de una amiga —contestó Lena.

—Son más de las cuatro de la mañana.

—Lo sé, hemos dado una vuelta. No tengo clase mañana.

Hélène palmeó el colchón para invitarla a sentarse a su lado.

—¿No puedes dormir? —le preguntó su hija.

—No. Intentaba leer un poco pero no consigo concentrarme. He recibido una noticia que me ha dejado muy alterada. Quería esperar un tiempo para contártelo, pero supongo que puedo decírtelo ahora.

—¿Ha ocurrido algo grave? —preguntó Lena.

—Se trata de Steve.

Lena sintió un nudo en la garganta y agarró la mano de su madre.

—¿Ha intentado ponerse en contacto contigo?

Hélène negó con la cabeza.

—No, no, no te preocupes. Se ha... Se ha suicidado. Sylvie me ha llamado esta tarde para decírmelo. Se enteró por un amigo de él.

A Lena le dio un vuelco el corazón.

—Cariño, me haces daño —dijo Hélène.

Lena no entendió de inmediato a qué se refería su madre, luego sintió su mano forcejeando con la suya.

—Lo siento —balbuceó, con una voz que le sonó extraña—. ¿Se ha matado? No puede ser. ¿Cómo?

Le costaba respirar, pero no quería que su madre se diera cuenta.

—No necesitas saberlo, no tiene importancia —contestó Hélène.

—Sí. Sí, debo... *quiero* saberlo.

—Se ahorcó. Se colgó del marco de una puerta, con una sábana.

—¿Cuándo ocurrió?

—No lo saben exactamente. Dos semanas, tal vez más... Fueron los vecinos quienes dieron la alarma, por el olor, imagino. ¿Te imaginas? Hacer eso él, siempre tan... seguro de sí mismo. Nunca se me habría ocurrido que fuera capaz de algo así.

Lena sintió que el dolor que sentía en el costado disminuía y trató de recuperar la compostura. Se debatía entre la sensación de que acababan de quitarle un peso gigantesco de encima y una especie de resentimiento y de amargura. Steve estaba muerto, nunca volvería a amenazarlas, pero tampoco sería castigado por lo que les había hecho sufrir.

Al menos *en esta realidad*.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó Hélène—. Estás muy pálida.

—Estoy bien —contestó Lena—. Solo que... No puedo creer que sea real.

—Yo tampoco puedo creerlo. Me aterrorizaba que intentara encontrarnos. Creo que me hubiera gustado que pagara de otra manera. Con la justicia, quiero decir. Que otra mujer que no fuera yo tuviera el valor de llevar a cabo esa lucha, ¿me entiendes?, y que fuera condenado. Estoy tan enfadada conmigo misma por haber tomado tantas malas decisiones para las dos..., ¡si supieras!

—Lo sé —replicó Lena.

Guardaron silencio un momento.

—Últimamente te noto preocupada —dijo Hélène—. No quiero ser la típica madre que hace demasiadas preguntas o rebusca entre las cosas de su hija, pero tengo la impresión de que estás pasando por algo que no entiendo.

—No te preocupes, estoy bien. Me voy a la cama, estoy agotada. Intenta dormir tú también, pronto amanecerá.

Hélène asintió, se llevó la mano de su hija a los labios y le besó el dorso con fervor.

—No podía soñar con una hija mejor —afirmó.

Lena se fue a su habitación. Se desnudó, tiró la ropa en el respaldo de la silla de su escritorio, se puso una camiseta de Nirvana y se tumbó en la cama. Se sentía agotada y nerviosa. La influencia de la casa seguía corriendo por sus venas. Sabía que su efecto hipnótico tardaría muchas horas en desaparecer, a veces incluso uno o dos días.

Entonces le volvería el mono, la necesidad de regresar.

Pensó en lo que había visto en las fotografías antes de que se oscurecieran y en lo que sintió en esa casa del impasse des Ormes, pero no pudo establecer la conexión entre esas apariciones y la muerte de su expadrastro. Como le había comentado a Tom, quería creer que lo ocurrido en la otra realidad no tenía nada que ver con esta. Sin embargo, Claire Laval les dijo que estaba convencida de que una amenaza se ocultaba en la casa y que podría ser eso lo que hubiera atacado a su hermano.

Y además, en la última foto, la que había tomado en el invernadero, ¿no había visto la sombra de Steve?

¿Podría haberse equivocado, no haberse fijado bien?

Pensaba en el ex de su madre atándose una sábana al cuello y enganchándola en el marco de una puerta. Le parecía imposible que alguien se suicidara de esa manera, y no se atrevía a imaginar la determinación que requería. Sin embargo, se sintió invadida por una sensación de gratitud ante la idea de que la casa la hubiera librado de algún modo de Steve Lopez y, cuando por fin se durmió de madrugada, lo hizo con una sonrisa en los labios.

5

Cuando sonó el despertador la mañana siguiente, Maximilien no logró convencerse de que eso que creía haber vivido era solo un sueño. Pero tampoco podía creer que hubiera sucedido *realmente*. Se sentía dividido entre un sentimiento de excitación que apenas podía calmar y la impresión de una mácula física y moral.

¿Qué se había encontrado en esa casa? ¿Qué significaba todo aquello?

«Soy quien quieres que sea», le había dicho Anthony o *lo-que-se-hacía-pasar-por-Anthony*. Sea cual fuera la naturaleza de lo que se hallaba en la casa del callejón, tenía la capacidad de sondear sus deseos y darles forma. La idea parecía vertiginosa, tan exaltante como aterradora.

Tras regresar por la noche, se dio una larga ducha para intentar quitarse el extraño olor que había dejado en su piel su encuentro con Anthony. Todavía tenía la boca llena del sabor de su beso. Volvió a sentir una erección al recordar lo que acababan de hacer juntos.

Se duchó de nuevo para despertarse, se vistió, se dio cuenta de que se moría de hambre y fue a la cocina a desayunar.

Su madre ya se había levantado. Ataviada con un albornoz rosa y un gorro de baño, fumaba un Vogue y miraba al jardín a través de la ventana entreabierta. El aire que entraba en la cocina era suave y olía a primavera. Ella lo miró mientras sacaba un brik de leche de la nevera, un paquete de Cheerios del armario y se sentaba en la

mesa. Giró ligeramente la cara para expulsar fuera una bocanada de humo mentolado, que inmediatamente volvió a entrar en la estancia.

—Buenos días, ¿eh? —dijo ella sarcásticamente.

—Hola —respondió Max, colocando el paquete de cereales entre ella y él.

—¿No podrías hacer un esfuerzo? ¿Al menos ser amable de vez en cuando?

Max la miraba sin saber qué decir. A veces se diría que quería algo de él que él era incapaz de darle, y otras parecía exasperada por su mera presencia. Pero entonces se le cruzó una idea por la cabeza. Sus padres habían sido de los primeros en construir en Les Genêts, así que era probable que hubieran conocido a las personas que en su día vivieron en la casa abandonada.

—Me gustaría preguntarte algo.

—¡Esta sí que es buena! ¿Qué se te ofrece? —replicó su madre, antes de ir a apagar el cigarrillo bajo el chorro de agua del grifo.

—¿Ves esa casa al final del impasse des Ormes?

Estaba de espaldas a él, pero habría jurado que se estremeció.

—No —respondió ella—. No sé de qué me hablas.

—La casa abandonada, esa donde nunca ha vivido nadie.

—Ah, vale, creo que ya veo. ¿Ese viejo caserón? Nunca he entendido por qué no lo han demolido o lo han vendido. Queda horrible, ahí, en medio del barrio.

—¿Sabes quién se alojaba allí?

—¿Cómo iba a saberlo?

—Cuando papá y tú os mudasteis aquí, puede que os cruzarais con las personas que vivían ahí.

—Puede ser. No me acuerdo. ¿Por qué semejantes preguntas tan de mañana?

Era evidente que tenía prisa por terminar la conversación, lo que a Max le pareció sospechoso.

—Así, sin más. Siempre la he visto cerrada y me preguntaba quiénes podían ser los dueños y por qué se habían marchado.

—La gente va y viene, Maximilien. Sin ir más lejos, nunca me habría imaginado que nosotros nos quedásemos tanto tiempo en este pueblo. Creo que, de no ser por ti, yo también me habría ido.

Max dio un respingo al ver el giro que estaba tomando la conversación. Rápidamente vació su tazón de leche y lo metió en el lavavajillas. Odiaba cuando ella trataba de jugar a la madre sacrificada. No podía evitar hacer que todo girara en torno a ella, y eso tenía el don de sacarlo a él de quicio.

—Me he quedado por ti, eso no es ningún secreto —añadió ella.

—Vale, chao —respondió Max mientras salía de la cocina.

—En cualquier caso, ¡harías mejor en concentrarte en tus lecciones y no en esa vieja ruina! —le gritó.

Él cogió su mochila al vuelo en la entrada y salió de casa a toda prisa.

Alex estaba esperando en la parada del autobús cuando llegó Max, y Tom no tardó en unirse a ellos. Se saludaron, encendieron sendos cigarrillos y se pusieron a fumar, Alex con el hombro apoyado en la marquesina y Max contra la farola que acababa de apagarse.

Hablaron un poco, pero sonaba falso, como si trataran de parecer cómplices sin serlo. Apenas le preguntaron a Tom por el moratón de la nariz. Afirmó que había tropezado con una puerta al levantarse por la noche al ir a mear, y los otros no insistieron. Desde que Max salía con Marie y se había hecho íntimo de Anthony, se habían distanciado.

Después de aquel día en que Alex se lo mencionó antes de entrar en la clase de Delrieu, no habían vuelto a sacar el tema. Simon había muerto, habían entrado juntos a la casa, se habían visto varias veces en los invernaderos o en el patio del instituto Melville, pero habían dejado de ir los unos a casa de los otros a pasar la noche o a ver una película, como solían hacer antes. Habían evitado volver a la casa de los Fauré, donde la ausencia de la madre de Alex y la rareza de su padre los incomodaban. Por su parte, Max dejó de invitarlos, ya que pasaba la mayor parte de su tiempo libre en casa de los Cathala. Cada uno de ellos tenía ahora un secreto que guardar y la intuición de que los demás desconfiaban.

Cuando llegaron al instituto, a Max se le hizo un nudo en el estómago al pensar en tropezarse con Anthony. Vio a Marie y a Élodie, tumbadas en el césped, saludándolo con la mano. El cielo estaba despejado, casi azul blanquecino, y el sol ya pegaba sobre el asfalto del patio, que reverberaba el calor. Max se acercó a ellas, se agachó junto a Marie y le dio un beso en los labios. Ambas llevaban gafas de sol y su piel olía a aceite bronceador de *monoï*.

—Tienes ojos de sueño —observó Élodie.

—He dormido mal esta noche.

—¿De qué tienes clase esta mañana? —preguntó Marie.

—Ni siquiera sé a qué día estamos.

—Es jueves.

—Entonces dos horas de Inglés, una de Historia y una de Matemáticas.

—Qué horror... ¿No podríamos hacer novillos y quedarnos aquí tomando el sol en vez de quedarnos encerrados en un aula que apesta a sudor? —preguntó Élodie, fingiendo lloriquear.

Se tumbó bocarriba y cruzó los brazos detrás de la cabeza.

—¿Tienes planes para este fin de semana? —preguntó Marie.

—No, nada especial —respondió Max.

—¿Quieres quedarte a dormir en casa el viernes o el sábado por la noche?

—No sé, sí, ¿por qué no?

En realidad, no tenía el menor deseo de pasar la noche en casa de los Cathala.

—¡Qué entusiasmo! —replicó con sorna Marie.

—Lo siento, estoy cansado, eso es todo y he...

Un brazo lo agarró del cuello, estrangulándolo.

—¿Estás ligando con mi hermana, colega? —dijo Anthony detrás de él.

Max perdió el equilibrio, cayendo sobre Anthony, y forcejearon un momento antes de que este lo soltara y se tumbara junto a Élodie.

—¿Sabes? He soñado contigo —dijo Anthony a Max después de besar a su novia.

—¿En serio? —contestó Max, con el corazón acelerado y las mejillas sonrojadas.

—Sí, acabo de acordarme al verte. He soñado que... En realidad, no sé, no me acuerdo, pero fue muy raro.

—Y conmigo —se quejó Élodie—, ¿no has soñado conmigo?

—Por supuesto, cariño, sabes que *siempre* sueño contigo.

—Sí, claro —dijo ella con un mohín de duda.

El timbre que avisaba del inicio de las clases los interrumpió. Las chicas se levantaron, se sacudieron el trasero para quitarse las eventuales briznas de hierba y se dirigieron hacia los edificios. Max sintió que Anthony lo miraba de reojo, como si tratara de dar con ese sueño que se le escapaba. No podía mirarlo sin temer que de pronto recordara lo que había sucedido en la casa del callejón.

Pero sabes que en realidad no era Anthony, susurró una voz en su cabeza.

Sin embargo, aún podía ver su cuerpo desnudo, sus nalgas en tensión bajo el algodón de su *slip*, los músculos marcados de sus hombros. Todavía podía sentir cómo había corrido su saliva por su garganta, la forma en que Anthony se había tragado su sexo y había entrado en él. Solo de pensarlo le venían a la memoria dolorosas sensaciones de placer que le dificultaban la respiración.

—¿Echamos un partido a la hora de comer? —preguntó Anthony cuando llegaron a las puertas del edificio A.

Max asintió.

—Hasta ahora —respondió Anthony, acercando los dedos índice y corazón a la sien derecha en señal de saludo.

Se separaron y Max se unió a los estudiantes que se agolpaban al pie de la escalera. Vio a Alex unos pasos por delante de él subiendo los peldaños pero no intentó unirse a él. Sintió que no tenía nada que decirle y se refugió en los aseos una vez arriba.

La puerta se cerró tras él, amortiguando el bullicio de los grupos que se formaban delante de las aulas. Presionó el botón de uno de los lavabos, que lanzó un chorro de agua fría, y se mojó la cara. Necesitaba tranquilizarse y comportarse con la mayor naturalidad posible para que nadie sospechara nada.

¿Y qué podrían sospechar? —se burló su voz interior—. *¿Que Anthony Cathala te metió un dedo por el culo y te corriste en su garganta?*

Para hacerla callar, se dio una fuerte bofetada que retumbó en el vasto espacio embaldosado. Alguien tiró de la cadena, una puerta se abrió, un chico salió de uno de los cubículos y le dirigió una mirada consternada. Max escupió en el lavabo para recuperar la compostura y salió de los servicios.

Consiguió aparentar normalidad. A las doce, se reunió con Anthony en el comedor y almorzaron con un grupo de compañeros a los que Max empezaba a conocer un poco mejor. Vio pasar a Alex, Lena y Tom con sus bandejas delante del autoservicio, pero apartó la mirada, aunque tuvo tiempo de fijarse en que Alex lo había visto.

Después de comer, se dirigieron al campo de fútbol y formaron dos equipos de siete jugadores. Max y Anthony se encontraron cada uno en el equipo contrario. Se llevó a cabo el saque inicial y enseguida se disputaron el balón en el centro del campo, donde el equipo de Max compitió con regates y pases rápidos. Los jugadores buscaban encontrar a sus compañeros en los espacios libres mientras la defensa se mostraba sólida.

En mitad del partido, cuando el juego se volvió más intenso y los dos equipos luchaban encarnizadamente por el balón, Franck Lacour, un estudiante de último año, vio una abertura y quiso enviar el balón hacia Max, que estaba en una posición avanzada. Al mismo tiempo, Anthony corrió a ponerse delante de él para interceptarlo, y los dos adolescentes chocaron y cayeron al suelo. Max se quedó aturdido un momento, mirando al cielo, con formas borrosas cruzando su campo de visión, hasta que la silueta de Anthony apareció a contraluz sobre él.

Él le tendió una mano, que Max cogió, y lo ayudó a ponerse en pie.

—¿Estás bien?

—No es nada, solo estoy un poco mareado.

—Qué extraño, acabo de recordar mi sueño —dijo Anthony—. El que tuve anoche. Soñé que te perseguían.

—¿Que me perseguían?

—Sí, como uno de esos sueños en los que algo te persigue y se esconde detrás de cada puerta y no tienes ni idea de qué es.

Intentas huir pero solo consigues avanzar a cámara lenta o a rastras, y lo único que sabes es que no debes darte la vuelta porque esa cosa que tienes detrás es el miedo encarnado que quiere alcanzarte y destrozarte. Excepto que, en mi sueño, yo veía lo que había detrás de ti.

Los demás jugadores se impacientaron y les gritaron que volvieran al partido.

—¿Y qué era? —preguntó Max, recogiendo el balón.

—Yo —respondió Anthony—. Era yo.

—Desde luego, sí, es flipante, eres el miedo en persona —se rio Max.

—Lo raro es que nunca te ves a ti mismo en sueños, ¿verdad?

—Reanudamos el juego con un saque desde dentro del terreno —dijo Franck.

—No sé —replicó Max, a la vez que pasaba el balón a Franck—, no te comas el tarro con eso.

Anthony lo miró como si tratara de comprender el significado oculto del sueño.

—Tienes razón —admitió—. No sé por qué, pero me causó una extraña impresión.

Le dio una palmadita amistosa en el hombro y se marchó trotando para unirse a su equipo. Max temía que Anthony hubiera recordado lo ocurrido entre ellos en la casa del callejón, o que se hubiera inmiscuido en sus sueños, del mismo modo que Lena había soñado con la muerte de Simon Laval y sus brazos cortados.

Pero ¿cómo podría acordarse, si Max sabía que no era *exactamente* él quien había estado en ese...? De hecho, ¿ese qué? Ahora que los últimos fragmentos de la noche anterior se disipaban bajo el brillante sol del mediodía, en el aire que olía a césped de campo de fútbol recién cortado y resonaba con las voces, gritos y

risas de los alumnos del instituto Melville, Max ya no estaba tan seguro de la realidad de lo que creía haber vivido.

Después de todo, tal vez él también había soñado, o quizá pudiera decidir que nada de eso había sucedido y volver a la insulsa y cómoda rutina de su vida.

Alex no había dejado de pensar en su madre tal como la encontró en el impasse des Ormes. Durante los días siguientes, las impresiones de su presencia junto a él se fueron desvaneciendo hasta el punto de que enseguida le quedó tan solo un frágil recuerdo de ella.

Ya no recordaba las palabras exactas que habían intercambiado. ¿Le dijo que estaría esperándolo? ¿Le sugirió que estaba sola y que él la había abandonado ahí? La idea de que ella, su madre, pudiera estar atrapada en esa casa, vagando en el limbo de una soledad infinita, le resultaba insoportable.

Por eso sintió la imperiosa necesidad de volver a franquear la puerta de la casa abandonada. Tenía que asegurarse de que no había soñado o imaginado aquella aparición, pero también intentar recuperar algo que no había vivido ella, el tiempo que le habían arrebatado, la oportunidad perdida de demostrarle su amor.

¿No podría entonces liberar su alma de lo que la retenía aquí en la tierra y, al mismo tiempo, liberarse él de su sufrimiento y sus remordimientos? Esa fue precisamente la oportunidad que se le ofreció esta vez. Tras cruzar la puerta del salón, se encontró en la habitación del hospital donde agonizaba su madre. Ella yacía inconsciente, y esta vez él se sentó en el borde de la cama, le cogió la mano perforada por el catéter y le dijo que estaba allí, que no la abandonaría. Ella se apagó tan suavemente como una pequeña llama, exhalando en un último suspiro una nubecilla de partículas

doradas que ya saturaban el espacio de la habitación y destellaban a la luz emboscada tras las cortinas corridas.

También se la encontró en la casa, sentada donde la dejó la primera vez, como si hubiera estado esperándolo sin moverse.

—Me alegro mucho de volver a verte —le dijo, agradecida.

Alex volvió cada noche y su aparición se iba haciendo más palpable, a medida que pasaba más tiempo con ella. Ya no se manifestaba de forma frágil y evanescente, sino como una verdadera encarnación de lo que era en vida, y él entendió que se alimentaba de algún modo de su recuerdo de ella, de los detalles de su vida en común que a menudo lo instaba a contarle.

El universo que los rodeaba se amplió del mismo modo, las líneas se volvieron más nítidas y evidentes, aunque en constante cambio, capaces de infinitas configuraciones, ofreciendo el decorado de una cocina, de un dormitorio, de un salón, según pareciera la ubicación posible o real de una escena que recordaba o que había soñado alguna vez.

Alex no tardó en convencerse de que la casa lo exprimía para ampliarse y, a cambio, le ofrecía la oportunidad de experimentar lo que secretamente anhelaba. Ya no estaba totalmente seguro de que lo que se le aparecía fuera el espíritu de su madre, porque otros seres, vivos y muertos, hacían también acto de presencia con la misma intensidad.

Vio a Dolly, la perra que su padre envenenó por descuido y que él y su hermana enterraron en el fondo del jardín. Hundió las manos en su pelaje oscuro, sintió el calor de su cuerpo bajo sus caricias, el contacto húmedo de su hocico, que ella paseó, agradecida, por sus muñecas y la base de su cuello.

Pero también se le aparecieron las actrices de serie B con las que tantas veces había fantaseado. Se desnudaron ante él, mostrando

sus cuerpos perfectos y sus pechos voluptuosos, restregándose contra él como Mina y Lucy, las esposas de Drácula que seducían a Jonathan Harker en la película de Francis Ford Coppola. Sus sexos se abrieron, se multiplicaron, y él hundió la cara en aquellas mucosas tiernas y pegajosas y las exploró con la lengua hasta que las sintió endurecerse y convulsionarse, derramando por su garganta chorros de un néctar que le hizo el mismo efecto que un alcohol fuerte.

Aunque el malestar físico que sintió al entrar por primera vez en la casa había remitido, esta siguió ejerciendo un creciente dominio sobre Alex, provocándole una dependencia que lo llevaba a volver para respirar el aire densificado por el polen, para beber los fluidos y excreciones que estas manifestaciones esparcían en él y a su alrededor.

Su razón ya no se rebelaba contra estas visiones; ya no intentaba encontrarles una justificación. Nada le parecía más envidiable que la presencia de su madre en la luz difusa, su complicidad recuperada, la forma en que lo cogía de la mano y le susurraba al oído palabras que hacían desaparecer su pena.

Un día, le vino una idea como una intuición lejana, una pregunta apenas formulada: ¿podría ser que hubiera algo más allá de esos tabiques, en la perpetua luz del día que traslucía detrás de las ventanas?

—¿Qué hay fuera? —preguntó a su madre.

—Vete a ver —respondió ella.

Se levantó para acercarse a una de las aberturas y lo que vio era incomprensible. Donde se suponía que estaba la urbanización, había un magma de formas que Alex no sabría decir si eran minerales, vegetales o animales. Se movía y se disponía en arquitecturas inconcebibles, fachadas de casas ensambladas sin lógica aparente, multiplicadas por diez como una división celular, puertas y ventanas

abiertas de par en par antes de desaparecer. Las carreteras, de un asfalto refulgente, se ondulaban y entrelazaban como nidos de culebras. En unos parterres, se expandían de repente flores de tallos cartilaginosos, derramando su suave polen por el aire, para luego enroscarse y marchitarse. Por todas partes aparecían seres, evocaciones remotamente familiares. Unos perros se arrastraban tras las vallas, con sus cuartos traseros fundidos en un boceto de extremidades humanas. Unos niños —o *esbozos de niños*— cuyos cuerpos se amalgamaban como siameses infernales se arrastraban penosamente sobre rayuelas o intentaban en vano atrapar una pelota. Otros, como Seth Brundle, el científico loco de la secuencia final de *La mosca*, de Cronenberg, cuando se fusiona por error con la estructura de su máquina de teletransportación, parecían haber asimilado en su carne elementos metálicos, cadenas de bicicleta, radios de rueda y cables de freno. De sus heridas abiertas rezumaba un líquido tan espeso y oscuro como el aceite de motor. En otros lugares, chapas de coche se hundían en frondosos macizos, y unos simulacros de rostros humanos brotaban de charcos de barro y limo primigenio. Cosas de vaga apariencia humana, con innumerables miembros y pliegues carnosos que se abrían en miríadas de ojos, bocas y sexos, parecían aparearse, babeando un semen espeso y multiplicándose, dejando tras de sí embriones aglutinados como los racimos de huevos de batracio que él había visto a menudo en primavera al borde de los charcos o en las cunetas de Saint-Auch. Sobre ese paisaje alucinante, unas nubes lechosas se extendían como flores enfermas, unos regueros de color amoratado se dislocaban, unos astros pivotaban y unos gigantescos goteros se abrían de golpe, derramando su tinta negra sobre el papel secante del cielo.

—¿No es maravilloso? —murmuró su madre, a la que no había oído acercarse.

Alex no contestó. No conseguía apartar la mirada de aquella visión que lo asustaba y fascinaba al mismo tiempo, y con la que una parte de él quería fundirse. Llegó a comprender que *aquello*, fuera lo que fuese, se engendraba, se fabricaba ante sus propios ojos.

—Cuanto más tiempo pases aquí, más real será para ti —añadió su madre—. Pronto formarás parte de este mundo conmigo, y ya no podrás distinguirlo del tuyo.

El tiempo tampoco era el mismo en la casa. Fluctuaba, estirándose a medida que Alex regresaba. Tenía una consistencia, imponiendo al cuerpo y a la mente la sensación esponjosa de su fluir. Así que ahora le era posible quedarse allí durante lo que le parecían unas largas horas —o días, no habría sabido decirlo con exactitud— sin que notara su ausencia su padre que, en cualquier caso, ya no era capaz de ocuparse de nada de lo relativo a sus hijos. Si lo hubiera sido, tal vez habría visto a su hijo caer en una melancolía enfermiza. Alex había adelgazado, las ojeras hundían su mirada, parecía realizar de forma mecánica los gestos cotidianos, estar precipitándose en su propio abismo interior.

Si antes incluso de la muerte de su madre la relación con su padre se había vuelto más distante, ahora había llegado a ser inexistente, reducida a simples intercambios prácticos sobre la hora de cenar, alguna compra añadida que hacer, la colada que tender. El señor Fauré, cuando no estaba en el trabajo, seguía dedicando su tiempo a escuchar música o a podar y esculpir bonsáis que había empezado a coleccionar y que iban muriendo, uno tras otro, en un pequeño invernadero cubierto del jardín.

Camille sí había notado el cambio de su hermano. Al mismo tiempo, la madre empezó a rogarle a él que la llevara a la casa.

—No puedes seguir ocultándole mi presencia por más tiempo —le decía—. Tiene derecho a saberlo. ¿Cómo puedes dejarla sola con su pena? ¿Cómo puedes ser tan egoísta?

—No sé si es buena idea —respondía Alex.

—Quiero ver a mi niña, la echo mucho de menos. Y sé que ella también me echa de menos. ¿Recuerdas cuánto sufrías tú por mi ausencia?

—Sí, por supuesto.

—Entonces tráela. Sé que sueña con ello.

Era cierto. Camille también soñaba con la casa, aunque nunca había cruzado el umbral, y fue ella quien llamó a la puerta de la habitación de su hermano para contárselo.

—¿Puedo? —le preguntó.

Alex se había quedado dormido, tumbado en la moqueta frente a las lecciones que se suponía estaba repasando y que ya no tenían ningún significado ni importancia para él.

—Por supuesto —contestó él, estirándose.

Ella entró y se sentó a su lado con las piernas cruzadas.

—Te vi entrar en la casa —dijo ella—. La del callejón.

Alex permaneció en silencio.

—Te seguí —añadió Camille.

—¿Cuándo?

—Varias veces en las últimas semanas.

—¿Tú también has entrado? —preguntó Alex, sentándose frente a ella.

Su hermana negó con la cabeza.

—Me entró miedo. Sé... Siento que hay... algo dentro.

Alex asintió. Pensó que había llegado el momento de contarle la verdad, pero temía su reacción. También tenía la dolorosa y distante sensación de que, al revelarle el secreto de la casa del callejón, la estaría exponiendo a un peligro cuya naturaleza él mismo era incapaz de comprender del todo.

—¿Puedes decirme qué es? —preguntó Camille, con la voz tensa por la aprensión.

—Es mamá —dijo Alex en voz baja.

Camille negó con la cabeza.

—No entiendo.

—Está en la casa —repitió él.

—Alex, está muerta.

—Lo sé. Sé que murió aquí, en esta realidad, pero es como si una parte de ella estuviera retenida allí. Te juro que es la pura verdad. Me ha pedido que te lo contara. Quiere que te lleve allí, pero yo... no sabía cómo reaccionarías y quería protegerte también.

Camille se tiró nerviosamente de las mangas y siguió sacudiendo la cabeza como si delirase.

—¿Protegerme de qué?

—No quería que sufrieras más.

—¿Es... su espíritu lo que has visto? ¿Crees que es realmente ella?

—Es ella —respondió él—. La he tocado, la he estrechado en mis brazos. Es real.

—¿Te das cuenta de lo que me estás diciendo?

—Sí. Sé que parece una locura... Pero te sientes tan bien ahí, es increíble...

Ella no supo qué decir. Le parecía que él tenía un aspecto horrible y que sus ojos brillaban como los de un drogadicto con síndrome de abstinencia. Por otra parte, hacía tanto tiempo que no hablaban así,

abiertamente, que sintió como si volvieran a compartir una cercanía que ella creía perdida para siempre desde la muerte de su madre.

—Te echa de menos. Te quiere y le gustaría verte al menos una última vez para decírtelo. Me ha perdonado, ¿sabes? Me ha perdonado por irme corriendo del hospital aquel día.

Una gran lágrima rodó por la mejilla de Camille.

—Hay muchas más cosas ahí dentro —continuó Alex con repentina excitación—. No puedes ni imaginártelo... Cuando vayas, lo entenderás. ¿Te gustaría venir conmigo?

Por la expresión de su cara, se dio cuenta de que no tendría que convencerla. Ella ya lo creía. Se preguntó si la casa podría haberse *propagado* a través de él, si podría haber llegado hasta su hermana sin que él lo sospechara, pero la perspectiva de volver borró rápidamente sus temores.

Lo único que sentía era el deseo de volver allí.

—¿No me estarás mintiendo? —preguntó Camille.

—Por supuesto que no. Lo prometo.

—Vale —dijo ella, secándose la mejilla con la palma de la mano—. Vale, sí, iré contigo.

Max no pasó la noche en casa de los Cathala el viernes siguiente. Prefirió volver a esa otra realidad donde Anthony lo esperaba para ofrecerse a él.

Pronto fue incapaz de contar el número de veces que había franqueado el umbral de la casa. Tenía la sensación de vivir en un letargo permanente, nada desagradable, por cierto. Era muy consciente de que esas idas y venidas tenían consecuencias —soñó con un buitre que le despedazaba el pecho con sus garras y su

afilado pico sin que él pudiera moverse un ápice—, pero lo cierto es que no le importaba.

Alguna vez se topó con Mehdi y Alex en el callejón. Apenas se habían saludado con la cabeza antes de desviar la mirada, avergonzados, y seguir su camino. La casa había tendido su manto sobre cada uno de ellos. Ahora se abría a paisajes múltiples, *precisos*, ofreciéndoles aún más placeres y refinamientos. Sus realidades se mezclaban en una misma temporalidad dulce y lánguida.

Maximilien dio rienda suelta a sus fantasías. Anthony y él follaban sin parar, y luego volvían a empezar. Sus cópulas se repetían en una continuidad gozosa que Max nunca habría imaginado posible. Anthony lo acogía, su boca y su culo lo aspiraban con la avidez de una carpa, tratando de engullirlo, de extraer de él una sustancia vital de la que parecía alimentarse.

Max se entregaba a esos éxtasis magnéticos que aniquilaban el espacio y el tiempo, atomizaban su cuerpo y su mente. También se dejaba penetrar, con los cojones de Anthony golpeándole las nalgas mientras su polla lo sacudía como la mano de un mortero, pareciendo extenderse en su interior en insospechadas ramificaciones. Max sentía su semen vertiéndose dentro de él a chorros, incendiándole las tripas y el corazón como un chute de heroína. A veces tenía la impresión de que iba a desaparecer en uno de esos coitos, y adoraba esa sensación de disolución, de aniquilación.

—¿Qué te pasa últimamente? —le preguntó Marie—. Es como si estuvieras emporrado todo el tiempo.

Acababan de salir del cine, donde ella lo había arrastrado a ver una comedia romántica protagonizada por Meg Ryan, y cuando le

preguntó qué le había parecido, Max refunfuñó argumentando que la película le había parecido espantosa.

Estaban en el parking de los multicines, bajo un sol agobiante. Los destellos de los parabrisas y el olor que le llegaba desde el McDonald's le producían náuseas. Marie tenía en la mano un vaso de Fanta, cuyo contenido sorbía ruidosamente a través de una pajita en la comisura de los labios.

—O estás emporrado o estás mosqueado —añadió ella.

—Ninguna de las dos cosas —respondió Max.

Ella había intentado cogerlo de la mano durante la sesión, pero él se la retiró al cabo de unos minutos. Últimamente, sus intentos de acercarse a él y sus muestras de atención lo exasperaban muchísimo. No soportaba su constante ligereza, su superficialidad, la farsa de su relación. Todo lo que lo atrajo de ella al principio lo ponía de los nervios, e incluso su aroma a bergamota y praliné había acabado por darle asco.

—Te aseguro que sí —dijo Marie, llevándose a los labios un cubito de hielo que había extraído del vaso con ayuda de la pajita—. Es como si no estuvieras aquí cuando estamos juntos, o como si fingieras estar sin estar realmente.

—Creía que ese era el principio, fingir —respondió Max.

Marie lo miró mientras mordisqueaba el cubito de hielo.

—Bueno —replicó ella antes de dejar el vaso sobre el capó de un coche—. Nos vamos.

Era una orden. Ella empezó a caminar hacia la esquina del parking donde Max había aparcado su escúter y él la siguió, comprendiendo que acababa de cruzar una línea roja.

Aunque las reglas de su relación nunca se enunciaron, desde el principio él supo que se basaba en el respeto tácito de una especie de «cuarta pared». Del mismo modo que, en el teatro o el cine,

entre los personajes y los espectadores existe una frontera imaginaria que los primeros no traspasan nunca de forma disruptiva, Max nunca debía manifestar que era consciente del papel que le habían asignado y de la historia que habían acordado contar aquel día que hablaron en la pista de hielo y decidieron salir juntos.

Por eso, cuando ella le dijo que tenía la impresión de que él «fingía estar» ahí, no era más que un eufemismo para reprocharle su apatía, mientras que Max, con su respuesta, había dejado de manifiesto el engaño fundamental de su vínculo, lo que, para Marie Cathala, equivalía a un delito de lesa majestad.

Y aunque Max había encontrado en la casa del callejón una oportunidad para hacer realidad sus fantasías con el hermano, no quería arriesgarse a verse alejado de él en la vida real, lo que ocurriría inevitablemente si Marie decidía romper.

—Lo siento —dijo—. Tienes razón, estoy de muy mal humor. Las cosas no van bien en casa. Mis padres no se aguantan, mi madre se pasa todo el tiempo en la cama borracha, todo eso me deprime y me afecta a la moral.

No mentía, efectivamente sus padres estaban enfrentados desde hacía meses y últimamente su madre le daba más que nunca a la botella, pero no le importaba, lo que les ocurría no le preocupaba desde hacía mucho tiempo. Pensó que esa excusa le bastaría a Marie, quien siempre había asegurado que la locura de sus respectivas familias los unía.

—De acuerdo —respondió ella con frialdad—. Prefiero que me lo digas a tener que soportar tus cambios de humor.

—Desde luego, tienes toda la razón —asintió él, cogiéndole la mano.

Esta vez fue ella quien retiró la suya.

En esa misma época, la actitud de Anthony hacia él empezó a cambiar imperceptiblemente. No volvió a hablarle del sueño, pero Max suponía que lo había vuelto a tener, o al menos que su recuerdo lo perseguía y le preocupaba. A menudo lo sorprendía con la mirada clavada en él, incluso de lejos, durante los recreos que se suponía debía pasar con Élodie Anglade.

Anthony también multiplicó las ocasiones de verlo. Parecía buscar su compañía, lo invitaba a su casa aún más, lo llamaba por teléfono después de clase para que se contaran lo que habían hecho durante el día, algo que los chicos no solían hacer, o solo con sus novias. Max empezó a sospechar que la casa ejercía su poder sobre Anthony a través de él, como una especie de encanto, de embrujo, y pensaba que lo que allí ocurría acabaría sucediendo en esta otra realidad.

A veces le resultaba difícil disociar a Anthony de su doble y respetar la distancia impuesta por su relación. Tenía momentos de duda, sensaciones vertiginosas de irrealidad, de no saber de pronto en qué dimensión se encontraba, ni cómo debía comportarse con él, y sin embargo sabía que el menor paso en falso podía costarle muy caro.

Pocos días antes de la reválida de Francés, Anthony invitó a Max a repasar en su casa. La empleada de hogar que abrió la puerta le dijo a Max que Anthony estaba en el jardín.

Cuando salió por el ventanal de la cocina, vio a la señora Cathala tumbada al sol en una hamaca. Llevaba un bañador, un pareo anudado a la cintura, unas gafas de sol Yves Saint Laurent y una gran pamela. Los perritos también descansaban al sol en la terraza.

A su lado estaba la anciana que había visto aquel día comiéndose las pelusas del *plaid* mientras veía una carrera de caballos y que luego resultó ser la abuela paterna de Marie y Anthony. Estaba

sentada en su silla de ruedas, debajo de una sombrilla, y Max se fijó en que estaba atada por la cintura y que tiraba de la correa con sus largos y pálidos dedos. También vio que parecía tener mierda seca bajo las uñas.

—Buenos días —dijo Max—, vengo a ver a Anthony.

La señora Cathala se levantó el ala del sombrero y se bajó las gafas de sol hasta la punta de la nariz para observarlo. Se habían vuelto a ver varias veces desde que Max se cruzó con ella en albornoz en la entrada y ahora ella sabía que era el novio de Marie, pero sus ansiolíticos le producían somnolencia y confusión.

—Hola, Marc —respondió ella, hablando con dificultad.

—Me llamo Max, señora, de Maximilien.

—Sí, sí.

—¿Está Anthony?

Ella señaló la piscina con un gesto que también parecía indicarle que desapareciera de su vista.

—Señor, ¿podría ayudarme, por favor? Tengo que volver a mi casa —tartamudeó la anciana, suplicando a Max con la mirada.

—¡Cállese, mamá!

—Volver a mi casa —repitió la abuela—. Volver a mi casa.

—¡Paola! —gritó la señora Cathala—. Llévesela, ¡no la soporto! ¡Me está volviendo loca!

La sirvienta salió a buscar a la anciana y Max se alejó en dirección a la piscina. La cubierta acristalada tenía las claraboyas levantadas, las puertas correderas estaban abiertas al jardín, el aire olía a madreselva.

Anthony estaba en el agua cuando entró Max. Se apoyó en el brocal para salir de la piscina, lo saludó con la cabeza y se acercó a la mesita camarera donde había unas latas de Canada Dry.

Llevaba un Speedo azul descolorido que se adaptaba perfectamente a la forma curva de su sexo. El agua resbalaba por su piel y alborotaba los pequeños remolinos de vello de la parte posterior de sus muslos.

Cogió una de las latas y se la lanzó a Max, que la atrapó al vuelo.

—¿En forma? —preguntó, limpiándose los labios con el dorso del brazo después de beber. No tengo ganas de estudiar. Podríamos quedarnos en la piscina, ¿no?

—Vale —contestó Max.

—¿Quieres un bañador?

—No hace falta, llevo uno puesto.

Anthony se sentó en el bordillo y metió los pies en el agua. Max se quitó la camiseta y las bermudas, se quedó en bañador, y se acercó a sentarse a su lado.

—¿No está Marie? —preguntó Max.

—Élo tiene un concurso de equitación, así que ha ido a verla.

—¿No querías ir tú también?

Anthony negó con la cabeza.

—Nos peleamos ayer. Me cabrea.

—¿Por qué?

—Últimamente siempre tiene algo que reprocharme. Piensa que soy raro, que no le hago caso. Dice que paso demasiado tiempo contigo.

Max bajó los ojos y Anthony se deslizó en el agua con la inquietante gracia de un caimán. Desapareció bajo la superficie, abriéndose paso hasta el otro lado de la piscina en apenas unas brazadas, y Max observó su musculosa espalda recorrida por fragmentos movedizos de luz.

Anthony salió a la superficie y se pasó las manos por la cara.

—Dice que me intereso más por ti que por ella —continuó—. Y que nuestra amistad no es normal.

—¿En serio? —se burló Max.

Anthony nadó hacia él, se agarró al brocal junto a su muslo, cruzó los brazos y apoyó la barbilla en su bíceps. Olía a cloro y a desodorante Axe. Cuando bajó la mirada hacia él, Max vio que había algo extraño en sus ojos, un nerviosismo ligeramente lascivo, como si estuviera colocado.

—No sé, tal vez... Tal vez tenga razón.

—¿Razón?

—Sí, quizá pasamos demasiado tiempo juntos —replicó Anthony con repentina frialdad.

Max se quedó desconcertado.

—No pongas esa cara, te estoy tomando el pelo —dijo Anthony.

Lo agarró de la muñeca y tiró de él hacia el agua. Max no tuvo tiempo de resistirse ni de recuperar el aliento; cayó dentro de la piscina y Anthony se arrojó sobre él para hacerle una ahogadilla.

Le faltó el aire casi de inmediato. Se retorció para liberarse, lo agarró del muslo y luego de las muñecas, pero el otro lo mantuvo firme bajo la superficie durante un minuto largo. Max sintió que su diafragma se contraía en busca de aire. La idea de que Anthony intentara ahogarlo se le pasó por la cabeza. Quiso hacerle saber que se había quedado sin oxígeno golpeándole el pecho con el puño. Lo agarró de la cintura y sus pies golpearon contra el fondo inclinado y resbaladizo de la piscina. Por fin consiguió impulsarse y sacar la cabeza del agua justo cuando Anthony lo soltaba.

Respiró hondo, tragó agua y tuvo un ataque de tos.

—¿Eres tonto o qué?

—¡Oh, vale, si ahora ya no puede uno ni gastar una broma!

—¡Casi la palmo, tío!

Max golpeó la superficie con la palma de la mano para lanzarle un chorro de agua a la cara. Anthony replicó y Max se enfadó de verdad. Se lanzó sobre él, le rodeó el cuello con un brazo y utilizó todo su peso para hacerlo perder el equilibrio. Anthony lo agarró por el pecho e intentó levantarlo. Sus piernas se entrelazaron, cayeron de espaldas al centro de la piscina donde ninguno de los dos hacía pie, se hundieron juntos y lucharon bajo el agua.

Salieron sin aliento, nadando en el sitio, observándose mutuamente. La compuerta del *skimmer* aleteaba febrilmente bajo los remolinos.

—Mira lo que has conseguido, ahora estás sangrando —dijo Max.

Anthony se había mordido el labio o el interior de la mejilla y tenía los dientes rojos. Escupió un salivazo sanguinolento que se dispersó en el agua.

Volvieron al borde de la piscina. Max podía sentir la tensión sexual entre ellos de una forma que hasta entonces solo había percibido en la otra realidad. Miró en dirección a la casa, oculta tras un panel de la cristalera, y pensó que no había razón para que la señora Cathala apareciera por la piscina.

Cuando volvió a centrar su atención en Anthony, este lo agarró por la nuca, lo atrajo hacia sí y apretó los labios contra los suyos. Su lengua se abrió paso entre los dientes de Max para explorar su boca. Su beso tenía el gusto almibarado del Canada Dry y el férreo sabor de la sangre.

Sus torsos se entrechocaron, Max vio el sexo hinchado de Anthony bajo el tejido de su bañador y él también sintió el suyo irguiéndose en su short de baño: una erección violenta y dolorosa. Anthony le agarró el culo con ambas manos y Max tiró del elástico del Speedo, deslizando las yemas de los dedos por el vello oscuro de su pubis. Le lamió el cuello, sintió el pulso de su carótida bajo la lengua, le bajó

el bañador por encima de los muslos y sintió su polla rebotar contra su vientre.

Bajó la mirada para contemplarla.

Era una verga magnífica, ancha, curvada hacia arriba, con una vena sinuosa recorriendo el costado. La base de su glande color ciruela estaba cubierta por el borde del prepucio incluso cuando estaba empalmado, y Max cayó en la cuenta de que no habría sido capaz de decir cómo era la polla del *otro Anthony*, aunque la había sentido dentro de él unas cuantas veces.

Estaba bronceado, y la piel de su sexo y sus nalgas se veía muy blanca bajo el agua. Max lo empuñó y comenzó a masturbarlo suavemente, pero casi de inmediato Anthony empezó a gruñir, se contrajo en su mano y su uretra disparó al agua cuatro largos y blanquecinos chorros de esperma que se deshilacharon junto a ellos, rozaron el muslo de Max, derivaron en el sentido de la corriente de filtración de la piscina y acabaron hundiéndose.

Anthony se guardó enseguida la verga en el bañador, se dio la vuelta y salió de la piscina. Cogió una toalla y se la puso alrededor de la cintura, dándole la espalda a Max.

—Creo que será mejor que te vayas —dijo en voz baja sin volverse.

—¿Qué? —preguntó Max, que no estaba seguro de haber entendido.

—Vete —insistió Anthony mientras terminaba de anudarse la toalla.

Cogió la lata de Canada Dry que había dejado a medias, bebió un trago, se enjuagó la boca y se acercó al césped para escupirlo. Solo entonces dirigió su mirada azul a Max, una mirada tan despectiva y llena de asco como la que le había visto lanzar en tantas ocasiones a Ancelin Lagarrigue.

La humillación y el estupor hicieron tambalearse a Max que, a su vez, salió de la piscina.

—¿Hablas en serio? —preguntó.

Anthony cogió la camiseta y las bermudas que Max había dejado en el respaldo de una de las tumbonas y se las arrojó.

—Lo digo en serio, sí. No sé qué se te habrá pasado por la cabeza, pero te equivocas. Ponte la ropa y sal de aquí. Ya conoces el camino.

Max permaneció inmóvil, con sus pertenencias hechas un ovillo y pegadas al vientre. Anthony se dio la vuelta para volver hacia la casa, pero se detuvo antes de abandonar la piscina.

—Se acabó todo esto para ti —añadió.

Hizo un gesto vago con la mano que podía designar cualquier cosa, a ellos, la piscina, el mundo en el que lo había admitido. Luego se fue.

Max se vistió, con los brazos y las piernas temblorosos y la garganta dolorida. Subió por el terreno en dirección a la casa, pero prefirió rodearla. La señora Cathala, que seguía tumbada al sol, no lo vio pasar y solo Flocon lo siguió, ladrando. Recuperó su escúter en la entrada y se dirigió a su casa tan aturdido que casi se sorprendió de haber sido capaz de llegar a su destino, sin poder recordar nada del trayecto de vuelta.

Su padre estaba ocupado lavando el coche con una manguera cuando se cruzó con él. Era la última persona con la que Max quería encontrarse y no le dedicó ni una mirada, esperando que su padre tampoco le prestaría atención.

—Necesito hablar contigo —le gritó al verlo pasar.

—Ahora no es el momento —respondió Max, continuando su camino.

—He decidido vender la casa.

Max se detuvo, levantó la cabeza al cielo con gesto de desesperación y se dio la vuelta.

—¿Que has decidido vender la casa?

—Ya sabes la situación financiera en la que estamos. Vamos a tener que irnos, encontrar algo más barato. Probablemente no nos quedemos por aquí. Eso significa que tendrás que cambiar de instituto el próximo curso.

Max sintió que la ira se apoderaba de él.

—¿Estás decidido a arruinarme la vida hasta el final o qué?

—Díselo a tu madre, esto es por culpa suya. A mí también me está arruinando la vida, créeme.

—No tengo nada que decirle y no tengo nada que decirte a ti tampoco —gritó Max—. Es culpa de los dos. ¿No podéis divorciaros como todo el mundo y listo?

—¡Baja la voz, no quiero que nos oigan los vecinos!

—¿Crees que no lo saben? ¡Todo el mundo sabe que sois dos impostores, que nuestra familia es un paripé!

—¡Haz el favor de hablarme en otro tono, Maximilien!

—Estoy harto de vuestros líos, harto de tener que aguantar vuestras decisiones. ¡Me tenéis hasta las narices! ¡Estoy deseando largarme de aquí y perderos de vista!

Le dio la espalda y siguió andando.

—Bueno, mientras tanto, ¡estás viviendo con nosotros y nos debes respeto! —le gritó su padre.

Max no contestó, cruzó por la casa como un torbellino y se refugió en su cuarto. Se apoyó en la puerta después de cerrarla, se resbaló hasta el suelo y se abrazó las rodillas.

Le pareció que toda una parte de su existencia acababa de derrumbarse. La reacción de Anthony lo había dejado estupefacto. Estaba seguro de que había habido atracción entre ellos y que era

él, Anthony, quien lo había besado. ¿Por qué lo rechazó luego tan brutalmente?

El ala negra de su vergüenza —esa vieja vergüenza de sí mismo contenida durante tanto tiempo, aunque despertara de vez en cuando— acababa de desplegarse, vibrante, en todo su esplendor, y de llenar el mundo con su espantoso ruido. Solo deseaba esconderse lejos de todo para poder lamer la herida abierta de su humillación.

Si lo sucedido en la casa había ejercido sobre él una influencia, ¿era posible que Max se hubiera aprovechado de alguna manera de Anthony, que lo hubiera *forzado*? ¿O era simplemente que Anthony era incapaz de reconocer y aceptar el deseo que lo había empujado hacia él?

Le había pedido que abandonara su casa con total frialdad, como si no le afectara, como si no le importara destruir su amistad. Quizá Max había olvidado demasiado rápido de lo que eran capaces los Cathala para mantener su propia supervivencia, es decir, sus apariencias. Anthony lo había traicionado justo en el momento en que Max estaba dispuesto a sacrificarlo todo por él, y esa traición lo dejaba devastado, aterrorizado por las consecuencias que podía tener su separación, y cruelmente vulnerable.

Y luego estaba la perspectiva de mudarse. Lo único que conocía era Les Genêts, Saint-Auch y su pequeño grupo de amigos. Pocas veces en su vida se había sentido tan desamparado, solo e impotente ante los acontecimientos. Todo se le escapaba, se desmoronaba, y no podía hacer nada para evitarlo. Pero lo que más le preocupaba era la idea de no volver nunca a la casa del impasse des Ormes y dejar de verse ahí con el *otro Anthony*, el que nunca se cansaba de complacer sus fantasmas, el que se entregaba a él sin pudor ni reservas. El que tal vez sabría reconfortarlo un poco y

hacerlo olvidar esa realidad de la que deseaba escapar por encima de todo.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, se preguntó si no sería mejor fingir que estaba enfermo y faltar a clase. Tal vez podría quedarse en la cama o quedarse por los alrededores, a la espera de que pasara el día. Temía volver al instituto, pero la perspectiva de no saber cuál sería la actitud de Anthony también le resultaba insoportable. Después de todo, no descartaba que, con un poco de distancia, Anthony viera las cosas de otra manera, que sencillamente se hubiera sentido abrumado por la emoción o la consternación, y que hubiera dicho aquello sin pensar.

¿Quizá se limitaría a hacer como si no hubiera pasado nada, o a considerarlo como un simple malentendido, con su indolencia de costumbre?

No vio a los gemelos Cathala hasta el recreo de las diez. Cuando salió y echó un vistazo al patio, vio a Anthony sentado en uno de los bancos, rodeado de su rebaño de seguidores. Élodie Anglade estaba a su lado y él sostenía su mano, con los dedos entrelazados, sobre su muslo. Uno de los muchachos que estaban a su lado, que iba a contar una anécdota, hizo grandes aspavientos y todos estallaron de risa. La mirada de Anthony pasó por encima de Max sin esbozar una sonrisa, como si, simplemente, no lo hubiera visto. Max dudó y decidió caminar hacia ellos, pero Marie surgió junto a él y lo agarró de la muñeca, alejándolo de los demás estudiantes.

Ella lo miró fijamente a los ojos. Él vio de inmediato que ella lo *sabía* y sintió como si le acabaran de arrojar un cubo de cemento en las tripas.

—Debería haberme dado cuenta de que eras uno de ellos —dijo.

Ella arrugó la nariz con un mohín que él no supo interpretar si era de pena, de enfado o de asco.

—En realidad no es lo que... lo que crees —respondió Max.

Pensó que era lo más estúpido que podía decir. Estaba acorralado y lo sabía. No quedaba nada que salvar de su relación con los Cathala, pero se preguntaba qué le había dicho exactamente su hermano. No podía creer que le hubiera contado *todo*.

—Es una pena, la gente nos envidiaba. No eres consciente de la suerte que tenías.

Ella parecía sentir que no hubiera podido alcanzar los objetivos que se le habían fijado, y disponerse a anunciar los términos de una rescisión contractual.

—Lo siento —intentó Max.

Marie se llevó un dedo a los labios para hacerlo callar.

—A partir de ahora —continuó ella—, no te acerques a mí ni a mi hermano. Si lo haces, todo el instituto sabrá que intentaste besarlo y tocarle la polla. Todo el mundo sabrá que eres maricón. Contaré cómo me utilizaste para acercarte a él. ¿Me entiendes?

Él asintió y ella retiró el dedo índice de sus labios.

—Bien —dijo, claramente satisfecha.

La tormenta había pasado. Ella le sonrió, como si simplemente hubiera cumplido con una tarea un poco desagradable. Además, él podía ver ahora que, en realidad, ella no le guardaba rencor, aunque el distanciamiento fuera definitivo, y que consideraba todo aquello como unas circunstancias algo desafortunadas.

Se puso de puntillas para darle un último beso en la mejilla.

—Vamos, de todas formas, no ha estado mal —concluyó ella—. Hasta siempre, Maximilien.

Ella se alejó y Max se quedó quieto, de brazos caídos. Miró a su alrededor y vio a Lena, Alex, Mehdi y Tom agrupados alrededor de

una de las grandes toberas de cemento llenas de arena que servían de ceniceros y delimitaban la zona de fumadores. Lena lo miró y él se preguntó, un poco avergonzado, si acababa de presenciar la escena. Ella le hizo un gesto con la mano, invitándolo a acercarse, y él le respondió.

Max pensó que todos parecían derrotados y percibió desde la distancia que la atmósfera entre ellos era extraña y eléctrica, llena de palabras silenciadas y secretos. Se preguntó por qué seguían queriendo estar juntos cuando era evidente que ya no tenían nada en común. Miró a Marie, que se había reunido con su hermano y charlaba con Élodie como si nada.

Cuando sonó el timbre, Max encontró fuerzas para dejar de observarlos y unirse a la pandilla, a pesar de que aún le flaqueaban las piernas.

—Tienes mal aspecto —le dijo Lena.

—Hemos roto, Marie y yo.

—Bueno —replicó Alex—, ya era hora. *Welcome back*.

Le tendió el cigarrillo que estaba fumando y Max lo aceptó agradecido.

Tres semanas después de la expulsión de Brice Lagarde, se celebró una reunión del comité disciplinario para decidir su exclusión permanente. Tan cerca del final del curso escolar, se tomó la decisión de no enviarlo a otro centro. El día de la reunión —caso único, que recordaran los estudiantes— acudió al instituto acompañado de su abuela, una mujer enorme, vestida con un delantal floreado, de esos que ya solo llevaban las viejas campesinas y que dejaba al descubierto unas piernas más gruesas que postes, apretadas por unos calcetines de compresión hasta las rodillas.

Arrastraba tras ella una bombona de oxígeno sujeta a un carrito y conectada a su nariz por un tubo transparente que de vez en cuando se atascaba bajo la grasa temblorosa de su brazo.

Cuando el recreo de las diez estaba en pleno apogeo, cruzó el patio del instituto Melville tras la señora Sabardens, abriéndose paso entre la compacta multitud de alumnos que se apartaban a su paso. Tuvo que detenerse cuatro veces para recuperar el aliento antes de llegar al edificio de la administración. Brice, inusualmente vestido con camisa blanca y pantalones de traje de perneras demasiado cortas, la seguía a una distancia de cinco metros, fingiendo ignorar las risas y los comentarios malsonantes. Estaba pálido, con el rostro descompuesto. Miró brevemente a Jonathan Seilhac cuando se cruzó en su camino, pero su antiguo compinche desvió la vista.

Fue él, Jonathan, quien más tarde contó a dos chicos de su clase que habían retirado la custodia de Brice y sus tres hermanos y hermanas a sus padres tras un sospechoso incidente de un bebé maltratado —el más pequeño, al que las secuelas dejaron como una calabaza babeante, y tuvo que ser internado en una institución médica. Los confiaron al cuidado de sus abuelos, humildes agricultores de la región que vivían en una granja sin electricidad y con un retrete en el exterior.

Brice odió crecer en ese sórdido lugar y nunca permitió que sus escasos amigos se acercaran por allí. Jonathan solo había estado una vez y Brice lo hizo jurar que nunca se lo comentaría a nadie, promesa que ahora rompía, contando a quien quisiera oírlo lo sucia que estaba la pequeña granja, que vivían como en la Edad Media y que el abuelo murió aplastado por su propio tractor justo un año después de que llegaran los niños, dejando a la abuelita rechoncha, de salud frágil, sola con los críos a su cargo. Jonathan no relataba aquello para despertar la compasión de quienes lo escuchaban con

circunspección, sino al contrario, para mostrarles el desprecio que, según decía, siempre había sentido secretamente por Lagarde.

—Sí, pues bien que lo has seguido a todas partes como un perrito faldero —le replicó una chica de su clase.

—Porque si no, me habría roto la crisma.

Sin embargo, eso no bastó para absolver a Seilhac a los ojos de sus compañeros, y pronto se dio cuenta de que estaría condenado a la soledad hasta el verano, y tal vez más.

Ese día, Mehdi se mantuvo alejado del paseo de la vergüenza, pero no pudo evitar observar a Brice con el rabillo del ojo. Había pasado las últimas semanas angustiado por la idea de que había hecho algo terrible, preguntándose si había perdido la cabeza, atormentado por la visión de Lagarde perforándose el cuello con la punta de un compás mientras él seguía *existiendo* en la vida real como si nada. Su expulsión del instituto le parecía a Mehdi un castigo insignificante comparado con el que seguía haciéndole soportar día y noche.

Volvió a la casa para poner fin a sus dudas y asegurarse de que no había creado él ese recuerdo. Se encontró de nuevo en uno de los pasillos del instituto, aunque no pudo identificar exactamente cuál. Seguía habiendo un silencio extraño y podía sentir la densidad del aire que respiraba. A pesar del vértigo que se apoderaba de él y le nublaba la vista, vio la silueta de Brice de pie a unos diez metros delante de él, en medio del pasillo.

—¿Por qué has tardado tanto? Sabía que volverías —le dijo—. No has podido evitarlo, ¿eh?

—Tenía que saber si era verdad —respondió Mehdi.

—Oh, no has vuelto por eso.

—¿Eres... realmente tú?

—¿Vas a dejar de hacer preguntas para las que ya tienes la respuesta?

—¿Qué quieres decir?

Lagarde no contestó. Extendió un brazo y Mehdi se dio cuenta de que llevaba el compás en la mano. Clavó la punta en la pared y avanzó hacia él, rayando el yeso del muro, que se deshacía, con un trazo irregular, del mismo modo que Freddy Krueger hace chirriar las afiladas cuchillas de su guante en las paredes de un sórdido callejón en *Pesadilla en Elm Street* mientras persigue a una colegiala en uno de sus sueños.

Esta escena lo aterrorizó la primera vez que vio la película y, durante semanas, quizá meses, temía quedarse dormido y que Krueger apareciera con su cara quemada, su sucio jersey rojo y verde, sus dientes podridos, y lo destripara mientras dormía. Lo que contemplaba ahora no se parecía en nada a un sueño, Mehdi estaba completamente seguro, pero *eso* parecía capaz de sondear sus temores y darles forma.

Sintió que el sudor le goteaba desde las axilas por los costados e intentó huir, pero apenas tuvo tiempo de darse la vuelta cuando Brice corrió junto a él y le puso la zancadilla.

—Esta vez no te escaparás —le prometió.

Mehdi se desplomó entero. Se arrastró e intentó levantarse, pero Lagarde se abalanzó sobre él, lo obligó a ponerse bocarriba y lo agarró de las orejas, retorciéndole el cartílago con las manos.

El dolor fue una auténtica deflagración.

Brice le presionó el pecho con una mano para dejarlo aplastado contra el suelo y puso la punta del compás debajo de su ojo izquierdo. Seguía teniendo la mirada apagada y desprendía el mismo olor embriagador.

—¿Y si te saco los ojos? ¿Dejarías por fin de huir como un perro sucio?

Mehdi sintió la punta de acero clavarse en la grasa de su pómulo. Intentó en vano apartar a Brice que se apoyaba en él con todo su peso.

—No lo hagas, por favor, no lo hagas —gimió él.

—¿No sabes hacer otra cosa que suplicar?

Mehdi agitó los brazos, buscando un punto de apoyo en el suelo, cuando su mano derecha tocó un objeto sólido junto a su muslo y lo agarró. Era una piedra. Una piedra grande que no pintaba nada en el suelo de uno de los pasillos del instituto Melville, y Mehdi habría jurado que no estaba ahí hacía un momento.

Es la piedra que le tiró a Jean-Philippe Cazaux, pensó.

—Te voy a ensartar los ojos, Belkacem, te voy a...

Mehdi le atizó en la cara con todas sus fuerzas. Brice se desplomó y se pegó con la cabeza en la pared. Se oyó un ruido seco.

Mehdi intentó levantarse pero Lagarde lo agarró por el brazo y tiró de él. Él contraatacó para liberarse y volvió a golpearlo. Esta vez, la piedra le dio en la sien y Mehdi sintió que podía vencerlo. El dique que había contenido su odio durante demasiado tiempo se rompió, dejándolo correr por sus venas. Unas formas rojas y tentaculares irrumpieron en su campo de visión. Dejó caer la piedra y se lanzó contra Lagarde para darle puñetazos en la cara.

Y Brice se reía, con un brillo de exaltación en los ojos.

Se reía con una risa obscena, enfermiza.

—Para esto —le soltó—, para esto has vuelto.

Mehdi golpeó y golpeó hasta que le dolieron los puños y, cuando paró y se levantó, se quedó horrorizado al ver lo que acababa de hacer.

Brice estaba derrumbado en el suelo, con el rostro irreconocible.

—¿Te gusta? —preguntó con la boca llena de sangre y un ojo tan hinchado que no podía abrirlo—. Puedes hacérmelas pagar hasta que te canses.

Mehdi estaba aturdido. Le parecía que el cráneo le iba a estallar, los ojos le palpitaban, pero ahora que la adrenalina bombeaba, también sentía el regocijo de haber derrotado a Brice Lagarde y haberse tomado por fin la justicia por su mano.

Cuando salió de la casa, se tambaleó hasta la mitad del callejón, se agachó, apoyó las manos en las rodillas y esperó a que se le pasaran los espasmos que le producían arcadas. Entre dos hipos, lo asaltó a su vez una risa nerviosa e incontrolable.

Se enderezó, se volvió hacia la casa y se alejó marcha atrás.

—¡Te he vencido! ¡Te he vencido, hijo de puta! ¡Ja, ja, ja! ¡No vuelvas a acercarte a mí!

Una mujer abrió la ventana al otro lado de la calle, lo miró con desprecio y cerró las contraventanas.

—Ja, ja, ja —se rio Mehdi, señalando la casa al final del callejón—. ¡Le he dado su merecido!

Pero la mujer no lo oyó. Cogió la bici y huyó, zigzagueando peligrosamente en medio de la carretera.

En cada una de las ocasiones siguientes, el lugar variaba, pero siempre era uno de los espacios del instituto Melville donde, en su realidad común, habían transcurrido la mayoría de sus encuentros e interacciones. Brice lo perseguía por los pasillos, lo acechaba en las aulas, lo acorralaba en los rincones. Mehdi se encontraba atrapado, a su merced. Las puertas cedían, se abrían a paredes ciegas, los pasillos terminaban en callejones sin salida, la escuela se convertía en un laberinto abstruso, sus pies se hundían de repente en las

baldosas negras como si se tratase de asfalto fresco, dificultando su huida. Pero siempre acababa revolviéndose contra su verdugo para defenderse.

Acabó pensando que pegar a Lagarde no tenía consecuencias en su realidad y que, por tanto, no tenía motivos para privarse de hacerlo. La impasibilidad de Brice, su sumisión final y la lascivia con la que suplicaba que le atizara alimentaban la sed de venganza de Mehdi. La violencia que desataba lo galvanizaba, le daba impresión de omnipotencia y, pronto, volver a la casa se convirtió no solo en algo deseable, sino en algo necesario. Ya no concebía vivir sin esa experiencia extrema y las sensaciones que le producía.

Dejó de preguntarse por el misterio que encerraba la casa. Cuando intentó pensar en ello, su mente fue incapaz de generar una sola idea y ahora ya no le importaba. Lo único que sabía era que tenía que volver. Había seguido yendo al instituto, asistiendo a las clases, pasando tiempo con sus amigos, pero los acontecimientos de verdad ocurrían muy lejos de él, en una realidad algodonosa e indiferente, como si estuviera soñando despierto.

A principios de junio, Mehdi se reunió con Tom en los invernaderos para repasar la reválida de Francés, pero se fumaron dos canutos y se pasaron la tarde dormitando en los sofás. El sol de junio pegaba fuerte sobre las lonas y el calor en los invernaderos era anestésico. Los asientos de los sofás olían a tapicería mohosa, y también había un lejano tufillo acre, no exactamente repugnante, como si hubiera muerto un gato o una rata en alguna parte, o tal vez fueran los efluvios de la depuradora que llegaban hasta ahí.

Podían oír el motor del tractor cortacésped que el señor Robert pasaba sobre la hierba del Centro Especial de Empleo, y el canto de

los pájaros posados en las ramas de los árboles de los alrededores. En la radio sonaba *Mmm Mmm Mmm Mmm* de Crash Test Dummies.

—¿Sabes? —dijo Tom, ocupado en lanzar su Zippo al aire y atraparlo—, Lena tenía razón.

—¿Sí? —preguntó Mehdi, que se había quedado medio dormido—. ¿Sobre qué?

—La casa en el callejón.

Mehdi volvió la cara hacia Tom, pero permaneció callado.

—Debe de haber algo anormal dentro. He vuelto, y ella también.

No lo sorprendía que Lena y Tom hubieran vuelto a la casa. Sabía que la influencia del lugar se había ejercido sobre cada uno de ellos, pero un impulso egoísta lo hizo temer de repente que ahora le impidieran *a él* volver, y disimuló su curiosidad por saber qué habían encontrado sus amigos dentro.

—He visto a mi padrastro palmando ahí dentro, ¿sabes? —se rio Tom—. Igual que me lo había imaginado antes al menos mil veces.

El hematoma de la nariz se estaba reabsorbiendo y se había vuelto amarillo.

—Debías de estar alucinando —respondió Mehdi, por decir algo.

Inmediatamente se reprochó su mala fe. Él mismo habría odiado que se pusiera en duda su palabra. Sin embargo, Tom no dijo nada y frunció el ceño.

Si Tom había visto morir a su padrastro, por quien nunca había ocultado su odio y su resentimiento, y si él, Mehdi, había podido hacérselas pagar a Lagarde, estaba claro que la casa era capaz de colmar algunas de sus aspiraciones más profundas. Pero Mehdi también tenía la intuición remota, casi imperceptible, de que comprender esa otra realidad estaba en parte fuera de su alcance.

—Ya lo he visto morir un montón de veces. Ha sido una auténtica locura. Pero eso no es todo. Allí es otra realidad. Está mi madre,

pero también mi padre, están juntos, como si él nunca se hubiera ido.

Mehdi vio brillar en los ojos de Tom la misma llama que iluminaba los suyos cuando volvía del callejón, y sintió ira contra su amigo. Aunque estuvieran colgados, a Mehdi esas confidencias le parecían impúdicas. Si a Tom se le ocurría desahogarse con cualquier otra persona, corría el riesgo de llamar la atención sobre la casa, bien conduciendo a otros hasta ella, bien provocando el bloqueo del acceso al edificio.

—Harías mejor en callarte —le dijo.

—Tú también has vuelto, ¿verdad? —preguntó Tom, recostándose contra el brazo del sofá.

—¿A ti qué te importa?

—Quiero saberlo, eso es todo. Dime lo que has encontrado. Puedes contármelo, ¿sabes?, no voy a chivarme.

—Me acabas de decir que Lena también había vuelto, así que, ¿cómo esperas que confíe en ti? —le espetó Mehdi.

—Bueno, pero queda entre nosotros, ¡somos amigos, carajo!

—Pues hay cosas que no quiero compartir, ni siquiera con mis amigos. Créeme, Límulo, será mejor que mantengas la boca cerrada. Podrías mandarlo todo al traste.

—Solo quería enterarme. Yo también quiero que esto quede entre nosotros. Lena, lo mismo. Me pidió que no te lo dijera. Dice que podría ser peligroso... Tal vez sea cierto, pero no puedo dejar de volver. Es como si allí las cosas fueran *verdaderamente* como deberían ser, ¿sabes?

Mehdi no tenía ningún deseo de continuar esa conversación con Tom ni de que le pidiera que revelara lo que él mismo estaba viviendo en el impasse des Ormes.

Cada vez que decidía volver, le parecía una perspectiva extremadamente deseable, y no podía dejar de pensar en eso. Sentía la ira hirviendo en su interior, el deseo indecible de venganza, la necesidad de volver a partirle la cara a Lagarde. Pero cuando regresaba y desaparecía la excitación, no se sentía especialmente orgulloso. Se sentía incluso un poco sucio, invadido por una inmensa tristeza y por la vergüenza de haberse dejado llevar por sus bajos instintos. En cualquier caso, no pensaba ni por asomo confesarle nada a Thomas Hernandez, y la forma en que este le contaba su propia experiencia o intentaba sonsacarle algo le parecía indecente e inapropiada.

—Creo que me voy a casa —dijo, poniéndose de pie.

—¿Ya? Pero si ni siquiera hemos repasado para el examen —replicó Tom, tratando de retenerlo.

—Sí —respondió Mehdi—, a fin de cuentas, prefiero estudiar solo en casa. Piensa en lo que te he dicho, Tom, y ten cuidado con lo que vas contando.

Salió de los invernaderos, pasó junto a los contenedores del CEE, les dio tres patadas y siguió su camino. Se sentía traicionado por el silencio de Lena. Si realmente pensaba que la casa podía ser un peligro, ¿por qué no los avisó?

Desde que fue a visitarlo, se habían cruzado algunas veces, pero no habían compartido nada fuera del instituto. Se había roto un vínculo, o estaba a punto de romperse. Y ahora parecía más cercana a Tom, cuya compañía debía de resultarle más agradable, todo porque a ambos les había tocado un bastardo de padrastro.

Quizá se equivocase al pensar que tenían un vínculo especial. Sentía una especie de rencor hacia ella, un resentimiento, la sospecha de que le había tomado el pelo fingiendo demostrarle

afecto. Seguramente había intuido que él sentía por ella algo más que una simple amistad, y sin embargo ella se había mostrado distante e indiferente. Sin duda, eso era lo que el destino deparaba a las amistades de la infancia, así que incluso la que había unido a los muchachos de la pandilla ya no parecía tan importante como antes.

Cuando llegó a su casa y cruzó la puerta, oyó voces procedentes del salón, que se interrumpieron de inmediato. Su madre se reunió con él en la entrada.

Pudo ver en sus ojos hinchados que había estado llorando.

—Aquí hay alguien que quiere hablar contigo —dijo en voz baja y llena de aprensión.

Mehdi la siguió sin tener ni idea de lo que le esperaba. Pero cuando llegó al umbral del salón, lo que vio lo detuvo en seco.

Brice Lagarde estaba sentado en el sofá. A su lado estaba su abuela, con la botella de oxígeno encajada entre sus gruesas piernas varicosas.

El padre de Mehdi también estaba allí y todos se quedaron mirando al joven.

—Hola —dijo Brice.

Tenía el rostro tenso, la piel grasa, los ojos marcados por unas profundas ojeras y las mejillas invadidas por mechones de una barba irregular.

—Mehdi —comenzó el señor Belkacem con voz seria—, tu compañero nos lo ha contado todo.

Mehdi creyó que lo acababan de destripar. Su madre hipó a su lado, tragándose un sollozo.

—Fue él quien... *hiiii*... quiso venir... *hiiii*... a verte... *hiiii*... para hablar contigo... *hiiii* —dijo la abuela silbando en cada una de sus inspiraciones.

—He venido a pedirte disculpas —intervino Brice retorciéndose los dedos—. He comprendido que lo que os he hecho a ti y a Jean-Philippe es inaceptable. No paro de darle vueltas, me estoy volviendo majara. No soporto haberme portado así con vosotros.

—¿Es una broma? —preguntó Mehdi mirando a su madre.

Una ira fría, insondablemente oscura, brotó en su interior. Le resultaba inconcebible que Lagarde se hubiera atrevido a ir a su casa, inconcebible que sus padres le hubieran abierto la puerta, y aún más inconcebible que Brice les hubiera contado lo que lo había hecho sufrir.

Era como si la vergüenza y el odio que había sentido durante los dos últimos años hubieran formado un enorme absceso en su pecho que acababa de reventar para verter toda su hiel en sus venas.

—Por favor, escucha lo tiene que decirte —le pidió su padre—. No tienes que perdonarlo, no esperamos nada de ti, solo queremos que escuches lo que el muchacho tiene que decirte.

—¿Por qué nos lo ocultaste? —preguntó su madre—. Ya notaba yo que no estabas bien, podría haberte ayudado, podríamos haber...

—Es culpa mía, señora —interrumpió Brice—. Hice todo lo que pude para que no dijeran nada. Me comporté como un cabrón, como un monstruo. Ahora me ronda todo eso en la cabeza...

Se golpeó la sien con el puño, empezó a llorar y los mocos le corrieron por el labio superior.

—Algo me está devorando el cerebro como... como un gusano. Le doy vueltas sin parar. No puedo dormir. A eso se lo llama sentimiento de culpa, ¿no? Tu padre tiene razón, no te pido que me perdones, sé que lo que hice es imperdonable, pero tenía que venir a decírtelo, a decirte que lo siento.

—¿QUIERES CALLARTE DE UNA PUTA VEZ? —gritó Mehdi, con un chorro de saliva brotándole de la boca.

—¡Mehdi! —exclamó su padre, saltando del sillón.

La abuelita dio un respingo en el sofá y empezó a silbar aún más fuerte.

—Tú, ¡no te muevas! —ordenó Mehdi, señalando a su padre.

El señor Belkacem se puso pálido y —cosa extraordinaria, que hizo que su hijo se diera cuenta de que había llegado a esa edad en la que podía tumbar a su padre— volvió a su asiento.

—Debería daros vergüenza —prosiguió—. ¿Cómo habéis podido dejarlo entrar en nuestra casa? ¿Cómo se os ha ocurrido que me iba a quedar aquí de pie a escucharlo?

—No sabíamos qué hacer —intentó justificarse su madre—, llamaron a nuestra puerta y pensamos que querrías oír sus disculpas. Es muy grave, el acoso del que has sido víctima, y...

—Pero ¿tú qué sabes? No sabéis nada de mí. ¡Nada! ¡Vosotros sois las víctimas aquí! ¿No lo entendéis? ¡Vosotros sois los que os habéis pasado la vida dejándoos pisotear por gente como ellos!

Vio a su madre estremecerse como si acabara de abofetearla. Su padre pareció acurrucarse en su sillón.

—Y tú —dijo Mehdi a Brice—, no quiero volver a hablar contigo, no quiero volver a verte. Todo lo que quiero es que revientes. Que te mueras y ardas en el infierno.

Munia quiso tocarle el brazo para tranquilizarlo, pero Mehdi la apartó, se dio la vuelta y salió de la casa, dando un portazo tan fuerte que el marco de madera se rajó.

Cogió la bicicleta y salió a la calle. Cada bocanada de aire le destrozaba los pulmones y tenía la respiración entrecortada, como si acabara de caerse de espaldas. Mientras subía por la calle, se cruzó con la madre de Lena descargando bolsas de la compra de un viejo Renault 5, cuyo maletero solo podía cerrarse con tensores. Pensó que podría evitarla, pero ella lo vio y supo inmediatamente que algo

no iba bien. Casi se interpuso en su camino para obligarlo a detenerse y le puso una mano en el manillar de la bici.

—Mehdi, espera un momento. ¿Qué pasa? —preguntó.

Un nudo le apretó la garganta y fue incapaz de responderle.

—Ven aquí, hijo mío, ven aquí —dijo Hélène.

Mehdi soltó la bicicleta y se arrojó a sus brazos. Ella le besó la frente, le puso una mano en la nuca y él no pudo contener las lágrimas por más tiempo. Lloró como hacía años que no lo hacía, pero no sintió alivio. Al contrario, sintió una cuchilla clavándose sin cesar entre sus costillas.

Sabía que Hélène era probablemente la más indicada para comprenderlo, pero confiar en ella le parecía imposible. No creía que hubiera palabras para expresar su sufrimiento, su rabia y su humillación.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué estás así?

—Por nada —consiguió decir él, separándose de ella—. Por nada, tengo que irme.

—¿Por qué no entras un rato? Lena debe de estar en casa, se alegrará de verte.

Mehdi negó con la cabeza.

—¿Estáis enfadados? No has venido últimamente, estoy preocupada. Ella tampoco parece estar bien.

—No estamos enfadados, no, es solo que... No quiero ver a nadie, necesito un poco de aire fresco.

—Bueno —aceptó Hélène de mala gana—. Sabes que estamos aquí para lo que necesites, ¿verdad? Ten cuidado. Ven a vernos cuando te apetezca, ¿de acuerdo?

—Sí —contestó Mehdi.

Subió a su bicicleta y pedaleó a toda velocidad, mientras Hélène se quedaba en la acera viendo cómo se alejaba. Sabía que ni ella ni

Lena le servirían de ayuda, que no podían ofrecerle ningún refugio. Ahora estaba solo y lo único que deseaba era desaparecer de aquella vida.

Dos días más tarde, Brice Lagarde se dirigió al instituto Melville. Llevó consigo una escopeta Darne V19 con culata de madera lisa y oscura, le recortó el doble cañón y la cargó con dos cartuchos Brenneke de calibre 12. El arma pertenecía a su abuelo, que la utilizaba para cazar jabalíes. Tras su muerte, se quedó olvidada en un banco de trabajo, cubierta de hollín y polvo. Probablemente, su abuela no se acordaba de ella.

Brice llegó al instituto sobre las once cuarenta.

No tuvo ningún problema para franquear las puertas del centro. Había envuelto la escopeta en una vieja chaqueta de chándal Adidas y, de todos modos, no había nadie que controlara el acceso a esa hora. Unos cuantos estudiantes que salían en ese momento lo vieron, lo reconocieron, se preguntaron qué hacía allí, pero no le dieron mayor importancia.

Lagarde sacó la escopeta de la chaqueta de chándal, dejó caer la prenda al suelo y avanzó por el patio. Una alumna sentada en el césped vio que llevaba una escopeta en la mano y se lo dijo a sus amigas. Se levantaron, abandonaron sus pertenencias y se echaron a correr, dos de ellas hacia el edificio donde tenían lugar las clases, las otras tres hacia la verja del instituto.

Brice Lagarde no les prestó atención y se detuvo en medio del patio.

Unos alumnos de cuarto curso, que estaban sentados a la sombra de un cobertizo, lo vieron y empezaron a gritar. Una celadora abrió una puerta batiente y les ordenó que se refugiaran dentro. Una

bibliotecaria, al ver a Brice cuando se disponía a salir del Centro de Documentación e Información, cerró las puertas con llave.

Una ola silenciosa recorrió el edificio, unas siluetas pasaron a toda velocidad por los pasillos, una algarabía lejana se escapaba por las ventanas, abiertas para ventilar las aulas. Otras se cerraron de inmediato y aparecieron rostros tras los reflejos del sol que pegaba fuerte en el patio y las fachadas blancas del instituto.

Brice permaneció inmóvil, con el cañón del arma apoyado en el muslo.

—¡Mehdi! —gritó en dirección al edificio—. ¡Mehdi Belkacem!

Pasaron varios minutos interminables. El olor a sopa y a frito salía de las cocinas del comedor donde se preparaba el almuerzo. También se oía el ruido constante de los coches que pasaban cerca, por la carretera principal.

De repente, las puertas batientes se abrieron y el señor Lapeyrat salió al patio, con las manos levantadas en un gesto de paz.

—Brice —dijo.

Brice lo vio salir de la sombra del cobertizo. Llevaba una camisa de lino color crema de manga corta, que dejaba ver sus brazos delgados y velludos. Era la primera vez en cinco años que lo llamaba por su nombre. Tras las puertas, en la penumbra del vestíbulo, Lagarde creyó ver a la señora Sabardens y a dos vigilantes que los observaban a distancia.

—Brice —repitió el señor Lapeyrat con voz curiosamente suave—. Supongo... que estás muy enfadado. Lo comprendo, pero podemos hablarlo y estoy seguro de que encontraremos una...

Lagarde levantó el arma con una mano, sostuvo el cañón con la otra y disparó.

Lapeyrat sintió un golpe sordo, como un puñetazo, en el momento de la detonación. Se tambaleó, miró hacia abajo y vio su camisa de

lino rasgada y una gran herida negra. Un chorro de sangre asomó por su boca.

El cartucho acababa de reventarle el estómago y el páncreas y le había fracturado el lóbulo izquierdo del hígado. Se palpó los bordes viscosos de la herida con la punta de los dedos e intentó despegar un trozo de camisa que se le había metido en el vientre, pero era como palpar algo lejano que ya no le pertenecía.

De repente sintió un frío muy grande y su cuerpo se desplomó hacia delante, con la cara aplastada contra el asfalto caliente del patio.

Desde el interior de los edificios se oían gritos.

Brice desvió su atención del cadáver de Lapeyrat y puso una mano a modo de megáfono.

—¡Mehdi Belkacem!

Mehdi estaba en clase de Español cuando sonó el disparo, seguido de los gritos de los alumnos de las clases que habían presenciado la escena.

—*¡No os mováis! ¡No os mováis!* —ordenó en español el señor Diaz, su profesor.

Pero algunos alumnos ya corrían hacia el pasillo, movidos por la curiosidad, y Mehdi salió con ellos. Otras puertas se abrieron y se les unieron más alumnos a los que los profesores no habían podido contener.

—¿Qué ha sido ese disparo? —preguntó alguien a espaldas de Mehdi.

—Un tipo acaba de matar al director —dijo entre risas un chico de pelo muy rubio, como si no creyera realmente lo que acababa de decir.

Mehdi avanzó por el pasillo entre los estudiantes que se agolpaban a las puertas de las aulas cuyos ventanales daban al patio. Vio a algunos escondidos bajo las mesas o agazapados bajo las ventanas, comentando la escena.

—No hace nada, se ha quedado ahí parado.

—¿Has visto toda la sangre?

—¿Quién es el tipo al que llama?

Max y Alex aparecieron a su lado, ambos lívidos.

—Mehdi, ¡te está buscando! —dijo Maximilien, agarrándolo por ambos brazos.

Mehdi negó con la cabeza, sin entender.

—Lagarde —dijo Alex—. ¡Es Brice Lagarde! ¡Está en el patio y acaba de disparar con una escopeta a Lapeyrat! ¡Qué locura, tío, te lo juro, le disparó en las tripas con una escopeta! ¡Y está gritando tu nombre!

—¿Qué quiere de ti? —preguntó Max.

Mehdi miró a ambos sin responder. Podía ver la sospecha en sus ojos. Ninguno de ellos era tonto; adivinaban que debía de tener algo que ver con la casa del callejón, que no podía ser más que eso. Sin embargo, incluso después de la expulsión de Brice, nunca contó el acoso que había sufrido a ninguno de sus amigos.

Se preguntó si realmente estaba en el instituto o si había entrado en la casa y no había vuelto a salir, si Lagarde lo perseguía como de costumbre. Pero había demasiados elementos a su alrededor, demasiados detalles reales, y recordó que se había levantado por la mañana y había cogido el autobús para ir a clase.

Se apartó de Max y Alex y entró en un aula. Una profesora interina, que no tendría más de veinticinco años, estaba agachada contra una pared, con las manos apoyadas en las cabezas de dos de los alumnos acurrucados contra ella. Mehdi vio a Jean-Philippe

Cazaux, también postrado en un rincón del aula, que lo miró aterrorizado mientras cruzaba la habitación para acercarse a las ventanas.

—¡Mehdi Belkacem! —volvió a gritar Lagarde desde el patio.

Mehdi se acercó a la ventana acristalada.

Vio a Brice y el cuerpo de Lapeyrat en un charco de sangre que brillaba a la luz del sol.

—¿Qué haces? —gritó Max desde el fondo del aula—. ¡Mehdi, no te acerques más!

Pero Mehdi agarró la manilla de la ventana y tiró hacia él. Entró una ráfaga de aire, barrió las mesas e hizo volar algunas fotocopias. En ese mismo momento, los agentes de la brigada de gendarmería entraron en el edificio por el acceso trasero, reservado a la administración.

Lagarde levantó la vista y se miraron un momento.

—Te pido perdón —dijo Brice.

Solo dijo las palabras con los labios, pero Mehdi las adivinó. Luego le dedicó una sonrisa desesperada, colocó el cañón recortado de la escopeta bajo la barbilla y apretó el gatillo, esparciendo medio cráneo en el cálido aire de la mañana.

TERCERA PARTE

UN FUEGO EN LA NOCHE

1

Max fue el primero en llegar a los invernaderos, una noche después de la cena. Encendió un cigarrillo y fumó mientras paseaba arriba y abajo. Los gritos de los niños que jugaban en la calle, una carcajada y los ladridos de un perro le llegaban desde la urbanización como absurdo contrapunto al abismo en el que acababan de precipitarse sus vidas. El aire olía a humo de barbacoa mientras el mundo seguía girando imperturbable sobre su eje.

Pronto vio a Tom caminando hacia él, con el rostro abatido. Se saludaron gravemente y abrieron las lonas para que entrara un poco de aire en el invernadero, donde se había acumulado el calor del día. Max volvió a salir enseguida para no tener que entablar conversación con él y Tom se acomodó en uno de los sofás donde fumó en silencio, mordiéndose las uñas de una mano y chasqueando nerviosamente la tapa de su Zippo con la otra.

Los miembros de la pandilla no se habían visto desde el suicidio de Brice Lagarde, cuatro días antes, pero todos sabían que habían basculado a otra época de sus vidas, un periodo mucho más trágico y desesperado.

En las horas que siguieron a su gesto, los estudiantes se vieron confinados en las aulas mientras las fuerzas de la gendarmería aseguraban el perímetro, precintaban el arma de fuego y retiraban los dos cuerpos.

Cuando por fin les permitieron salir del centro, asistentes educativos y profesores los condujeron en filas por el pasillo de la

planta baja, cuyas ventanas daban al patio. No pudieron evitar mirar el charco de sangre que se coagulaba a la luz del sol y adivinar los fragmentos de cerebro aún pegados al alquitrán.

Se creó una unidad de crisis, varios psiquiatras y psicólogos se desplazaron al instituto al día siguiente del *dramático incidente*, según lo denominó la Delegación de Educación en una comunicación oficial a los padres, para dar prioridad al acompañamiento del alumnado, el profesorado y el personal que había presenciado la escena.

Se suspendieron los exámenes de reválida y se aplazaron hasta septiembre. Se abrió una investigación. Interrogaron a Mehdi al día siguiente, ya que decenas de personas habían oído a Lagarde gritar su nombre antes de quitarse la vida. Los policías también interrogaron a sus padres y a la abuela de Brice.

No pudo ocultar la verdad por más tiempo. Al menos *parte de la verdad*.

Les contó lo que Lagarde le había hecho durante los dos últimos años. Los insultos, los escupitajos, los pinchazos con el compás. Les explicó lo que le dijo Brice cuando él y su abuela fueron a visitarlo y no desmintió nada de lo que él le espetó.

—No sé qué se le pasó por la cabeza —confió a la mujer oficial que le hacía las preguntas—. Dijo que se sentía culpable. Supongo que por eso hizo lo que hizo.

Estaban sentados en la cocina, sus padres esperaban en el salón con otro agente.

—¿Por qué crees que se culpabilizó? Después de todo, llevaba mucho tiempo comportándose así, no había razón para que se sintiera culpable de repente.

—Tal vez recapacitó después de que lo expulsaran del instituto, ¿qué sé yo?

—¿Crees que se suicidó porque le dijiste que querías verlo muerto?

Mehdi bajó la mirada.

—De todos modos, no estaba bien de la cabeza.

—¿Qué sentiste al enterarte de su muerte?

—No puedo decir que quería que muriera *de verdad*, pero mentiría si dijera que me ha afectado.

—Mehdi, viste a ese chico dispararse en la cabeza...

—¿Y qué? No soy el único que lo vio.

—Bien. ¿Hay algo más que hayas olvidado contarnos? ¿Un detalle, una conversación que tuviste con él, por ejemplo?

—No, nada, nada en absoluto, no nos hablábamos —respondió Mehdi, mirando con impaciencia el reloj de pared—. ¿Podemos dejarlo ya?

Lena fue a llamar a la puerta de los Belkacem la noche del drama, pero Munia, visiblemente afectada, se negó a dejarla entrar, alegando que su hijo necesitaba descansar y no quería ver a nadie.

Al día siguiente, Mehdi fue a ver a un psiquiatra que concluyó que su aparente desapego era la consecuencia del shock que acababa de vivir, pero cuando por fin Lena consiguió hablar con él por teléfono, le confesó que no había sentido nada cuando vio a Brice Lagarde volarse los sesos.

—Incluso ahora, no siento nada. No me importa que esté muerto. En el fondo, creo que incluso me alegro de haberme librado de él. ¿Crees que soy yo el que no es normal?

—Tenemos que hablar —respondió Lena, cortando la conversación —. Todos nosotros. Tengo cosas que enseñaros.

Fue ella quien los llamó, uno a uno, para citarlos en los invernaderos.

Llegó la última y todos se sentaron en solemne silencio. Abrió la mochila que había traído y la vieron colocar las fotografías en la mesa.

—Hice estas fotos en la casa —explicó sin rodeos—. Cuando las revelé, Steve, el exnovio de mi madre, aparecía en todas. Estaba en la casa. Pero ninguno de nosotros lo vio. Y también estaba en la última foto que os hice, aquí, en los invernaderos, después de que os quedarais dormidos aquella noche.

—Pero no se ve nada —dijo Alex, cogiendo uno de los clichés para estudiarlo.

—Se han ennegrecido por alguna razón que no entiendo, pero puedo prometeros que él estaba allí. En cada habitación, acechando en la sombra. Ese tipo arruinó mi vida y la de mi madre en Montauban. Casi la mata.

Su voz se quebró y se dieron cuenta de que Lena había cambiado últimamente. Una gravedad que nunca antes habían visto en ella oscurecía su mirada.

Ya no parecía una adolescente.

—Eso es lo que me esperaba al otro lado —continuó—. Y sé que a todos nos pasa lo mismo. Todos hemos encontrado en la casa algo que tememos o deseamos más que cualquier otra cosa.

Los chicos bajaron la vista.

—Hace quince días me enteré de que Steve había aparecido ahorcado en su casa. Hasta ahora, no estaba segura de si había alguna relación con la casa, al menos antes de la muerte de Brice.

Se volvió hacia Mehdi y todos lo miraron.

Se habían enterado por Jonathan Seilhac de lo que este les había ocultado durante tanto tiempo. Aunque entre ellos había quien

sospechaba algo, nunca intentaron hablarlo con Mehdi, so pretexto de un pudor que ahora les parecía estúpido y perjudicial.

—Lo que te hizo es realmente imperdonable —dijo ella—. Y todos somos responsables de no haber visto nada. O de no querer verlo. Eso es lo que encontraste allí, ¿no? ¿A Brice?

Mehdi asintió, pero fue incapaz de pronunciar palabra.

—No voy a preguntaros a cada uno lo que habéis vivido en la casa. Yo soy la primera que no quiero contároslo todo, que no *puedo*. Pero todos sabemos que lo que hay al otro lado ha empezado a infiltrarse en nuestra realidad.

—¿Qué creéis que es? —preguntó Alex con cautela.

—Yo tengo la impresión de que es como un sueño en el que puede pasar cualquier cosa, pero que lo que pasa en él es real —respondió Max.

—No es nada de lo que imaginábamos —intervino Tom—. Está vivo, en cierto modo, y puede adoptar cualquier forma. Obviamente, todos hemos experimentado situaciones muy diferentes en el interior. ¿Y habéis olido ese perfume, habéis inhalado ese... esa especie de polen? ¿Como feromonas?

—¿Como qué? —preguntó Alex.

—Feromonas. Una sustancia producida por animales, insectos o plantas, generalmente para atraer a una pareja sexual, pero algunos depredadores han desarrollado la capacidad de imitar las de otras especies para atraer a sus presas.

Max pensó en la encarnación de Anthony que había encontrado en la casa, en todas las veces que habían follado juntos, y también recordó el programa con el que su madre se había quedado dormida una noche, con imágenes de una mantis religiosa devorando la cabeza de una criatura aún viva. ¿Podría haber sido una simple presa de esa criatura oculta bajo la apariencia de Anthony Cathala?

Un escalofrío lo estremeció tan intensamente que Alex se dio cuenta y se volvió hacia él.

Sin embargo, Max no había sido el único en sentir la excitación sensual que, en un momento u otro, les había encendido el vientre al entrar en la casa.

—¿Quieres decir que esa cosa se... *alimentaría* de nosotros? —preguntó—. ¿Un poco como el payaso de *It*? ¿Una especie de entidad milenaria que sale de su hibernación cada veintisiete años para devorar a niños antes de volver a su guarida a digerirlos?

Tom se encogió de hombros.

—En cualquier caso, funciona como una especie de organismo y los entes que hemos visto son solo una pequeña parte de él.

Alex recordaba lo que había visto desde la ventana del salón donde se encontró a su madre, el extraño paisaje que cambiaba ante sus propios ojos, pero, aunque estaba tan ansioso como los demás por comprender cuál podría ser la verdadera naturaleza de la casa, también temía la decisión a la que podría llevarlos esa conversación.

—¿No os ha provocado el mismo efecto de una droga? —preguntó él—. ¿Sentisteis el ansia, la necesidad de volver?

Todos asintieron, comprendiendo perfectamente de qué estaba hablando.

—Eso no es todo —dijo Lena—. Tengo algo más que enseñaros.

Metió la mano en la mochila y sacó un viejo magnetófono de casete.

—¿Recordáis la penúltima habitación, la que parecía una lavandería o una especie de trastero? El día después de la muerte de Brice, volví a la casa a echar un vistazo y me encontré con esto. He cambiado las pilas pero la cinta es vieja y el sonido muy malo, así que escuchad con atención.

Pulsó el botón de *play* y un sonido crepitante salió del aparato, seguido de una voz de mujer que parecía provenir de una realidad lejana, intercalada con susurros, como si solo pudiera emerger durante unos instantes, abrirse camino a través de las ondas antes de verse de nuevo prisionera del silencio.

—Por supuesto, he intentado proteger a los niños... Siempre he pensado que, ante todo, debía preservarlos a ellos... que era mi papel como madre... Al principio, me dejaba acompañarlos a la escuela... No sé qué les ha contado, por qué no viene nadie. Nadie ha venido... ¿Cuánto tiempo más va a durar esto? Ni siquiera sé por qué me estoy grabando, si alguien encontrará algún día esta cinta. Si la han encontrado ustedes, quiero decirles que... Todo empezó por unos simples detalles... Se quedaba mirando fijamente al vacío, a veces estaba como ausente... También los niños se dieron cuenta de que algo iba mal. Comenzó negándose a que volvieran a la escuela... Quizá alguien intentara llamar pero él cortó el teléfono... La electricidad ya no funciona... He deducido que llevaba tiempo sin pagar las facturas... Decía que veía sombras merodeando por la casa, así que empezó a cerrar las puertas, a condenar las ventanas, a clavar las contraventanas... Decía que era para protegernos, por nuestro propio bien... El ambiente era cada vez más opresivo, sofocante... Al principio, cuando aún podía salir, intenté avisar a los vecinos... Me crucé por la calle con una mujer que vive en el número 16 y pensé que podría hablar con ella... Fui a llamar a su puerta, pero me pidió que la dejara en paz, que no la molestara con mis historias... Después de aquello, él no salió más de casa, decía que fuera era peligroso, que lo hacía para protegernos. Pero ¿para protegernos de qué? No entiendo qué le ha pasado, qué nos ha pasado, cómo hemos podido llegar a esto...

La grabación se detuvo.

Cuando se reanudó, la mujer susurraba y parecía hablar con los labios pegados al micrófono de la grabadora:

—No sé cuánto tiempo ha pasado... Cada día está todo más oscuro, como si la casa se encontrara sumida en una noche permanente... Sigo grabando esto, pero he perdido toda esperanza... Los niños le han cogido miedo, huyen de su presencia... Ha empezado a hablar solo, murmurando cosas incomprensibles. Se queda quieto, observándonos con esa mirada perdida... He querido romper una ventana, golpeándola con todas mis fuerzas, para pedir ayuda... Me ha dicho que me quebraría todos los huesos de la mano si seguía... Estoy segura de que es capaz de hacerlo. Eso y cosas peores aún... Empezamos a vivir a la luz de unas pocas velas y la única linterna que teníamos, pero pronto se agotaron las pilas y... la oscuridad se apoderó de todo, y ahora no hay ni un atisbo de luz bajo las contraventanas, no sé si es de día o de noche... Es como si, incluso fuera, el mundo hubiera desaparecido... A veces lo oigo caminar por el pasillo, oigo su voz murmurando como estuviera conspirando con quién sabe quién... Me pregunto si es realmente él o si soy yo la que me imagino cosas... Hace tiempo que no hay nada de comer y... Dios mío, ¿nos vamos a morir de hambre aquí?

Siguieron unos chasquidos, luego un silencio, y se lo imaginaron sondeando la oscuridad de la casa.

—Le he oído decir que yo era la responsable, que creía que el peligro estaba fuera pero que se equivocaba... Los niños se han vuelto muy tranquilos ahora... Demasiado tranquilos... Ya no juegan, no oigo sus voces. Tengo que buscarlos a tientas en la oscuridad. A veces creo notar cómo pasan a toda velocidad, siento su cálido aliento en mi nuca, como animalitos perseguidos, intento cogerlos, intento mantenerlos a mi lado, pero se me escapan cada vez más a menudo... Cuando consigo atraparlos, les pido que se acurruquen

junto a mí, que no se muevan, que se duerman a mi lado, y deseo con todas mis fuerzas que esto no sea más que un mal sueño, o que nunca nos despertemos. Esta casa ya es una tumba, no reconozco nada, me pregunto si me habré vuelto como él... Tal vez la oscuridad ya me haya tragado a mí también, tal vez esta grabación sea mi último vínculo con el mundo, mi último aliento antes de... Si la están escuchando, si alguien oyemi voz... Sepan que estábamos aquí, que existimos, mis hijos y yo, y recen, recen para que nadie se hunda en estas tinieblas como nosotros...

Oyeron un ruido lejano, como un portazo, y la voz de la mujer volvió a callarse durante unos segundos.

—*Es él* —dijo sin aliento—*, ayúdennos... Se lo ruego..., ayúdennos*.

Lena detuvo la grabación.

—Mierda, ¿qué demonios es eso? —preguntó Alex, frotándose los brazos para disipar un escalofrío.

—El 16 —dijo Max—. Es mi casa. Sin embargo, le hablé a mi madre de la casa, pero apenas comprendía de cuál se trataba.

—¿Os acordáis de la habitación quemada? —recordó Lena—. Hubo una tragedia en esa casa y puede que tenga algo que ver con lo que nos está pasando.

—Vale, pero ¿qué podemos hacer nosotros? Esa mujer debía de estar completamente loca y, en cualquier caso, probablemente ocurrió hace quince o veinte años.

—No lo sé, pero lo más importante por el momento es que ninguno de nosotros vuelva a entrar en la casa. Tenemos que hacernos esa promesa y cumplirla.

—Eso no tiene sentido —protestó Alex—. No hay ninguna garantía de que lo que le ocurrió al ex de tu madre o a Brice Lagarde sea *a*

causa de lo que está pasando en la casa. Mira a Max, a Tom o a mí, nadie a nuestro alrededor está muerto...

—Puede que no sea sistemático —respondió Lena—, pero no podemos correr el riesgo de que ocurra otra tragedia. ¿Y si hubiera cambiado vuestra realidad de otra manera, sin que os dierais cuenta?

Max bajó la mirada y encendió un cigarrillo, intentando controlar el temblor de sus manos. Se resistía a contarles cómo lo había humillado Anthony, aunque suponía que su comportamiento había sido provocado de algún modo por lo que había vivido en esta otra realidad.

—Ya te lo dije aquella noche que nos cruzamos al salir de la casa —replicó Tom—. Vi morir a mi padrastro ante mis propios ojos y, sin embargo, el muy cabrón sigue vivo.

—No lo entendéis —dijo Alex con un nudo en la garganta—. Mi madre está al otro lado. No podéis pedirme que la abandone.

—No es ella y lo sabes —contestó Max.

—¿Te he pedido tu opinión? —replicó Alex con súbita ira—. Nos has dado la espalda durante meses, nos has tratado como a una mierda, ¿y ahora vuelves para sermonearnos?

—Está bien, cálmate, solo quería...

—¿Por qué no nos dices lo que encontraste dentro? ¿No tendrá algo que ver con el hermano de tu exnovia?

—Cierra el pico, Alex —replicó Max apretando los dientes y mirándolo con odio.

—Parad, chicos —dijo Mehdi—. Lena tiene razón, este lugar se está interponiendo entre nosotros. Hace semanas que no nos hablamos y todos sabemos por qué. Queremos proteger nuestro secreto a toda costa para poder volver a la casa. Acabamos resentidos los unos con los otros, odiándonos.

—Alex, comprendo que la idea de no volver a ver a tu madre te aterre, pero lo que encuentras allí es... es como un espejismo —dijo Tom—. Utiliza nuestros deseos, nuestros miedos y nuestros recuerdos para materializarse.

—¿Sabéis de alguien más que haya podido entrar? —preguntó Lena—. ¿Aparte de Simon Laval?

—Yo... —empezó Alex, antes de callarse un momento—. Llevé a Camille, mi hermana. Mi madre me pidió verla y me convenció.

—Tienes que hablar con ella lo antes posible, disuadirla de que vuelva. Ella está en peligro, ¿entiendes? Si lo que hay en la casa nos está utilizando para contaminar nuestra realidad, quizá si no volvemos allí, esa influencia se debilite.

Permanecieron en silencio un momento, midiendo el sacrificio que esto significaba para cada uno de ellos.

—¿Y si nos equivocamos? —intentó Alex—. ¿Y si pudiéramos aprender a utilizarla? Si solo pudiera darnos lo que queremos, ¿por qué privarnos de ella, después de todo? ¿Os dais cuenta de lo afortunados que somos? Nunca nos habríamos imaginado vivir algo así.

—Ha muerto gente, Alex —objetó Lena.

—Vale, pero tal vez fue solo un error. ¿No sentisteis ese... *éxtasis*, ahí dentro? ¿Realmente queréis privaros de eso y volver a vuestras vidas de antes?

Alex miró a su alrededor en busca de apoyo, pero nadie respondió. Frunció el ceño y se fue a fumar un cigarrillo lejos del grupo.

—Lena tiene razón —dijo por fin Mehdi—. Si Brice se suicidó, probablemente fue por lo que pasó en la casa. Por... lo que le hice. Si eso es cierto, nada podría justificar algo así.

—No solo en tus fotos ha aparecido algo fuera de la casa —dijo Max—. Una noche vi a Anthony. Estaba fuera, junto a mi casa, y lo seguí. Fue a buscarme.

—¿Te refieres al *verdadero* Anthony? —preguntó Lena.

Max negó con la cabeza. Le estaba costando tener que confesarlo, más aún en el momento que Alex había elegido para atacarlo e insinuar que sospechaba de la naturaleza de su relación con los Cathala, pero si todos estaban en peligro, sentía que no tenía elección.

—¿Cuándo fue eso?

—No recuerdo exactamente, he perdido la noción del tiempo, pero fue hace varias semanas.

—Puede que poco a poco se vaya haciendo cada vez más fuerte, hasta ser capaz de manifestarse en el exterior a algunos de nosotros —aventuró Tom—. Recuerda lo que nos dijo Claire: está convencida de que Simon no se suicidó, sino que fue atacado por algo.

—Tenemos que ser muy prudentes —admitió Lena—. Max, ¿crees que podríamos ir a ver a tu madre y hablar con ella?

—Supongo que sí, pero no sé en qué estado la encontraremos. Mis padres discutieron anteayer y mi padre se fue a un hotel.

—Iré contigo, si quieres. Alex, tienes que hablar con tu hermana. Podría estar en peligro, ¿entiendes?

Alex asintió pero no contestó.

—Mehdi —continuó Lena—, vete a casa. Es mejor no preocupar más a tus padres. Intenta estar cerca del teléfono para que podamos seguir en contacto, ¿vale?

Se levantaron todos al mismo tiempo y se quedaron de pie, formando un círculo alrededor de la mesa, como esperando que alguno de ellos dijera algo que les infundiera valor, alguna orientación o al menos un atisbo de esperanza. Pero Alex se dio la

vuelta el primero y abandonó el invernadero, dejándolos con una impresión de fragilidad, de división y de peligro, ese que amenazaba con caer sobre ellos.

Cuando Lena y Max cruzaron la puerta de los Sentenac, encontraron la casa bañada por la luz ocre del atardecer. Las puertas acristaladas del salón estaban abiertas de par en par y una cálida brisa soplaba a través de las cortinas.

La madre de Max estaba sentada en la terraza de la parte trasera de la casa, junto a la piscina, con una botella de vodka casi vacía en la mesa. Estaba vestida con un pijama de seda y se había atado un pañuelo a la cabeza. El aire olía a cloro, tabaco y resina de tuyas.

Fumaba un cigarrillo y apoyaba el codo en la palma de la mano.

—¿Mamá? —dijo Max—. ¿Te acuerdas de Lena?

La mirada de la señora Sentenac estaba empañada por el alcohol.

—Tal vez, sí, creo que nos hemos visto antes en alguna parte.

Se dio golpecitos en los labios con el filtro del cigarrillo, tratando de recuperar el recuerdo de su encuentro.

—En el funeral de Simon Laval —dijo Lena.

—Eso es, eso es. Primero ese chico, ahora esta otra tragedia... Este mundo la ha tomado con vosotros, por muy jóvenes que seáis, ¿verdad? —dijo echando la cabeza hacia atrás para exhalar una bocanada de humo.

—Nos gustaría hablar contigo —prosiguió Max.

—¿Hablar conmigo? ¿Sobre qué?

—De la casa del impasse des Ormes.

Su madre agitó la mano como si espantara algo delante de sus ojos.

—Oh, no, por favor. Esa historia otra vez no.

Max se acercó y se sentó frente a ella, y Lena lo imitó.

La señora Sentenac los miró indignada, como si invadieran un espacio privado.

—Por favor, Maximilien, de *verdad*, no es el momento.

—Sé que conocías a la gente que vivía allí. Quiero que me digas la verdad.

Su madre se puso rígida, aplastó obedientemente su cigarrillo en el cenicero y cogió un nuevo paquete de Vogue y procedió a quitarle el celofán.

—Ya te lo he dicho, no lo recuerdo. Déjame en paz, ¿quieres? Conoces la situación entre tu padre y yo, ¿es mucho pedir un pequeño respiro?

Max miró a Lena y asintió con la cabeza. La joven sacó el magnetófono del bolso. La madre de Max retrocedió, como si acabara de dejar caer una serpiente sobre la mesa.

—¿Qué demonios es eso?

—Queremos que escuches algo —dijo Max.

Lena puso la grabación.

Cuando la voz se elevó del altavoz, la vieron palidecer. Se llevó una mano a la boca cuando la mujer mencionó su dirección y no la retiró hasta que la casete se detuvo.

De repente parecía sobria.

—¿De dónde habéis sacado eso? —susurró entre los dedos.

—Estaba en la casa —contestó Lena.

La señora Sentenac la miró horrorizada.

—Vosotros... ¡No me digáis que habéis *entrado* en ese sitio!

Quiso encender un Vogue y tuvo que intentarlo tres veces antes de que saliera una llama del mechero.

—Tenemos razones para creer que algo terrible ocurrió allí —dijo Max—. Y que puede tener algo que ver con la muerte de Simon y la

de Brice.

Su madre negó con la cabeza, mirándolos alternativamente a los dos.

—Es imposible —replicó—. No tiene ningún sentido. Ninguno.

—Mamá, tienes que contarnos lo que sabes —la apremió Max con voz teñida de impaciencia.

La señora Sentenac miró a su hijo, sin dejar de sacudir la cabeza, y luego se levantó bruscamente y desapareció en la casa sin decir palabra.

—Lo siento —dijo Max—, podemos volver a intentarlo mañana cuando esté menos... cuando se encuentre mejor.

Lena asintió, apenada.

—Por supuesto, no te preocupes.

Estaba a punto de marcharse cuando apareció la madre de Max con una carpeta de cartón en las manos. La arrojó encima de la mesa como si le quemara los dedos, y se plantó frente a ellos desafiante.

—Ahí lo tienes, ya que no podéis evitar meter las narices en todas partes.

Max tendió la mano, pero una repentina aprensión lo detuvo y fue Lena quien cogió la carpeta y la abrió. El portadocumentos contenía una serie de recortes de artículos de la prensa regional, cuyo papel había amarilleado. Los extendió ante ellos y subrayó el título del primero con la punta de los dedos.

SAINT-AUCH: HALLADOS TRES CADÁVERES EN EL INCENDIO DE UNA CASA

Lena lo leyó en voz alta.

—«Los cadáveres de una mujer y dos niños, de siete y nueve años respectivamente, fueron descubiertos tras un incendio declarado el

miércoles por la noche en una zona residencial de Saint-Auch —se apresuró a leer Lena—. Se cree que el incendio fue provocado.»

Max cogió el segundo recorte de prensa.

—Este se publicó al día siguiente —dijo, antes de ponerse a leerlo —. «La muerte de al menos una de las víctimas, la madre, habría sido causada por múltiples golpes y heridas. El marido, en detención preventiva, se negó a responder a las preguntas de la policía. Los cadáveres han sido trasladados al instituto médico forense de Toulouse, donde está previsto que se les practique una autopsia el viernes por la mañana.»

Se acercaron a leer juntos el último artículo.

DRAMA EN SAINT-AUCH:

EL SOSPECHOSO ADMITE HABER ASESINADO A SU MUJER

—«La autopsia practicada a los tres cadáveres ha revelado que la madre de los dos niños había sido asesinada con múltiples golpes de martillo antes de que se quemaran los cuerpos —leyó Lena—. En cuanto a los dos niños, habrían sucumbido a un estado de desnutrición grave y las heridas infligidas se habrían producido después de su muerte, hipótesis que confirmarán los análisis de las muestras tomadas durante las autopsias.»

—¿Esto satisface vuestra curiosidad? —preguntó la señora Sentenac—. ¿Entendéis ahora por qué no quería hablar de ello? ¿Ni recordar la historia siquiera?

Le dio el hipo, empezó a llorar un poco y se bebió el vaso de vodka de un trago.

Max se dio cuenta de que recordaba muy bien el día en que aquella mujer llamó a su puerta. Pensó que probablemente había reaccionado con tanta intensidad en el funeral de la madre de Alex o

en el de Simon Laval porque cada una de esas muertes la había devuelto de algún modo a ese otro drama y tal vez incluso había vivido todo ese tiempo, todos esos años, abatida por el recuerdo de su responsabilidad.

—Más tarde descubrimos que los había tenido allí, encerrados en esa casa, durante semanas —dijo ella—. Los hijos ya habían muerto de hambre antes de que matara a la madre. No sabíamos nada. No oímos nada.

—¿Condenó las contraventanas y a nadie le pareció sospechoso? —comentó Max.

—¿Qué quieres que te diga? La gente probablemente pensó que se habían mudado o marchado de viaje o algo así. También nos enteramos mucho más tarde de que la casa había sido hipotecada. Tenían que embargarlos, pero todo eso se produjo antes de que fueran a desahuciarlos.

Encendió un nuevo cigarrillo y le dio una calada con avidez.

—Le rompió el cráneo con un martillo, ¿os lo podéis creer? Le asestó más de sesenta golpes. Nunca he podido olvidarlo. Docenas de golpes también a cada uno de los niños, aunque ya llevaban días muertos. *Santo cielo*. Parece que, incluso sin el fuego, habrían estado irreconocibles, desfigurados del todo. Entonces los roció con gasolina y...

Se le quebró la voz.

—Si ya estaban muertos, ¿por qué quería quemarlos? —preguntó Lena.

—Me haces preguntas como si yo tuviera todas las respuestas. Como si yo fuera la responsable —dijo indignada la señora Sentenac.

—Solo intentamos comprender —replicó Max.

—¡Pero es que no hay nada que entender! ¿Quizá quería hacer desaparecer las pruebas? ¡Estaba completamente loco!

—¿Y quién avisó a la policía?

Su madre suspiró y se secó las mejillas.

—Él. Cuando llegaron los agentes, los estaba esperando, sentado en el sofá con el martillo a su lado. Me lo contó un vecino. Parece que les enseñó la habitación y que él mismo se puso de rodillas, con las manos detrás de la cabeza, sin oponer resistencia.

Parecía sorprendida por los recuerdos que se agolpaban en su memoria. Se sentó y rellenó su vaso de vodka.

—¿Por qué no se quemó toda la casa? —preguntó Max.

—Me parece que tu padre me explicó que un incendio no se propaga necesariamente por una casa, ni siquiera con gasolina, que depende de la cantidad de oxígeno que haya en el aire. También me dijo algo sobre la sangre, creo. Que podría haber demasiada. Además, los cuerpos no estaban carbonizados, solo quemados. Horriblemente quemados.

—¿Nunca confesó por qué lo hizo? —quiso saber Lena.

—Cuando se decidió a hablar en el interrogatorio, dijo que estaba convencido de que no eran realmente su mujer y sus hijos. Era evidente que estaba como una cabra. Fue internado en un centro psiquiátrico y declarado inimputable en el momento del juicio, a finales del año siguiente.

Repasaron los demás artículos de prensa que habían documentado el caso.

—¿Eso quiere decir que sigue vivo? —preguntó Max.

—Murió de cáncer de garganta. En 1989, creo. Me enteré por casualidad un día en la peluquería. Una clienta se puso a hablar de él. Había sido enfermera en la unidad de cuidados paliativos donde estuvo ingresado al final de su vida. Contó que ya no podía pronunciar una palabra, pero que tenía la mirada completamente

alucinada. Eso fue lo que le llamó la atención, sus ojos siempre desorbitados, como si estuviera obsesionado por lo que les hizo.

Lena le enseñó a Max el último artículo, una nota breve que recordaba en líneas generales el caso y anunciaba el fallecimiento del asesino.

—¿Por eso no se ha vendido nunca la casa?

—¿Quién querría mudarse ahí? Es la escena de un crimen. Supongo que ahora pertenece a los acreedores. Un día de estos la derribarán. Eso espero, al menos.

Miraron la foto que ilustraba uno de los artículos, un retrato de familia, probablemente tomado por el padre, en el que aparecía la madre, que debía de tener unos treinta años, con dos niños en brazos. La mala calidad de la impresión los hacía parecer como si les hubieran arrancado los ojos, y sus rostros estaban borrosos, como espectrales. Tenían el cabello castaño o moreno, era todo lo que Lena y Max habrían conseguido decir de ellos, pero no podían evitar imaginarse sus pequeños cráneos destrozados sobre una almohada empapada de sangre.

—¿Dónde están enterrados? —quiso saber Max.

—En el cementerio de Saint-Auch. Pero de una cosa estoy segura, y es que lo que ocurrió en esa casa no tiene *estrictamente* nada que ver con la muerte de vuestros compañeros. No sé qué os habéis imaginado, pero esa tragedia ocurrió hace más de quince años.

—No me puedo creer que ninguno de nosotros haya oído hablar del caso —dijo Max.

—Después de aquello, la gente quería seguir con sus vidas —contestó su madre—. Hubo reuniones de propietarios donde se decidió que evocaríamos el asunto lo menos posible. No queríamos que la urbanización quedara reducida a ese sórdido caso. Aquí hay personas, familias respetables.

Sacó la cinta del magnetófono y la agitó delante de ellos. El último vaso de vodka le había hecho efecto y se le había nublado de nuevo la vista.

—Y esto —dijo— no es cosa vuestra. Nunca deberíais haber entrado en esa casa ni hurgado entre las pertenencias de esa gente.

—Mamá —replicó Max, inclinándose sobre la mesa—, dame la casete.

Antes de que pudiera cogerla, su madre la arrojó a la piscina, donde flotó un momento, se llenó de agua y se hundió. Max atrapó corriendo la pértiga telescópica que estaba en el suelo y rebuscó por el fondo de la piscina hasta que sacó la cinta, que goteaba a sus pies.

—¡MIERDA! ¡MIERDA! ¿Por qué has hecho eso?

—¿No lo entiendes? ¡A veces hay que dejar que el pasado descanse en paz! ¿Por qué habéis tenido que ir ahí y removerlo todo? ¿Crees que no he sufrido ya bastante?

—Max —dijo Lena para apaciguar a su amigo—, olvídalo, es inútil.

—*¿Sufrido?* —exclamó él con una sonora carcajada de indignación —. ¿Me estás tomando el pelo? ¡Es esa mujer la que ha sufrido! Tú, lo único que hiciste fue echarla cuando vino a pedirte ayuda. Podrías haberla salvado a ella y a sus hijos, ¡pero no hiciste nada!

Sus palabras fueron como una bofetada para su madre.

—¿Cómo iba a sospechar lo que estaba pasando? —intentó justificarse—. Pensé que no era asunto mío, ¡que era problema de ella! No quería involucrarme, eso es todo. ¿Se me puede culpar por eso?

—Oh, creo que ya sabes la respuesta —replicó Max con frialdad, tratando de limpiar la cinta con su camiseta.

—Me voy —dijo Lena, interrumpiendo la conversación—. ¿Puedes llevarme a casa?

Max asintió.

—Adiós, señora —dijo Lena.

La madre de Maximilien no contestó y les dio ostensiblemente la espalda.

Cruzaron por la casa, salieron a la calle y encendieron un cigarrillo. Casi había anochecido y el cielo se estaba tiñendo de rojo por el oeste. Una mujer salió a la entrada de su casa para llamar a sus hijos, que seguían paseando en bicicleta por la urbanización, y pedirles que entraran.

—¡Qué estúpida! —exclamó Max—. ¡No me puedo creer que haya hecho algo así!

—No te preocupes.

—¡Probablemente se haya estropeado la grabación! ¡No podremos hacer nada con ella!

—Lo sé —admitió Lena mientras se sentaba en el bordillo de la acera—, pero creo que ya no la necesitamos.

—De todas formas, ¿qué significa todo esto? ¿Que esta casa está embrujada? Si lo estuviera, deberíamos haber visto los espíritus de esa mujer y sus dos hijos.

Lena mordisqueó pensativamente el *piercing* de su lengua.

—En todas las películas de fantasmas que hemos visto —dijo—, siempre hay un acontecimiento primigenio, algo dramático acaecido en un inicio, ¿no?

—Pero ese tipo estaba claramente convencido de que su mujer y sus hijos no eran quienes decían ser. ¿La casa lo había vuelto loco?

—Sabemos que esa fue una de las primeras casas de la urbanización. Aquí no había nada antes. Y dudo que se construyera sobre un cementerio indio cuyos espíritus vuelvan para vengarse.

—Oíste lo que decía ella en la cinta. La forma en que hablaba de sus hijos, era realmente flipante. Como si desaparecieran en la

oscuridad y ella intentara retenerlos.

—Murieron de hambre. Probablemente ella también se volvió loca.

—Fuera como fuese, no cambia nada. Simon Laval está muerto. Brice Lagarde está muerto. Lapeyrat está muerto. Esa mujer y sus dos hijos están muertos. No vamos a resucitarlos.

—No —admitió Lena—. Se acabó la historia. Solo tenemos que asegurarnos de que nadie vuelva a poner un pie ahí.

Max la miró con resentimiento, dio una última calada a su cigarrillo y lo tiró por el imbornal.

Todavía le resultaba doloroso pensar que tendría que privarse de volver a la casa; la sola idea reavivaba en él un violento deseo. Pensaba en el cuerpo del *otro* Anthony, que se mostraba ávido de él y de su placer. Dudaba que le fuera posible volver a experimentar semejante intensidad en esta vida y, de repente, sintió rencor hacia Lena por darse tanta prisa a la hora de decidir por los demás lo que era bueno para ellos y lo que no.

Ahora que conocía el sórdido drama que había tenido lugar en el impasse des Ormes, sabía que debería sentirse aún más sucio y avergonzado por pensar solo en preservar su deseo, y también recordó que esa otra realidad los había dividido constantemente. Se odió por volver a mostrarse tan egoísta.

—Mis padres han decidido marcharse de Saint-Auch —dijo—. No estaré aquí el curso que viene. Probablemente sea lo mejor, teniendo en cuenta lo que ha pasado entre Marie y... quiero decir, entre los Cathala y yo. Pero no puedo dejar que os enfrentéis solos a todo esto. Mañana iré a condenar esa maldita puerta para asegurarme de que nadie vuelva a entrar.

Lena se levantó.

—No te corresponde a ti. No a ti solo, al menos. Llamaré a los chicos, les contaré lo que nos ha explicado tu madre y tomaremos la

decisión juntos.

—De acuerdo —dijo Max.

—Siento que te vayas —añadió Lena—. Pero empiezo a pensar que aquí no hay nada bueno para ninguno de nosotros, y que lo único que podemos esperar es lograr largarnos de aquí.

2

Tras despedirse de Maximilien, Lena se dirigió al callejón. Se detuvo a cierta distancia y contempló la casa desde la acera de enfrente. El edificio parecía replegado sobre sí mismo, emboscado en la noche, dispuesto a abalanzarse sobre ella.

No podía dejar de pensar en lo que la señora Sentenac acababa de contarles y en lo que habían leído en periódicos. Sentía toda la fuerza de la terrible tragedia que había ocurrido ahí mismo y le parecía seguir viendo los rostros de la mujer y de sus hijos.

La sola idea de su interminable agonía la oprimía y le producía náuseas. Pensó en lo que Steve les hizo pasar y se preguntó cuándo acabaría todo aquello, *si es que acabaría* alguna vez, esa violencia que se cocía a fuego lento por todas partes en medio del silencio y la indiferencia, y que resurgía y se repetía una y otra vez. O quizá fuese inútil buscarle una razón y un origen al mal, puede que siempre hubiera estado ahí, un absceso incurable cuyo pus rezumaba del corazón de la humanidad.

Cuando Hélène le contó lo del suicidio de Steve, Lena se sintió aliviada de que ya no las amenazara, pero también de que su madre fuera libre por fin y pudieran reencontrarse.

Sin embargo, ahora lo veía como algo incierto, es más, era como si el universo hubiera conspirado contra ellas y tuvieran que vivir atemorizadas para siempre. Recordó con un escalofrío la mancha oscura que descubrió en el salón y en el pasillo, que a Alex le pareció sangre, y le vino a la mente la imagen del hombre

destrozando la cara de su mujer a martillazos mientras el susurro espectral de la voz de la cinta seguía resonando en sus oídos.

No estaba segura de que condenar la puerta de la casa fuera suficiente. Puede que Simon Laval tuviera razón, pensó, y quizá lo que había que hacer era destruirla, prenderle fuego, reducirla a cenizas.

La farola más cercana se encendió con un chisporroteo y la sacó de sus pensamientos. Miró durante un instante las nubes de insectos que revoloteaban a la luz, y luego se puso en marcha.

La noche era húmeda, olía a verano y a la acidez del estiércol repartido por los campos en la lejanía. Para llegar a su casa, tenía que seguir la carretera, cortar a la altura de la depuradora y atravesar uno de los vastos descampados que antes eran tierras de cultivo y ahora se hallaban enclavados entre la carretera principal y Les Acacias, donde unos años después se construiría una nueva urbanización.

Seguía el surco de un camino abierto entre la maleza por los chavales de Saint-Auch con sus idas y venidas a lo largo de los años cuando percibió una presencia en el límite de su campo de visión y se detuvo.

Al principio pensó que solo era una sombra entre sombras —era casi de noche y el páramo estaba bañado por un resplandor azulado —. Guiñó los ojos y sintió que la invadía una oleada de frío.

Steve estaba ahí, inmóvil, en medio del descampado.

Lo reconoció inmediatamente por su forma de andar cuando se puso a caminar hacia ella, su instinto le gritó que huyera pero tenía las piernas como dormidas y sus pies se negaban a moverse. Lo vio avanzar en su dirección como recién salido de una de las fotografías que había tomado en la casa o de una película de George A.

Romero. Cuando estuvo a pocos metros de ella y pudo distinguir sus rasgos, un terror adicional la sacó de su parálisis.

Fue retrocediendo a medida que él se acercaba.

Efectivamente, era él, era Steve, pero tal y como debió de yacer en una mesa de autopsias —o *tal como ella lo había imaginado* yacente— después de que descolgaran su cuerpo del marco de la puerta donde se había ahorcado.

Tenía el cuello marcado por una contusión oblicua, la cara cianótica, los ojos caídos, las córneas opacas. Su lengua estaba tan hinchada que le impedía cerrar la boca, sobresaliendo por detrás de los dientes como una loncha de hígado, y una saliva espumosa se le había secado en la barbilla.

Una ligera brisa que Lena no había notado antes transportó hacia ella un olor a flores blancas y a carne podrida que le dio náuseas.

—Niffffña —dijo Steve con una voz estrangulada y flemosa que pugnaba por cruzar el umbral de sus labios.

Lena consiguió mover el pie izquierdo hacia atrás, golpeó una piedra con el talón y estuvo a punto de caer de espaldas. Se dio la vuelta y empezó a correr tan rápido como pudo, sintiendo sus zancadas como movimientos extraños y mecánicos. Llegó a Les Acacias por la plazoleta del final de la calle y se detuvo a la luz de las farolas.

El corazón le latía tan deprisa en los tímpanos que al principio no oyó las voces cerca de ella. Se dio la vuelta y vio a dos parejas que charlaban en la calle, junto a un coche, a unos quince metros de distancia. Parecía que la primera iba a llevar a su casa a la segunda tras una cena de amigos.

—Buenas noches —dijo una de las mujeres que debía de conocer del barrio porque le resultaba familiar.

Lena no se molestó en contestar y se fijó en la plaza, sumida en la oscuridad.

En el mismo instante en que pensó que Steve había desaparecido, que era imposible que la hubiera seguido hasta allí, a cielo abierto, que tal vez incluso había sido víctima de una alucinación, vio su silueta emerger de la oscuridad.

Un terror sin nombre la invadió y unas agujas invisibles le pincharon el cuero cabelludo. Retrocedió hasta el centro de la calle en dirección a las dos parejas, pero Steve salió de la plaza para seguirla, caminando también hacia la luz.

Ahora podía ver su rostro azul y abotagado, con el cuello torcido hacia el hombro derecho. Llevaba una camiseta con grandes manchas grasientas, como si su cuerpo en descomposición hubiera supurado, y la entrepierna de sus pantalones también estaba manchada hasta medio muslo.

—Por favor, ayúdenme —dijo Lena con voz entrecortada.

—¿Pasa algo? —preguntó el marido de la mujer que acababa de saludarla.

Lena siguió retrocediendo, incapaz de apartar los ojos de Steve, y chocó con el hombro de uno de los adultos.

—Es la chica que vive en el número 12 —dijo la mujer—. ¿Te encuentras bien?

Siguieron la dirección de su mirada.

—Ayúdenme —dijo Lena.

—Por supuesto, claro que te ayudaremos, pero dinos qué te pasa.

Steve caminaba directamente hacia ellos y Lena seguía retrocediendo, en medio de las dos parejas que alternativamente la miraban a ella y en dirección a la aparición. La vecina la cogió de la mano sin que ella se diera cuenta y, cuando entendió que intentaba retenerla, Lena se apartó con un rápido movimiento.

—Suélteme —dijo—. No lo ven, ¿es eso?

Miraron a Steve.

—¿Ver qué? ¿De qué estás hablando?

—Esta chica no está bien —comentó uno de los dos hombres.

Steve pasó en medio de ellos y Lena se dio cuenta de que no le servirían de ayuda. Se dio la vuelta y corrió hacia su casa, se abalanzó a la puerta y tiró del picaporte para descubrir que estaba cerrada con llave.

—Mamá —gritó golpeando la puerta con los puños cerrados—. ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Abre la puerta! ¡ÁBREME!

De pronto recordó que su madre trabajaba esa tarde y que seguramente habría dejado la llave bajo una de las piedras del arriate que había junto a la ventana de la cocina. Buscó a tientas en el parterre, pisoteando las hortensias, y soltó un grito de alivio cuando sintió el frío tacto del manojo de llaves.

Se levantó y saltó hacia la puerta.

Hizo desfilar rápidamente las llaves entre sus dedos y de milagro consiguió introducir una de ellas en la cerradura al primer intento. Se giró justo a tiempo para ver a Steve empujando la puerta de la verja, con las manos extendidas hacia ella.

—Niffffña —repitió.

Ella empujó la puerta con el pie justo cuando él intentaba agarrarla del pelo y la mano de Steve bajó hasta el tejido de su mochila.

Lena sintió que tiraban de ella hacia atrás y que el olor a putrefacción la envolvía. Se agachó para liberarse de las correas del bolso, tropezó y estuvo a punto de caerse.

Se apoyó con las dos manos, entró corriendo en la casa y cerró de golpe la puerta, contra la que se apoyó con todo su peso el tiempo suficiente para poner la cadena de seguridad.

Retrocedió cuando la manilla bajó y la cadena se tensó. Steve aporreó la puerta con tal fuerza que la hizo gritar.

Él introdujo la mano por la rendija de la puerta, tiró frenéticamente de la cadena con los dedos y luego metió la cara por el hueco para intentar ver el interior.

—Quiffffzá sea hora de que te dé una lecfffción a tffffi también —resopló.

Su lengua negra y putrefacta se movía obscenamente entre los dientes, como si estuviera simulando un *cunnilingus*, y su ojo blanco giraba en su órbita para sondear la entrada.

Jadeaba con la excitación de un sabueso que intenta hacer salir a su presa de la madriguera, y ella podía notar el olor ácido de su aliento, que le recordó al de un cubo de basura abandonado al sol, con fruta podrida, pañales de bebé y despojos de ave macerando en el fondo.

Él cerró la puerta, la volvió a abrir, la cerró de nuevo, intentando romper el sistema de seguridad.

—¡Déjame en paz! —gritó Lena—. ¡Vete! ¡Vete!

La puerta se cerró de golpe y se hizo el silencio.

Solo la cadena bailaba suavemente tintineando contra el marco de la puerta.

Lena tomó conciencia de su respiración acelerada y de la sensación de que una corriente eléctrica recorría los nervios de sus brazos y sus piernas. Miró hacia la cocina para ver a través de la ventana si Steve estaba dando la vuelta a la casa y, ante ese pensamiento, fue corriendo al salón y cerró con llave las dos puertas acristaladas.

Miró a través de su fantasmal reflejo el pequeño jardín sumido en la noche, y retrocedió hasta la penumbra de la entrada cuando otro golpe en la puerta le arrancó un grito de sorpresa.

—¿Lena? —dijo una voz amortiguada por el grueso acolchado del batiente—. Lena, soy yo, soy Mehdi.

Sintió que el alivio le inundaba el pecho y alargó la mano para agarrar la cadena, que estaba a punto de quitar, pero dudó.

—¿Mehdi? —preguntó.

—¿Qué pasa? Mis padres han oído gritos en la calle y los vecinos nos han dicho que parecías completamente aterrorizada.

Intentó abrir la puerta, pero la cadena se tensó. Lena pudo verle parte de la cara, pero se mantuvo a distancia.

—¿Lena?

—No sé si realmente eres tú —dijo ella, tratando de enjugar las lágrimas que le nublaban la vista.

—Claro que soy yo.

—¡No lo entiendes, estaba aquí hace un momento!

—¿De quién estás hablando?

—¡De Steve! ¡De mi padrastro! Me persiguió desde el páramo, ha intentado entrar.

Mehdi dio un paso atrás y miró a su alrededor. Vio la mochila que el ente había dejado en el suelo y la recogió.

—¡No veo nada! Te aseguro que no hay nada en absoluto. Abre, por favor.

Lena negó con la cabeza.

—Estaba ahí. Quizá tú tampoco puedas verlo. Tal vez ni siquiera seas el verdadero Mehdi.

—Te prometo que soy yo, Lena. Mírame. Por favor, mírame.

Ella se acercó a la ranura de la puerta pero manteniéndose fuera de su alcance y lo miró a los ojos.

—Soy yo —dijo él con voz dulce—. Soy yo. Tienes que confiar en mí, ¿vale?

Lena asintió, cogió la cadena y la deslizó por el resbalón. Mehdi empujó la puerta, entró y ella se apresuró a cerrar de nuevo, esta vez con doble llave.

Cuando él la abrazó, ella rompió a llorar.

—Te juro que estaba ahí —dijo.

—Te creo —respondió Mehdi—, te creo.

Bajaron las persianas, encendieron las luces y se aseguraron de que todas las entradas estaban cerradas. Lena seguía temblando como una hoja por la conmoción.

Se dio una larga ducha caliente mientras Mehdi montaba guardia frente a la puerta, luego se refugiaron ambos en su dormitorio y se tumbaron en la cama, acurrucados en posición fetal.

Lena le contó lo que Max y ella descubrieron en la casa de los Sentenac y cómo Steve había aparecido en el páramo.

—Creo que sé por qué me ha atacado —dijo ella—. Es porque he intentado interponerme entre la casa y vosotros. He tratado de convenceros de que no volvierais ahí y, esta noche, he pensado que lo mejor sería destruirla. Simon tuvo la misma idea, por eso lo mataron. La casa, o lo que sea que haya dentro de ella, está intentando defenderse.

—¿Qué crees que es realmente ese lugar?

—No lo sé, pero pienso que Tom tiene razón, no es solo otra realidad, está viva.

Mehdi se puso bocarriba, cruzó las manos sobre el pecho y miró al techo.

—¿Y si todos esos deseos que tenemos, los sueños que tenemos, los miedos que nos persiguen, las historias que nos inventamos... si todo eso tomara forma, existiera en algún lugar, y el drama que ocurrió en la casa hubiera abierto una especie de puerta a esa

realidad? ¿Una realidad que obedecería a leyes distintas de las nuestras?

Lena asintió.

—Lo cierto es que esto ha ido demasiado lejos y no hay vuelta atrás. Se está extendiendo a través de nosotros, contaminando nuestro mundo. La casa podría alcanzar a mi madre como llegó a Steve o a Brice.

Mehdi la miró. El azul de sus mechas se había decolorado y tenía el pelo más largo. El cansancio y el miedo le daban un aspecto serio. Se parecía a Hélène. Era desgarradoramente bella.

—No le pasará nada —dijo él—, te lo juro. Tienes razón, tenemos que encontrar una manera de parar esto.

Lena le tapó inmediatamente la boca con una mano para silenciarlo, pero Mehdi la agarró suavemente de la muñeca y la retiró.

—Sabes que pensarlo o decirlo en voz alta es lo mismo. Si nos ha infectado, ya lo sabe todo sobre nosotros.

Se dio cuenta de lo equivocado que estaba al pensar que ella se había convertido en una extraña para él y que ese era el fin de la pandilla. Ahora le parecía que lo que los unía era, por el contrario, lo único tangible que les quedaba, lo único a lo que podían aferrarse para hacer frente a lo que los esperaba.

—Hay algo que no te he contado —le confió Lena—. En la casa no solo encontré a mi padrastro. También te encontré a ti, Mehdi. Existías para mí allí, y aunque sentía que nos distanciábamos, no supe reaccionar a tiempo. Lo que vivía yo al otro lado a veces me parecía preferible a mi propia vida.

Mehdi la miró y no contestó. Le puso una mano en la mejilla y le secó las lágrimas con el pulgar. Lena se acercó a él y posó sus labios en los de él. Él sintió su lengua hurgando en busca de la suya, la

pequeña perla de su *piercing* tintineando contra sus dientes. Sus labios aún conservaban la sal de sus lágrimas y su saliva sabía dulce.

Ella se acurrucó contra él, apoyó la cabeza en su hombro, sus manos se entrelazaron y permanecieron en silencio.

—Tengo miedo —dijo por fin Mehdi—, creo que nunca he tenido tanto miedo en mi vida.

—Lo sé —respondió Lena—. Yo también.

Se dieron cuenta de que se habían quedado dormidos cuando se despertaron sobresaltados por el timbre del teléfono media hora más tarde.

Lena saltó de la cama.

—Cálmate —intentó tranquilizarla Mehdi—, solo es el teléfono.

Ella miró a su alrededor, perdida, antes de que le vinieran a la memoria los acontecimientos de la tarde. Volvió a oírse el timbre en la planta baja y pensó que, si el teléfono sonaba a una hora tan tardía, cosa que no solía ocurrir, debía de haber pasado algo grave.

Salió corriendo por la puerta y bajó las escaleras, con Mehdi precipitándose tras ella.

—¿Mamá? —preguntó nada más descolgar.

—Lena, soy Alex.

—¿Alex? ¿Va todo bien?

Él no contestó enseguida. Mehdi le hizo un gesto a Lena para que le explicara lo que ocurría, pero ella meneó la cabeza para indicar que no sabía nada y volvió a pegarse el auricular al oído.

—¿Alex? ¿Estás ahí?

—Quería decirte que tenías razón. Debería haberte escuchado.

—¿Razón? ¿Razón en qué?

—Mi hermana —susurró, como si no quisiera que alguien cerca de él lo oyera—. Ha desaparecido. Creo que está al otro lado. Voy a

buscarla.

—Alex, estoy con Mehdi, enseguida vamos. No vuelvas ahí solo.

Lo oyó ahogar un sollozo al otro lado de la línea.

—No puedo haceros correr ese riesgo —replicó—. Es culpa mía si ha vuelto.

—No digas eso, es responsabilidad de todos nosotros, ¿me oyes? Estaremos allí en veinte minutos. Nos vemos delante de tu casa.

—Lo siento, no. Me toca a mí encontrarla. Sobre todo, no me sigáis hasta allí. Si no vuelvo, ya sabes lo que tenéis que hacer. Destruir ese lugar.

—¡Alex! —gritó Lena.

Él colgó.

—Camille está en la casa —adivinó Mehdi.

—No llegaremos a tiempo para impedirle que vaya a buscarla.

Mehdi asintió.

Estaban a punto de marcharse cuando Lena se detuvo en la puerta.

—Quizá esa cosa siga ahí fuera esperándonos —dijo, sujetándose el vientre.

Mehdi examinó la calle.

—Vía libre, y esta vez somos dos. No dejaré que te haga daño.

Lena pareció dudar.

—Dame solo un momento —le pidió.

Cogió la mochila que habían dejado antes en la entrada, subió las escaleras de cuatro en cuatro, entró en su dormitorio y vació el contenido del bolso en su cama. Agarró la Canon que tenía en el escritorio y se detuvo un instante a contemplar la pequeña habitación, los pósteres de las paredes, el papel pintado que había renunciado a arrancar, las fotos de Montauban y las que se había hecho desde su llegada a Saint-Auch. A pesar de lo que le había

dicho a Max durante la velada, se dio cuenta de que había empezado a construir ahí, contra todo pronóstico, una vida que le gustaba.

Volvió a la planta baja y, antes de reunirse con Mehdi, que la esperaba delante de la casa, cogió el bloc de notas que su madre había dejado junto al teléfono y escribió en la primera página:

No podría haber soñado con una madre mejor.

L.

Después de que todos se despidieran en el invernadero, Alex no se fue a casa inmediatamente. Necesitaba despejarse y dejar que se le pasara el enfado.

Estaba disgustado con Lena por haber ido a registrar la casa y luego pedirles que no volvieran a poner los pies en ella. Le parecía que, antes de conocerla, sus vidas transcurrían tranquilamente en Saint-Auch, e incluso empezó a pensar que la recaída del cáncer de su madre era consecuencia del traslado de Lena a Les Acacias.

¿No podía ser que todas esas desgracias no tuvieran nada que ver con el impasse des Ormes, que fuera ella la que hubiera atraído ahí algún tipo de maldición?

Sabía a ciencia cierta que la casa siempre había estado allí, que siempre había ejercido esa fuerza de atracción sobre ellos, que él mismo había soñado con ella mucho antes de conocer a Lena Mancini, pero no podía quitarse de la cabeza que ella debía ser en parte responsable de todo aquello y que era injusto por su parte querer cambiar las reglas cuando había sido ella quien los había arrastrado allí la primera vez.

Quizá a ella le resultara más fácil no volver a la casa porque estimaba haber vivido ahí lo que tenía que vivir, o bien porque se había librado del bastardo de su padrastro y con eso le bastaba.

Alex pensó en la prisa con que Max le recordó que la aparición en la casa no era realmente su madre. Hacía tiempo que sospechaba que su aventura con Marie Cathala no había sido más que una farsa y que su fascinación por el idiota de Anthony debía de estar motivada por algo más que una simple amistad. Al principio, pensó en un estúpido orgullo, el de codearse con un chico mucho más popular que todos los de la pandilla, una forma de esnobismo que le habría hecho preferir la compañía de los Cathala que la suya.

La idea de que los sentimientos de su amigo por Anthony pudieran ser de otra naturaleza no se le ocurrió antes de esa noche y, si lo provocó, fue sin ninguna intención particular, como reacción a lo que acababa de decir sobre su madre, simplemente para defenderse.

Cuando Max les confesó que había visto a Anthony delante de su casa y que lo siguió hasta el callejón, Alex se dio cuenta de que había acertado más de lo que creyó en un principio. Lo cierto es que le extrañó, siempre pensó que se reconocía a los homosexuales a primera vista, pero en realidad no le importaba que Max lo fuera. Era ante todo uno de sus mejores amigos y a Alex le dolía la indiferencia que les había mostrado durante los meses de su ligue con Marie.

Por un momento, albergó la esperanza de que pudieran juntarse de nuevo cuando les anunció que su relación se había terminado, pero los acontecimientos no les habían dado tiempo y su actitud aquella noche le hizo perder toda ilusión. Algo de su amistad se había roto, tal vez incluso se había perdido para siempre.

Aunque no fuera su madre la que estaba en la casa del impasse des Ormes —cosa que Alex podía admitir puesto que también él lo sospechaba—, su presencia era preferible a su ausencia total y

definitiva, y era inaceptable que Max o Lena tuvieran algo que decir al respecto, que intentaran impedir que volviera a verla.

Pero su cólera también procedía de una conciencia apenas enmascarada de su propia mala fe. La verdad era que, con ese pretexto, disimulaba un secreto deseo de preservar sus encuentros con otros entes, los que habían adoptado la forma de las actrices de serie B con las que tuvo la impresión de fusionarse, y la mística sensación de fundirse en el universo al que se abría la casa, de disolverse en él por completo.

¿Cómo podía preferir la monotonía de su existencia, el dolor de un luto imposible, la presencia de un padre aletargado por la tristeza? El peligro de la otra realidad parecía menos temible que ese purgatorio.

Pero sabía que Lena tenía razón en una cosa: nunca debería haber llevado a Camille ahí. Nunca debería haber cedido a las súplicas de su madre o de esa cosa que se hacía pasar por ella.

Porque *sintió* que la estaba poniendo en peligro y, aunque su vigilancia se había visto burlada, aunque su capacidad de empatía se había reducido a la mínima expresión —le importaba sinceramente un comino la muerte de Lagarde, de Lapeyrat, del ex de la madre de Lena e incluso la de Simon Laval—, no podía evitar pensar que había fallado en su deber de hermano mayor al traicionar la confianza de Camille.

Así que cuando por fin se decidió a ir a casa para hablar con ella, cruzó la puerta y vio a su padre esperándolo en el salón caminando de un lado para otro, se dio cuenta enseguida de lo que estaba pasando.

—¿Dónde te habías metido? Son más de las once, y estaba muy preocupado.

Su tono no era de amonestación, solo de preocupación, pero hablarle a su hijo de su inquietud parecía costarle terriblemente.

—¿Dónde está Camille? —inquirió Alex sin contestar a su pregunta.

—Justamente, no lo sé. No la he visto en todo el día, pensaba que por lo menos llegaríais los dos a cenar, quería creer que estaba contigo.

Alex no había vuelto por su casa después de salir temprano esa tarde y no recordaba haber visto a Camille por la mañana. Fue al cuarto de su hermana para comprobar por sí mismo que no estaba y se puso a revisar sus cosas a ciegas, con la esperanza de encontrar una pista, cualquier cosa que pudiera indicarle que estaba en otro lugar que no fuera la casa del callejón.

Pero solo encontró una de las fotos de su madre, una de las que expuso ella el día del funeral. La había sacado del marco y la había dejado bien visible en su escritorio.

—¿Alex? —preguntó su padre, que acababa de entrar en la habitación—. ¡Dime algo, maldita sea!

Alex se metió la foto en el bolsillo derecho del pantalón vaquero para no aumentar su inquietud.

—Enseguida aparecerá, no te preocupes —dijo dándose la vuelta —. Creo que sé dónde está. Voy a buscarla.

Vio a su padre patético, desconcertado, como si supiera que se enfrentaba a una situación que lo superaba y optara por confiar ciegamente en la palabra de su hijo, ignorando que era él precisamente quien había arrojado a su hija a la boca del lobo.

—Date prisa, por favor. Es tarde y no quisiera que...

Se calló para mirarlo con expresión consternada.

—Por supuesto —intentó tranquilizarlo Alex—. No te preocupes, ¿vale?

El señor Fauré asintió y se sentó en la cama de su hija mientras Alex salía para telefonear a Lena.

Después de despedirse de Lena, Maximilien se refugió en su dormitorio. Sin duda, a esa hora su madre se había quedado dormida en una tumbona de la terraza o en su cama, pero no quería arriesgarse a encontrársela después de la conversación que acababan de tener.

Cogió al azar la cinta de vídeo de *La cosa* de una de las pilas de su colección, la introdujo en el magnetoscopio y se tumbó en la cama sin molestarse en desvestirse. Se sabía de memoria la película de John Carpenter porque la había visto una docena de veces, pero le apetecía algo que le hiciera olvidar lo que les había contado su madre y lo que habían leído en la prensa.

Como estaba cansadísimo, no tardó en quedarse dormido ante la escena en la que el doctor Blair, uno de los biólogos de un equipo de investigación estadounidense instalado en la Antártida, acaba de realizar la autopsia de los restos de uno de los perros de trineo de la estación, contaminado por un parásito extraterrestre.

El científico explicaba al resto del equipo que lo que estaban observando en la mesa de disección era un organismo que imitaba otras formas de vida y que, al atacar a los perros, en realidad había intentado absorberlos y modificar sus propias células. La monstruosa criatura que estaban observando no era un perro, en su opinión, sino una *imitación* de perro. Simplemente, los hombres la habían matado antes de que tuviera tiempo de terminar. «¿Terminar qué?», preguntaba uno de los miembros del equipo. «Terminar de imitar a uno de esos perros», respondía Blair.

En un rincón de su conciencia, Max oyó las palabras del doctor Blair, que se superponían al recuerdo de las hipótesis que la pandilla había elaborado en los invernaderos aquel mismo día, y al recuerdo

del *otro Anthony*, tal como lo sintió Max desplegándose en su interior.

Con los ojos medio cerrados, veía las imágenes de la criatura que había intentado imitar al perro devorando la jauría de la estación, con sus esbozos de patas huesudas emergiendo de un magma de carne ensangrentada, y se acordó de la forma en que le pareció ver la columna vertebral de Anthony moviéndose y encajándose bajo la piel de su espalda.

Una oleada de pánico se apoderó de él, buscó el mando a distancia perdido entre las sábanas y pulsó frenéticamente los botones hasta que consiguió expulsar la cinta del magnetoscopio.

En ese mismo instante, oyó el timbre de la puerta sonando repetidamente. Se levantó para ir a abrir antes de que sacaran a su madre del letargo. Al ver a Mehdi y a Lena en el umbral, supo inmediatamente que había ocurrido algo grave.

Acababan de llegar de casa de los Fauré, donde el padre de Alex los informó de que su hijo había ido a buscar a su hermana.

—No debería tardar —les dijo—. ¿Queréis pasar y esperar conmigo?

—No, gracias —respondió Mehdi—, volveremos mañana.

—¿No sabréis dónde pueden estar, por casualidad? —les preguntó el padre de Alex.

Mehdi sacudió la cabeza disculpándose antes de llevarse a Lena cogiéndola del brazo.

—No nos ha esperado —dijo Lena a Max—. Ya está en la casa. Tenemos que ayudarlo a encontrar a Camille.

También le contó el ataque que había sufrido tras despedirse de él.

—¿Os dais cuenta de lo que significa volver allí ahora? —preguntó Max—. Si esas cosas pueden perseguirnos hasta aquí, ¿os imagináis

lo que puede pasarnos al otro lado?

—Ya no estamos seguros en ningún sitio —dijo Mehdi.

—Tal vez, pero estaremos en *su* territorio. ¿Tenéis un plan?

—Sí, y es muy simple. Entramos en la casa, buscamos a Alex y Camille, salimos y le prendemos fuego —contestó Lena.

Max soltó una fría carcajada.

—Simplista, querrás decir.

—Bueno, ¿qué? —preguntó Mehdi, que empezaba a impacientarse.

Max los miró a ambos, cabeceando.

—Estáis totalmente pirados, ¿lo sabíais? OK, vamos a buscar a Límulo.

Era casi la una de la madrugada cuando llegaron a casa de Thomas. Max llamó tres veces y la señora Hernandez acabó por abrirles la puerta en camisón.

—Sentimos molestarla tan tarde —dijo Mehdi—, pero tenemos que hablar con Thomas.

—¿Habéis visto qué hora es? Thomas está durmiendo. ¿Qué hacéis los tres aquí? ¿Qué queréis de él?

—Es muy importante, tenemos que verlo a toda costa —insistió Max.

—¿No podéis esperar hasta mañana? ¿Saben vuestros padres que aún estáis en la calle?

—Alexandre y su hermana han desaparecido —dijo Max.

La señora Hernandez se llevó una mano al pecho.

—Dios mío, ¿cuándo? ¿Desaparecido? ¿Ha llamado su padre a la policía? Pasad, pasad. Voy a despertarlo.

Se asomó a la calle para mirar en dirección a la casa de los Fauré y luego los condujo al salón, donde encendió una lámpara de pie con una gruesa pantalla de lona que difundía una luz tenue.

—Por favor, no hagáis ruido —añadió disculpándose—, Alain está dormido y no le gusta que lo molesten.

Los tres se sentaron en silencio en el sofá y esperaron a que ella volviera con su hijo. Tom apareció, vestido con un viejo pantalón de chándal y una camiseta de *Jurassic Park*. Los miró con expresión perpleja y somnolienta.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó.

—Camille está... al otro lado —dijo Mehdi con cautela—. Alex ha ido a buscarla solo.

—¿Al otro lado? ¿Qué significa eso? —preguntó la señora Hernandez.

Max lanzó una expresiva mirada a Thomas para darle a entender que tenía que alejar a su madre.

—Mamá —dijo Tom—, ¿puedes dejarnos solos un rato?

—Pero es que me gustaría entender lo que...

—Por favor, solo dos minutos.

Frunció los labios disgustada, pero se marchó cerrando la puerta del salón tras de sí.

—Las caras que ponéis me hacen temer lo peor —dijo Tom.

Le contaron el ataque de Steve y la llamada de Alex.

—Vamos a buscarlos —dijo Lena—. ¿Quieres venir con nosotros?

—Sí, por supuesto. Dadme un momento para vestirme y...

—¿Quién está ahí? —oyeron gruñir desde el pasillo.

—Mierda —dijo Tom, apretando los dientes.

Girard abrió la puerta y entró en el salón, vestido con un pijama de cuadros y asomando su gran barriga blanca y peluda.

Se quedó mirándolos y todos se levantaron a una.

—Pero ¿qué...? —empezó—. ¿Se puede saber qué tomadura de pelo es esta? ¿Qué coño está pasando aquí?

—No es nada —respondió Tom—, solo han venido a decirme algo.

—¿En mitad de la noche?

La madre de Tom, que había oído a Girard desde la cocina, volvió al salón.

—Se van enseguida. Os ibais ya, ¿verdad? Se han parado un momento. Los dos hijos Fauré han desaparecido.

—Los dos hijos Fauré han desaparecido —repitió Girard, como si no tuviera ni idea de quién o de qué estaba hablando.

—Los hijos del vecino, el que ha perdido a su mujer, ya sabes. Por favor, vuelve a la cama, que se van.

—¿Y no podíais esperar hasta mañana? ¿Qué nos importa que esos chicos se hayan escapado?

—Olvídalo, no es asunto tuyo —replicó Tom.

Luego añadió a sus amigos:

—Esperadme fuera si queréis.

—¿Cómo que *esperadme*? —preguntó Girard, interponiéndose en su camino—. Tú no vas a ningún lado, mocoso. Es más, vas a volver inmediatamente a la cama.

Tom pudo ver la angustia en el rostro de su madre, la inquietud en las caras de sus amigos, y sintió que el horror y la rabia lo abrumaban.

—Déjame pasar —dijo plantándose delante de su padrastro.

Su madre soltó un hipo de asombro. El rostro hinchado y cubierto de angiomas de Girard se volvió escarlata. Tendió la mano para abofetear a Tom, pero solo consiguió rozarlo con la punta de los dedos y agarrarlo por la camiseta para arrastrarlo fuera de la habitación.

—Tú no te mueves de aquí, te lo aseguro.

Tom se debatía como un loco, intentando agarrarse al marco de la puerta del salón, dando patadas en las paredes y en las espinillas de su padrastro.

Los miembros de la pandilla permanecieron boquiabiertos un instante, luego Mehdi corrió al pasillo para ayudar a su amigo. Atrapó a Girard por el brazo y trató de obligarlo a soltar a su presa. El hombretón se desplomó contra un tabique con un rugido, y el cuello de la camiseta de Tom se rasgó hasta la mitad del hombro.

—¡Parad! —gritó la señora Hernandez detrás de ellos—. ¡Parad, os digo! ¿Habéis perdido la cabeza o qué?

Max y Lena la siguieron hasta el pasillo justo cuando Girard se apartaba, soltaba a Tom y propinaba un fuerte codazo a Mehdi justo en el pecho, enviándolo al suelo a los pies de sus compañeros. Resoplaba como un buey y Tom aprovechó ese momento de respiro para apoyarse en la pared, fuera de su alcance.

Hubo un breve silencio durante el cual todos oyeron una especie de estremecimiento procedente del final del pasillo, de la habitación de Tom, que había permanecido entreabierta. Allí parecía haber algo sólido, cuya presencia solo podían adivinar, y que frotaba las paredes o, mejor dicho, *se desplazaba* por ellas.

La puerta se entreabrió y Tom vio emerger por la parte superior del marco la cabeza de una gigantesca escolopendra, cuyas antenas tantearon el techo del pasillo antes de extraer de la oscuridad su cuerpo largo, anillado y de color marrón rojizo, plantando las patas de sus primeros segmentos en el yeso de los tabiques.

Un olor indefinible a turba húmeda y amoniaco llegó hasta ellos. Con la boca abierta, Tom retrocedió hacia Girard sin poder apartar los ojos del animal. Era idéntico en todo a Newt, pero debía de medir unos quince metros y tenía unos colmillos venenosos del tamaño de los antebrazos del adolescente.

Sus patas amarillentas engancharon uno de los apliques y la bombilla estalló, haciendo que la señora Hernandez gritara de sorpresa. La lámpara colgante se estrelló a los pies de Tom.

—Tom, ¿qué hay ahí? —preguntó Lena, que se dio cuenta de que había algo delante de ellos que solo él podía ver.

Él no pudo decir una palabra y su espalda se encontró con la gran barriga de Girard que, como los demás, había visto saltar el aplique de la pared y miraba desconcertado hacia el pasillo.

—¿Tom? *Dinos lo que ves* —lo instó Lena.

—¿No... de verdad que no podéis ver nada? Creo que es... Se parece a Newt, pero es mucho, mucho, *mucho* más grande.

Se volvió bruscamente, agarró a Lena por la muñeca y empujó a Max, a Mehdi y a su madre de vuelta al salón.

—¡Atrás! —les gritó—. ¡ATRÁS!

Girard reapareció en la habitación detrás de ellos, con el pelo todo revuelto y fuera de sí.

—¡Ya basta! ¡Vais a salir de mi casa ahora mismo, panda de cabrones! Y tú, tú vas a...

No tuvo tiempo de terminar la frase.

Su cabeza se inclinó bruscamente hacia un lado, sus brazos se quedaron pegados a su cuerpo y todo él se levantó del suelo. Algo le perforó el tórax y la cara por debajo de la mandíbula inferior.

Sus ojos se abrieron de par en par, sorprendidos. El ojo izquierdo se le inyectó de sangre hasta el punto de que resultaba imposible distinguir el iris. La parte superior de su pijama se rasgó a la altura de las costillas y pudieron oír un crujido interno mientras se elevaba en el aire.

Solo Tom acababa de ver cómo la escolopendra surgía del pasillo detrás de su padrastro, lo agarraba entre sus cinco primeros pares de patas para contenerlo y le plantaba los colmillos en el cráneo y el

costado, del mismo modo que había visto hacerlo al ejemplar de Grillon con un ratón blanco años atrás.

En cuanto se le pasó la estupefacción, la señora Hernandez lanzó un grito largo y estridente. La escolopendra desplazó a Girard entre sus patas y lo mordió varias veces mientras el resto de su gigantesco cuerpo se replegaba en un rincón del salón.

La lámpara de pie se hizo añicos, sumiendo la habitación en la oscuridad. Vieron girar a Girard, como apuñalado en varios sitios por una fuerza invisible.

Una gran herida se abrió en su estómago, desvelando una masa grumosa y amarillenta de grasa que a Tom le recordó el interior de un pomelo. Algo le perforó la carne del muslo y luego el pecho. La sangre empezó a brotar de todos los agujeros, empapando el tejido rasgado del pijama y salpicando el papel pintado de las paredes y el camisón de la señora Hernandez.

Tom pensó en los litros de veneno que la escolopendra debía de estar inyectándole y que ya habrían empezado a disolverle las tripas. Girard convulsionó, vomitó sangre, y la criatura, excitada por las sacudidas de su presa, la lanzaba frenéticamente de un lado a otro del salón.

Los pies del grueso hombre golpearon el televisor, que cayó, haciendo estallar la pantalla. Su cuerpo se vio proyectado contra las paredes, su cráneo se estrelló contra el tabique de yeso y su cabeza cayó pesadamente sobre su pecho.

La escolopendra lo mantenía pegado a su abdomen. Brotó un sonido de la boca de Girard, un borborigmo que parecía provenir del sifón de un fregadero obstruido, como si alguien estuviera intentando desatascarlo, mientras un chorro oscuro y viscoso seguía manando de sus labios sobre la moqueta y el sillón eléctrico.

—¡Tenemos que salir de aquí *ahora*! —gritó Lena.

Max y Mehdi saltaron por encima del sofá hacia las puertas acristaladas.

—¡Cuidado! —gritó Tom—. ¡Nota las vibraciones!

Las antenas de la criatura, que auscultaban el cuerpo suspendido de Girard como para evaluar la masa que aún tenía que tragar, se enderezaron. Pero, apenas oyeron la recomendación de Tom, los chicos abrieron los batientes gritando, empujaron las contraventanas y se precipitaron al jardín.

Petrificada en medio del salón, la señora Hernandez contemplaba el cadáver de su pareja colgando en el aire como el cadáver de un cerdo en el gancho de la línea de sacrificio de un matadero.

Tom caminó lentamente hacia ella sin apartar los ojos de la escolopendra.

—Mamá —dijo—. Mamá, mírame.

Parecía que intentaba girarse hacia él, pero no podía. El monstruo soltó bruscamente a su presa y Girard cayó al suelo de cabeza y con los brazos abiertos, desplomándose como un odre rebosante de sangre. La habitación apestaba al yodo de la sangre fresca y al hedor ácido de la bilis.

La escolopendra se irguió frente a la señora Hernandez, dispuesta a atacar. Los movimientos de su cuerpo, el roce de su exoesqueleto y el chirrido de sus patas contra las paredes producían un sonido extraño, un temblor continuo.

—¡Lena! —gritó Tom—. ¡Ayúdame a sacarla!

Agarró a su madre de la mano y consiguió apartarla a un lado justo cuando la criatura, que se abalanzaba sobre ellos, aterrizó sobre la mesa de centro, cuyo tablero de cristal se rompió en mil pedazos. Se contorsionó para enderezarse, con las patas atrapadas en la estructura metálica de la mesa, y Lena aprovechó para ayudar a Tom a sacar a su madre de la casa.

Se unieron con los chicos en el camino de entrada y todos sondearon las puertas abiertas del salón, del que ya no salía ningún ruido.

—¿Sigue ahí? —preguntó Max en voz baja.

—No lo sé —respondió Tom—, no veo nada.

Retrocedieron hacia la verja.

—¡Dinos lo que ves!

—¡Te digo que no veo nada!

—¿Ha desaparecido? —preguntó Lena.

Tom no contestó, pero lo vieron estremecerse.

La escolopendra acababa de escapar por uno de los ventanales.

Era como un torrente de sombras amenazadoras fluyendo en la oscuridad.

—Sobre todo, que nadie se mueva —susurró Tom.

Sintió que se quedaban paralizados a sus espaldas, y podía oír a su madre cerca de él castañeteando los dientes y murmurando palabras incomprensibles.

La criatura trepó por la fachada, aferrándose con las patas al revoque del muro de la casa y a la madera de las contraventanas. Bajó serpenteando por la terraza, se dirigió hacia ellos por el camino de entrada y se deslizó bajo el coche de Girard, para reaparecer al otro lado. Oyeron el crujido de la grava bajo sus patas y los anillos de su cuerpo rozando el asfalto.

Contuvieron la respiración mientras ella permanecía inmóvil.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Mehdi.

—*Ni. Una. Palabra* —musitó Tom entre los labios.

La cosa sondeó la noche. Él la vio desplegar sus colmillos negros y relucientes, detrás de los cuales se movían unas mandíbulas aún pegajosas por la sangre de Girard con el que acababa de darse un festín.

Luego, al no percibir más movimiento, pareció perder repentinamente el interés por ellos y se metió en el seto de tuyas más cercano. Ellos vieron cómo temblaban las ramas hasta que sus patas terminales, más largas y segmentadas, desaparecieron crujiendo entre el follaje.

—Se ha ido —dijo Tom al fin.

—¿Se ha ido? —preguntó Max—. Pero ¿adónde demonios se ha ido?

—No tengo la menor idea.

—Vámonos nosotros también —dijo Mehdi.

—Esperadme —les pidió Tom.

Condujo a su madre hacia la casa y la sentó en una de las sillas de jardín de la terraza. Ella estaba lívida y tiraba de la tela de su camisón, empapado en la sangre de Girard.

Se agachó frente a ella y le cogió las manos entre las suyas.

—Mamá, escúchame. Se acabó, ahora ya no corres peligro. Quédate aquí y cuando te sientas con fuerzas, vete a avisar a alguien. ¿Lo harás?

No tenía la certeza de que la escolopendra no volviera para devorar a su madre en cuanto se diera media vuelta, pero tenía la corazonada de que ella no era el motivo de su aparición.

—No... No entiendo nada —balbuceó, mirando fijamente a la cara de su hijo.

—Lo sé, pero no puedo explicártelo. Ahora no.

Lo asaltó la idea de que, de todos modos, sería imposible explicarle nada, y que tal vez nunca tuviera *la posibilidad de intentarlo*.

—¿Dónde está Alain? —preguntó ella, aturdida, mirando a su alrededor—. ¿Qué le ha pasado? Tenemos que pedir ayuda, creo que está herido. Necesita ayuda.

Tom negó con la cabeza.

—Está... Ha dejado de sufrir. Sobre todo, no entres en la casa, ¿me oyes? Ve a casa de los vecinos. Volveré pronto —respondió, poniéndose en pie.

Tuvo que forzarla a soltarle las manos.

—Volveré pronto —repitió, como tratando de convencerse a sí mismo.

Ella levantó la vista hacia él pero no se le ocurrió nada que decir. Tom fue a la entrada a buscar un par de zapatillas y se las puso. Él también estaba aturdido, conmocionado, todo le parecía extraño, como percibido a través de un filtro. Echó un último vistazo al salón para asegurarse de que no había soñado. La habitación estaba destrozada y el cuerpo de su padrastro seguía tendido en la moqueta ensangrentada.

Sintió que se le subía a la garganta una bocanada de bilis y se apresuró a reunirse con los miembros de la pandilla que lo esperaban en la calle.

Todos ellos, conmocionados por la escena que acababan de presenciar, se agruparon espalda contra espalda, observando los jardines y las sombras a su alrededor por miedo a otro ataque invisible.

—Tenemos que irnos —dijo Tom—, no tenemos ni un minuto que perder.

Se dio cuenta de que tenía las manos manchadas de sangre y se limpió en los bajos del pantalón con una repugnancia febril.

—Espera —dijo Max—. No podemos ir allí con las manos vacías.

—¿Qué quieres decir?

—Necesitamos algo para defendernos.

—Y lo suficiente como para destruir la casa —añadió Lena.

—Hacer daño a esos entes no nos servirá de nada —afirmó Mehdi —, se regeneran, solo forman parte de otra cosa.

—Pero podría ralentizarlos y hacernos ganar tiempo —puntualizó Max.

—¿Y dónde esperas encontrar todo eso? —preguntó Tom.

—¿En el invernadero, quizá? ¿En el cuarto de herramientas del señor Robert?

—Lo que queráis, pero tenemos que darnos prisa, tenemos que encontrar a Alex y a su hermana. Probablemente ha pasado mucho más tiempo para ellos que para nosotros desde que cruzaron al otro lado.

Se dirigieron apresuradamente hacia el Centro Especial de Empleo.

—¿Estás seguro de que era Newt? —preguntó Mehdi.

Había visto alguna vez a la escolopendra de Tom en su terrario. Le inspiraba, como a Max, una aversión absoluta, y la fascinación de su amigo por aquella criatura siempre le había parecido incomprensible.

«Estás completamente loco —le dijo un día—, yo nunca podría dormir con algo así en mi habitación, aunque estuviera encerrado en una caja con candado.»

Solo Lena había mostrado algún interés por el miriápodo. Tom mencionó en un par de ocasiones su deseo de que creciera lo suficiente como para matar a su padrastro, pero era impensable que pudiera atacar a un hombre adulto, y mucho menos a ese gordo bastardo de Alain Girard, y levantarlo por los aires para aplastarlo como una enorme *piñata*.

—No, claro que no —respondió Tom—. Ese era un monstruo. Dormía con la ventana abierta, así que ha podido colarse en el cuarto desde fuera. ¿Vosotros no veíais nada?

Mehdi negó con la cabeza.

—Nada de nada. Bueno, hemos visto cómo destripaban a tu padrastro ante nuestros ojos. Y eso ha sido francamente repugnante.

A Max se le escapó una carcajada cargada de terror.

—¿Así que cada uno de nosotros solo puede ver las apariciones que ha... digamos, provocado? —preguntó.

—Los vecinos a los que he pedido ayuda no podían ver a Steve —dijo Lena.

—En cualquier caso, creo que tenemos pruebas de lo que son capaces de hacer en esta realidad.

—Hay una cosa que no entiendo —dijo Mehdi—. ¿Por qué esa cosa atacó a tu padrastro en vez de a ti o a uno de nosotros?

—Supongo que conocía lo que yo había imaginado para ella —contestó Tom—. O también puede que se haya abalanzado sobre la primera presa que ha encontrado.

—¿Y si se ha limitado a actuar así solo para que pudieras volver a la casa?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Lena.

—Cuando Steve te ha atacado, ¿por qué crees que se ha rendido? El ente que atacó a Simon derribó la puerta de su habitación, ¿verdad? Si Steve hubiera querido entrar en tu casa, creo que habría encontrado la forma de hacerlo. Lo mismo vale para el bicho de Tom. La casa nos *quiere* de vuelta, si queréis saber mi opinión. Nos está tendiendo una trampa.

Mehdi guardó silencio y todos permanecieron sumidos en sus pensamientos, con un nudo en el estómago debido al miedo, hasta que llegaron a los edificios del CEE, que se perfilaron, bajos y rectangulares, como búnkeres en la noche.

El cuarto de herramientas estaba en la parte trasera del establecimiento, junto a un cobertizo bajo en el que había aparcados un tractor y una trituradora de ramas. El candado que aseguraba el acceso era nuevo, pero la aldaba de la que colgaba el grillete era la misma desde hacía unos veinte años, así que consiguieron romperla sin dificultad utilizando una barra de metal que encontró Tom en un rincón.

Entraron, Max cerró la puerta tras ellos y pulsó un interruptor. Un fluorescente cubierto de gruesas y polvorientas telarañas parpadeó en el techo, proyectando una tenue luz sobre ellos. La estancia apestaba a Gitanes sin filtro, a herbicida, a fertilizante y a aceite de motor.

Miraron las herramientas colgadas de las paredes o colocadas sobre bancos de trabajo. Tom cogió unas viejas tijeras de podar oxidadas y las inspeccionó con cierta frustración.

—¿Esto es lo que se supone que debemos usar para defendernos de un zombi o de una escolopendra del tamaño de una anaconda?

Lena eligió sin convicción una cizalla e hizo chasquear las hojas; Tom cambió las tijeras de podar por una maza, cuyo cabezal sopesó en la palma de la mano; Mehdi descolgó una hoz de una de las paredes y Max agarró uno de los bidones de gasolina que servían para repostar las cortacéspedes y las desbrozadoras. Solo encontraron una linterna en una estantería, y Maximilien tuvo que golpear su extremo contra un banco de trabajo para lograr encenderla.

Se miraron entre sí y se vieron ridículos y aterrados, apenas capaces de reconocerse. Una parte de sí mismos les había sido arrancada, y aunque ninguno habría sabido decir con exactitud cuál, todos sabían que jamás la recuperarían.

La urbanización estaba desierta cuando la cruzaron. Los grillos se desgañitaban en la humedad de los jardines y dos gatos se peleaban en alguna parte, rugiendo. Pasaron junto a un solo coche cuyos faros iluminaron brevemente sus rostros aterrorizados y el brillo apagado de las cuchillas de sus herramientas, que ni siquiera intentaron ocultar a sus espaldas. El conductor aminoró la marcha, los observó desde la sombra de su habitáculo, luego aceleró y siguió su camino.

Casi esperaban encontrar la casa abandonada con las contraventanas abiertas de par en par y luces en las ventanas, iluminando la noche como una demoniaca atracción de feria, lista para atraparlos. Pero la encontraron como siempre, escondida al fondo del callejón, oculta por las zarzas, igual que esas arañas negras que anidan en las grietas de las paredes donde esperan a sus presas.

Con las armas en la mano, se acercaron al portón de madera fuera de sus goznes, medio tirado entre la maleza.

—Abandonad toda esperanza, vosotros los que aquí entráis —dijo Tom.

—¿Estamos seguros de que es la única opción? —preguntó Max.

—Si no vamos, lo que haya dentro vendrá a por nosotros —respondió Mehdi.

—Pues acabemos de una vez —sentenció Lena—. No más arrepentimientos, no hay vuelta atrás.

Los chicos asintieron y ella dio el primer paso por el camino de entrada.

3

Después de hablar por teléfono con Lena, Alex salió y se dirigió a la caseta de jardín que su padre había construido junto al invernadero donde ahora cultivaba sus bonsáis. Allí encontró una linterna y un hacha, que decidió llevar consigo con la vaga idea de que podrían serle útiles para defenderse —*contra qué* era una pregunta en la que prefería no pensar.

Indudablemente, lo impulsaba el peso de su responsabilidad en la desaparición de Camille, y esa culpabilidad bastaba para acallar su miedo a cruzar de nuevo al otro lado, pero sabía con certeza que algo lo esperaba allí y que, sin duda, trataría de impedirle volver a su casa con su hermana.

Cuando llegó al callejón, no se dejó vencer por la indecisión, caminó con firmeza hacia la casa y entró. Se encontró en el umbral, de espaldas al edificio, como si acabara de salir.

Encendió la linterna, que iluminó la pequeña entrada aún más amarillenta a la luz, semejante a una boca cariada. Pensó que la casa no lo quería, que lo rechazaba, lo vomitaba, y que nunca podría encontrar a su hermana.

Se apresuró a penetrar en su interior y emergió de nuevo en el umbral.

Vale —le dijo Camille aquel día, cuando fue a hablar con él a su habitación y él trató de convencerla para que lo siguiera hasta la casa—. *Vale, sí, iré contigo*.

—No me hagas esto —imploró.

Cruzó el umbral varias veces más, pero sus esfuerzos fueron en vano. El acostumbrado vértigo se apoderó de él, el espacio y el tiempo parecieron distorsionarse, y se encontró con la casa a sus espaldas.

—¡DÉJAME PASAR! ¡DÉJAME PASAR, MALDITA SEA! —gritó en un arrebato de rabia.

Corrió hacia el pasillo y salió al umbral.

Lo abandonaron las fuerzas y cayó de rodillas en el estrecho sendero cubierto de maleza, donde lloró en silencio. Cuando se le secaron las lágrimas, tuvo que apoyarse en el mango del hacha para volver a levantarse.

Se secó la cara con el dorso del brazo y finalmente decidió irse a su casa. Se alejó por el callejón y subió tambaleándose por la rue des Genêts, como ebrio, con la vista nublada por las lágrimas. Sabía que su padre lo esperaba, deseando que volviera pronto y que hubiera cumplido con su promesa, que Camille estuviera con él.

La sola idea de tener que explicarle que...

¿Qué podría decirle?

¿Que su hija había sido devorada por una casa que daba a un mundo paralelo, a otra realidad en la que había una criatura que se hacía pasar por su madre difunta, y que se alimentaba de su tristeza y su sufrimiento?

Se detuvo un momento en el camino de entrada, horrorizado por las consecuencias de sus actos. Se sentía vacío, anestesiado por su dolor, incapaz de enfrentarse a la desesperación de su padre. Seguramente se había ido a la cama, porque las luces estaban apagadas y las contraventanas cerradas.

Alex tiró el hacha al césped, se metió la linterna en el bolsillo trasero del pantalón y decidió entrar. Pero no había rastro de su

padre en la casa, y solo lo saludó la melodía de *El lago de los cisnes* que sonaba en el joyero de palo de rosa.

Alex se quedó quieto.

Buscó el interruptor de la luz más cercano y lo accionó, sin resultado. Sacó la linterna del bolsillo trasero de sus vaqueros —se dio cuenta de que tenía los dedos entumecidos por el miedo— y la encendió.

El haz de luz se deslizó por las paredes.

El interior era muy parecido al de su casa, pero las paredes estaban cubiertas del papel pintado podrido de la casa del callejón, que se caía a trozos aquí y allá, dejando al descubierto el yeso de las paredes.

Alex salió al jardín y miró la urbanización a su alrededor.

Cuanto más tiempo pases aquí, más real será para ti —le prometió su madre mientras contemplaba el inconcebible paisaje que se extendía más allá de las ventanas de la casa—. *Pronto formarás parte de este mundo conmigo, y ya no podrás distinguirlo del tuyo*.

Su corazón empezó a latir tan deprisa que sintió que se convulsionaba bajo sus costillas como un pez arrojado fuera del agua. Se dio cuenta de que se equivocaba, la casa lo había dejado entrar en su primer intento de atravesar la puerta y lo había proyectado dentro de una imagen acabada de la urbanización.

Recogió el hacha de donde la había dejado y sintió cómo la hierba mojaba sus dedos al agarrar el mango.

La puerta se cerró suavemente a sus espaldas cuando entró.

—¿Camille? —susurró.

Entró en el pasillo que conducía a los dormitorios, desde donde la melodía seguía llegando hasta él. Todas las habitaciones estaban cerradas excepto la de sus padres, al final del pasillo a la derecha. En el suelo había la misma moqueta manchada con el mismo

reguero parduzco que descubrieron la noche de su primera visita a la casa abandonada.

Avanzó, con la linterna en alto en una mano, el mango del hacha en la otra, y oyó un gemido que se mezclaba con la melodía de *El lago de los cisnes*, un lamento continuo y lastimero del que no sabría decir si era humano.

El haz de luz se rompió en la esquina de la puerta, irrumpió en la habitación, barrió una cómoda con el joyero encima y alumbró a su madre. Estaba de pie en un rincón, de cara a la pared, de espaldas a él, vestida con el camisón con el que la vio agonizante cuando su padre los llevó al hospital para que se despidieran.

Tenía la cabeza medio calva y había mechones de su pelo caídos sobre sus hombros y a sus pies. El camisón que ella se había bajado a la altura de los brazos estaba abierto por detrás y dejaba ver su espalda encorvada, con las vértebras marcadas, y los pliegues de la prenda que se ceñía a sus muslos tenían manchas de color marrón.

Ella parecía estar ocupada manipulando algo en secreto, acurrucada, con los omóplatos formando dos ángulos puntiagudos, y él podía oír ahora un ruido húmedo que le hizo temer lo peor.

—¿Dónde está Camille? —preguntó con una voz que le pareció demasiado aguda.

Los quejidos cesaron de inmediato y la melodía de *El lago de los cisnes* se detuvo a la vez.

El ente se quedó quieto y giró lentamente la cabeza hacia él.

Tenía el mismo rostro lívido, ceroso y demacrado que le vio aquel día en el hospital, el rostro de una mujer moribunda, con la piel tirante pegada a los huesos del cráneo. Sus ojos, hundidos en las cuencas grises, lo miraban fijamente a la luz amarilla de la lámpara.

—Eres tú —dijo en tono apesadumbrado.

Alex se abstuvo de cruzar el umbral del dormitorio. El haz de luz de la lámpara iluminaba la obscena visión de su madre.

—He venido a buscar a mi hermana.

—Me dejaste —dijo—. Me dejaste.

—Sabes que no es verdad, nunca quise abandonarte.

Alex percibió un tufillo a orina rancia, a maceración corporal y a desinfectante que inundaba la estancia, el mismo repugnante olor a agonía que percibió en la habitación del hospital.

—Me dejaste morir sola —gimió girándose de nuevo hacia la pared —. Me cortaron en pedazos, ¿sabes?

Alex tragó saliva con dificultad.

—¿De qué... de qué estás hablando?

—Dijeron que iban a intentar curarme. Me inyectaron todos esos productos en las venas, me operaron una vez, y otra, y otra.

Su mano izquierda se reveló a la luz, cubierta de sangre, y la vio colocar un bisturí pegajoso sobre la cómoda junto al joyero. Sus brazos eran tan delgados que los codos parecían dos grandes nudos cartilaginosos que estiraban su pálida piel.

—Solo quiero que Camille vuelva a casa conmigo.

—Intentaron extirparme esos tumores que me devoraban —continuó ella—. Tuvieron que abrirme, acuérdate. Pero no fue suficiente.

Ella se giró y él estuvo a punto de dejar caer la linterna.

Ella tenía la camisa cubierta de sangre, bajada hasta el pecho. Él pudo ver dos grandes heridas abiertas justo donde le habían practicado la mastectomía, dejando al descubierto los músculos fundidos del tórax bajo los que afloraba el arco de las costillas.

—Ahora tengo que terminar yo misma su trabajo sucio.

Dejó caer algo al suelo, un pequeño tumor que acababa de extirparse.

—Por favor, dime dónde está Camille —suplicó Alex.

Se movió hacia su izquierda y desplazó el haz de luz para iluminar la otra esquina de la habitación, pero no vio ni rastro de su hermana.

—Y me dejaste morir. Como esa perra a la que envenenó tu padre y que tuvo una agonía interminable...

Su queja se alargaba de forma insoportable, como si dos voces brotaran simultáneamente de su boca.

—Morí sola en esa cama de hospital porque dejaste que tu madre reventara como una perra.

—No digas eso, yo...

—¿Y QUIERES QUE TE DEJE QUITARME A MI HIJA? —gritó.

Alex se estremeció hasta la médula.

—Volveremos a verte, te lo prometo —murmuró sin la menor convicción—. Camille no puede quedarse aquí contigo. Este no es... sitio para ella.

Alex bajó la vista hacia el picaporte y la cosa siguió el movimiento de su mirada con una acuidad de rapaz.

—No vas a volver, mentirosillo. Sucio, sucio, sucio mentirosillo.

Volvió a centrar su atención en ella. Apenas podía reconocerla. Su estado parecía deteriorarse rápidamente. No era más que una representación grotesca de lo que había sido su madre. La bata de hospital colgaba como un trapo de sus brazos, dejando al descubierto su torso maltrecho, su vientre distendido, recorrido por una lividez cadavérica, que caía sobre el obsceno vello de su pubis.

—No puedo devolvértela. Es mi niña, es carne de mi carne, sangre de mi sangre.

Alex salió corriendo, soltó la linterna, cerró la puerta y colocó el mango del hacha entre el picaporte y el marco. Oyó cómo la cosa, del otro lado, se precipitaba hacia él y se estrellaba contra la puerta

con todo su peso. Él se echó hacia atrás de un salto, se agachó para recoger la linterna y retrocedió por el pasillo, sobresaltado a cada golpe que daba ella a la puerta.

Los repetidos golpes hicieron que el mango del hacha resbalara, pero la cabeza de la herramienta se atascó en la manilla y el gemido de la criatura se convirtió en un rugido de odiosa frustración.

La oyó arañar febrilmente la madera, olisquearlo a través de la rendija.

—Carne de mi carne, sangre de mi sangre —repitió ella.

Volvió a golpear la puerta con todas sus fuerzas. La cabeza del hacha pivotó sobre el metal del picaporte y Alex se dio cuenta de que pronto conseguiría derribarla.

Dirigió el haz de luz hacia la habitación más cercana, que, según la lógica de su mundo, era el dormitorio de su hermana. Entró corriendo, cerró de un portazo, giró la llave en la cerradura, dio un paso atrás y escuchó.

Los golpes habían cesado. La casa parecía haberse sumido en un mudo letargo. El haz de la linterna dibujaba un tembloroso círculo amarillo en la puerta inmóvil.

Alex sintió que un largo escalofrío le recorría la espalda.

Juraría que percibía movimiento en la oscuridad sin fondo de la habitación. Se dio la vuelta y enfocó la linterna frente a él.

Tres criaturas desnudas emergieron silenciosamente de la oscuridad.

Tres actrices de sus películas de serie B favoritas avanzaban hacia él como panteras nebulosas surgidas de la noche.

—No lo entiendo —dijo Max.

Se volvieron y miraron la puerta que tenían detrás. Acababan de cruzarla y seguían *fuera* de la casa, en el umbral.

—¿No quiere dejarnos entrar? —preguntó Mehdi.

—Sí —dijo Tom—. Creo que ya estamos dentro.

Señaló el tallo de uno de los grandes zarzales que ocultaban la fachada y Max lo iluminó. Contemplaron las pálidas corolas formadas por cinco pétalos cuya materia se asemejaba a una mucosa rosácea y cuyos estambres sondeaban el aire con un movimiento apenas perceptible.

Al ondularse, liberaban finas partículas que se deslizaban hacia el haz de luz de la lámpara. Tom extendió la punta de su dedo índice hacia el corazón de la flor y los estambres se aferraron inmediatamente a su primera falange, como pequeños tentáculos.

Retiró la mano con un movimiento rápido y se frotó los dedos en el muslo.

Max se dirigió hacia la verja y salió al callejón.

—Ha terminado de construirse a sí misma —dijo—. Como la criatura de *La cosa*, ha terminado de imitar nuestro mundo.

Atravesaron la verja, cruzaron el callejón y entraron en la rue des Genêts, mirando a su alrededor.

A primera vista, la urbanización era semejante a la que conocían. Podían identificar las casas que parecían congeladas en la oscuridad, los coches aparcados en las entradas o subidos a las aceras, los setos y vallas que delimitaban los espacios, los jardines silenciosos donde se alzaban los pórticos de los columpios y las corolas oscuras de las sombrillas.

Pero, al observar de cerca, algunos detalles no cuadraban, igual que en un sueño un detalle atrae la atención del durmiente y lo hace darse cuenta de que debe de estar soñando, ya que le parece que algo así no sería posible en la realidad.

Una puerta se abría a un agujero oscuro donde debería haber estado la ventana de una planta superior, una fachada parecía inclinarse hacia delante y estar a punto de caerse encima de una terraza, un seto temblaba como si una multitud de insectos pululara silenciosamente entre el follaje, y algunos edificios parecían haberse fusionado con los adosados de Les Acacias.

A la luz de las farolas, se arremolinaban en masa extrañas mariposas con grandes abdómenes empolvados y alas que parecían tener una textura vegetal.

—Si Alex está aquí, probablemente haya ido a buscar a su hermana a su casa —dijo Lena.

Siguieron avanzando hasta que Tom, que iba en cabeza, se quedó inmóvil y levantó una mano para detenerlos.

—¿Qué pasa? —preguntó Mehdi.

No contestó inmediatamente, y todos escudriñaron la calle frente a ellos.

Algo se movía ahí.

Algo serpenteaba entre los coches. Algo marrón rojizo y brillante, moviéndose sobre veintitrés pares de patas amarillentas y ganchudas.

Y tenía un tamaño absolutamente monstruoso.

—Decidme que estoy alucinando —jadeó Mehdi.

—¿Podéis verla ahora? —preguntó Tom.

—Sí —contestó Lena con voz aterrorizada.

—Mierda, esa cosa es realmente *gigantesca* —dijo Max, que sintió cómo se le subían los cojones hasta el vientre.

La escolopendra pasó por detrás de un coche y se subió a la carrocería, que crujió bajo su peso.

Vieron cómo levantaba la cabeza y temblaban sus antenas. Bajó de nuevo a la acera, sus segmentos se desplazaron

interminablemente por el capó del coche y penetró a través de la verja en uno de los jardines.

—¿Se ha largado? —preguntó Mehdi.

No tuvieron tiempo de responderle: reapareció por encima de la valla de la casa contigua, por la que serpenteó antes de volver a la acera. Parecía evitar la luz de las farolas yendo de una zona de sombra a otra.

—Oh, mierda, mierda, mierda —gimió Max, con el bidón de gasolina golpeándole el muslo.

—¡Max, cállate! —ordenó Tom.

La escolopendra, ahora a unos diez metros de ellos, se detuvo de nuevo para sondear la calle.

—Recordad, lo más importante es no moverse.

De repente, el bidón de gasolina se volvió muy pesado en la mano de Max, y la palma le sudaba profusamente. Los nervios de su brazo estaban tetanizados y una impresión de entumecimiento se iba apoderando de él hasta el hombro. Con un pequeño movimiento de los dedos, intentó agarrar mejor el asa de plástico.

El bidón se le escapó de las manos y cayó pesadamente sobre el pavimento.

El cuerpo de la criatura se estremeció y se lanzó inmediatamente hacia ellos.

—¡CORRED! —gritó Lena.

Ella y Max se precipitaron hacia la derecha de la calle para refugiarse detrás de un coche. Tom huyó hacia la izquierda, saltó el murete bajo de un vallado y se escondió detrás, mientras Mehdi se deslizaba bajo el capó de otro coche.

Desconcertada por la división de vibraciones, la escolopendra vaciló antes de abalanzarse sobre el coche bajo el que se había arrastrado Mehdi. Sus ganchos se cerraron en diagonal sobre la

carrocería, oyeron la chapa arrugándose y un neumático que reventaba al pincharlo ella. Su cuerpo se enrolló a una velocidad vertiginosa alrededor del vehículo y se aferró a él con furor.

Mehdi, con la mejilla pegada al suelo, tumbado sobre la hoz cuya fría hoja podía sentir a través de la camiseta, metió la cabeza en el pliegue del brazo para protegerse. Sintió el desplazamiento del aire provocado por el ataque del miriápodo, el olor a turba podrida y amoniaco que desprendía, y sintió cómo se doblaba el chasis bajo su peso y le rozaba la espalda.

Aprovechó que el monstruo forcejeaba con la carrocería para arrastrarse bajo el siguiente vehículo, raspándose los antebrazos y los codos contra el asfalto.

La escolopendra consiguió liberar sus colmillos y salió en su persecución. Se subió al coche nuevo bajo el que estaba escondido Mehdi y sus patas produjeron un crujido insoportable sobre el metal de la carrocería al caer sobre el maletero.

Mehdi vio aparecer frente a él, entre los dos neumáticos traseros, su cabeza oblonga y plana, sus antenas segmentadas que ondulaban en su dirección y sus colmillos que atrapaban el aire.

Gritó, asestando golpes a ciegas con la hoz, obstaculizado por el reducido espacio.

La hoja segó una de las antenas, y un jugo marrón verdoso le salpicó la cara y la boca, propagando un terrible sabor a cobre. El miriápodo retrocedió, arrebató la hoz de las manos de Mehdi y la lanzó contra un seto. Su cuerpo volvió a caer junto al vehículo, e intentó en vano pasar la antena cortada entre sus colmillos, como para lamer el muñón.

—¡Tenemos que hacer algo, va a matarlo! —dijo Lena mirando por encima del capó tras el que se habían refugiado.

Max no contestó. Estaba agachado a su lado, con las manos tapándose los oídos, y cerraba los ojos como si quisiera que el mundo a su alrededor desapareciera.

Al otro lado de la calle, Tom se arrastró por el murete y oyó el crujido de la carrocería del coche bajo el que estaba atrapado Mehdi, al otro lado de la verja.

La escolopendra acababa de deslizarse bajo el vehículo, contrayendo toda la parte delantera de su cuerpo. Los ejes chirriaron, el coche se levantó del suelo y volcó de lado en medio de la carretera con un ruido de chapa abollada, dejando ver a Mehdi acurrucado como una cochinilla que un niño hubiera desenterrado escarbando bajo una piedra.

—Mehdi —gritó Lena, avanzando a pecho descubierto.

El monstruo se abalanzó sobre él y le enganchó la pierna con una de sus patas para inmovilizarlo. Él sintió que la tela de sus vaqueros se rasgaba y que algo se clavaba profundamente en el músculo de su muslo.

Dejó escapar un aullido de dolor justo cuando sonó otro fuerte golpe de chapa a sus espaldas.

Tom acababa de salir por el portón del jardín en el que se había refugiado y había destrozado el capó de un coche con su maza.

—¡NEWT! —gritó.

La escolopendra se irguió inmediatamente, Tom dio un paso atrás, agarró el mango de la herramienta con ambas manos, lo levantó por encima de su cabeza y lo dejó caer de nuevo, esta vez sobre el pavimento.

La onda expansiva llegó a la criatura, y Mehdi sintió cómo se estremecía por encima de él.

—¡Poneos a cubierto! —gritó Tom.

Lena se acercó a Max, que seguía postrado detrás del coche, y lo agarró del brazo para que se levantara. Él abrió los ojos y, pálido de miedo, echó una ojeada a la escolopendra.

—Corre y escóndete —le ordenó Lena.

—¿Dónde? —preguntó Max.

Lena le señaló la casa más cercana.

—Allá. Nos vemos ahí.

Max no se hizo de rogar y echó a correr por el camino.

—¡NEWT! —volvió a gritar Tom antes de romper un parabrisas.

La escolopendra soltó a Mehdi extirpando la pata de su muslo, lo que le hizo aullar de nuevo. Intentó arrastrarse hasta el arcén mientras el tejido de su vaquero se empapaba de sangre. Lena apareció a su lado, lo agarró de las axilas y tiró de él entre dos coches.

En medio de la calle, Tom vio cómo el monstruo cabalgaba en su dirección, zigzagueando de un lado a otro de la calzada con extraordinaria rapidez. Los golpes que acababa de asestar habían agotado sus fuerzas, pero levantó la maza, dispuesto a defenderse.

La escolopendra no le dio tiempo a bajarla. Se abalanzó sobre él con tal fuerza que tuvo la impresión de que acababa de atropellarlo una locomotora. Sintió que sus pies abandonaban el suelo, que el mango de la maza se le escapaba de las manos y percibió la trayectoria de su cuerpo lanzado hacia atrás varios metros. Golpeó el suelo con el hombro y la cadera, rodó y se estrelló contra la cuneta, medio inconsciente.

En un instante, la criatura se puso encima de él.

La quitina lisa y fría de su abdomen se deslizó por sus piernas y le aplastó el pecho. Estaba aturdido y apenas podía moverse, pero notó el chasquido de sus patas en la calzada, y luego vio aparecer su imponente cabeza en su campo de visión.

El ente Newt abrió sus dos enormes colmillos por encima de su cara, revelando aún más claramente sus fauces infernales, cuyos maxilares y labios se agitaban alrededor del pegajoso orificio bucal. Pensó que estaba a punto de trepanarlo, verter su veneno en su cráneo y machacarle el cerebro hasta hacerlo papilla. Cerró los ojos con todas sus fuerzas, rezando para que su sufrimiento fuera lo más breve posible.

Pasó un tiempo indefinido, un puñado de segundos que le parecieron una eternidad suspendida, hasta que sintió que el peso de la escolopendra se aligeraba, que su cuerpo empezaba a moverse y sus patas se enganchaban al asfalto.

Al abrir los ojos, vio a Lena y Mehdi corriendo hacia él.

Giró la cabeza y apenas tuvo tiempo de ver cómo el ente desaparecía por un camino y se desvanecía en la noche.

—¡Tom! —gritó Mehdi.

Intentó poner en pie a su amigo. El dolor en el hombro y la cadera del chico fue tan punzante que pensó que se iba a desmayar.

Gimió y apretó la mano de Lena.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—Creo que sí.

Tom consiguió apoyarse en el muro bajo más cercano y se fijó en la pernera del pantalón de Mehdi, empapada en sangre.

Él también estaba blanco como el papel.

—Estás sangrando, hay que curarte.

—¿Curarme? —se rio Mehdi—. ¿Crees que encontraremos un botiquín por aquí?

—Tiene razón —dijo Lena—, por lo menos hay que vendarte.

—¿Dónde está Max? —preguntó Tom.

—Allí —respondió Lena, señalando con la barbilla la casa donde se había refugiado.

—Es la casa de Simon... En *nuestro lado*, al menos.

—¿Puedes levantarte?

Lo ayudaron a ponerse en pie, Tom recogió la maza y Mehdi pasó un brazo por los hombros de Lena. Se podía oír el chapoteo en la zapatilla empapada de sangre de Mehdi.

—La gasolina —dijo señalando con la barbilla el bidón que Max había dejado caer en medio de la calle.

Lena fue a cogerlo, se unió a ellos y se dirigieron cojeando hacia la casa de los Laval.

Mehdi se sentó en un sillón del salón y se bajó el vaquero con una mueca. La herida del muslo había dejado de sangrar, se había formado un coágulo negro y un gran hematoma se extendía ya hasta la cadera. Encontraron una sábana en uno de los dormitorios y Lena le hizo un corte antes de rasgarla y obtener una tira.

—¿Por qué te dejó marchar? —preguntó Mehdi a Tom, vendándose el muslo.

—¿A quién te refieres?

—¿Tú qué crees? A ese ciempiés del demonio, salido directamente de tu mente retorcida.

Tom negó con la cabeza para indicar que no tenía ni idea y se acercó a una cómoda para abrir los cajones, uno a uno.

—La escolopendra no es un ciempiés —creyó preciso aclarar.

—Gracias por la información. Lo que sea que atacó a Simon lo mató porque decidió destruir la casa. Eso podría haberte matado a ti también si hubiera querido, ¿no?

—Tal vez sintió que no era un peligro para ella. O quizá era su forma de agradecerme que cuidara de su doble todos estos años.

—Dudo que esa cosa sea capaz de expresar la más mínima gratitud —apostilló Mehdi con una mueca mientras se ataba la venda

alrededor del muslo.

—¿Has oído hablar de la ironía?

—Tal vez solo estaba tratando de separarnos.

—¿Y si inspeccionáramos el lugar? —sugirió Lena, desprendiéndose de la mochila.

Registraron la casa y entraron en todas las habitaciones, pero no encontraron a nadie. Arriba, vieron un cuarto que supusieron era el de Simon.

—¿Ha estado alguien alguna vez en casa de los Laval? —preguntó Mehdi.

—No —respondió Tom—, al menos que yo sepa.

—Para que su casa exista con tanta precisión en esta realidad, con tanto detalle, debe de haberse formado a partir de los recuerdos de Simon, ¿no?

—Eso significaría que este mundo ha conservado una parte de su memoria incluso después de su muerte —dijo Lena.

Regresaron en silencio al salón de la planta baja. Ahora que la amenaza parecía haber desaparecido, se sentían exhaustos y abandonados a su suerte. Se dieron cuenta de que tenían sed, bebieron un poco y se lavaron la cara en el grifo de la cocina.

Lena se acercó a la ventana.

—Mirad —dijo, temblando.

En un rincón del jardín, apenas visibles en la noche, se encontraban los Laval. Estaban allí de pie, como si posaran para una foto de familia, y miraban en su dirección.

—¿Qué hacen? —murmuró Mehdi con una repugnancia apenas contenida—. ¿Por qué no intentan entrar? Es como si nos dejaran... estar en su casa.

Lena sacudió la cabeza, incapaz de apartar la vista de las caras de Simon y Claire. Comprobaron que las puertas estaban bien cerradas

con llave y corrieron las cortinas de la cocina y el salón.

—¿Dónde se habrá metido Max? —preguntó Lena—. Estoy segura de que se refugió aquí.

—Es como si un lugar pudiera abrirse a cualquier otro y pudiera suceder de todo, exactamente como en un sueño —dijo Tom.

Se dejó caer en uno de los sillones y su cadera magullada le arrancó un gemido.

—La única diferencia es que en los sueños no te pueden hacer daño de verdad —apostilló Mehdi.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Pensáis que deberíamos buscar a Max?

—Supongo que no hay garantías de que aparezca aquí —contestó Tom—. Creo que deberíamos ceñirnos al plan y encontrar a Alex.

—El plan —repitió Mehdi—. ¡Menudo plan de mierda! Esta casa, este universo, llamadlo como queráis, esta cosa va a devorarnos. Cuanto más tiempo permanezcamos aquí, más probabilidades tendremos de morir.

—Entonces, ¿qué? ¿Qué sugieres? Que nos larguemos y dejemos atrás a Max, Alex y su hermana, ¿es eso?

Mehdi se pasó las manos por la cara.

—No, no. Claro que no —suspiró.

—Tom tiene razón —dijo Lena—. Tenemos que ir a buscar a Alex y Camille.

—¿Y si tu bicho sigue por los alrededores? —preguntó Mehdi.

—En primer lugar, no es mi bicho, al menos *no realmente*, y las escolopendras son lucífugas.

—Me alegra oírlo, pero no tengo la menor idea de lo que significa.

—Que huyen de la luz. No tenemos más remedio que esperar, de todos modos. Pronto debería amanecer.

—Debería haberlo sabido, algo tan horrible solo puede vivir en las tinieblas —dijo Mehdi tumbándose en el sofá.

Lena cogió su mochila de una de las correas, rebuscó dentro y sacó un paquete de Winston aplastado, que agitó delante de los chicos.

—¡Aleluya! —exclamó Mehdi.

—No te emociones demasiado, solo queda uno. Y ni siquiera tengo un encendedor.

Tom sacó su Zippo y se lo tendió a Lena.

Ella dio una calada con avidez, se echó en la alfombra y exhaló una columna de humo hacia el techo.

—Si salimos de esta, ¿qué vais a hacer? —preguntó Mehdi, cogiendo el cigarrillo que le pasó ella.

—¿Qué quieres decir?

—¿Hay algo que os gustaría hacer prioritariamente?

—¿Quieres decir aparte de sacar del salón el cadáver de mi padrastro, enterrarlo al fondo del jardín y visitar a mi madre en una residencia de ancianos durante quince años?

Fingieron reírse.

—Sí, aparte de eso.

—No sé —dijo Tom, después de pensarlo largo rato.

—Me gustaría algo sencillo —dijo Lena—. Pasar tiempo con mi madre, conocerla de otra manera. Y también pasar tiempo con vosotros en los invernaderos, volver al centro comercial, beber refrescos en el cine y comer chuches de Coca-Cola... Estar juntos, de verdad.

Tom asintió y aceptó el cigarrillo que Mehdi le tendía.

—Chuches de Coca-Cola —repitió él—. Y palomitas. Sí, quiero palomitas dulces que se me peguen a los dientes y una buena película de terror.

—Tío, estamos literalmente *dentro* de una película de terror —se burló Mehdi.

—Justamente, me gustaría ser un espectador, como en los viejos tiempos. Saber que nada de esto puede afectarme. Y atiborrarme de palomitas dulces.

Lena se acercó a una biblioteca donde había fotos de familia enmarcadas, cogió una y miró los rostros de los Laval bajo el brillo apagado del cristal. Pensó en los entes que probablemente seguían en el jardín y la invadió una tristeza sorda.

—¿Creéis que una parte de nosotros se quedará aquí para siempre? —preguntó.

Los chicos no contestaron y ella volvió a colocar la foto en la estantería.

El agotamiento había hecho mella en ellos, y sentían que los párpados les pesaban como sacos de arena. Intentaron resistirse al sueño, sobresaltándose cada vez que notaban que se estaban quedando dormidos, tratando de hablar entre ellos para mantenerse despiertos.

Lena se permitió cerrar los ojos un momento y, cuando los abrió, vio que los chicos se habían quedado dormidos en los sofás. La luz de la habitación había cambiado. Se levantó, se acercó a una de las ventanas y apartó la cortina con una mano.

—Tom, Mehdi.

Se despertaron de repente y miraron a su alrededor presas del pánico.

—Nos hemos quedado dormidos —dijo Lena—. Está amaneciendo.

Se unieron a ella y vieron cómo el cielo se cubría con un velo de verdes, azules y malvas desvaídos.

—Pongámonos en marcha —dijo Tom.

Recogieron sus escasas pertenencias y salieron. Los Laval seguían de pie en el mismo rincón del jardín y, cuando Lena, Mehdi y Tom se alejaron del camino, los vieron avanzar hacia la casa y cruzar la puerta como si hubieran estado esperando desde el día anterior a que les dejaran vía libre.

La urbanización parecía haberse reorganizado durante el tiempo que habían pasado dentro. Los vehículos volvían a estar aparcados delante de las casas, intactos, y ya no quedaba el menor rastro del ataque de una supuesta escolopendra gigante.

En los caminos de entrada a las casas, tras las ventanas, en los terrenos que rodeaban las viviendas, se despertaba un simulacro de vida. A través de una puerta acristalada, vieron a una mujer frente a un fregadero, con la mirada fija, y a unos niños sentados a su lado en la mesa de una cocina. Un perro de pelaje color bistre recorría una terraza de un lado a otro con un movimiento estereotipado. Dos niños salieron de una casa tras un balón de fútbol, y Mehdi reconoció a los dos hijos pequeños de los Legendre, muertos en un accidente de coche. Desaparecieron por la entrada de otra casa e inmediatamente reaparecieron por la puerta de la que acababan de salir antes de dirigirse en la misma dirección, como atrapados en un bucle temporal.

A medida que se acercaban a la casa de los Fauré, la gente aparecía en las puertas, en los caminos de entrada a sus casas, en las ventanas, observándolos. Reconocieron los rostros de sus vecinos, de sus parientes, de los vivos y de los muertos.

En un jardín, Lena vio a su madre inmóvil, empapada por la lluvia que un aspersor giratorio descargaba sobre ella. Le pareció que lloraba, y sintió la íntima convicción de que era ella, su hija, la causa de su inconsolable pena.

Cuando pasaron por delante de la casa de los Hernandez, encontraron a la madre de Tom sentada en la silla del jardín, donde él la había dejado el día anterior, en su realidad. Seguía con la mirada perdida, el camisón manchado de sangre y toda temblorosa.

Más adelante, Mehdi vio a su padre y a su madre de pie, en medio del sendero de entrada a una casa que no era la suya, y su hermana pequeña delante, como si posaran para una foto de familia ejemplar, y Munia no paraba de repetir entre dientes: *Qué humillación, Dios mío, qué humillación, qué humillación, Dios mío, qué humillación*... Se le hizo un nudo en la garganta al darse cuenta de que ya no se dirigía a su padre, sino a él, e hizo un esfuerzo por apartar la vista.

—Es una puta pesadilla —murmuró Tom.

Los entes salían a la calle y se detenían, a cierta distancia los unos de los otros. Cuando llegaron a casa de los Fauré, ellos se volvieron para mirarlos.

—¿Por qué nos dejan pasar? —preguntó Mehdi.

—A lo mejor eso *quiere* que vayamos a casa de Alex —respondió Lena.

—La pregunta es: ¿nos dejarán salir? —añadió Tom.

Los chicos cruzaron la verja y Lena se quedó atrás, incapaz de apartar los ojos del ente que había adoptado la forma de su madre. Ahora estaba de pie detrás de la valla del jardín, mirando implorante a su hija.

Mehdi volvió sobre sus pasos y agarró a Lena del hombro.

—Ya sabes cómo es esto —dijo él—, no dejes que te engañe.

Ella puso distraídamente su mano sobre la de él, asintió, y se unieron a Tom, que los esperaba para entrar juntos.

Nada más cruzar el umbral de la casa de los Laval, Max se dio cuenta de que estaba en casa de los Cathala. Volvió a abrir la puerta al instante e iluminó con su linterna la terraza bordeada de hortensias, más allá de la cual se extendía el vasto terreno arbolado.

No había ni rastro de sus amigos ni de la escolopendra.

—¿Tom? —preguntó—. ¿Lena? ¿Estáis ahí?

No obtuvo respuesta y su voz fue engullida por la opacidad de la noche. Consideró la posibilidad de aventurarse al exterior, pero la idea de cruzarse con la criatura lo disuadió y dejó que la puerta se cerrara tras él.

A su izquierda estaba el salón, del que emanaba un resplandor difuso. Frente a él, la escalera de peldaños moldurados conducía al piso superior. A la derecha, la cocina también estaba a oscuras, pero la puerta del jardín debía de estar abierta, porque sintió una brisa que llegaba hasta él.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó en voz tan baja que nadie podría haberlo oído.

Dirigió el haz de la linterna hacia la puerta, pero empezó a atenuarse y luego a parpadear mientras él golpeaba el extremo con la palma de la mano. Finalmente, se apagó.

—No me dejes tirado justo ahora, cabrona.

Sacudió la linterna, intentó en vano volver a encenderla y finalmente la dejó en un aparador a su izquierda.

Se dirigió al salón.

El televisor retransmitía una nieve televisiva que iluminaba la habitación mientras chisporroteaba. La abuela de Anthony estaba sentada frente a la pantalla, bajo la luz azul. Volvió la cara hacia él.

—¿Puede ayudarme, por favor? —preguntó suplicante—. Necesito ir a mi casa. Necesito...

Tuvo un hipo, como una arcada, levantó una mano y regurgitó algo en la palma, y él supuso que era una bola alargada y viscosa de pelusas de *plaid*.

—... ir a mi casa —dijo limpiándose la baba de los labios con gesto tembloroso.

Se deshizo de la bola, que cayó al suelo con un ruido sordo y húmedo, junto a una docena de otras en las que Max no había reparado y que cubrían la alfombra, semejantes a restos de ratas muertas.

Un nuevo espasmo sacudió a la vieja lechuza, que abrió la boca, mostrando sus encías desdentadas a la luz de la televisión. No salió nada, y ella hundió sus largos dedos con sus sucias uñas en el fondo de su garganta para agarrar algo, de lo que tiró con gran esfuerzo.

Con un reflejo que lo sorprendió a sí mismo, Max dio un paso para ayudarla antes de quedarse paralizado, incapaz de despegar la mirada de ella. Un nuevo amasijo acababa de brotar de su boca, pero le costaba salir del todo, así que ella intentó quitárselo a dos manos, como si estuviera tirando de una cuerda interminable que asomaba por su garganta, empapada de saliva y jugos gástricos.

La palomina se enrolló sobre sus rodillas y adquirió un tinte azulado, una textura suave y serosa que no tenía nada de textil. Max vio que ya no era pelusa de *plaid*, sino materia orgánica, y se dio cuenta de que se estaba arrancando las tripas con sus propias manos en medio de un horrible gorgoteo.

Su barbilla y sus manos se cubrieron de sangre, unos órganos le deformaron la boca, resbalando pesadamente por sus muslos y cayendo a sus pies.

—Rhhaaarrggghh —profirió ella, entre vómitos.

La cabeza se le desplomó sobre el pecho, se sacudió un poco y luego permaneció inmóvil, con un trozo de intestino rosáceo aún

atascado entre las encías.

—No es real —murmuró Max—, no es real, no puede ser real.

Al menos de eso trataba de persuadirlo su mente, pero todo su cuerpo estaba convencido de lo contrario y podía notar el olor de la anciana, un olor que nunca antes había sentido pero por su instinto sabía que era el del *interior* de un ser vivo.

Se dio la vuelta, salió del salón, apoyó una mano en la pared y eructó repetidamente, con el estómago revuelto por las náuseas. Cuando consiguió calmarse, sintió que la corriente de aire de la cocina le golpeaba la cara.

Tienes que salir de aquí, pensó.

Se acercó al ventanal abierto que daba a la parte trasera de la casa. La cubierta acristalada brillaba tenuemente tras las sombras de los árboles, el aire olía a madreselva, el cielo parecía temblar como el ala de un inmenso pájaro negro y el desolado jardín estaba bañado por una claridad azulada que le recordaba a la pantalla de la televisión del salón.

Max podía distinguir columnas de polen que caían de las copas de los árboles y rodaban por el aire en grandes espirales. Recordó lo que había sugerido Tom, que esas partículas actuaban sobre ellos para reducir su estado de alerta, pero no pudo resistir el impulso de llenarse los pulmones. Sintió que lo invadía un dulce y familiar sopor, que ahuyentaba la imagen de la anciana a la que acababa de ver regurgitando las tripas en el salón.

Tomó el sendero de pasos japoneses hasta el edificio acristalado y no se sorprendió en absoluto cuando abrió la puerta y encontró dentro a Anthony y Marie Cathala.

Estaban uno junto a otro dentro de la piscina, con el agua estanca hasta los hombros. La vidriera del tejado estaba sumida en la

penumbra y solo el azul de la noche se filtraba a través de los cristales, pero Max podía distinguir los hombros y los cuellos de los gemelos, su piel tan suave y pálida, tan pálida como el papel de arroz, sus ojos tan azules como dos cenotes mirándolo fijamente y brillantes de deseo, un deseo que lo hizo vacilar y lo obligó a apoyarse en el respaldo de una de las tumbonas.

—Sé lo que sois —dijo.

—Nosotros también sabemos lo que eres tú —respondió Anthony.

—Todo lo que quiero es encontrar a mis amigos y salir de aquí.

—¿Tus amigos? —preguntó Marie—. Ninguno de ellos es realmente tu amigo. Los perdiste hace mucho tiempo. Nunca te perdonarán que les hayas dado la espalda.

—Eso no es cierto —respondió Max—. Me han perdonado. Sé lo que estás haciendo. Intentas meterte en mi cabeza. No quiero seguir escuchándote.

—Tú y tus amigos vinisteis aquí con la intención de destruirnos —dijo Anthony—. Pero ¿de verdad crees que hay algo bueno esperándote al otro lado?

—No hay esperanza para vosotros —continuó Marie—. Todo se ha ido a pique sin que os deis cuenta. Para ti, en particular.

Ella se acercó al borde de la piscina, rozando apenas el agua que la rodeaba. Anthony permaneció inmóvil, pero sin apartar los ojos de él.

—Solo quiero irme —suplicó Max.

—¿Adónde y por qué?

—A mi casa.

—¿No comprendes que vivirás una vida miserable, una vida de soledad y deseos mediocres? ¿Que siempre serás un monstruo a los ojos de la gente, incluso de aquellos que finjan lo contrario? El desprecio que sientes por ti y tu odio a ti mismo te irán carcomiendo

poco a poco desde dentro. Nunca te librarás de tu vergüenza, se te pegará a la piel.

Ella se agarró a los peldaños de la escalera y salió lentamente de la piscina. Max vio que estaba desnuda y que lo que él había tomado por agua oscura era en realidad un líquido tan espeso, viscoso y negro como el aceite de desagüe, que fluía pesadamente sobre su hermoso cuerpo y goteaba por el suelo.

Ella hablaba con una voz fría y monótona que no podía ser la de la verdadera Marie Cathala, pero sus palabras llegaron hasta él, se infiltraron en su mente nublada, lo desgarraron por dentro, como si ella le hubiera clavado los dedos entre las costillas, atrapado los lados de la caja torácica y lo hubiera descuartizado.

Comprendió que el ente captaba y reproducía la voz de su propio miedo, un miedo que había mantenido tan profundamente soterrado que a veces llegó a pensar que se había metabolizado, que se había materializado en forma y carne dentro de él como un órgano más.

—Solo vivirás amores clandestinos, cópulas lamentables y siempre te sentirás mancillado. Acabarás solo, en una soledad más amarga y desesperada que ninguna otra. Entonces querrás desaparecer de este mundo que tanto querías preservar.

Marie se le acercó y lo cogió de la mano. Ni siquiera estaba seguro de si era ella quien le hablaba, tal vez su voz provenía del interior de su cabeza. Miró su cuerpo, que brillaba en la oscuridad como una criatura surgida de las entrañas de un mar de lodo, o un ave marina blanca extraída de una marea negra.

—Mírate —le dijo ella—. La muerte y la soledad ya están actuando, te han contaminado desde hace tanto tiempo... Siempre las has llevado contigo.

Ella le desdobló suavemente el brazo y él miró hacia abajo para ver que su piel estaba cubierta de lesiones de un sarcoma.

—No, no, no, no, *piedad* —gimió.

Se levantó la camiseta con la otra mano y vio que las mismas manchas ulceradas le recorrían el vientre y el torso. Tocó el relieve hinchado con la punta de los dedos para asegurarse de que eran reales.

—Ven y únete a nosotros —dijo Marie—. Quédate con nosotros. Aquí no tendrás nada que temer, ningún sufrimiento, ninguna soledad. Acabarás curado, purgado de todo ese mal, de toda esa infección que se pudre dentro de ti.

Ella tiró de él hacia el borde de la piscina y Anthony avanzó en su dirección, con una sonrisa en los labios. Max se sentó sollozando en el borde, dejando que sus piernas se hundieran en el líquido negro y sintiendo la textura espesa y cálida que las envolvía.

—Solo tienes que dejarte llevar —dijo Anthony—, renunciar a todo lo demás. A tu cuerpo, a tu mente. Aceptar ser destruido. Entonces serás libre. Serás parte de nosotros. Te *convertirás* en nosotros. Esto es lo que querías, ¿no?

Max se metió en la piscina y sintió que Marie lo seguía de cerca.

Dio un paso adelante y los gemelos lo rodearon mientras el barro atrapaba su cuerpo en un abrazo pegajoso. Le pareció que hablaban con la misma voz, que ahora podía oír muy lejos.

—Todo va bien —le decían ellos, como si lo estuvieran meciendo —. No tengas miedo. Sumérgete, desaparece.

Anthony le puso una mano en la frente y lo animó a dejarse caer hacia atrás. Un último resto de fuerza de voluntad se doblegó en Max antes de ceder por completo. Flotó en la superficie de la piscina entre los Cathala, contemplando la cubierta de cristal, que reflejaba sus cuerpos reunidos.

Luego cerró los ojos y se hundió.

4

La casa de los Fauré daba al vestíbulo del edificio B del instituto Melville. A través de los grandes ventanales, podían contemplar parte del patio y las cintas marcadoras que colocaron los gendarmes presentes el día de la muerte de Brice Lagarde, cuando los profesores los hicieron abandonar el centro. Una de ellas yacía en el suelo ondeada por la brisa, como una serpiente moribunda o el último vestigio de un carnaval desierto.

Unos alumnos estaban reunidos en tres pequeños grupos separados, inmersos en conciliábulos silenciosos, y parecían tramar alguna fechoría. Miraron de reojo a Tom, Mehdi y Lena mientras avanzaban por el vestíbulo, guardando celosamente las distancias.

Los tres amigos vieron que los rostros de los alumnos eran máscaras grotescas, borrosas, apenas esbozadas, como las caras lisas de los grandes quemados o las víctimas de accidentes.

—¿Qué demonios hacemos aquí? —susurró Mehdi, para no ser oído por los entes estudiantiles.

—Esta cosa nos conduce exactamente a donde quiere que vayamos —contestó Tom—. Un poco como una planta carnívora que te empuja hacia sus entrañas.

Como si lo hubieran oído y estuvieran decididos a darle la razón, los entes empezaron a avanzar hacia ellos, haciendo que retrocedieran poco a poco hacia el pasillo de la planta baja.

Ellos abrieron las dos puertas cortafuegos con sendos ojos de buey. Más allá, el pasillo se adentraba en una penumbra apenas

disipada por los paneles iluminados de las salidas de emergencia, cuyo suelo lustrado reflejaba los espectros verdosos.

A ambos lados había una docena de aulas, la mayoría dedicadas a las clases de Biología, Física y Química y Tecnología, con las puertas cerradas. A lo largo de las paredes había unas hileras de taquillas metálicas. En el otro extremo, otras dos puertas daban a un espacio de tránsito que desembocaba en el patio, frente al edificio del comedor.

Después de lo que Tom acababa de decir, Mehdi no podía evitar la sensación de que lo empujaban cada vez más profundamente hacia unas tripas destinadas a digerirlo. Se giraron para mirar a través de los ojos de buey los rostros de los entes estudiantiles que no franqueaban las puertas. Algunos de ellos tenían, a modo de esbozo de párpado, unas hendiduras apenas abiertas en pliegues de mucosa conjuntival roja, en medio de las cuales a veces giraba un ojo ciego de una blancura ósea.

Otro no tenía nada, solo una membrana que le tapaba las cuencas de los ojos, una nariz que parecía haberse hundido dentro del cráneo o no haberse formado nunca, desvelando las fosas nasales, y una gran oquedad palatina que se abría hasta su labio superior, dejando al descubierto el tejido nervioso. Pero lo más espantoso era que ese magma de piel, de carne y de cartílago se movía como si esos rostros estuvieran buscando tomar forma.

—Parecen cenobitas —resopló Mehdi con repugnancia.

—Es extraño, sus caras me resultan... *familiares* —dijo Lena.

—A mí también —añadió Tom—. Son como los extras de las películas, retazos de recuerdos.

Retrocedieron por el pasillo, los entes no amagaron ni un gesto.

—Sabéis lo que se puede encontrar en cada una de estas aulas, ¿verdad? —preguntó Mehdi.

Lena asintió.

—Tenemos que permanecer juntos, porque si nos separamos, no podemos estar seguros de...

No tuvo tiempo de terminar la frase. Oyeron el ruido de las puertas que daban al patio, al otro extremo del pasillo, y avistaron a la escolopendra abriéndose paso lentamente.

Se colocaron de espaldas a la pared detrás de una hilera de taquillas, Mehdi y Lena a un lado del pasillo, Tom frente a ellos. La criatura se aferraba a los tabiques a medida que iba avanzando. El olor casi familiar a turba y amoniaco llegó hasta ellos cuando se subió a uno de los bloques de taquillas y sus patas crujieron sobre el metal.

Mehdi, lívido, se estremeció mientras cerraba los ojos. Sentía cómo la herida del muslo palpitaba y se aceleraba al ritmo de los latidos de su corazón.

Tras los ojos de buey de las puertas de la sala B, las infames máscaras seguían mirándolos en un silencio pantomímico. No había salida.

—Esta vez estamos acabados —dijo Mehdi—, nos va a devorar.

Lena sujetaba las dos extremidades del mango de la cizalla con ambas manos, con las hojas apretadas contra el pecho. Bajó la mirada hacia el bidón de gasolina que llevaba Tom mientras este se asomaba para echar un vistazo del otro lado de las taquillas.

Cuando la escolopendra salió del espacio de tránsito, las puertas se cerraron tras ella con un sonido parecido al de un fuelle. En la penumbra, parecía que una marea rojiza de colmillos, patas afiladas y segmentos relucientes estuviera invadiendo el pasillo.

Pero hubo un detalle que le heló la sangre a Tom.

La criatura había asimilado a su padrastro, o el cadáver de su padrastro, tal como lo dejó en la moqueta del salón. El busto del

hombre sobresalía, anguloso, de su vientre, como un gemelo parasitario cuyo torso se hundiera entre sus segmentos para fundirse con ella. Solo emergían la cabeza de Girard junto a la de la escolopendra, formando una atroz quimera, y su brazo izquierdo, del que se servía como un apéndice mal coordinado.

Girard miraba torpemente hacia el pasillo, con el ojo izquierdo inyectado de sangre, mientras su boca se abría y cerraba por mimetismo cuando la cabeza de la escolopendra abría y cerraba los colmillos.

Lívido, Tom dejó que el mango de la maza se deslizara por la palma de su mano hasta que la cabeza de la herramienta golpeó silenciosamente el suelo. La dejó ahí. Lena lo vio cerrar los ojos para sacar fuerzas de su interior e infundirse valor. Inmediatamente volvió a abrirlos y dio un paso al frente.

—¿Qué haces? —le susurró ella.

—Salid de aquí en cuanto podáis —respondió él en voz baja.

—¡Tom, no!

Tom se pegó a la hilera de las taquillas, con el bidón apretado contra su vientre, y empezó a caminar sin apartar los ojos de la cosa. La vio levantar la cabeza bicéfala y un hilillo de sangre y saliva goteó de los labios de Girard mientras la bestia arrastraba su cuerpo como una hernia adiposa. Cruzó el pasillo y se dispuso a trepar por las taquillas de enfrente. Tom notaba la adrenalina corriendo por sus venas, unos largos impulsos nerviosos recorrían sus músculos, obligándolo a calcular cada uno de sus movimientos. Frente a él, a pocos metros, debía de estar una de las aulas de Física y Química de la escuela: la única idea que se le ocurrió para mantener a la criatura alejada de sus amigos era arrastrarla hasta ahí para darles tiempo a llegar al otro extremo del pasillo.

Sabía que la casa —o aquello a lo que se abría— se había introducido en su mente para dar a luz a esa aberración y no podía aceptar la idea de que Mehdi y Lena corrieran el riesgo de ser destrozados por ella.

Se echó a correr en dirección al aula.

Las dos cabezas giraron en su dirección, la escolopendra se abalanzó sobre él, con el cepo de sus colmillos y las fauces de Girard abiertas de par en par, y el brazo de su padrastro arrastrado como un peso muerto bajo las patas de los segmentos siguientes.

Tom se lanzó hacia el picaporte y empujó la puerta, dejando escapar un gran chorro de luz providencial que iluminó parte del pasillo justo cuando la criatura llegaba al umbral de la sala. Su cuerpo se contrajo en una torsión visceral y retrocedió, estremeciéndose, hacia la sombra. El rostro de Girard convulsionó en una mueca de repulsión cuando la hilera de taquillas en la que se había refugiado el monstruo se desprendió del tabique, se derrumbó bajo su peso y se desplomó por el pasillo con un terrible estruendo como de chatarra.

Lena dio un brinco y Mehdi se mordió el puño para no gritar, dejándose la marca de los incisivos.

En el aula, Tom, que acababa de caer sobre su hombro herido contra una de las mesas de laboratorio, lanzó un grito de dolor.

Miró a su alrededor, sintió un alivio como nunca antes le había sucedido al entrar en un aula de Ciencias, se refugió contra una de las paredes y desenroscó el tapón del bidón con mano temblorosa.

Vertió gasolina por el suelo y en las mesas, que recorrió encendiendo el mechero Bunsen que se hallaba en cada una de ellas, luego cerró el bidón y empezó a correr las cortinas de las ventanas, sumiendo la habitación en la oscuridad.

—¿Qué está tramando? —preguntó Mehdi cuando vio que bajaba la luminosidad que emanaba del aula.

—Quiere quemarla —respondió Lena.

—*¿Quemarla?* ¿Cómo se quema algo así?

Oyeron a la escolopendra que emitía un estruendo prolongado y rabioso mientras trepaba por la hilera de taquillas que bordeaban el pasillo.

—¡Preparaos para salir pitando de aquí! —les gritó Tom desde el aula.

Se agachó para ponerse a cubierto tras una de las mesas de laboratorio justo cuando la criatura irrumpió en la estancia, pero el olor a gasolina pareció repelerla y permaneció con la parte delantera de su cuerpo en el umbral, retrayendo el abdomen hacia el pasillo como una serpiente enroscada sobre sí misma.

Tom asomó la cabeza por encima de una de las mesas, la vio aferrarse a la puerta con su brazo humano y elevarse para observar la habitación desde arriba sin entrar en ella. Los mecheros Bunsen silbaban en las mesas y el olor a gas empezaba a extenderse.

Se dio cuenta de que corría el riesgo de que el ente se batiera en retirada si no encontraba la forma de atraerlo dentro de la sala. Rebuscó en los bolsillos, sacó su Zippo, lo cerró en un puño y se levantó para que lo viera.

—¡Si quieres atraparme, ven a por mí, hijo de puta! —le gritó a la cara del padrastro.

La escolopendra saltó en su dirección, pero el peso de Girard la desequilibró y se estrelló contra la mesa del profesor, barriendo los frascos y vasos de precipitado que había allí, así como un microscopio y un voltímetro.

Tom se deslizó a cuatro patas por debajo de las mesas, arrastrando el bidón de gasolina con una mano. Vio los segmentos

terminales de la criatura pasando por la puerta mientras rodeaba las mesas de laboratorio en su persecución, Girard utilizaba el brazo para apartar las sillas que lo estorbaban. Su enorme presencia le pisaba los talones, y pudo oír el estertor de agonía y excitación que escapaba de la garganta humana, y también sentir el mismo hedor a bilis y sangre que invadió el salón cuando la escolopendra despedazó el cuerpo de su presa.

Cruzó por debajo de la mesa de laboratorio más cercana a la puerta y se enderezó para salir cuando la mano de su padrastro lo agarró por el tobillo. Tom intentó asirse a algo en el suelo, pero lo alcanzó una fuerza extraordinaria que lo arrojó contra la pared. Rodó sobre sí mismo para hacer frente al monstruo que volvía a la carga y vio frente a él, irguiéndose, la cabeza híbrida, la cara hinchada de Girard, los colmillos desplegados de la escolopendra.

Instintivamente levantó los brazos para protegerse del ataque.

Un líquido pegajoso con un infecto olor a cobre se derramó sobre él y le recordó a la escena de *La mosca* que le contó a Jacques Grillon el día que alimentaban a la escolopendra, preguntándose si lo había cubierto de jugos gástricos que lo disolverían.

Pero no sintió ningún ardor y volvió a abrir los ojos.

Lena, que había acudido en su ayuda, acababa de clavar las hojas de la cizalla en las fauces de la escolopendra, que permaneció inmóvil un instante, golpeando el aire con su único brazo hasta que consiguió atrapar una de las extremidades del mango de la cizalla y tirar de ella, redoblando la hemorragia. Se enderezó en un violento espasmo, una sangre verdosa fluyó por sus colmillos, goteando sobre la herramienta y salpicando el rostro de Girard, que se contrajo en una expresión de estupor y sufrimiento.

Lena observó a la cosa contorsionarse con absoluto horror.

Tom agarró el asa del bidón y Mehdi apareció para ayudarlo a ponerse en pie. Aprovecharon que la criatura se retiraba para salir de la sala.

—¡Espera! —gritó Tom antes de que Lena pudiera cerrar la puerta.

Encendió el Zippo, lo colocó en el suelo y lo deslizó por el borde. La llama se atenuó al volverse verde antes de recuperar la intensidad. Vieron una estela de fuego galopar por el suelo y elevarse hasta una de las mesas de laboratorio.

—¡Ahora!

Lena cerró la puerta.

—¡Hay que bloquearla!

—¡Las taquillas! —dijo Mehdi.

Enderezaron la hilera volcada al otro lado del pasillo y la empujaron a lo largo de la pared hasta dejarla delante del aula. Se apoyaron en ella, con los pies y las manos pegados al suelo para mantenerla contra la pared.

Un primer soplo retumbó a sus espaldas cuando las llamas prendieron la gasolina esparcida sobre las mesas, y se alzó una especie de grito que les pareció compuesto por estridencias de insectos, crujidos de élitros o de alas de pájaros, bufidos de gatos entremezclados con voces humanas, la de Alain Girard, pero también chillidos de mujeres y niños, súplicas de hombres y sollozos de ancianos, a la manera de un largo y desgarrador canto de dolor y agonía que parecía tan antiguo como el mundo y que debía de emanar de las fauces apuñaladas y ensangrentadas de la quimera que las llamas estaban consumiendo.

Detrás de los ojos de buey, los entes estudiantiles abrían de par en par sus bocas deformadas, como si el grito hubiera salido de ellas

o estuvieran experimentando el mismo dolor que la cosa inmolada en el aula de Ciencias.

En ese momento prendió el gas de los mecheros Bunsen y una deflagración atravesó el tabique, haciendo añicos la puerta y derribando la hilera de taquillas sobre las espaldas de los tres adolescentes. El impacto los dejó sin aliento y un silbido continuado les desgarró los tímpanos. Un humo negruzco y grasiento escapó por la abertura y se elevó hacia el techo, arrastrando un hedor a incendio y carne carbonizada.

—¿Estáis bien? —preguntó Lena cuando salieron de la hilera metálica.

Tom asintió.

—¡Joder! ¿Qué coño ha sido *eso*? —preguntó Mehdi.

Oyeron las puertas a sus espaldas golpeando contra la hilera de taquillas que las bloqueaban y vieron a los entes del instituto intentando acceder al pasillo.

—Tenemos que largarnos de aquí —respondió Tom.

—Me parece una idea más que razonable —convino Mehdi.

Se dirigieron al otro extremo del pasillo y salieron al patio del instituto, donde la plena luz del día les hirió las retinas, obligándolos a apartar la mirada.

—¡Mehdi Belkacem! —gritó una voz.

Se volvieron hacia la zona delimitada por las cintas de la policía y descubrieron a Brice Lagarde con la escopeta del calibre 12 en la mano.

—*Te pido perdón* —musitó él entre dientes.

Levantó el cañón recortado del arma, lo colocó bajo su barbilla y apretó el gatillo. En el momento en que sonaba el disparo en el patio

desierto y explotaba la cabeza de Brice, dispersando por el aire una lluvia de sangre, huesos y sesos, Mehdi sintió que una deflagración fantasma le atravesaba el cráneo.

Cayó de rodillas mientras el ente se desplomaba pesadamente sobre el hormigón. Tom y Lena agarraron a Mehdi por las axilas para ayudarlo a levantarse y observaron asombrados cómo el cráneo de Lagarde se reconstituía, los fragmentos de hueso se unían, los colgajos de carne y piel se replegaban y el cuerpo se alzaba como una marioneta de madera.

—¡Mehdi Belkacem!

Su mirada reflejaba sufrimiento y resignación, como si obedeciera a una orden superior.

—*Te pido perdón* —dijo de nuevo.

—¡No! —gritó esta vez Mehdi.

Pero el ente se puso el cañón bajo el rostro y volvió a disparar.

La misma impresión de aniquilación recorrió a Mehdi. Sintió que el cartucho le desgarraba la lengua, los músculos de la mandíbula, la carne del paladar blando y le pulverizaba el cerebro. Grandes manchas negras se extendieron por su campo de visión, su cuerpo volvió a ceder y pudo mantenerse de pie solo gracias a Lena y Tom.

En cuanto el ente de Brice tocó el suelo del patio, empezó a recomponerse.

—Haced que pare —rogó Mehdi con lágrimas en los ojos.

Sabía que aquella aparición había sido generada por sus recuerdos del suicidio de Lagarde y de una culpabilidad de la que se creía desprovisto, pero ahora se sentía ligado a ella de un modo íntimo e insoportable, y la idea de que estuviera atrapada en esta realidad en un círculo de destrucción sin fin lo devastaba.

Lagarde se levantó y los estudiantes que los habían seguido desde el vestíbulo del edificio B salieron al mismo tiempo por las puertas

que acababan de franquear.

—Tenemos que llevárnoslo lejos de aquí —dijo Tom.

Se marcharon sosteniendo a Mehdi, mientras Brice seguía gritando su nombre y disparándose inexorablemente en la cabeza.

—¡Mehdi Belkacem!

Entraron en el comedor, cerraron las puertas con llave y sentaron a Mehdi contra una de las paredes. Tom observó a los entes que se acercaban. Otros salían de los edificios del instituto, cruzaban el patio y pronto se agolparon ante las puertas, donde se detuvieron para observarlos.

Ahora había docenas de ellos, algunos mejor rematados que otros cuyas caras eran bocetos malísimos, pero reconoció a varios de sus compañeros, al señor Lapeyrat, la señora Sabardens, el señor Dimitrievski, a unos vigilantes y a una de las bibliotecarias del Centro de Documentación e Información.

Aunque las detonaciones en el patio habían cesado, Mehdi seguía aturdido, con un hormigueo ininterrumpido que le recorría el cráneo, los brazos y las piernas, como si acabaran de darle una paliza en cada músculo y cada fibra nerviosa. Se llevó las rodillas al pecho y enterró la cara en ellas para no ver a las encarnaciones que se aglomeraban tras las ventanas.

—Hay algo ahí —susurró Lena a Tom.

Estaban en la primera parte del comedor, dedicada al autoservicio, donde los mostradores de acero inoxidable alineados a su izquierda frente a las cocinas eran de un gris apagado en medio de la penumbra. Más allá, dos entradas daban al espacio restaurante del que manaba un líquido espeso y oscuro.

—Debemos seguir avanzando —dijo Tom.

—No puedo —respondió Mehdi—. No puedo más.

—No tenemos elección, amigo.

Mehdi sacudió lentamente la cabeza, se secó las lágrimas que aún corrían por sus mejillas y tendió una mano para que Tom lo ayudara a levantarse. Una vez de pie, vio la masa de entes dividiéndose y a su doble exacto que se dirigía hacia él. La visión era tan intolerable que se sintió al borde de la locura, se lanzó contra las puertas con un grito furioso y descargó sus puños sobre el rostro, que se contentó con lanzarle una mirada burlona y desafiante. Quería destruirlo como había destruido el de Brice Lagarde, reducirlo a una masa informe.

Las criaturas lo observaban con total indiferencia.

—Mehdi, para —le pidió Lena, que tampoco podía apartar la vista del doble, atormentada por la idea de que ella pudiera ser la responsable de esta encarnación.

La primera capa del doble acristalamiento se resquebrajó en diagonal bajo los golpes, ocultando la visión de la cara de la criatura gemela.

—Ya basta —dijo Tom, apretando con fuerza el puño de su amigo —. Tú mismo lo has dicho, no debemos dejarnos engañar por estas cosas.

Mehdi lo miró con los ojos febriles y pareció recuperar un poco de su sangre fría. Tom le puso una mano en el pecho para obligarlo a darse la vuelta y Mehdi consintió por fin en alejarse, no sin antes lanzar a la cara del *Doppelgänger* —que ni siquiera parpadeó— un escupitajo que resbaló lentamente por el cristal.

Se acercaron a la parte del restaurante cuyo suelo estaba cubierto por ese líquido negro y viscoso que creyeron ver al entrar en el autoservicio. En esa zona, parecía que hubieran volcado, arrastrado

y empujado hasta las paredes las mesas y las sillas. Desde las altas ventanas horizontales, la luz del día caía en estrías oblicuas sobre lo que al principio interpretaron como un osario humano de varios metros de altura, un islote macabro en un mar de obsidiana.

Tom entregó el bidón de gasolina a Mehdi y dio un paso dentro del restaurante. Levantó el pie, notó que la materia negra que acababa de pisar se estiraba bajo la suela, pero aun así avanzó hasta que pudo distinguir mejor los cuerpos amontonados.

Todos eran réplicas de los gemelos Cathala, algunos terminados, otros aún en proceso de formación, sus rasgos más o menos identificables, sugiriendo los rostros multiplicados de Anthony y Marie. Formaban un bloque aparentemente indisociable, perfectamente entrelazado.

A medida que se acercaba, Tom vio que los entes no estaban muertos, sino que más bien parecían dormidos, con los ojos girando bajo los párpados cerrados y los brazos y las piernas sacudidos por breves sobresaltos. Podía oír sus respiraciones profundas, perfectamente compenetradas, como si hubieran formado un solo cuerpo.

Tom se preguntó qué podrían estar soñando las criaturas de un sueño —y temía conocer la respuesta a esa pregunta—. Pensó en ciertos animales de sangre fría que se acurrucan para mantener su temperatura corporal. ¿Sería posible que esos entes se hallaran inmersos en una especie de hibernación?

Mientras bordeaba esa aglomeración, divisó en ciertas partes, acurrucadas entre los cuerpos, como protegidas por ellos, grandes protuberancias semejantes a odres llenos de tinta. Se acercó a uno, que emergía a ras de suelo, y lo empujó con la punta de la zapatilla. La gruesa membrana se hundió, su pie topó con un núcleo sólido y una contracción musculosa lo rechazó con un movimiento reflejo.

Algo se contorsionó en el interior, un esbozo de rostro se pegó a la membrana antes de replegarse inmediatamente en una noche amniótica.

Un escalofrío hipnótico recorrió a Tom de parte a parte.

La envoltura visceral estaba conectada a una tupida vena de reflejos azulados que se sumergía entre la multitud de los Cathala para resurgir más allá, dividiéndose con el fin de alimentar otros sacos placentarios. Algunos habían reventado, y un líquido oscuro manaba de las marchitas bolsas orgánicas, manchando los cuerpos desnudos de los gemelos.

—Es una especie de matriz —dijo Tom para sí.

Un detalle le llamó la atención en medio del montón, un rostro distinto del de los demás entes y que estrechaban y retenían unos brazos.

—¡Max! ¡Está aquí! —gritó a sus amigos.

Max también parecía estar inconsciente, con los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás, y la vena que conectaba entre sí los sacos embrionarios le separaba las mandíbulas, hundiéndose en él como una raíz adventicia que extrajera agua de un pozo.

Tom saltó hacia los cuerpos de los entes y empezó a trepar por ellos, apoyándose en una cadera o una espalda, agarrándose a un hombro o un tobillo para escalar hasta donde se encontraba Max.

Lena y Mehdi se unieron a él y observaron asombrados cómo intentaba extraer a su amigo.

—¿Qué demonios estás haciendo? —preguntó Mehdi, aterrorizado de nuevo—. ¿Y si no fuera él, y si fuera un doble creado por esa cosa?

—Creo más bien que... es él quien los está pariendo —dijo Lena.

Tom soltó uno de los brazos que sujetaban a Max por el torso y este se desplomó peligrosamente hacia delante. La masa compacta

de entes se enroscó enérgicamente alrededor de su cintura como un nudo de serpientes, y el pie derecho de Tom resbaló y agujereó uno de los sacos de tinta aceitosa.

Se extirpó de ahí una forma cerosa.

Poseía apariencia humana, aunque carecía completamente de pelo, tenía brazos y piernas, pero el cuerpo no presentaba orificios, ni órganos sexuales o excretores. El cráneo estaba raso, sin orejas, ojos, nariz ni boca, y los huesos se movían subterráneamente bajo el cuero liso recubierto de una sustancia tan espesa y grasienta como el aceite de motor. Parecía que le hubieran colocado una bolsa de plástico sobre la cara, y su mandíbula, cuya forma solo podían adivinar, tiraba desesperadamente de la epidermis para aspirar el aire.

Retrocedieron, con los ojos clavados en el aborto aprisionado en su propia piel, que se arrastró hacia ellos, les tendió una mano antes de convulsionarse y detenerse con un último sobresalto.

Mehdi permaneció atónito, pero Tom pasó por encima de la cosa para agarrar a Max del brazo. Lena se unió a él y tiraron de su amigo para alejarlo de los Cathala. En cuanto el cuerpo del adolescente se despegó de ellas, las réplicas de los gemelos empezaron a despertar poco a poco de su letargo.

Tumbaron a Max en el suelo y Tom asió la vena que se hundía en su garganta con ambas manos. Tenía una textura anillada y musculosa bajo sus dedos y latía débilmente. Al extraerla, vieron que estaba trenzada de filamentos, zarcillos orgánicos que se enrollaban entre sí y se dividían en ramificaciones secundarias, que a su vez se prolongaban en finas y delicadas raicillas que se retraían al contacto con el aire.

Cuando Tom la arrojó lejos, vio cómo se retorcía en el barro que cubría el suelo igual que una cola de lagarto cortada.

Introdujo los dedos en la boca de Max para despejarle las vías respiratorias y sacó un puñado de coágulos negruzcos. De repente, el adolescente abrió los ojos y respiró con dolor. Se aferró a su amigo antes de verse sacudido por un espasmo y regurgitar largas bocanadas de líquido; luego se debatió como si se encontrara bajo el agua e intentara alcanzar la superficie.

—¡Cálmate, somos nosotros! —dijo Lena, cogiéndole la cara entre las manos para tranquilizarlo—. ¡Somos nosotros!

Max miró febrilmente a los tres antes de inclinarse para expulsar una nueva masa de mucosidad.

—¿Dónde estoy? —preguntó entre toses.

—Todavía en el otro lado —contestó Tom.

Max pareció recuperar la memoria, se levantó asustado la camiseta empapada para pasarse una mano por el estómago, pero no encontró rastro de heridas. Miró alucinado la masa de entes, que temblaba como un enjambre de avispas y empezaba a dislocarse al volver a la vida.

Intentó levantarse, pero se mareó y cayó de espaldas.

—Tranquilo —dijo Tom, sosteniéndolo.

Mehdi lo ayudó a ponerse en pie y cerraron filas retrocediendo hacia la salida del comedor. Los entes Cathala se separaban unos de otros, caían al suelo, se arrastraban, volvían a levantarse y avanzaban en su dirección con paso aún tórpido. En sus esfuerzos por salir de aquel aglomerado primordial, a veces perforaban los sacos amnióticos de los que surgían formas aproximadas, no viables, reducidas a un conjunto de fragmentos anatómicos de naturaleza imprecisa.

—Imposible cruzar por el patio —dijo Lena cuando llegaron al límite del comedor—. Hay otros delante de las puertas.

—Las cocinas —respondió Tom—. Hay un acceso para carga y descarga que debería dar a la parte trasera del instituto.

Se replegaron detrás de uno de los mostradores del autoservicio, pero los entes seguían avanzando hacia ellos a una velocidad cada vez mayor.

Tom y Lena abrieron de un empujón los batientes de las cocinas, que ninguno de ellos había pisado nunca y que constituían un espacio extraño, aséptico, iluminado por fluorescentes y formado por volúmenes metálicos, estantes y placas de acero inoxidable.

Se adentraron allí y cerraron los pestillos de bayoneta. Hubo un momento de gran calma, durante el cual solo oían el crepitar de los tubos de neón y el jadeo de sus propias respiraciones. Luego sonó el primer impacto contra las puertas y los cuerpos de los entes no tardaron en chocar repetidamente.

Ellos formaron un bloque en el centro de la estancia y miraron a su alrededor. Las perspectivas eran absurdas, el techo bajaba y las paredes se estrechaban inexorablemente. Todas las líneas convergían al fondo hacia un tabique alicatado de blanco en cuyo centro se encontraba la única puerta coronada por una señal luminosa de salida de emergencia.

Una de las cerraduras se abrió de golpe. Tom tuvo el reflejo de coger una escoba de un rincón e introducir el mango en las manillas en forma de U. Algo chocó contra la puerta y el batiente izquierdo pegó con fuerza en el mango, rajándolo. Tom lo sujetó con ambas manos.

—¡Esto no aguantará mucho! —gritó por encima del hombro.

—*Eso es lo que estás deseando* —siseaban las voces tras las puertas.

—Se acabó todo esto para ti.

—Puedes follarme si quieres.

—No hay esperanza para vosotros.

Mehdi y Lena sostuvieron a Max hasta la salida de emergencia, que daba a la entrada de la casa de los Sentenac, bañada por la luz dorada del atardecer.

—Tom, ¡CORRE! —gritó Mehdi antes de salir.

Tom soltó la empuñadura, que se hizo añicos ante el enésimo asalto.

Se precipitó hacia la salida y las puertas se estrellaron violentamente contra las paredes a sus espaldas mientras los entes Cathala penetraban en las cocinas.

Tom pasó junto a Mehdi, y este cerró la puerta tras ellos. Los dos chicos agarraron el picaporte y trataron de mantenerlo cerrado, a la espera de que los entes fueran tras ellos, pero no ocurrió nada y Tom volvió a abrir la puerta para descubrir que las cocinas del instituto habían desaparecido, dejando paso a la entrada de la casa de los Sentenac.

Aún agotado, Max se sentó en la hierba junto a Lena y consiguió recobrar la serenidad. Le costaba deshacerse de la impresión de comunión que sentía antes de que sus amigos lo separaran del abrazo de los Cathala.

Se sumió en un torpor poblado de imágenes y sensaciones, un territorio interior en el que le parecía que el mundo al que se abría la casa del impasse des Ormes lo deseaba tanto como él lo había deseado, lo deseaba más de lo que nada ni nadie lo desearía, y su miedo —la suma de todos sus miedos— lo abandonó como si se despojara de una vieja carga cuyo peso había olvidado a fuerza de llevarla encima. Podría haberse quedado allí indefinidamente, en

comunión con aquella cosa, haciendo coincidir los latidos de su corazón con los de ella.

—¿Crees que podrás caminar? —le preguntó Tom cuando se unió a ellos.

Max seguía atontado, como el día en que se despertó de la anestesia tras una operación de apendicitis, y le dolía mucho la garganta.

Nunca podría contarle a nadie lo que había visto. Le fallarían las palabras. Los entes Cathala —que no eran más que una extensión de algo infinitamente más vasto y proteico— no le habían mentido. Había experimentado su propia finitud y su propia aniquilación. Se habían inspirado en él para reproducirse y multiplicarse, pero también le habían revelado que todo estaba conectado y lo porosa que era la frontera entre los sueños y lo que ellos llamaban realidad.

Había experimentado la infinita trama de los deseos de esa humanidad de la que él mismo solo era una encarnación, de los miedos y las esperanzas que fluían en algún lugar, en otra parte de la realidad, como un inmenso río negro y subterráneo cuyas olas arremolinadas arrastrarían todas las vidas a su paso.

—¿Max? —insistió Tom.

Él asintió y aceptó la mano que su amigo le tendía para ayudarlo a levantarse.

Sus rostros estaban confusos y no tenían la menor idea acerca de la dirección que debían tomar. Una ominosa calma invadía el vecindario y no se oía ninguno de los sonidos habituales, ni el piar de los pájaros ni el ruido lejano de la carretera principal.

Llegaron a la calle y solo oyeron el crujido de sus suelas sobre la grava del camino de entrada de los Sentenac. Los entes que los habían escoltado antes en su camino hacia la casa de los Fauré

parecían haberse desvanecido. A la luz del atardecer, una atmósfera de fin del mundo flotaba en el aire. Sin embargo, adivinaban presencias al acecho. Un hombre los observó pasar desde la sombra de un garaje, una niña se quedó quieta en el asiento de un columpio, unos rostros se esbozaban tras el reflejo de una ventana.

Deambularon en silencio, como en un decorado de cartón piedra, en busca de un indicio que los pusiera sobre la pista de Alex, conscientes de la amenaza que surgía por todos lados, y se dieron cuenta de que la urbanización de Les Genêts se repetía hasta donde alcanzaba la vista, como una de esas alfombras de juegos infantiles que se venden por metros y que reproducen indefinidamente los mismos dibujos.

—No podemos seguir así —dijo Mehdi, deteniéndose en seco.

—Ni hablar de marcharnos sin Alex y Camille —replicó Lena.

—Pero ¿dónde se supone que tenemos que buscarlos? —preguntó Max—. No hay ninguna lógica, no hay nada a lo que agarrarse.

—Tenemos que dejar de permitir que este lugar nos tome el pelo y decida por nosotros.

—Quizá lo que nos parece absurdo es precisamente la lógica de este universo —dijo Tom—. Quizá la casa intenta perdernos para dividirnos o hacer que nos rindamos.

—En ese caso, volvamos a la casa de los Fauré, no puede suponer que vayamos ahí —sugirió Lena.

—¿Y arriesgarnos a caer en otra de esas trampas? —preguntó Max.

—Intentémoslo una última vez, es todo lo que os pido —insistió Lena—. Echemos un vistazo y, si no los encontramos allí, intentaremos salir de aquí.

Los chicos intercambiaron breves miradas y asintieron.

Caminaron hasta la casa de los Fauré y se detuvieron ante la verja. Las contraventanas estaban abiertas, pero no había ningún coche aparcado en el camino de entrada ni movimiento que probara que hubiera nadie dentro de la casa. Se acercaron a la puerta principal. Tom agarró el picaporte e intentó abrirla, pero fue en vano.

—Parece que no hay nadie —dijo.

—Vayamos por detrás —sugirió Mehdi, a quien el silencio reinante ponía cada vez más nervioso.

Pasaron por uno de los laterales de la casa. Había ropa que parecía abandonada en un tendedero, donde se había desteñido y solidificado al sol.

Tras subir tres escalones, accedieron a la parte trasera de la casa y se aproximaron a una puerta corredera con las persianas bajadas en el interior. Lena apoyó ambas manos en el cristal para intentar ver algo dentro.

—¡Alex! —exclamó, aliviada.

Tiró de la manilla, que se negó a abrirse.

Su amigo estaba solo, sentado en el sofá del salón, absorto en la contemplación de la pared que tenía delante. Dirigió hacia ellos una mirada ausente cuando llamaron a la ventana y no pareció percatarse de su presencia de inmediato. Sin embargo, al final se levantó y los contempló a través de las lamas de la persiana antes de desbloquear la puerta y abrirla de un tirón.

Enseguida se dieron cuenta de que había adelgazado mucho. Tenía la cara demacrada, grandes ojeras y una palidez alarmante. Llevaba la misma ropa que el día anterior, pero estaba sucia y nadaba dentro.

Lena lo estrechó entre sus brazos, pero Alex apenas correspondió a su abrazo.

—No deberíais estar aquí —dijo.

El timbre ronco de su voz les indicó que probablemente llevaba mucho tiempo sin hablar. Mehdi, Tom y Lena intercambiaron miradas asustadas cuando volvió al sofá.

Todos habían experimentado la dilatación del tiempo durante sus estancias en la casa, pero bastaba con ver la expresión espantosa de Alex, el vello de su cara y su aspecto para comprender que, para él, habían pasado largos meses.

Se quedaron parados sin saber qué decir, entonces Tom se acercó y se sentó a su lado.

—Deberíais marcharos —dijo Alex.

—Hemos venido a buscarte —contestó Tom.

—Es demasiado tarde, llevo aquí demasiado tiempo.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Lena.

Alex se encogió de hombros.

—La verdad es que no lo sé.

—Me llamaste para decirme que ibas a buscar a Camille a la casa, ¿recuerdas?

—Tal vez, sí —respondió tras pensarlo un momento.

Ella se dio cuenta de que mentía y no recordaba nada.

—Eso fue ayer. Para nosotros, fue anoche.

Alex negó lentamente con la cabeza.

—Podrían volver en cualquier momento —se limitó a decir.

—¿De quién estás hablando? —preguntó Max.

—De mis padres.

Lena, Max y Tom intercambiaron unas miradas.

—Alex —dijo Lena—, ¿sabes dónde está tu hermana?

—En algún lado —dijo—. A veces está en su cuarto.

Lena se apresuró a cruzar el salón, seguida por Tom y Mehdi.

—No lo entendéis —dijo Alex—, nunca nos dejarán marchar.

En efecto, encontraron a la adolescente sentada en el borde de su cama cuando irrumpieron en su cuarto. Ella se puso de pie de un salto cuando Lena se le acercó e interrogó a su hermano con cara de pánico.

—Son ellos de verdad —dijo Alex para tranquilizarla, aunque en tono resignado.

Camille también estaba débil, demacrada y visiblemente descuidada. Lena quiso cogerla de la mano, pero Alex se interpuso entre ellas.

—No hay tiempo que perder —dijo Lena—. Tú mismo lo has dicho, una de esas cosas puede surgir de un momento a otro.

—Justamente, ¿sabes lo que podrían hacerte? ¿Sabes lo que nos han hecho ya?

Pareció ponerse aún más pálido, si fuera posible.

—Creo que todos tenemos una idea bastante clara al respecto —respondió Lena, intentando atraer a Camille hacia ella.

—Camille —empezó Alex—, sabes que mamá y papá van a...

—Vuestros padres no están aquí —interrumpió Mehdi—. No sé qué os han metido esos entes en la cabeza, ¡pero tu padre está al otro lado! Fuimos a verlo, está preocupado por ti, espera que vuelvas con tu hermana. Prometiste volver con Camille.

Estas palabras parecieron llegar a Alex porque lo miró con aire confuso y ellos vieron cómo se le llenaban los ojos de lágrimas.

—¿Y mi... y nuestra madre? —balbuceó.

—Está muerta, Alex —dijo dulcemente Lena—. Está muerta y nada va a traerla de vuelta, ni siquiera en este mundo. Estos entes se hacen pasar por ella y os devoran, ¿lo entiendes? Tu madre no tiene nada que ver con esto, estoy segura de que quería que vivierais, que siguierais existiendo sin ella.

Alex se quedó callado, miró a Camille y luego la cara de su madre en la fotografía que había llevado consigo y que volvía a estar enmarcada, en el escritorio. Max puso una mano en el brazo de su amigo y apretó.

—Sé lo que has perdido —dijo—, pero si nos quedamos aquí, perderemos mucho más.

Alex asintió, cogió el marco y golpeó el cristal contra una esquina del escritorio para sacar la foto.

—¿Cómo esperáis salir de aquí?

—Tiene que ser forzosamente por la casa del final del callejón —sugirió Mehdi.

No tuvieron tiempo de discutir. La puerta principal se abrió y alguien entró en el vestíbulo antes de que se hiciera un pesado silencio.

—La ventana —murmuró Alex.

—¿Niños? —llamó la voz de su madre.

Rodearon la cama y abrieron la ventana que daba al jardín, donde la luz del día había disminuido más aún. Tom saltó primero y ayudó a Camille y luego a Lena a franquear el vano.

—¿Alexandre? ¿Camille? ¿Dónde os habéis metido? —oyeron que repetía la voz, insistente.

El tono simulaba una falsa y escalofriante jovialidad.

—Pronto será la hora de cenar. Mamá y papá tienen hambre —añadió.

Mehdi saltó por la ventana y Alex empujó a Max en su dirección.

—Ya se ha dado cuenta —susurró Alex, con los ojos desorbitados por el miedo.

Max consiguió salir por la ventana justo cuando se abría la puerta del dormitorio. Aterrizó en el parterre de lavandas que bordeaba la casa y se volvió para ver a la madre de Alex y Camille de pie en el

umbral del dormitorio. Max la había visto a menudo en las últimas fases de su enfermedad, la había visto debilitarse y menguar físicamente, pero la mujer que tenían delante era la exacta réplica de la que aparecía en la foto que acababa de recuperar Alex, la madre que había sido la suya quince años antes.

Sin embargo, miró a su hijo con una expresión que no mostraba el menor afecto, ni la menor sorpresa, solo una especie de frío fastidio, como si se hubiera encontrado cara a cara con una criatura inferior y recalcitrante que le hubiera gastado una enésima —y esperada— broma de mal gusto. Detrás de ella apareció una torpe e inconsistente imitación del señor Fauré, que permaneció en la sombra del pasillo.

Alex tendió una mano delante de él en un gesto de apaciguamiento y advertencia inútil. Se había esperado que los entes se abalanzaran sobre ellos con furia vengativa y persiguieran a la pandilla, pero ni se inmutaron y se limitaron a mirarlo fijamente mientras saltaba por el alféizar de la ventana, logrando salir de allí.

Mehdi, Camille, Lena y Tom, que se habían replegado a unos metros de distancia, vieron a los entes retrocediendo en el jardín antes de que las siluetas del matrimonio Fauré aparecieran a contraluz en el marco iluminado de la ventana.

—Algo no va bien —dijo Alex con voz apagada—. ¿Por qué no intentan impedir que escapemos?

Max negó con la cabeza para indicar que no tenía ni idea. Los adolescentes se alejaron con desconfianza, doblaron la esquina de la casa y corrieron hacia la rue des Genêts, donde las farolas se iluminaron como si les indicaran el camino.

Otras presencias acechaban, mucho más numerosas ahora, emboscadas por todos lados, pero también se mantenían a distancia, contentándose con observarlos desde el repliegue de las

casas, de los jardines, y todos sintieron que esa pasividad no auguraba nada bueno y que se precipitaban hacia otra trampa.

Se detuvieron en el umbral de la casa del impasse des Ormes.

—¿Alguno de vosotros tiene idea de qué hacer? —preguntó Tom sin aliento—. Entramos y salimos, ¿así de simple?

Ninguno respondió, y escudriñaron la entrada, que era idéntica a la que habían atravesado tantas veces.

—Ya vienen —dijo Camille con una vocecita casi inaudible, abrazándose a Alex.

Se volvieron para ver a los entes que se agolpaban en la rue des Genêts, toda una muchedumbre que no intentaba adentrarse en el callejón, pero que les impedía toda posibilidad de dar marcha atrás.

—¿Alguno de vosotros tiene aún una linterna? —preguntó Lena.

Max negó con la cabeza. Mehdi rebuscó en los bolsillos y sacó un encendedor Bic de plástico transparente, que agitó delante de ellos.

—Está prácticamente vacío —observó con frustración.

Lena se quitó la correa de la mochila del hombro izquierdo, se la puso de lado, abrió la cremallera y rebuscó en el fondo. Sus dedos se toparon enseguida con la pequeña cámara Canon que había llevado consigo y en la que no había vuelto a pensar.

—Pase lo que pase ahí dentro, tenemos que permanecer unidos —dijo Tom.

Pareció más un ruego que un consejo, e intercambiaron una mirada de presas acorraladas antes de entrar uno tras otro.

No salieron de nuevo a la urbanización como la víspera, y se encontraron en el lúgubre vestíbulo, apenas iluminado por la claridad crepuscular que pugnaba por entrar.

En medio de un silencio azorado, esperaron en vano a que ocurriera algo. Tom volvió a cerrar la puerta y esta chasqueó al encajar el pestillo, arrojando sobre ellos una oscuridad total. Volvió a abrirla inmediatamente.

Las mismas tinieblas reinaban ahora donde un momento antes se hallaba el impasse des Ormes.

—Tom, abre la puerta —dijo Max.

—Es lo que acabo de hacer. No parece que quede nada fuera.

Tendieron los brazos para orientarse, pero las paredes de la entrada habían desaparecido, dejándolos en un espacio de límites imprecisos. Mehdi se llevó una mano a la cara y ni siquiera pudo distinguir el contorno.

—¿Alguno de vosotros puede ver algo? —preguntó.

—Nada —respondió Max a su lado.

La oscuridad pesaba sobre ellos como una sábana pegajosa y los asaltó un hedor terrible a humedad y podredumbre.

De repente, unos pasos sonaron cerca de ellos y Tom sintió que una presencia lo rozaba.

Dejó escapar un grito y chocó con Alex al saltar hacia él.

—¿Qué demonios ha sido eso?

Lena buscó la mano de Camille y la apretó.

—Yo también lo he sentido —murmuró.

Callaron y los pasos volvieron a resonar en la moqueta.

—Hay algo aquí con nosotros —dijo Max.

Lena encendió la cámara y el condensador silbó al cargarse. El flash crepitó, revelando durante una fracción de segundo una sección de pared cubierta por un papel pintado marrón amarillento, gangrenado con grandes placas de moho. No se parecía en nada al pasillo de la casa del callejón, sino más bien a un lugar genérico, vacío y frío, que había asimilado sus características.

En el umbral de una puerta había un niño. Su rostro era tan indefinido como el que vieron Max y Lena en los artículos de periódico que les mostró la señora Sentenac, pero sí podrían haber jurado algo: que estaba muerto.

El condensador del flash se recargó y Lena volvió a pulsar el disparador. El chico los miraba. Estaba espantosamente delgado y pálido, vestido solo con unos pantalones de pijama sucios. La mancha verdosa de la putrefacción interna se extendía por el lado derecho de su vientre.

La oscuridad se hizo de nuevo, dejando la silueta del niño flotando en negativo en sus retinas. Mehdi sacó su mechero desechable e intentó encenderlo. La rueda friccionó la piedra, despidiendo escasas chispas, pero no se formó ninguna llama.

La cámara de Lena silbó, otro flash iluminó la habitación.

El chico había desaparecido del marco. Lo oyeron alejarse a toda prisa con una risa mecánica y fría.

Mehdi seguía empeñado en encender el mechero Bic, del que finalmente brotó una pequeña llama con un centro azulado, que reveló sus rostros fantasmales. Inmediatamente la protegió con una mano como si fuera lo más preciado que había poseído nunca.

Apenas podían distinguir la pared que tenían delante, ningún mueble, ningún indicio que les permitiera identificar dónde estaban. Se acercaron a la puerta por la que acababa de escapar el chico.

Se abría a un estrecho pasillo que recordaba a la casa abandonada. La piedra del encendedor quemó el pulgar de Mehdi, que soltó la presión sobre el botón y la llama se apagó.

Oyeron de nuevo unos pasos apresurados, y notaron el aire que desplazaba eso que acababa de rozarlos y el mal olor que desprendía.

—Vuelve a encender ese mechero —lo instó Tom.

—No lo consigo —respondió Mehdi.

Lena apuntó al azar su cámara hacia su derecha.

El flash iluminó el pasillo.

Esta vez vieron a dos niños en el umbral de una habitación. El que habían visto un momento antes los observaba, el otro se inclinaba hacia él, con una mano en los labios, y parecía susurrarle un secreto al oído.

Lena volvió a pulsar el disparador justo cuando se metían en el cuarto, riendo, uno tras otro.

Se guio con una mano pegada a la pared, siguiendo las burbujas secas del papel pintado y, cuando sintió bajo sus dedos el marco de la puerta, levantó su cámara, temblorosa. El flash proyectó una luz blanca sobre la habitación que habían descubierto al final del pasillo, el día que entraron por primera vez en la casa.

El destello de luz reveló el armario de madera oscura, el sillón de terciopelo burdeos y el papel pintado de motivos arabescos. La madre de los niños muertos estaba tumbada junto a ellos en la cama, estrechándolos con fuerza, con un brazo alrededor de sus hombros y las manos apoyadas en sus pequeñas frentes grises.

Lena oyó que ella les cantaba una nana apenas audible, y retrocedió al pasillo hasta que su espalda se topó con la pared opuesta.

Mehdi avanzó a tientas hacia ella, la llama del mechero se encendió entre sus dedos, más frágil y tenue aún.

Vio que Lena miraba horrorizada hacia la habitación.

—¿Qué hay ahí? —le preguntó.

Ella meneó la cabeza, negándose a contestar.

—Tenemos que seguir adelante —murmuró.

Los demás se les unieron y avanzaron por el estrecho pasillo, con los ojos clavados en la llama que Mehdi tenía en las manos. A Tom se le ocurrió arrancar uno de los jirones de papel pintado que se despegaban de la pared. Lo enrolló lo más apretado que pudo y lo acercó al mechero. El rollo prendió brevemente con llamas verdosas, que casi de inmediato se redujeron a brasas incandescentes.

—Mierda —resopló entre dientes.

—Empápalo de gasolina —dijo Max.

Tom inclinó el bidón en el que introdujo el extremo del rollo de papel. La improvisada antorcha brilló más cuando volvieron a encenderla, iluminando el corredor que, en ambos sentidos, se prolongaba en medio de una penumbra infinita más allá del alcance del haz de luz.

Miraron a izquierda y derecha, desamparados, tetanizados y perdidos, cuando surgió de las tinieblas la silueta de un hombre, con el rostro tosco, las cuencas de los ojos comidas por las sombras, ataviado con una camisa de cuadros desaliñada y un vaquero viejo y mugriento, sosteniendo en la mano derecha un martillo que balanceaba contra el muslo a cada zancada.

Gritaron, intentando alejarse lo más rápido posible, pegándose contra las paredes del pasillo y chocando entre ellos. La llama parpadeó, se debilitó, a punto de apagarse.

El hombre caminó derecho hacia ellos, pero se desvió bruscamente para entrar en la habitación donde se encontraban la madre y sus dos hijos muertos, acurrucados contra ella.

—Los niños no —oyeron suplicar—, los niños no, los niños no, los...

Los muelles de la cama crujieron bajo el peso del padre, y se oyeron repetidos golpes sordos que acallaron la voz de la mujer, luego volvieron a oírse, una y otra vez, con rugidos intercalados.

En su huida, los adolescentes tuvieron la sensación de tropezar con un espacio que se abría bruscamente ante ellos y sintieron sus cuerpos proyectados al vacío.

—¿Dónde estáis? —llamó Mehdi, con las manos tendidas frente a él.

—¡Aquí! —respondió Lena.

—Estamos aquí —dijo Tom, que había conseguido agarrar a Max del brazo.

—¡Camille! —gritó Alex—. ¡Camille, respóndeme!

Pero su hermana permaneció en silencio. Lena encendió la cámara, y el carrete se rebobinó, arrancándole un gemido de desesperación. El flash no alcanzó ningún límite, no reveló ninguna pared, solo una extensión vacía con la moqueta manchada de regueros de sangre.

Se hallaban a solo unos metros los unos de los otros, y Camille estaba acurrucada en el suelo. Se agruparon a ciegas a su alrededor, buscándose las manos, tanteándose los rostros, agarrándose a la ropa como si se aferraran a un salvavidas en un mar borrascoso.

Una presencia se hinchó en la oscuridad, una multitud los rodeó, se oían ruidos de respiración, pisadas amortiguadas por el grosor de la moqueta y la densidad del aire viciado.

Pronto pudieron distinguir unas voces familiares que se elevaban a su alrededor en murmullos indistintos, cuyas palabras surgían poco a poco sin que les fuera posible definir su origen, convirtiéndose luego en un estruendo insoportable.

—Te lo prometo, te lo prometo.

—¿Crees que se suicidó porque le dijiste que querías verlo muerto?

—No entiendo qué le ha pasado, qué nos ha pasado, cómo hemos podido llegar a esto.

—¿No es eso lo que querías? ¿Lo que ambos queríamos?

—Siempre estás huyendo, sometiéndote como un perro.

—Me dejaste morir sola.

—Quiero ver a mi niña, la echo mucho de menos.

—Algo me está devorando el cerebro como un gusano.

—Puedes follarme, puedes follarme, puedes follarme.

Esta cacofonía se mezclaba con ladridos de perros, arrullos de palomas, risitas perversas, llantos de bebés, zumbidos de cortacéspedes, el ruido sordo de los televisores, el timbre del instituto Melville, lo que parecían los gritos de una discusión cubiertos por silbidos de insectos y el clac-clac-clac-clac de un aspersor.

Lena dejó caer la cámara que aún tenía en las manos y se tapó los oídos para protegerse del ruido cuando algo la agarró del pelo y tiró de ella hacia atrás. Gritó de dolor, trató de liberarse y asió una gélida mano infantil que la soltó de inmediato, escapándose en una contorsión reptiliana.

Tom la rodeó con un brazo para protegerla mientras el infernal coro de voces seguía aumentando inexorablemente.

—Seguro que ya tienes ideas, ¿verdad? Seguro que ya has pensado en cosas que te gustaría mantener en secreto.

—Oh, la inocencia puede ser el infierno.

—Quizá sea hora de que te dé una lección a ti también.

—Pronto formarás parte de este mundo.

—Háblale, háblale, dile que lo amas.

—No podía soñar con una hija mejor.

—Hay que educar a los mierdecillas como tú.

Alex tenía a su hermana acurrucada contra él cuando una presencia surgió a sus espaldas y lo agarró con fuerza demencial.

Apenas tuvo tiempo de soltar a Camille antes de verse arrancado, arrastrado por un bloque de oscuridad hostil.

—¡Alex! —gritó la adolescente.

Sus manos se cerraron en el vacío mientras intentaba aferrarse a él.

—*Siempfffre he sabfffido que no valffías más que ella* —susurró la voz de Steve al oído de Lena.

Sintió un aliento ácido en la mejilla, un hedor de morgue o de matadero, una lengua fría y viscosa deslizándose por su cuello hasta el lóbulo de la oreja y engulléndolo. Max la oyó gritar a su lado y la agarró a ciegas de un brazo.

Mehdi puso del revés el mechero y lo golpeó contra el muslo para que el butano restante fluyera hacia la válvula. Una pequeña cantidad de gas se escapó cuando giró la rueda con la yema del pulgar y brotó una llama inesperada.

Tom acercó el rollo de papel que seguía llevando en la mano. Un halo reveló los rostros de los dos muchachos bañados en sudor, con las pupilas dilatadas.

Junto a Mehdi estaba Brice Lagarde.

—*Peor que un perro* —siseó él—, *un perro acabaría mordiendo*.

Tom levantó la llama a su alrededor y las criaturas retrocedieron. Mehdi recuperó el bidón, en el que solo quedaba una pequeña cantidad de gasolina.

—¡Tienen miedo al fuego! —exclamó Tom.

—Entonces quememos este puto lugar —replicó Mehdi.

Roció el suelo a su alrededor, tiró el bidón vacío y Tom bajó la improvisada antorcha hasta la moqueta, que empezó a arder.

Se levantaron, espalda contra espalda, mientras las llamas se extendían, dibujando el arco de un círculo. Su resplandor reveló un

incalculable número de entes que retrocedían como una masa pululante de cucarachas.

Entre ellos, distinguieron a los chiquillos muertos con los cráneos destrozados, las imitaciones de sus padres, los Cathala, los entes estudiantiles del instituto, pero también formas impensables, ruinas de sueños y de realidad que se arrastraban por el suelo en forma de fragmentos anatómicos de naturaleza imprecisa, esbozos de rostros humanos, fetos de perros y de niños mezclados con segmentos insectoides, especies de larvas gordas, quimeras que no podrían haber imaginado subsistiendo al aire libre si no hubieran inmolado una un poco antes en un aula del instituto Melville.

Al elevarse, las llamas desvelaron el salón de la casa del callejón, el sofá y los dos sillones de lona marrón, el viejo televisor, la cocina arrasada y las zapatillas de Alex, tiradas en la moqueta.

Su madre estaba encaramada a él, sujetándole cada uno de sus brazos al suelo, con la cara inclinada sobre la del adolescente. De su boca abierta de par en par —tan abierta que parecía que se le hubiera desencajado la mandíbula— brotaban largos filamentos negros que penetraban por los labios de Alex de forma ondulante y parecían extraer una sustancia de su interior.

El fuego la empujó hacia atrás, ella se tragó su asquerosa lengua y trató de arrastrar a Alex, semiinconsciente, hacia el pasillo donde las demás criaturas también se retiraban una tras otra, algunas arrastrándose por las paredes antes de franquear la puerta.

Lena, Camille y Tom se lanzaron hacia Alex justo cuando la señora Fauré se lo llevaba y lo agarraron por las piernas y la cintura.

Mehdi cogió las sillas y las arrojó a las llamas, mientras que Max inclinó uno de los sillones hacia las llamas y pronto se puso a arder.

El creciente incendio disuadió a la aparición que intentaba llevarse a su amigo.

—*Carne de mi carne, sangre de mi sangre* —la oyeron vociferar mientras lo soltaba y desaparecía a su vez por el pasillo.

Levantaron a Alex, se replegaron hacia la entrada y no se volvieron más que para asegurarse de que el fuego ganaba terreno.

Cuando abrieron la puerta y salieron de la casa, una corriente de aire avivó el fuego, que crepitó tras ellos. Tom estaba a punto de cerrar la puerta para que ninguno de los entes escapara, pero Max lo interrumpió.

—¡No, deja abierto, no hay que sofocar el fuego!

Retrocedieron hacia el portón y Tom miró a su alrededor. Parecía inaudito encontrarse en el impasse des Ormes, sentir el calor de la noche en la cara y los brazos, respirar los olores familiares de la urbanización. Pero una intuición lo hizo sudar frío y se volvió bruscamente.

—Esperad —dijo—. ¡Esperad!

Volvió a recorrer el camino de entrada en sentido contrario hacia el arbusto en el que habían visto la extraña flor cuando entraron en la casa el día anterior, se arañó las manos con las espinas del tallo, que rompió a toda prisa, y salió corriendo a la calle bajo el resplandor de la primera farola.

La corola que tenía entre los dedos era una vulgar flor de zarza de color rosa pálido. Tom pasó un dedo índice por encima de los estambres, que no le atraparon la yema del dedo, y uno de los pétalos se desprendió. Vio cómo caía a sus pies, girando lentamente, y aterrizaba en el asfalto.

Una oleada de alivio le recorrió el pecho.

—Estamos fuera —murmuró para sí.

Sus ojos llenos de lágrimas de gratitud hacia sus amigos se volvieron hacia el otro lado del callejón.

—¡Lo hemos conseguido! —exclamó exultante—. ¡Estamos fuera!

Corrió hacia ellos y se abrazaron en silencio, sobrecogidos por la indescriptible sensación de su liberación.

Las ventanas del salón estallaron detrás de las contraventanas. El fuego llegó hasta la entrada, donde empezó a propagarse, alcanzó el perchero que se puso a arder como una gran tea, ascendió por los tabiques y alcanzó el techo.

Se quedaron mirando, hipnotizados, el fuego que crecía, enrojeciéndose.

—No deberíamos quedarnos aquí más tiempo —dijo Max.

—Quiero asegurarme de que va a quemarse —respondió Lena.

—No te preocupes por eso, no podrán salvar nada.

Acompañaron a Alex y Camille a su casa. Avanzaban cojeando, agotados, aturdidos, incapaces de decir una palabra. Volvieron a abrazarse durante largo rato cuando llegaron frente a la casa de los Fauré, y Lena sostuvo por un momento las manos de Camille entre las suyas.

—Todo irá bien —le dijo—. Ahora todo irá bien.

Camille asintió y le dirigió una sonrisa triste que no dejaba lugar a dudas de que no se lo creía.

Observaron cómo el hermano y la hermana recorrían el camino de entrada, apoyándose el uno en la otra. Alex se volvió un momento a la luz del porche para mirarlos y saludarlos con la mano, y luego cruzaron la puerta tras la que los esperaba su padre.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Max—. ¿Queréis volver a casa?

Tom pensó en la muerte de Girard —en el cuerpo que ya debían de haber retirado del salón a esas horas—, por la que tendría que

responder.

—Creo que no tengo fuerzas —dijo.

—¿A los invernaderos? —sugirió Mehdi.

—A los invernaderos —coincidieron Lena, Tom y Max al unísono.

Todavía hacía calor bajo las lonas cuando llegaron allí, pero el cansancio los hizo tiritar y volvieron a acomodarse en los sofás, donde se acurrucaron unos contra otros.

Max tuvo una vaga sensación de *déjà vu* cuando activó la retroiluminación de su reloj y vio que eran casi las cuatro de la madrugada. En la realidad de la casa del impasse des Ormes había transcurrido mucho más tiempo, un tiempo que ahora parecía disolverse en la inasible fragilidad del sueño.

Una vez más, Lena fue la última en dormirse. Sentía la mano que Mehdi había deslizado entre las suyas antes de quedarse dormido, su mente divagaba, creía ver a su madre, con la que se reuniría de nuevo en unas horas, cuando amaneciera y tuvieran que decidirse a volver a casa.

Sentía de forma oscura lo que la casa del impasse des Ormes les había arrebatado, esa parte de sí mismos que nunca volverían a encontrar, que no era la inocencia, sino una fe —por frágil y crédula que fuera— en la posibilidad del encantamiento del mundo, esa parte irreductible de la infancia sin la cual ya nunca serían más que adultos.

Y, sin embargo, nada de lo que les había ocurrido había hecho temblar o desmoronarse los tranquilos barrios de Les Genêts o Les Acacias, nada había reventado la tierra pedregosa y recalcitrante de Saint-Auch, ningún castigo divino se había abatido sobre ellos, ninguna lluvia de azufre y de fuego.

A veces Lena había sentido que ella y sus amigos eran de algún modo eternos y que el universo solo existía para ellos, simplemente porque estaban allí para contemplarlo. Pero ahora era consciente de su fugacidad, de su fragilidad y su impermanencia, había adquirido esa conciencia del paso del tiempo, que se lleva lo que le corresponde y solo ofrece a cambio una parte de olvido.

Se sintió arrastrada por el torbellino de imágenes y sensaciones que volvían a ella, fragmentadas, mezcladas las unas con las otras, los rostros de Alexandre Fauré, Thomas Hernandez, Mehdi Belkacem y Maximilien Sentenac, cuya voz oía como un eco lejano. Una parte de su conciencia intentó aferrarse a ellos, pero las palabras se dislocaron y se le escaparon mientras caía, vencida por el sopor. Se sumió en el sueño, incapaz de ver las galaxias que se arremolinaban lentamente sobre los invernaderos, las estrellas que se desplomaban por su propia gravedad e incendiaban la noche, desvelando grandes corrientes de oscuridad insondable, o las nebulosas que coloreaban la bóveda con extraños matices y se abrían en corolas antes de replegarse sobre sí mismas.

Eso ha terminado de construirse —dijo Max cuando franquearon la puerta de la casa—. *Eso ha terminado de imitar nuestro mundo*.

POSTFACIO

Nací en 1981 y pasé la infancia en un pueblo del suroeste de Francia, en una campiña recién urbanizada que en muchos aspectos se parecía a la de Saint-Auch, la ciudad ficticia de esta novela.

Uno de los verdaderos elementos de *La noche devastada* es también uno de los más inverosímiles: en cierto modo, yo conocí la casa del impasse des Ormes. Había una casa abandonada en nuestra urbanización, probablemente una de las primeras que se construyeron allí. No ejercía la misma fascinación sobre nosotros, los chavales del barrio, que la casa de la novela sobre los miembros de la pandilla, pero nos intrigaba lo suficiente como para decidirnos un día a forzar la puerta.

El interior también se había quedado fijado en los años setenta y parecía que la familia que había vivido allí se hubiera evaporado de la noche a la mañana. El desayuno estaba en la mesa, las camas medio deshechas y todas sus pertenencias se habían quedado allí, abandonadas. Encontramos una casete de audio en la que una mujer se había grabado mientras hablaba por teléfono, contando a un interlocutor inaudible que su matrimonio hacía agua.

El recuerdo de esta intrusión se me quedó grabado y, treinta años después, ha sido uno de los puntos de partida de esta novela.

Los años noventa fueron, para los niños de entonces, como para los personajes de *La noche devastada*, una época de despreocupación colectiva, pero también una especie de extrañeza, de angustia sorda.

El historiador estadounidense Martin Jay fue el primero en utilizar la expresión *uncanny nineties* para describirlos, siendo *uncanny* la

traducción del término alemán *unheimlich* —epónimo de un famoso ensayo de Sigmund Freud publicado en 1919— para el que no existe equivalente ni en francés ni en español pero que se ha traducido en ambas lenguas como *«inquiétante étrangeté»*, «inquietante extrañeza».

Como señala el sociólogo Razmig Keucheyan en la obra colectiva *Une histoire (critique) des années 1990*, esta traducción es una perífrasis. «Extraña familiaridad» o incluso «no familiaridad» se acercarían más al significado preciso de *unheimlich*, siendo *heim* la palabra alemana para «la casa de uno» y, por extensión, «lo familiar».

No sé hasta qué punto, de niño y luego de adolescente, fui consciente de este *unheimlich*, pero creo que lo percibí y lo experimenté en mis propias carnes. Tal vez se debiera en parte a la sensación de mi propia extrañeza a través de la cual percibía el mundo que me rodeaba.

Durante este periodo, me apasioné por la literatura fantástica. Por Stephen King, en particular, a quien esta novela es un gran homenaje —él, más que cualquier otro, me enseñó cómo el horror y la fantasía pueden ser herramientas formidables para examinar una época y evocar sus demonios—, pero también por Dean Koontz, Clive Barker, Graham Masterton, Peter Straub y, por supuesto, H. P. Lovecraft. Leí a la mayoría de ellos en colecciones baratas de bolsillo, como «J'ai Lu» o «Pocket Terreur», y el olor polvoriento del papel de mala calidad que amarilleaba y se manchaba muy rápidamente sigue siendo hasta hoy una de mis magdalenas de Proust. Si por casualidad encuentro un ejemplar en una librería de viejo o en una caja de libros, lo abro para oler las páginas y me

encuentro transportado treinta años atrás, cuando solía leerlos a escondidas después de la hora oficial de acostarse.

También era la época de los videoclubs, y no había nada que me gustara más que alquilar VHS de terror o poner el magnetoscopio a grabar una de esas películas, que solían proyectarse a altas horas de la noche. Al igual que los adolescentes de esta novela, las películas de terror me parecían tener el extraordinario poder de poner en imágenes mis miedos secretos, pero también me mostraban las infinitas posibilidades de la imaginación, la libertad que ofrece la ficción para explorar las zonas más oscuras de nuestra humanidad.

En gran parte gracias a ellas me convertí en escritor. El primer libro que escribí a los trece años era una novela fantástica. Al copiar mis modelos, intentaba prolongar la euforia que me había producido la experiencia de la lectura, esa sensación de poder sustraerme por completo a la realidad en un instante y sumergirme en otro mundo donde todo, absolutamente todo, era posible.

Escribir una novela de terror requiere una fe absoluta en la ficción, algo de lo que normalmente solo son capaces los niños. El género nos obliga a aprehender el imaginario y a creer en él *de verdad*, ofreciéndonos la posibilidad de explorar, más allá de lo real, territorios desconocidos que, sin embargo, nos unen a todos porque se nutren de ese antiguo e inagotable mantillo de nuestros terrores y fantasías comunes.

Como joven gay, crecí con la sensación de mi propia «monstruosidad», porque así designaba el mundo mi sexualidad, luchando constantemente con un sentimiento de vergüenza, de ilegitimidad, con la estigmatización y la violencia de algunos de mis

compañeros, en el secreto de una identidad que tenía que preservar a medida que la descubría.

La sombra del sida se cernía sobre nosotros en la distancia —cuando digo «sobre nosotros», sería más exacto decir «sobre mí», porque en aquella época no tenía noción de una comunidad posible: descubrir que eras gay en provincias significaba vivir en una forma de soledad inalienable y crecer con el horizonte amenazador de la enfermedad y la muerte—. Pero trato esta cuestión de manera extensa en la novela, sobre todo a través del personaje de Max, así que no me detendré en ello aquí.

El cine de terror de los años ochenta y noventa fue un medio de expresión precursor para las comunidades *queer*, ofreciéndoles un espacio de resistencia, una forma de catarsis dentro de la sociedad reaccionaria, así como personajes emblemáticos entre los que se encontraban mujeres extraordinariamente fuertes: Ellen Ripley en *Alien*, Sarah Connor en *Terminator*, Laurie Stode en *Halloween*, Nancy Thompson en *Pesadilla en Elm Street* y Sidney Prescott en *Scream*.

El subgénero de *body horror*, que presenta transformaciones corporales, mutaciones, infecciones, alteraciones físicas y la alienación de los cuerpos, también puso en escena ampliamente el miedo a la epidemia que asolaba a esa comunidad, a la que aún no pertenecíamos, o pertenecíamos en secreto.

Algunas de aquellas películas tuvieron un profundo efecto en mi imaginación de joven cinéfilo, y he querido rendirles homenaje aquí. La película a la que más debe esta novela es, sin duda, *Pesadilla en Elm Street*, de Wes Craven, estrenada en 1984.

En esta película, un grupo de adolescentes se enfrenta al «coco» que se les aparece en sueños. Su cuerpo está cubierto de

quemaduras y lleva un guante con cuchillas afiladas en la mano derecha. Los adolescentes se enteran de que Freddy Krueger era un asesino y un violador de niños al que los padres de la zona, que quisieron tomarse la justicia por su mano, quemaron vivo, y que vuelve para vengarse. Elm Street quiere decir «calle de Los Olmos» o *«rue des Ormes»*, la calle de *La noche devastada*, aquí en su versión de *«impasse»*, «callejón sin salida».

Según cuenta el propio Wes Craven, la inspiración para su película le vino en parte tras leer una serie de artículos publicados por *Los Angeles Times* en los años setenta sobre hombres de la etnia mong que habían huido a Estados Unidos tras sobrevivir a los horrores de los campos de refugiados durante las guerras de Vietnam, Laos y Camboya. Todos tenían pesadillas tan intensas que se negaban a dormir, hasta el punto de que algunos morían al quedarse dormidos cuando finalmente sucumbían al agotamiento.

Como no podemos sobrevivir sin dormir y en los sueños puede ocurrir cualquier cosa, la perspectiva de que podamos morir en ellos es aterradora. Me gustaba la idea de que el universo invertido al que se abre la casa del impasse des Ormes encerrara la misma amenaza, que todo pudiera suceder allí sin ninguna lógica aparente y que el peligro fuera terriblemente real.

Pesadilla en Elm Street y *Halloween*, de John Carpenter, fueron también de las primeras películas, junto con *Los pájaros*, de Alfred Hitchcock, en utilizar el decorado de un suburbio residencial. Esto sin duda tuvo algo que ver con la fuerte impresión que estas películas me causaron en su momento: designaban ese espacio familiar, cotidiano y *a priori* seguro como posible escenario de todos los peligros, misterios y crueldades. Durante mucho tiempo soñé con escribir una novela que explorara la urbanización como un territorio

real y onírico, donde se materializaran los miedos y los fantasmas de una época, de una clase social, de una generación.

Otra de las películas mencionadas en la novela es *Candyman*, de Bernard Rose, estrenada en 1992 y adaptación de la novela *The Forbidden*, de Clive Barker, autor también de la fantástica *Hellraiser*.

Candyman pone en escena a Helen Lyle, una estudiante de la Universidad de Illinois, Chicago, que está realizando una tesis sobre leyendas urbanas. Su trabajo de campo la lleva a interesarse especialmente por el barrio desfavorecido de Cabrini Green, donde se dice que actúa desde hace décadas el Candyman, un «coco» que aparece cuando se pronuncia su nombre cinco veces frente a un espejo. En el curso de su investigación, Helen se entera de que tras el Candyman se oculta Daniel Robitaille, hijo de una esclava que fue linchada en 1890 por enamorarse de la hija de un rico terrateniente. Las imágenes (el extraordinario plano inicial picado de la ciudad de Chicago), la hipnótica música de Philip Glass, la colosal y fantasmagórica presencia de Tony Todd en el papel del «coco» y la hierática belleza de Virginia Madsen hacen de *Candyman* una de las películas de terror más bellas y escalofriantes de los años noventa. También explora brillantemente cómo el espacio urbano puede revestirse de una nueva mitología.

La mosca, de David Cronenberg, estrenada en 1986, que tanto le gusta al personaje de Tom en *La noche devastada*, fue también una de mis películas favoritas. Sigue al personaje de Seth Brundle, un científico que trabaja en una máquina de teletransportación y pide a una joven periodista, Veronica Quaife (la maravillosa Geena Davis), que documente sus experimentos. Mientras intenta teletransportarse, Brundle deja entrar, sin querer, una mosca en la

cabina y sus ADN se fusionan. El científico inicia entonces una lenta metamorfosis que lo conduce hacia la locura. La película de Cronenberg se ha interpretado a menudo como una metáfora del sida, cuya epidemia estaba en pleno apogeo a finales de los años ochenta. Según el director, *La mosca* trata en realidad de temas más universales como son la enfermedad, la alteración del cuerpo y la monstruosidad. Desde mi punto de vista de adolescente, *La mosca* era una ilustración obsesiva y trágica de esta inquietud sorda a la que yo no sabía poner palabras.

Mis personajes nombran muchas otras películas, pero dejo a los curiosos que no las hayan visto que investiguen por su cuenta y capten el modo subterráneo en que han alimentado esta novela.

Escribí *La noche devastada* en un estado de semiinconsciencia, una forma de trance, y a veces me parecía que el libro estaba dotado de existencia y voluntad propias. A menudo, las ideas me venían justo antes de dormirme del todo, en pleno sopor. Quizá por eso los sueños desempeñan un papel tan importante.

A la hora de poner un punto final, tengo la sensación de que nunca me había costado tanto abandonar a unos personajes. Durante los dos últimos años, en distintos sentidos, han sido más reales que muchos elementos de mi propia vida. Me consuelo pensando que la novela obrará como la casa del callejón con los adolescentes de la pandilla, y que les dará vida, durante el tiempo de la lectura, en otra realidad... ¿la tuya, tal vez?

JEAN-BAPTISTE DEL AMO

AGRADECIMIENTOS

Quisiera expresar mi gratitud a todas aquellas y todos aquellos que, con su lectura, su presencia y sus palabras, han acompañado el nacimiento y la escritura de esta novela:

a Jakuta Alikavazovic, por nuestras conversaciones sobre el cine terrorífico de los años ochenta y noventa, los videoclubs y las carátulas prohibidas, la literatura y el género, las virtudes de la duda y la perseverancia,

a Muriel Barbery, por su amabilidad, su inestimable amistad, sus pacientes y valiosas relecturas y, *last but not least*, por el suministro salvador de *gyokuro*,

a Tristan Garcia, por nuestras discusiones sobre género y escritura, que han jalonado nuestra amistad desde la publicación de nuestras primeras novelas en 2008 y que nunca han dejado de ser para mí fuente de reflexión y emulación,

a Jean-Marie Laclavetine, mi editor desde hace más de quince años, por su continua confianza y su entusiasmo ante la idea de publicar una novela de terror,

a Laurence Laluyaux, mi agente de la RCW Literary Agency, que me acompaña desde la publicación de *El hijo del hombre* y ha hecho posible que mis dos últimas novelas crucen nuevas fronteras y conozcan a nuevos lectores y lectoras,

a Bérénice Riaux, por haber sido una de las primeras lectoras atentas de este texto,

a Clément Ribes, por animarme a seguir mi intuición en los primeros balbuceos de este libro,

a los médicos forenses Émilie Courtine, Arsène Gambier y Eulalie Pefferkorn, por tomarse el tiempo de responder a lo que a menudo eran preguntas extrañas sobre algunos aspectos forenses. Huelga decir que asumo toda la responsabilidad de ciertas fantasías anatómicas.

Por último, me gustaría dar las gracias a todos aquellos y todas aquellas que, de cerca o de lejos, han alimentado en secreto el mundo de *La noche devastada*.

La noche devastada
Jean-Baptiste Del Amo

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *La nuit ravagée*

© del diseño de la portada, Nuria Zaragoza
© de la imagen de la portada, Robert Norbury/Millennium Images, UK

De la cita inicial: © Stephen King, *It*, DEBOLSILLO, Barcelona, 2017. Traducción de Edith Marta Zilli Nunziati

© Éditions Gallimard, 2025

© de la traducción, Lydia Vázquez, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2026

ISBN: 978-84-322-4956-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla
Dedicatoria
Cita
PRIMERA PARTE. SUEÑOS BAJO LAS CENIZAS
- 1
- 2
- 3
- 4

SEGUNDA PARTE. LO QUE ACECHA EN LA SOMBRA
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5

TERCERA PARTE. UN FUEGO EN LA NOCHE
- 1
- 2
- 3
- 4

POSTFACIO
AGRADECIMIENTOS
Créditos